

NUMERO 76

SEGUNDA EPOCA

PRIMAVERA 2012

Revista de Soria

NUMERO 76 — PRIMAVERA 2012





Revista de Soria

**Revista Cultural
e informativa
de la
Diputación Provincial**

N.º 76 – SEGUNDA EPOCA

Fotografías e ilustraciones

PORTADA

CARLOS MEDIAVILLA ARANDIGOYEN

CONTRAPORTADA:

MARIO ANTÓN LOBO

J. F. REVILLA, EDUARDO ALFARO PEÑA,
FRANCISCA RUIZ PEDROVIEJO,
CELIA BOROBIA RUBIO,
ÁNGEL CORONADO,
ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SORIA

Correspondencia:

REVISTA DE SORIA
C/. Caballeros, 17 — 42071-Soria (España)
Tfno.: 975 10 10 46-47 Fax: 975 10 10 91
e-mail: cultura@dipsoria.es
http:www.dipsoria.es

Maqueta e imprime:

IMPRESA PROVINCIAL

Edita:

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SORIA
La Editora y el Director no se identifican
necesariamente con todas las opiniones de
los colaboradores

© Diputación Provincial y
autores de los artículos
Revista incluida en base de datos ISOC

Dep. Legal: SO-39/93
I.S.B.N.: 84-86790-59-X

Precio: 5,95 €, IVA incluido
Precio n.º atrasado: 6,40 €, IVA incluido



Sumario

ERMITAS EN TIERRAS ALTAS: EL NACIMIENTO DEL CIDACOS	3
Eduardo Alfaro Peña	
DOS SORIANOS (D.ª FRANCISCA RUIZ PEDROVIEJO Y D. BLAS TARACENA AGUIRRE) EN EL CRUCERO UNIVERSITARIO POR EL MEDITERRÁNEO (JUNIO-AGOSTO DE 1933)	19
Juan A. Gómez-Barrera	
DE LOS APRISCOS IBÉRICOS . LAS TENADAS.....	37
Ángel Coronado	
EL ARTE DEL BORDADO EN SORIA DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII	85
José Vicente de Fríasa Balsa	

agenda

Diputación Provincial de Soria



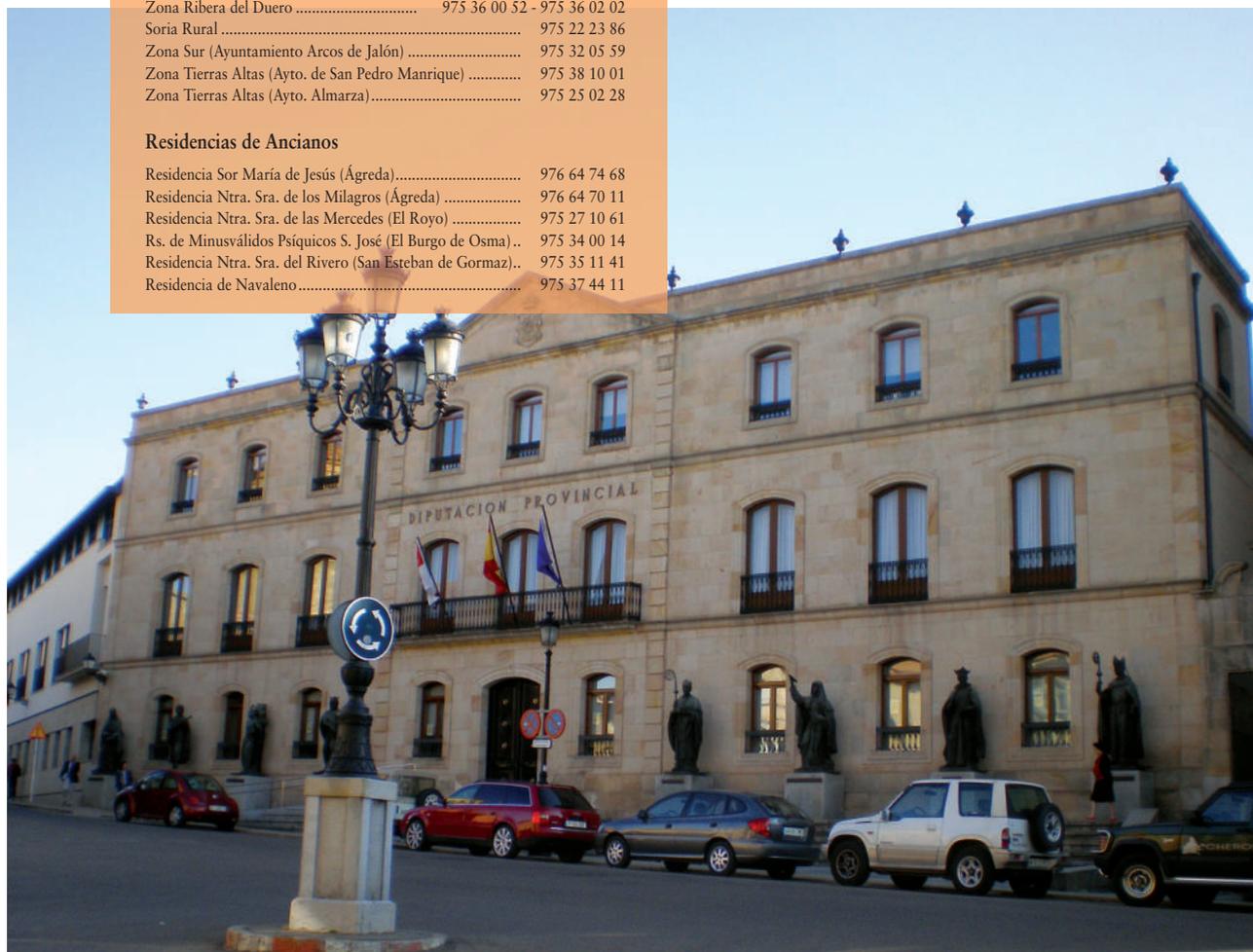
Centralita.....	975 10 10 00
Fax	975 10 10 91
Presidencia.....	975 10 10 90
Gabinete de Prensa	975 10 10 20
Aula Magna "Tirso de Molina".....	975 21 10 00
Revista de Soria	975 10 10 46
Centro de Asesoramiento de Municipios	975 34 09 72
Centro de Coordinador de Bibliotecas.....	975 22 43 53
Escuela Regional de Hostelería.....	975 23 23 35
Imprenta Provincial.....	975 21 39 48
Oficina de Información y Asistencia al Contribuyente.....	975 22 22 76
Parque Maquinaria.....	975 22 41 37
Patronato de Desarrollo Integral de Soria (PDI).....	975 23 16 26
Patronato Provincial de Turismo.....	975 22 05 11

Centros de Acción Social

Centro de Información y Asesoramiento a la Mujer	975 10 10 70
Servicios Sociales	975 10 10 70
Zona Ágreda-Olvega (Residencia Sor María de Jesús).....	976 64 74 68
Zona Almazán (Ayuntamiento).....	975 30 04 61
Zona Berlanga de Duero (Ayuntamiento)	975 34 30 71
Zona Campo de Gómara (Ayuntamiento).....	975 38 00 12
Zona Pinar Norte (Ayuntamiento Covaleda)	975 37 06 94
Zona Pinar Sur (Ayto. de Navaleno).....	975 37 43 71
Zona Pinar Sur (Ayto. de San Leonardo de Yagüe)	975 37 67 40
Zona Ribera del Duero	975 36 00 52
Soria Rural	975 22 23 86
Zona Sur (Ayuntamiento Arcos de Jalón)	975 32 05 59
Zona Tierras Altas (Ayto. de San Pedro Manrique)	975 38 10 01
Zona Tierras Altas (Ayto. Almarza).....	975 25 02 28

Residencias de Ancianos

Residencia Sor María de Jesús (Ágreda).....	976 64 74 68
Residencia Ntra. Sra. de los Milagros (Ágreda)	976 64 70 11
Residencia Ntra. Sra. de las Mercedes (El Royo)	975 27 10 61
Rs. de Minusválidos Psíquicos S. José (El Burgo de Osma)..	975 34 00 14
Residencia Ntra. Sra. del Rivero (San Esteban de Gormaz)..	975 35 11 41
Residencia de Navaleno.....	975 37 44 11



ERMITAS EN TIERRAS ALTAS: EL NACIMIENTO DEL CIDACOS¹

Eduardo Alfaro Peña

Invitamos a un segundo recorrido por las ermitas de Tierras Altas afrontando ahora como referencia el curso principal del Cidacos, concretamente sus primeros diez kilómetros. Como en el anterior viaje por el río Baos seguimos en el corazón trashumante de la antigua Comu-

nidad de Villa y Tierra yangüesa. El paseo por el nacimiento del Cidacos nos va a permitir disfrutar de entornos con un paisaje tradicional, unos espacios montañosos y predominantemente ganaderos donde los terrenos de labor, situados en el tercio inferior de las laderas, aún



Fig. 1.-Nacimiento del Cidacos desde la ermita de Santa Casilda (dehesa de Vizmanos).

(1) Este trabajo se enmarca en las actividades de *Idoubeda Oros*, proyecto de investigación y divulgación del patrimonio serrano que cuenta con el aval de la Fundación Raimundo del Rincón–Nicolasa Subirán de San Pedro Manrique y que ha recibido la ayuda económica de la propia Fundación, la Junta de Castilla y León, la Diputación de Soria, la Mancomunidad de Tierras Altas, el Ayuntamiento de San Pedro Manrique, la Compañía Eólica de Tierras Altas (CETASA) y Caja Rural de Soria.

El equipo de investigación etnográfica 2008-2011 ha estado dirigido por Enrique Borobio y quien suscribe, y en él han participado Manuel Crespo (análisis cerámicos), Ana Cristina Aldavero (AutoCAD y SIG), Nuria Maqueda (AutoCAD), Eva María Garijo (AutoCAD), Marta Estefanía Torres (SIG y dibujo arqueológico), Javier Muruzábal (análisis fauna), Hugo Valoria (Divulgación y redes sociales) y María López.

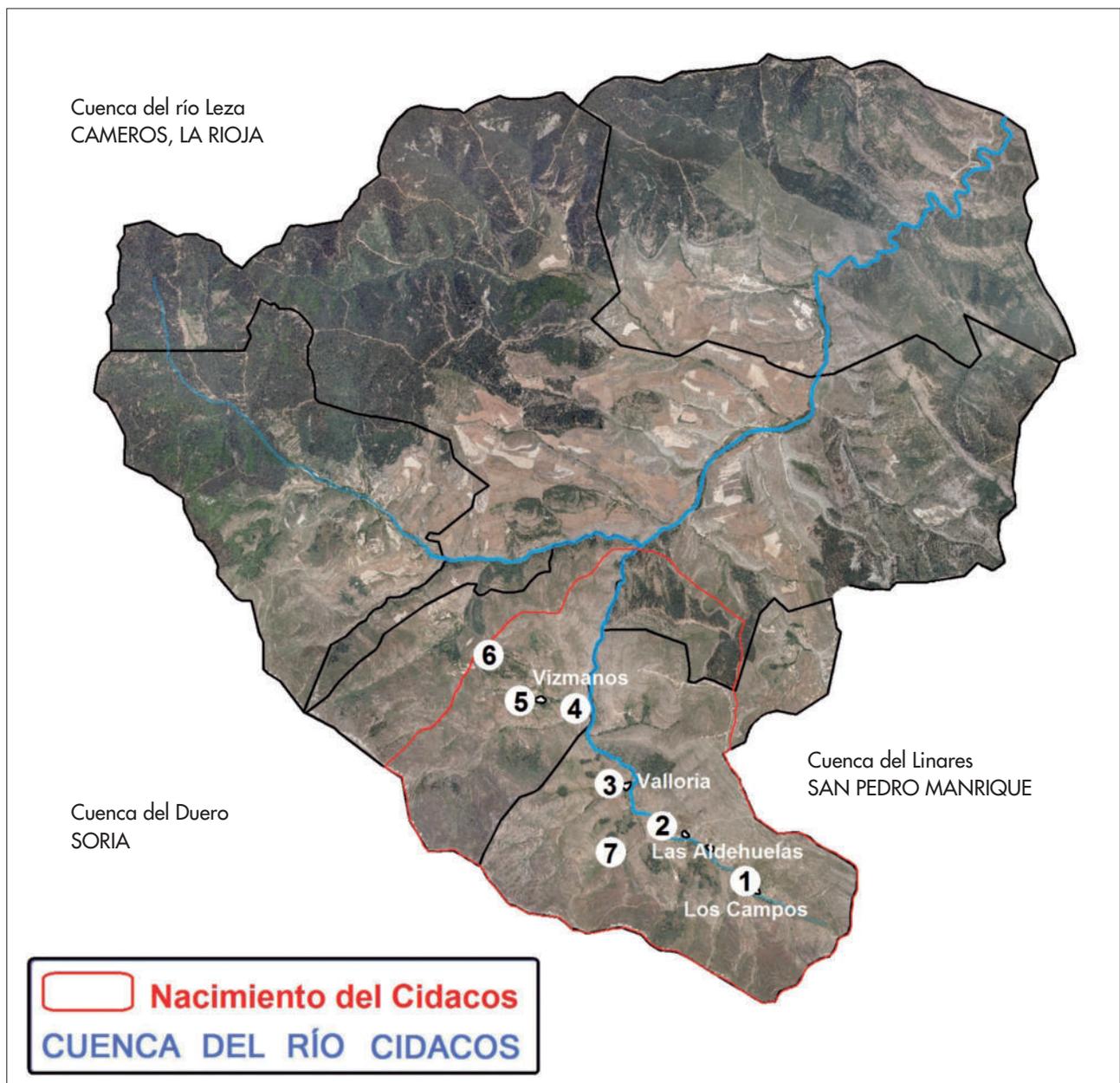


Fig. 2.-Cuenca del Cidacos soriano, en rojo nacimiento del Cidacos (El Valle).

no han sido modificados por las concentraciones parcelarias. La despoblación ha llevado a un casi total abandono de la actividad agrícola, sólo algunos pequeños espacios labrados próximos al fondo de valle recuerdan que antaño la agricultura tuvo su papel en la supervivencia local. El resultado es que la percepción del paisaje sea exclusivamente pastoril a pesar de la merma que ha sufrido también la ganadería. En ningún pueblo falta aún un rebaño, rebaños que antaño fueron de miles y miles de cabezas y que hoy, muy mermados, hay que contar poco más que por centenas, ovejas heredadas de las viajeras merinas y un puñado de cabras que todavía recorren y decoran las laderas septentrionales de los Montes Claros y la Sierra de Alba (figs. 1-3).

Nace el Cidacos en el llamado portillo de Campos, un collado que, pasando al otro lado de la vertiente, comunica con el nacimiento de un afluente del Alhama, el río Linares. Se trata de un lugar de tránsito natural que sin duda ha sido utilizado por el ser humano desde tiempo ancestral. La herencia tradicional nos lo presenta atravesado por un ramal de la cañada oriental soriana y también como encrucijada de una ruta de ámbito interregional, la que comunica Ebro y Meseta entre Soria y Calahorra, con caminos de carácter comarcal que unían pueblos y valles del interior serrano, en este caso el que desde Oncala se dirige a Santa Cruz de Yanguas por Vizmanos. A unas decenas de metros del interfluvio una



Fig. 3.-Los Campos, rebaño protegido por mastín.

inscripción en medio de un humedal recuerda el punto donde nace el río a más de 1400 metros de altitud.

Merece la pena levantar la cabeza y mirar al norte para observar el panorama desde la fuente que aporta el primer hilo de agua al río: un valle triangular con eje en el manantial del Cidacos del que parte dirección noroeste la línea de los Montes Claros (interfluvio con la cuenca del Duero) y dirección norte la Sierra de Alba (interfluvio con el Linares). Al fondo, las panzas gemelas de Los Santiagos y el cerro Castillejillos (interfluvio con el Baos) cierran el ángulo abierto por las sierras. En el valle unos dominadores claros en cuevas, laderas, cumbres y vaguadas... los pastos. Entre ellos pequeñas manchas de acebo y roble en las que unas veces predominan los primeros, como en Las Aldehuelas, aunque las más lo hacen los segundos como en Valloria, Ledrado y Vizmanos. Desde hace poco más de una década salpican las cumbres de Montes Claros y Alba los aerogeneradores, ingenios que rompen el paisaje tradicional pero aportan cierta suficiencia económica a una Mancomunidad y a un territorio cuya situación crítica va más allá de la economía; no cabe duda que siempre ayudará el dinero, pero el aporte que más necesita esta tierra es el humano, gentes que apuesten por vivir en un entorno natural privilegiado pero difícil de sobrellevar por el aislamiento, la carencia de servicios y la soledad de sus inviernos.

Volviendo al manantial primigenio y bajando ahora la vista al curso del río, éste nos invitará a acompañar su cauce siguiendo el camino tradicional que junto al lecho irá conectando todos los pueblos del valle entre cerrados de piedra enmohecida y chopos tomados por el muérdago: junto al río Los Campos, siguen los barrios somero y bajero de Las Aldehuelas y alcanzará Valloria tras regar las huertas situadas al pie de un poblado castreño (*El Castillejo*) y un *vicus*² celtibérico-romano (*La Muela*). Aguas abajo hay que ascender un barranco de



Fig. 4.-Ermita de San Roque. En primer término estela discoidal.

(2) Término latino utilizado por la investigación arqueológica para designar a un pequeño poblado o aldea en época romana.

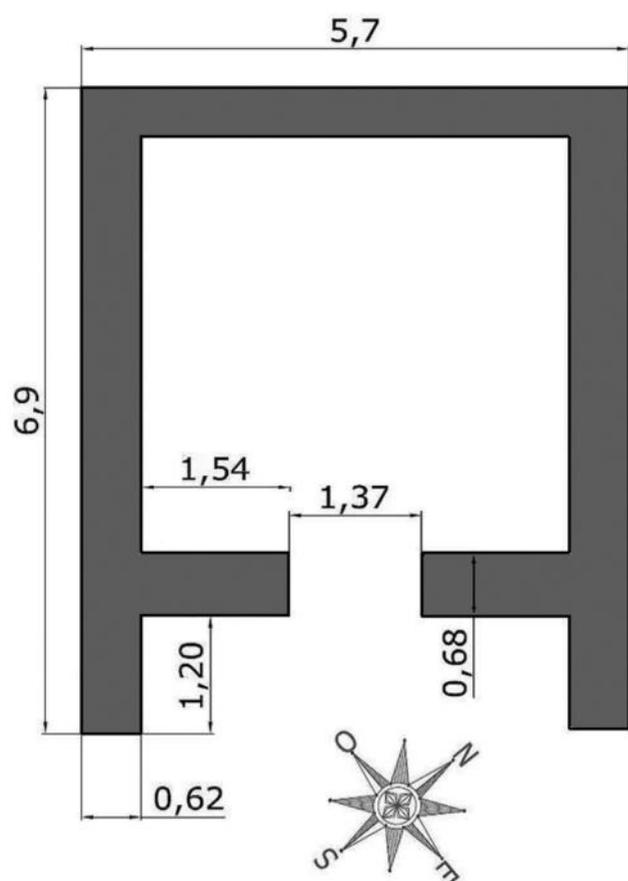


Fig. 5.-Ermita de San Roque: planta.

la margen derecha para llegar a Ladrado y después, por fin, Vizmanos, en un rellano aguas arriba de una vaguada de la margen izquierda. Dejada atrás, el cauce

del Cidacos se cierra entre barranqueras; cuando se abra, pasado el molino de Bretún, su caudal habrá sumado las aguas del Baos y ya no será ese torrente juvenil de aguas fuertes en primavera y otoño, heladas en invierno y fácil de atravesar en verano con un par saltos entre sus piedras.

El descenso de las aguas del Cidacos en sus primeros kilómetros es alegre, el medio un paisaje montañoso pero abierto, decorado por sus pueblos, sus cerrados, sus pastos, sus rebaños y también por sus ermitas, de las que hay constancia de siete. Algunas se mantienen, de otras quedan sólo ya sus ruinas o poco más que el recuerdo: la primera dedicada a San Roque en Los Campos, en Las Aldehuelas Santa María Caída, en Valloria El Santo y San Bartolomé, y en Vizmanos Valdeayuso, San Pedro y Santa Casilda.

1.-Ermita de San Roque (Los Campos)

Los Campos es el primer pueblo que se encuentra el Cidacos en su viaje hacia el Ebro, de cuyo nacimiento dista un par de kilómetros. Pueblo y ermita se localizan en un suave cogotillo que domina un entorno radicalmente ganadero, donde pastos de verano y cerrados de piedra certifican ambientes de la vieja economía trashumante. En el extremo noroeste del cogote está la ermita, a poco más de cien metros del pueblo siguiendo la pro-

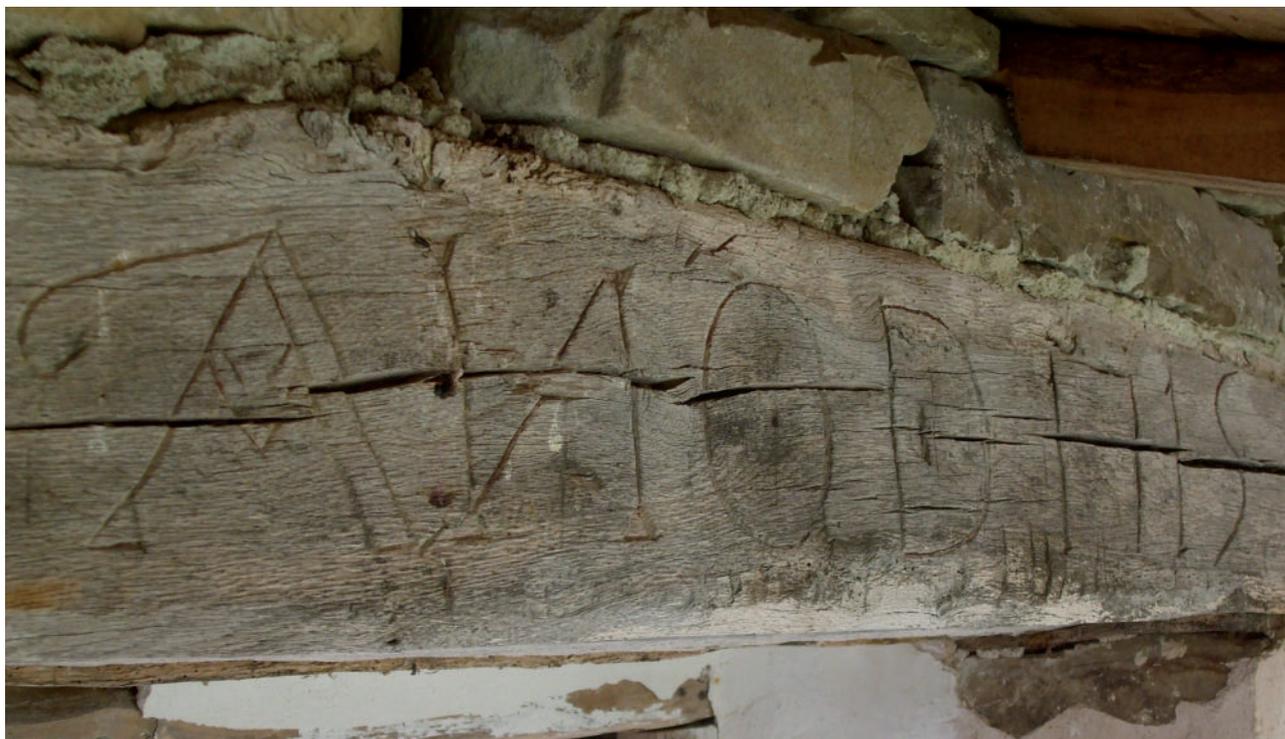


Fig. 6.-Travesera con inscripción: AÑO DE 1715.

yección de una calle que sale dirección poniente en forma de camino.

La ermita de San Roque mantiene las constantes de este tipo de construcciones más recientes, un edificio rectangular estructurado en dos espacios, una capilla cuadrada precedida de porche de acceso. A la capilla se accede desde el porche mediante puerta única adintelada con una gran travesera de madera. El porche, pequeño y totalmente abierto, carece de poyos laterales. La fábrica es de piedra local revocada y la cubierta, recientemente retejada, tiene caída a cuatro aguas siendo más larga y rebajada en el lado del porche, el sudeste (figs. 4-5).

En el frente de la cargadera del acceso a la capilla se grabó una inscripción con la más que probable fecha de construcción, AÑO DE 1715. El material, madera, permitió un grabado a punta de navaja, técnica de tradición muy pastoril. Sus formas estéticas son ricas: la O, un círculo perfecto en el que todavía se aprecia el eje de fijación del compás, o la A, de trazo horizontal en ángulo y un barroco adorno previo además de los remates triangulares en las letras (fig. 6). Compárense estos ápices con los que rematan otra inscripción, ahora

en piedra, situada en el lateral oeste del porche, donde se grabaron A, N, D y quizás I. Ambas N se dibujaron invertidas, forma muy propia de la época así como el nexa DE de la travesera.

Rodando por el suelo del entorno contados fragmentos de cerámicas vidriadas y otros de cocción oxidante, propios todos de tiempos recientes y habituales en los espacios suburbanos rurales. A tiempos medievales remite la estela discoidal fijada con cemento una decena de metros delante del porche. Parece que se colocó allí hace un par de décadas. Su procedencia no está clara aunque otra estela medieval, también discoidal, que estuvo empotrada en una pared del pórtico de la iglesia hasta su desaparición hace unos años, hace pensar en una necrópolis en las inmediaciones, quién sabe si junto a la propia iglesia. La estela de la ermita tiene decoradas ambas caras, una con una sencilla cruz griega, otra con un disco o rueda de ocho radios. Ha perdido por fractura una quinta parte en el sector superior del disco que según nos contaron se debió al golpe por azar de un tractor. Ambos símbolos tienen lecturas ambiguas, tanto la cruz como la rueda fueron en la antigüedad símbolos solares, aunque también son los elementos simbólicos más frecuentes en las estelas discoi-



Fig. 7.-Santa María Caída, desde oriente.

dales de las necrópolis medievales cristianas, síntoma del peso y quizás cierta inercia de las formas geométricas precristianas en los gustos del Medioevo (fig. 4).

San Roque es el santo más frecuente en las advocaciones de las ermitas comarcales, superado sólo por las dedicadas a Cristo y a la Virgen. Fue San Roque un peregrino francés que vivió a caballo de los siglos XIII y XIV. Parece que en Roma se dedicó al cuidado de enfermos y apestados. En su iconografía aparece siempre acompañado de un perro. Es por ello patrono de estos animales y sobre todo protector contra pestes y enfermedades. Esta advocación tan generalizada en la Península hay que asociarla a los brotes de la enfermedad que no eran extraños desde la muy mortífera de finales del XVI y principios del XVII. Tras la erradicación de la peste muchas ermitas perdieron su titularidad acabando el santo en algún rincón de las iglesias locales; rara es en la comarca la que no tiene su San Roque. El titular de la ermita de Los Campos se conserva, perfectamente restaurado, en la iglesia local.

2.-Santa María Caída

Ninguna de las personas con las que hemos tratado en Las Aldehuelas supo decirnos algo de la historia de esta ermita que consta en el inventario arqueológico de la Junta de Castilla y León, aunque sí nos comentó algún abuelo el recuerdo de su existencia, incluso se nos sugirió el punto exacto de su emplazamiento. El paraje marco es singular, un pequeño testigo rocoso de la margen derecha del Cidacos tallado a modo de meandro en tres de sus lados, el cuarto se proyecta dirección nor-



Fig. 8.-Choque de banderas y estandartes. Procesión de San Marcos 2011.

(foto J. F. Revilla)

deste hacia los altos de Alba. Unos 300 metros aguas arriba está el Barrio Bajero de Las Aldehuelas, conectado con la ermita por lo que fue viejo camino, hoy carretera del puerto a Santa Cruz de Yanguas. El lugar es también encrucijada; de la carretera se desvía otro camino que salva el Cidacos por un puentecillo al pie de Santa María Caída y se dirige al barranco del Santo, desde donde asciende los Montes Claros.

A pesar de todo no nos ha quedado totalmente claro su emplazamiento. Según ciertas fuentes parece que pudo localizarse en el abrigo sur de la roca; sería inusual para lo acostumbrado en la comarca y ningún indicio se aprecia sobre el terreno. Más verosímil es otro punto que nos han asegurado. Sobre el pasillo que conecta la carretera con el cogote rocoso se aprecia una pequeña plataforma rectangular, evidentemente artificial, donde pudimos ver algún fragmento de teja y un reducido número de trocitos cerámicos de aspecto moderno y contemporáneo. El uso de la piedra aterrazando los cerrados sobre el río y, sobre todo, su inusual abundancia delimitando el camino tradicional en torno al cogote apuntan a su probable reutilización aprovechando los derrumbes de la ermita (fig. 7).

Llama la atención el calificativo que enriquece la advocación mariana de la ermita, 'Caída'. Dos posibilidades se nos ocurren para explicarlo, una muy dudosa aunque atestiguada en la comarca, que se tratase de Santa María Magdalena (con ermita en Camporredondo, donde es además titular de la parroquia). Otra, más que probable, que sea la Virgen María y que haga referencia a alguna anécdota de esta virgen o incluso que lo haga a la descripción del deterioro y pérdida de la propia ermita, como sabemos desaparecida con todo el proceso de ruina y 'caída' que conlleva.

En este paraje, junto al camino de Las Aldehuelas a Valloria, dicen que existía una cruz que desapareció al transformar camino en carretera. Bajo la cruz y el día de San Marcos (25 de abril), se reunían en procesión procedentes de ambos pueblos, curas, santo y vecinos enarbolando y chocando sus estandartes e insignias (fig. 8). Aquí pasaba la imagen de San Marcos de un pueblo a las manos del otro pues se repartían su custodia alternativamente, un año en una aldea y al siguiente en la otra. El pueblo de los receptores del santo era el encargado de costear la comida popular y, como nos contaba *El Marcelino*, dejaban un garrafoncillo de vino para disfrute de los muchachos. ¡Cómo han cambiado los tiempos!, ¡como para hacerlo ahora!, remataba Marcelino cuando nos contaba la anécdota.



Fig. 9.-Cementerio de Valloria, desde el camino que sube del pueblo.

3.-Ermita de San Bartolomé

Con el nombre de San Bartolomé se conoce en Valloria el paraje donde hoy está el cementerio que antes estuvo junto a la iglesia. Se localiza a unos cien metros al oeste del pueblo y flanquea el camino tradicional que asciende y atraviesa los Montes Claros dirección Torrearévalo por un paso al que también da nombre el santo, *el portillo de San Bartolomé*. No puede asegurarse que la ermita se emplazase exactamente sobre lo que es hoy cementerio, sin embargo es evidente que en sus paredes se reutiliza piedra labrada de una estructura anterior, pequeños sillares cúbicos o con formas semicirculares, casi con seguridad de la vieja ermita. Extraña del cementerio su forma irregular, con tres esquinas en ángulo recto y la cuarta semicircular; no sabemos la razón, aunque no sería extraño que este lado estuviese aprovechando una posible forma absidiada de la cabecera pues curiosamente esta transición curva da al este; Fermín, vecino de Villartoso por cuyas manos han pasado buena parte de las obras de albañilería de todo el valle, entre ellas la de levantar las paredes del cementerio de

Valloria, recordaba que asentaron parte de los muros sobre los cimientos de una construcción previa (fig. 9).

Los datos apuntan a que pudo tratarse en origen de una ermita con una cronología más antigua de lo habitual en la comarca, quizás medieval. Esta cronología es la que sugieren también los restos de lo que parece fue una cruz de piedra localizada en las inmediaciones. Se trata de una cruz patada, trabajada en su frente con una especie de cordón y en paralelo una sucesión de nó-



Fig. 10.-Cruz de la ermita de San Bartolomé

dulos; se suman otros motivos, quizás geométricos. Por desgracia la erosión ha hecho que el conjunto nos resulte indescifrable. Parece que esta presunta cruz ha perdido uno de los brazos, pérdida de la que no se nota su fractura pues el punto de la supuesta proyección del cuarto brazo, el inferior, está perfectamente pulida e incurvada. Según nos comentaron su último uso fue marcar la tumba más antigua del cementerio, o lo que es lo mismo, señalar la primera que había que levantar para enterrar allí los restos del próximo difunto (fig. 10).

En voz baja y en tono de exotérica confianza es de señalar cierta coincidencia entre esta pieza y la denominada Cruz de San Bartolomé, en la que el brazo largo de la cruz es el superior y no el inferior. Cuesta un poco creer que sea casualidad, y de serlo se trata de una casualidad sorprendente, que la advocación del paraje y la ermita sea a San Bartolomé y la localización en el lugar de esta cruz de tres brazos que elimina precisamente el inferior. Parece que *sensu stricto* la cruz de San Bartolomé no es un símbolo cristiano, es un talismán que protege de encantamientos y mal de ojo, y tiene el origen de su leyenda en la conversión al cristianismo de un poderoso hechicero que vivió en la Antioquía romana, San Cipriano. Todo el poder maligno de Cipriano fue derrotado por una joven y débil cristiana, Justina, que llevaba la cruz de San Bartolomé grabada en la mano. Por ello Cipriano renegó del diablo siendo posteriormente martirizado.

Recuperando el tono y volviendo al presente, Ignacio García nos comentó que existen historias, incluso versiones de una misma, relacionadas con la ermita. Fue el 20 de julio, día de Santa Margarita, fiesta muy celebrada en Valloria llevándose en procesión a la santa por los caminos próximos al pueblo. Parece que Santa Margarita tenía la obligación de visitar todos los años a San Bartolomé, precepto que cumplía durante la procesión con una parada en la ermita, alto que, una vez arruinada y desaparecida, se hacía en su viejo solar. La procesión de Santa Margarita tenía como de obligado cumplimiento la asistencia de al menos un vecino de cada casa, y parece que se celebra por última vez en torno a 1960.

Cuenta la tradición del apóstol Bartolomé que predicó el Evangelio desde la India hasta Armenia, donde fue martirizado. Dicen que se negó a adorar a dioses paganos por lo que fue desollado. Su iconografía hace referencia a su vida y martirio; como predicador del Evangelio suele aparecer con las Sagradas Escrituras en un brazo, como mártir sostiene en la otra mano el gran cuchillo con el que fue desollado o su propia piel. La imagen de San Bartolomé conservada en la iglesia de Valloria se representa con el Evangelio y el cuchillo. Su festividad, el 24 de agosto, es también la principal fiesta local.

4.-La Virgen de Valdeayuso

Con razón gustan de reivindicar en Vizmanos el carácter comarcal de la Virgen de Valdeayuso, también llamada la Virgen de los Pastores. Su devoción atrajo especialmente a este colectivo tan serrano, esencia cultural de la vieja Comunidad de Villa y Tierra de Yanguas. No sólo era reconocida por los pastores del valle del Cidacos, dicen en Vizmanos que también acudían a visitarla gentes de las lejanas tierras extremeñas a las que seguro contagiaron la devoción nuestros pastores trashumantes.

Valdeayuso se ubica en una encrucijada clave del nacimiento del Cidacos, el punto donde se unen sus dos rutas principales. Mirando a oriente domina el camino que desde la villa asciende por la margen izquierda del río hacia los pastizales de Valloria y a Soria por Oncala o el portillo de San Bartolomé.



Fig. 11.-Ermita de Valdeayuso: ábside desde el nordeste.

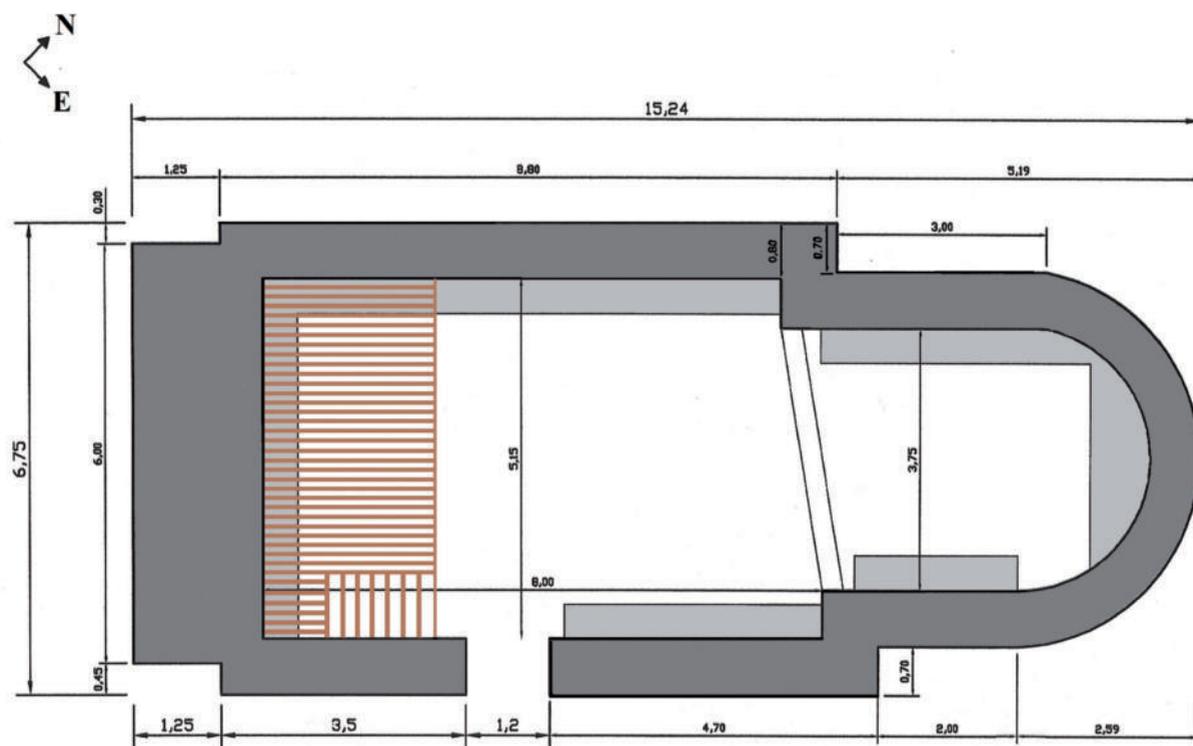


Fig. 12.-Ermita de Valdeayuso: planta.

Desde el noroeste viene a unirse el camino que comunica con Santa Cruz de Yanguas y el Baos. Ascendiendo por este camino, a unos 500 metros de la ermita está Vizmanos.

La ermita se encuentra en buen estado gracias al empeño de vecinos e hijos del pueblo que hace unos

años consolidaron sus paredes y restauraron la cubierta. Se estructura en tres partes, presbiterio, nave central y coro con espedaña a la espalda, todo ello realizado con alzados de piedra local y cubierta de teja excepto la espedaña que se remata en amplias lajas pizarrosas (figs. 11-13). La parte más antigua es la cabecera, absidiada y orientada al sudeste, que al interior se corresponde con el presbiterio, separado de la nave por un enrejado de madera en el que se tallaron motivos vegetales, ángeles y animales fantásticos, pintado el conjunto con colores vivos (fig. 14). Este artesanado en madera policromada se amplió al techo del presbiterio y la nave. El primero está presidido por un pequeño retablo y flanqueado por dos poyos laterales; en el norte se reutilizó como asiento una estela romana conservada en dos fragmentos.

Otra estela romana sirve de umbral en la puerta de acceso, que da a la nave. A la derecha de la puerta una estela discoide medieval decorada con una estrella de cinco puntas sirve de pila de agua benditera. El suelo de la nave y también parte del piso del presbiterio se hizo con cantos rodados muy menudos que dibujan motivos geométricos; domi-

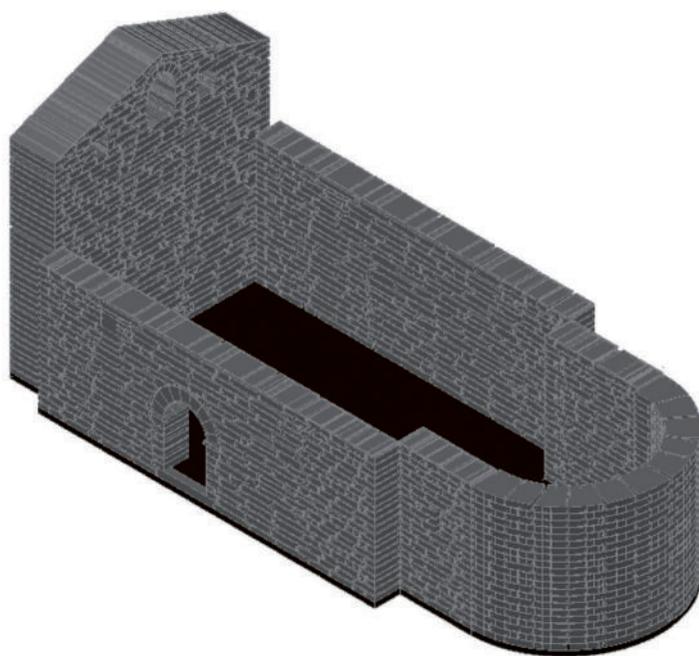


Fig. 13.-Ermita de Valdeayuso: alzado en 3D.



Fig. 14.-Ser fantástico con cuerpo de pez y cabeza animal en madera policromada.

nan los circulares que repiten flores simétricas de seis hojas. En el fondo occidental y previo a la espadaña se conserva el coro, íntegramente realizado en madera.

En la descripción ha podido apreciarse cómo en la ermita se reutilizan materiales de una época más antigua que el románico rural del ábside, lo que hace plantearse unos orígenes de la ocupación más remotos que los de la propia estructura cristiana. La estela medieval remite a una necrópolis, esta sí, compatible con los tiempos originarios de la ermita. No así las dos estelas romanas, recuerdos de una niña y un adulto ANTESTIA SERANA y AEMILIVS MATERNVS. Se trata de gentes serranas de unos tiempos paganos marcados por creencias y gustos tanto romanos, las cabezas esquemáticas representando a los difuntos, como por otros de los tiempos celtibéricos previos que tienen a ciervo, toro y ocasionalmente caballos como símbolos para la eternidad (fig. 17).

La prospección del entorno no avala una ocupación romana, aunque tampoco se puede descartar. Sí son evidentes los restos de tiempos medievales; además de la propia estructura oriental de la ermita y la estela discoidal se confirma con algunos fragmentos de cerámicas a torneta y ciertas decoraciones de rayas incisas a peine con las habituales retículas y ondas. De cronología imprecisa, pero muy frecuentes en época medieval, son las grandes 'fichas' de piedra que han sido interpretadas como las tapaderas de sus ollitas. Parece que en el pasado la ermita estuvo acompañada

por algún otro edificio o estructura que justifique los derrumbes de piedra que hay en el sector sudoeste. Salvo algunos muros de cerrados situados más al norte no está clara su función; puede especularse con la existencia de alguna vivienda que habría de estar asociada a la ermita y a su mantenimiento.

Abundantes son las tradiciones en Valdeayuso, incluso aún se celebra ocasionalmente algún oficio religioso, como la misa y romería el día de su fiesta (8 de septiembre). Buena parte de sus festejos estaban relacionados con su tradicional vínculo ganadero. En la Ascensión (finales de mayo), coincidiendo con la alegría que suponía el regreso de los pastores trashumantes, se acudía en romería a por la Virgen para trasladarla a la iglesia del pueblo. El 8 de septiembre se volvía y se dejaba en la ermita, donde pasaba todo el invierno. También se celebraba aquí la Anunciación (25 de marzo), acudiendo el pueblo en procesión para rezar una oración a la Virgen y cien avemarías. Otra fecha clave en el ciclo anual rural era la propiciatoria bendición de campos que se hacía en los prados de la ermita el día de la Cruz de Mayo. Como nos contaba Juani, un detalle que habla del esmero y cuidado cotidiano por la Virgen, reflejo a la postre de devoción, era la muy romántica obligación que tenía la última mujer casada en el lugar (todas querían casarse en Valdeayuso), de mantener encendida la vela de la Virgen; aún puede verse su soporte de hierro clavado en la pared meridional del presbiterio.



Fig. 15.-San Pedro de Vizmanos: pasto sobre sus derrumbes.

5.-Ermita de San Pedro (Vizmanos)

Los derrumbes de esta antigua ermita se localizan en el extremo oriental de lo que en Vizmanos se conoce como *El Llano*, dominando el valle inmediato al pueblo sobre el que se eleva unos 50 metros. Para acceder hay que tomar el camino que desde la fuente asciende hacia los Montes Claros y desviarse a unos 300 metros dirección norte, camino de Verguizas y Santa Cruz de Yanguas. En el rellano aún es posible distinguir el resalte de los cimientos totalmente cubiertos de pasto (fig. 15).

La ermita tuvo planta rectangular con orientación este-oeste. El resalte de los derrumbes sugiere que la cabecera, parece que semicircular, estuvo en el este. Es posible que contase con un porche o prolongación de la pared oeste para proteger de las inclemencias el acceso situado en el sur. A partir de los derrumbes se pueden calcular unas dimensiones totales de 18 x 7 metros. La cronología es indeterminable aunque de confirmarse la forma semicircular de la cabecera podría llevarse a época medieval (fig. 16).

Cuentan en el pueblo que dos soberbias piezas epigráficas del Taller de Tierras Altas, de cronología romana, proceden de este lugar. Una pieza es anónima, muy enigmática, con dos cabezas esquemáticas coronando la pieza, en el centro únicamente lo que parecen dos cifras como texto y dos caballos corriendo con las riendas sueltas en el campo inferior (fig. 17). La otra, sin duda la pieza más trabajada del taller, recuerda a tres varones con la representación arriba de sus bustos esquemáticos, el texto central y dos toros afrontados más un jinete sobre corcel enjaezado abajo. El campo inmortaliza a los tres varones, dos en una imagen sin duda simbólica, la de los toros afrontados, la del jinete representativa de una actividad muy del gusto del difunto, quizás un *equus singular*, un 'caballero excepcional' vinculado al ejército.

La procedencia de ambas piezas de la ermita de San Pedro, más lo apropiado del lugar como emplazamiento muy en la línea de lo conocido para los tiempos romanos, crea expectativas de que quizás la ermita se asienta sobre el solar de un antiguo *vicus*³, posible resi-

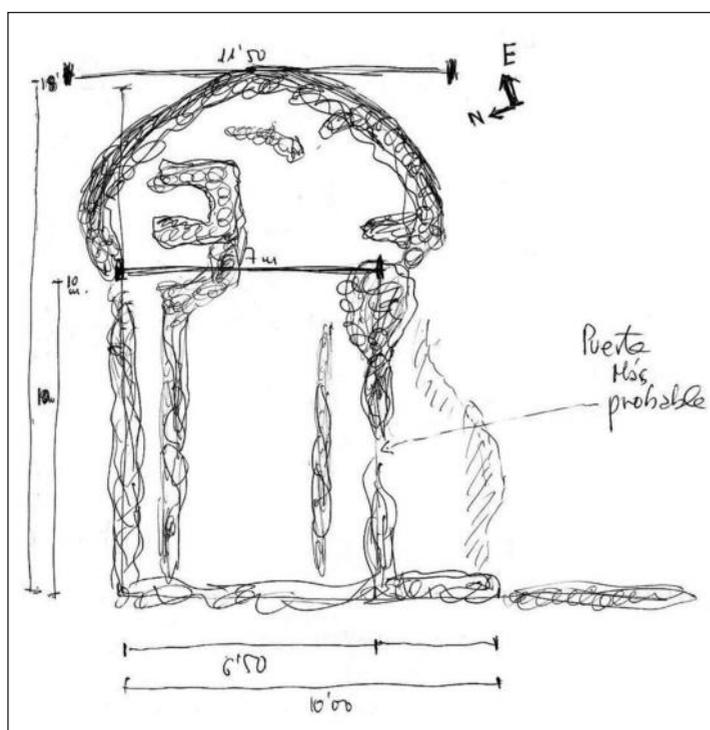


Fig. 16.-San Pedro de Vizmanos: aproximación a la planta a partir de los resaltes en el pasto.



Fig. 17.-Estela anónima de Vizmanos preparada para dos varones: dos bustos, dos cifras y dos caballos.

(3) Término latino utilizado por la investigación arqueológica para designar a un pequeño poblado o aldea en época romana.

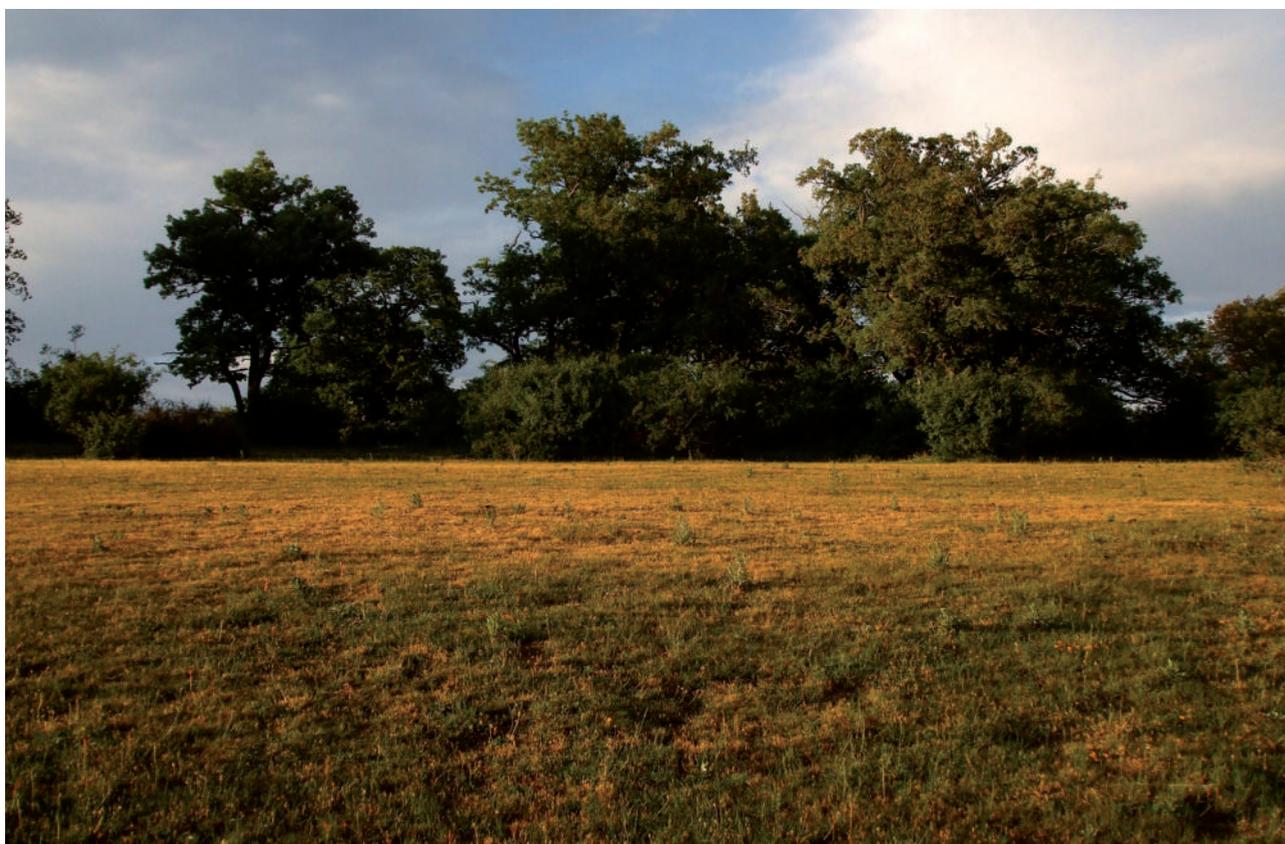


Fig. 18.-Dehesa de Vizmanos: robles y espinos entre los que se esconden los restos de la ermita de Santa Cecilia.

dencia de los personajes inmortalizados con los valores simbólicos de los toros y el jinete: CORNELIVS VALENS hijo de CORNELIVS, AEMILIVS SEVERVS hijo de AGIRSENVS y CORNELIVS VIATOR hijo de ARANCIS. Tres personajes de una poderosa familia local, VIATOR y VALENS muertos con 50 y 25 años, son probablemente padre e hijo. La existencia de un humedal junto a la er-

mita, quizás fuente en el pasado, incide en el lugar como posible hábitat, sin embargo la prospección, muy limitada en posibilidades por ser zona de pasto, no confirma estas expectativas ya que sólo han podido atestiguar fragmentos de cerámica de cronología imprecisable y algunos fragmentos de teja.



Fig. 19.-El Santo: derrumbes de la ermita.

6.-Ermita de Santa Cecilia (Vizmanos)

Medio perdidos entre los robles y la broza de la dehesa de Vizmanos aún pueden apreciarse los restos de una ermita casi olvidada, la ermita de Santa Cecilia. Para acceder hay que salir de Vizmanos por el camino de herradura que entra en la dehesa y atravesar sus 500 metros de longitud, siempre ascendiendo y dirección norte. Sus ruinas se localizan muy próximas al límite nordeste de la dehesa (fig. 18).

El entorno es evocador de tiempos pasados, reliquia del parcelario antiguo entre pastos, robles y algún acebo, todo

ello cerrado con el tradicional muro de piedra al que se aferran los tan valorados líquenes en unas laderas que sobrepasan los 1300 metros de altitud. La estructura, aún apreciable a nivel de cimientos, está en ruina total; se adivina su planta rectangular con orientación noroeste-sudeste y cabecera posiblemente en el sudeste. A partir de los derrumbes se puede calcular una dimensión aproximada de 10 x 4 metros. No se ha localizado ningún tipo de material salvo la piedra de los derrumbes, ni siquiera un fragmento de teja.

Posiblemente no es casualidad la existencia de un manantial con fuente y abrevadero a unos 30 metros al sur (fig. 1). Su fábrica es evidentemente contemporánea, con una arqueta en el manantial y un conducto de unos 10 metros hasta verter en el abrevadero. Imaginamos que en vida de la ermita esta fuente hubo de estar relacionada con el lugar santo sin que ello suponga negar en el pasado su aprovechamiento por los animales de la dehesa.

Nada hemos averiguado sobre la identidad de esta Cecilia, posiblemente se trata de la más antigua y conocida, Santa Cecilia mártir, romana del siglo II d. C. convertida al cristianismo. Una localización tan aislada, dentro de los límites de la dehesa y la advocación probable de una mártir de época romana inclinan a valorar como probable un origen medieval para esta ermita.

Importante antaño en la vida de Valloria y Las Aldehuelas, hace muchas décadas que esta ermita está en ruinas. Los mayores cuentan que siempre la conocieron caída aunque con algo más de alzado en sus paredes. Félix Jiménez recuerda que de niño era uno de los sitios al que gustaban acudir a jugar intentando entre otras cosas tirar las piedras de sus muros, travesura que era difícil de lograr –nos decía– al estar fuertemente compactados con el tradicional mortero de cal.

Una vaguada de la vertiente septentrional de los Montes Claros a la que da nombre, el *barranco del Santo*, es el solitario rincón elegido para acoger la devoción serrana a este santo que, ya lo adelantamos, fue evangelista. Por sus laderas septentrionales pasa la ruta que conecta Tierra de Yanguas con la cuenca del Duero trasponiendo el interfluvio por el portillo de San Bartolomé. El lecho del arroyo sirve de linde perteneciendo la margen derecha al parcelario de Las Aldehuelas y al de Valloria la izquierda. La ermita se emplaza en la última, a unos cien metros del lecho del arroyo. La pertenencia a Valloria es jurisdiccional, que no posesión, pues de la documentación antigua se desprende su vínculo con la parroquia de Santa María de Yanguas y en última instancia con la desaparecida Comunidad de Villa y Tierra yanguésa. Esta vinculación parece que se pierde con las desamortizaciones del siglo XIX, pasando entonces a manos de particulares.

7.-El Santo (Valloria)

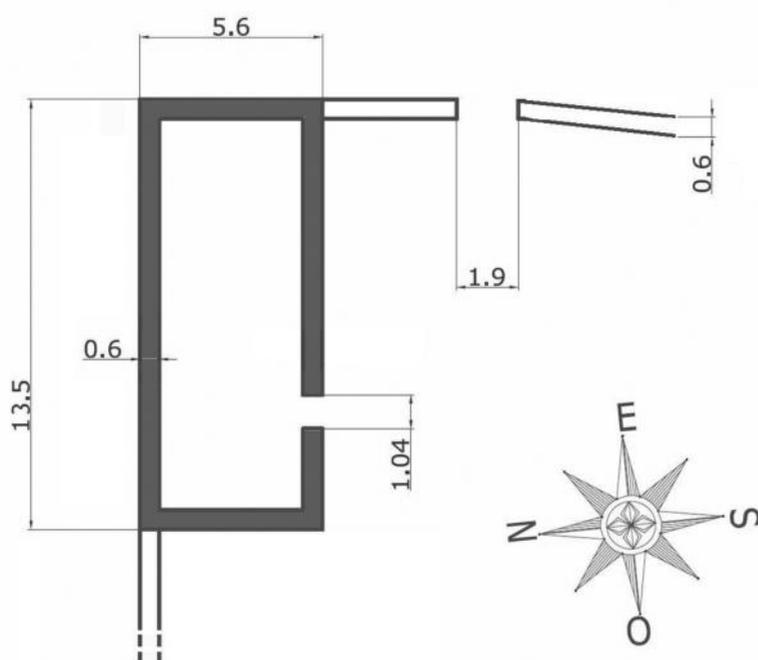


Fig. 20.-El Santo: planta.

Sus derrumbes son visibles a unos cien metros al norte del lecho, en el borde meridional de un pequeño rellano elevado unos 40 m sobre el arroyo. Según cuentan tenía una vivienda inmediata. Lo que hoy se aprecia es un conjunto arruinado de muros con forma de trapecio y lados de entre 20-25 metros. En la esquina nordeste se localiza una estructura rectangular de 13'5 x 5'6 metros, de orientación este-oeste, casi con seguridad los derrumbes de la ermita en sí (figs. 19 y 20). Aún se ve el acceso en el sur, de poco más de un metro de anchura. En la cabecera, situada al este, el muro conserva en torno a 1'5 metros de altura. El resto del espacio está cerrado por un potente muro, recinto que viene a conformar una especie de corral y que tiene el acceso por el este. El tercio occidental está algo elevado y cerrado a su vez por otro muro; no está clara su función, quizás pueda tratarse de los restos de la vivienda aunque reacondicionados. El abandono y casi olvido de este



Fig. 21.-Muro con inscripción y cruz localizado a oriente.

lugar sagrado no mengua la importancia que tuvo en el pasado para las gentes del entorno. Pocas ermitas comarcales tuvieron vivienda anexa y además parece que se abasteció de agua por medio de una canalización a la que aún se puede seguir el rastro, y que quizás también sirvió para regar las huertas inferiores; el pequeño embalse de recogida se adivina unos 300 metros lecho arriba y el canal muere justo al pie de la ermita.

Llama la atención un gran bloque de piedra cuadrangular, clavado en tierra a modo de estela, aunque formando parte del muro de un cerrado situado al oriente de la ermita (figs. 20 y 21). Es singular al tener grabada una cruz latina coronada por una inscripción de no más de diez letras de las que se pueden leer las tres primeras: AÑO. La extensión del texto apunta a que estamos ante una datación con la fórmula AÑO [de] ..., frecuente desde finales del siglo XVII y en todo el XVIII y que excepcionalmente aparece reflejada en el XIX. No puede asegurarse la fecha aunque algunos rasgos de los tres últimos signos (por lo que comentamos, cifras) hacen posible aventurar que quizás esté reflejando una cronología de finales del XVII.

Proyección del muro, ya en el sector inmediato a la ermita, son los curiosos mojones tradicionales delimitadores de los quintos que se van sucediendo cada 15-

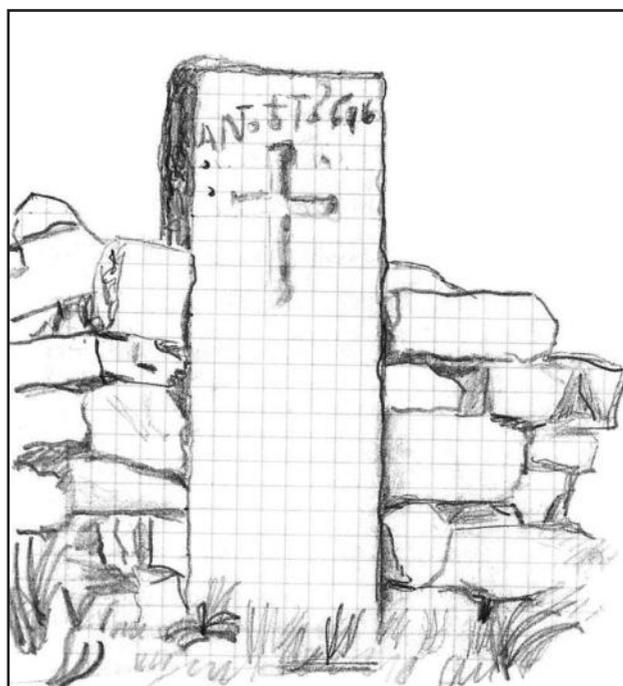


Fig. 22.-Bloque pétreo con cruz e inscripción, dibujo.

20 m hasta perderse de la vista ascendiendo las peladas alturas de los Montes Claros. Entre la ermita y el lecho se construyeron dos chozos pastoriles, parece que tras el abandono y ruina de la ermita, por lo que más que probablemente se aprovecharon de su piedra.



Fig. 23.-Procesión de San Marcos 2011: intercambio del documento de San Marcos.

(foto J. F. Revilla)

Los restos de *El Santo* se encuentran en el término de Valloria y justo es clarificar ya que dicho santo es San Marcos, muy querido en Valloria pero tanto o más en Las Aldehuelas, donde es además patrono local. Parece lógico pensar que antaño se celebrase una romería a la ermita, costumbre que se perdería con su abandono. Lo cierto es que la procesión de San Marcos existió hasta hace un par de décadas, aunque ajena a su ermita. Como contábamos al hablar de Santa María Caída, durante al menos el último siglo la imagen de San Marcos estaba un año en Valloria y otro en Las Aldehuelas, pasando de las manos de un pueblo a las del otro en una procesión que se celebraba el 25 de abril. Cuentan que, siempre dentro de la fraternidad propia del refrán que dice "lo bien repartido bien sabe", ambos pueblos rivalizaban entre sí con los choques de insignias y los cánticos, siendo siempre los más poderosos los que entonaban los vecinos del pueblo que dejaba ese año el santo cuando veían, desde el cruce de Santa María Caída, alejarse la imagen de San Marcos portata por sus rivales. Rivales pero amigos, además del traspaso del santo se intercambiaba también un documento que certificaba la amistad y concordia entre ambos pueblos (fig. 23).

Mucho más puede hablarse de esta procesión, por ejemplo que las andas eran llevadas generalmente por mujeres pues buena parte de los hombres estaban por esas fechas con el ganado en Extremadura. Viene a cuento mencionar la visceral economía trashumante de la zona al hablar de lo que la tradición oral dice sobre el origen de la ermita; Juan Ruiz, hijo de Las Aldehuelas, cuenta que la imagen recuerda un milagro, la aparición de San Marcos a un pastorcillo local. No es extraña la elección de un pastor pues es común en la comarca reconocer que en torno a Valloria crecen los pastos más finos de todo Tierra de Yanguas.

Hemos hecho el recorrido por las ermitas del nacimiento del Cidacos siguiendo el orden que marca el descenso del río, con una excepción, El Santo de Valloria. Y hemos querido acabar el viaje en compañía de San Marcos por el protagonismo

que tomó la primavera pasada gracias a la recuperación, décadas después, de su procesión. Banderas, insignias y estandartes volvieron a salir, volvieron a chocar y volvieron a cruzarse en honor de San Marcos... (figs. 8 y 24). Un motivo de alegría tanto para los que valoramos la recuperación de nuestro folclore como, sobre todo, para las gentes de Las Aldehuelas y Valloria que han conseguido que no acabe en el olvido una tradición común, una jornada festiva y de encuentro. Nos congratula el hecho y felicitamos las gentes de Las Aldehuelas y Valloria, especialmente a César González y a la Asociación Cultural Valloria.

Para concluir, una impresión que es también recomendación: visitar y disfrutar de estas ermitas y de la espléndida naturaleza que sirve de contexto, si es posible entre mayo y julio. Tanto o más que las ermitas hay que disfrutar del paisaje, inmersas como están en un parcelario tradicional, antiguo. Un viaje sencillo por la grandeza del pasado, un privilegio de nuestra Sierra que quizás pierda pronto parte de ese valor de recorrido por los ambientes rurales a los que dieron forma generaciones y generaciones de nuestros antepasados. En no muchos años, los que faltan para que se reorde-



Fig. 24.-Procesión de San Marcos 2011: choque de banderas, insignias y estandartes.

(foto J. F. Revilla)

nen las propiedades derivadas de la moderna concentración parcelaria, puede pasar a ser lo que son otras muchísimas tradiciones y elementos detenidos en el

tiempo, no una realidad en la que recrearse sino un grato recuerdo para los que estamos teniendo la suerte, hoy, de disfrutarlo.

BIBLIOGRAFÍA:

ANDRÉS, L.; POSTIGO, V., 1996, "Sobre ermitas, templos y religiosidad popular en Tierras Altas", *Revista de Soria*, 15. 19-26.

ARQUETIPO SCL, 1996-1997, *Inventario Arqueológico de las Cuencas del Cidacos y el Alhama (Soria)*. Junta de Castilla y León.

CABALLERO ORTEGO, M.; CABALLERO ORTEGO, M^a J., 1977, "Hacia el Alto Cidacos. El castro y la ermita de Valdeyuso, en Vizmanos", *Revista de Soria* 32.

GARCÍA GUINEA, M. A.; PÉREZ GONZÁLEZ, J. M^a; RODRÍGUEZ, J. M., 2002. *Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Soria*.

SORONDO, J. L. de, 1997, *Censo de Ermitas de Soria*.

DOS SORIANOS (DOÑA FRANCISCA RUIZ PEDROVIEJO Y DON BLAS TARACENA AGUIRRE) EN EL CRUCERO UNIVERSITARIO POR EL MEDITERRÁNEO (JUNIO-AGOSTO DE 1933)

Juan A. Gómez-Barrera

En el verano de 1933 tuvo lugar un Crucero universitario por el Mediterráneo organizado por Manuel García Morente, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, que agrupó a 192 catedráticos, profesores y alumnos. La relevancia del viaje, sin precedentes en la vida académica española del momento, estriba en muchos de los nombres de sus integrantes y en el carácter innovador del proyecto: un curso de Humanidades a bordo del barco *Ciudad de Cádiz* y un estudio, *in situ*, de las fuentes de la civilización europea. Durante cuarenta y cinco días visitaron Túnez, Egipto, Palestina, Turquía, Grecia, Italia y las islas de Malta, Creta, Rodas y Mallorca. A lo largo del Crucero los profesores pronunciaron conferencias preparatorias y los alumnos redactaron un diario, al que estaban obligados, diario que pudieron presentar a su término a un concurso organizado por la Facultad de Filosofía y Letras.

Luego, en el mes de diciembre y en las salas de los Amigos del Arte de Madrid, celebraron una exposición con las fotografías y dibujos obtenidos durante el viaje, que sirvió para recrearse en lo visto y en lo aprendido y para premiar la vena artística de los lotes presentados por Pascual Bravo y por Emilio Camps. Y en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes se estrenó el documental que sobre el Crucero, y en su transcurso, rodaron Arturo Ruiz Castillo y Gonzalo Menéndez Pidal, y que, proyectado más tarde en la Universidad de Valladolid, serviría a la postre para que, al curso siguiente, Cayetano de Mergelina impulsara una nueva edición con los alumnos de ésta.

Durante el año académico 1933-1934, el Centro de Estudios Históricos de Madrid celebró un curso titulado "Enseñanza de un viaje a Oriente", dirigido por Elías Tormo, en el que participaron los cruceristas Emilio Camps, María Elena Gómez-Moreno y Enrique Lafuente Ferrari. Y en 1934, tal y como se había acordado, la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid publicó el libro *Juventud en el Mundo Antiguo*, donde se recogieron los diarios premiados de Carlos A. del Real, Julián Marías y Manuel Granell, ilustrado con las galardonadas imágenes de Bravo y Camps.

Los párrafos que anteceden, intencionadamente no entrecuillados a fin de avalar las insignificantes modificaciones, no son enteramente nuestros: corresponden a las solapas del libro-catálogo que con motivo de la exposición sobre el *Crucero Universitario por el Mediterráneo (verano de 1933)*, celebrada en Madrid entre diciembre de 1995 y enero de 1996, editaron los Amigos de la Residencia de Estudiantes (Pérez

de Ayala, 1995). A tan claro y preciso texto acompañaban, además de ochenta ilustraciones entre dibujos y fotografías obra de los propios viajeros, escritos de Gregorio Marañón (1933), Guillermo Díaz-Plaja (1983), Julián Marías (1988) y Arturo Ruiz-Castillo (1995); un supuesto "diario de a bordo" conformados a base de fragmentos de los redactados durante la travesía por Manuel García Morente (1933: 113-142), Carlos A. del Real, Julián Marías y Manuel Granell (1934); las notas resumen del viaje de Enrique Lafuente Ferrari, por entonces "un joven profesor auxiliar de Historia del Arte",



Blas Taracena, Teodoro Soria, Francisca Ruiz, María Braña, Carmen García y Antonio García y Bellido, en la cubierta del *Ciudad de Cádiz*.

como lo definiera en 1998 Julián Marías (1998); y, a más de otras cosas, la lista completa de los participantes y de las conferencias pronunciadas durante el viaje.

Como era intención de los organizadores, quien conocía, por vínculos familiares o de otro tipo, la singularidad universitaria de aquel verano, tuvo motivos, con tan certera publicación, para recordarla; y quienes no teníamos noticia alguna, pudimos descubrirla en su total majestuosidad, máxime cuando, como era el caso, se mencionaba al arqueólogo y director del Museo Numantino Blas Taracena e incluso se dejaba entrever su silueta en alguna de las muchas fotografías reproducidas. Aquello fue para nosotros, en relación con nuestro biografiado, un descubrimiento, pues ni siquiera Antonio Beltrán, en la biografía arqueológica que el propio Taracena corrigiera y que sirvió de base a todas las notas biográficas posteriores, la mencionaba (1946: 1-7); y José Tudela, que escribió a su muerte la nota necrológica oficial, habló literalmente de un viaje de estudios "por el litoral del Mediterráneo, con sus propios medios, el año 1933" (1951: 150). Ciertamente que Luis Pericot, que acudió al Crucero como uno más de los profesores que representaban en él a la Universidad de Barcelona, mencionó, en otra nota necrológica que firmó con Tudela en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, "el inolvidable crucero universitario de 1933", en el que, según dijo, renovó la amistad que le unía a Taracena desde los tiempos del Congreso de Barcelona (Tudela y Pericot, 1951: 480). Sin embargo, la referencia fue tan escueta que, al menos para nosotros, no se hizo notar.

En realidad, fue el propio Crucero el que pasó desapercibido una vez que la guerra puso fin a la II Re-



La motonave *Ciudad de Cádiz* –antes Infanta Cristina– propiedad de la Compañía Transmediterránea, fotografiado por Francisca Ruiz Pedroviejo.



La motonave *Ciudad de Cádiz* –antes Infanta Cristina– propiedad de la Compañía de Barcelona (15 de junio de 1933), en la cubierta del *Ciudad de Cádiz*: Antonio García y Bellido, Carmen García de Diego, Francisca Ruiz Pedroviejo y María Braña de Diego.

pública... por más que en 1948 un transformado Carlos A. del Real "revisara" lo escrito en su diario premiado (1948: 8), y otro grupo de arqueólogos, y singularmente Taracena, pretendieran recordarlo, sin citarlo, con el crucero a las Baleares con que adornaron el Curso de Arqueología del Sudeste de 1949 (Gracia Alonso y Fullola Pericot, 2006). En 1977, en *El Día de Toledo*, Fernando

Jiménez de Gregorio se atrevió a añorarlo, calificando la experiencia de inolvidable y citando entre otros a Blas Taracena. Luego, en 1983, Guillermo Díaz-Plaja lo recordó en ABC; y, cinco años más tarde, Julián Marías lo incluyó en el primer volumen de sus *Memorias* (1988: 135-139), en textos que, como ya hemos mencionado, reproducirían nuevamente los Amigos de la Residencia de Estudiantes.

Entre aquellos breves retazos de lo que fue el Crucero y la memoria más premeditada e ilustrada de la exposición referida no queda más que anotar, que sepamos, que el libro *A l'entorn de les Aigües*

Lluminoses. El Creuer universitari, de Francesc Esteve i Gàlvez (1985), que recogía su diario cincuenta años después de que la propia Universidad gestora del viaje publicara los de Carlos A. del Real Ramos, Julián Marías Aguilera y Manuel Granell Muñoz. Afortunadamente, los nuevos tiempos trajeron nuevos aires, y a la segunda edición del texto de Esteve (1995) y a los actos de la Residencia de Estudiantes, siguió, en coincidencia cronológica casi absoluta, cincuenta páginas de la biografía de Manuel Gómez Moreno dedicadas por entero al Crucero, trazadas por su hija María Elena en narración personalísima por cuanto, a su condición de biógrafa, añadía la de crucerista (1995: 407-456).

A la particular visión de los Gómez-Moreno, de la que tendremos ocasión de comentar algún extremo,



Francisca Ruiz Pedroviejo y sus amigas, entre las que se encuentra Carmen García de Diego futura esposa de Antonio García y Bellido, en plena ruta, entre Alejandría y Jaffa (actual Haifa).

se añadió pronto la del grupo de arabistas que comandó Ángel González Palencia y transmitió Fernando de Ágreda Burillo. Este se acercó primero a la personalidad de aquel (Ágreda Burillo, 1991) y recuperó después recuerdos de su biografiado –especialmente sus “crónicas” del viaje publicadas aquel mismo verano en *El Debate*– y de las estudiantes que, desde la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, conformaron con los profesores González Palencia y García Linares el mencionado grupo (Ágreda Burillo, 1999: 27-40).

La continuada demanda de información sobre el Crucero, ligada a aniversarios, puntuales estudios biográficos y exposiciones conmemorativas, hizo pensar –como le comentara por carta Manuela Manzanares al profesor Ágreda Burillo (2005: 359)– “en una especie de renacimiento del interés por ese viaje...”, algo que quedaría de manifiesto con la publicación de los diarios, o fragmentos de los mismos, de Antonio García y Bellido y de su esposa Carmen García de Diego (Blánquez y Pérez, 2004: 43-46), de Fernando Jiménez de Gregorio (2005), de Jaume Vicens Vives, de Gregorio Marañón Moya y de Esmeralda Gijón Zapata (Gracia Alonso y Fullola Pericot, 2006: 402-458; 462-471; y 477-534, respectivamente), y, en fin, de Isabel García Lorca (López-Ríos, 2008: 653-663). Pero además, trascendido el tiempo, la poeta y narradora catalana Susanna Rafart, nacida treinta años después



Francisca Ruiz Pedroviejo, María Braña de Diego y Conchita López Morales en el Erecteion, el 15 de julio de 1933.

de que aquél se celebrara, convertía “el aula universitaria sobre el mar” –que eso es lo que para ella fue el viaje de 1933– en un mito literario al publicar *Un cor grec*, texto con el que pretendía revisarlo y reflexionar sobre la cultura de los años treinta y su comparación con la actual (2006). Y apenas hace unos meses, sabedores de la trascendencia que el Crucero tuvo para sus padre, dos de los hijos de Julián Marías (Daniel y Javier), acompañados de Francisco Javier Jiménez, facilitaron la reedición, en “Páginas de Espuma”, del fragmentado “diario” de aquél, aderezado con las cartas que el joven Marías escribió entonces a sus padres y con muchas de las fotos que coleccionó y guardó de tan maravillosa experiencia (Marías, 2011).

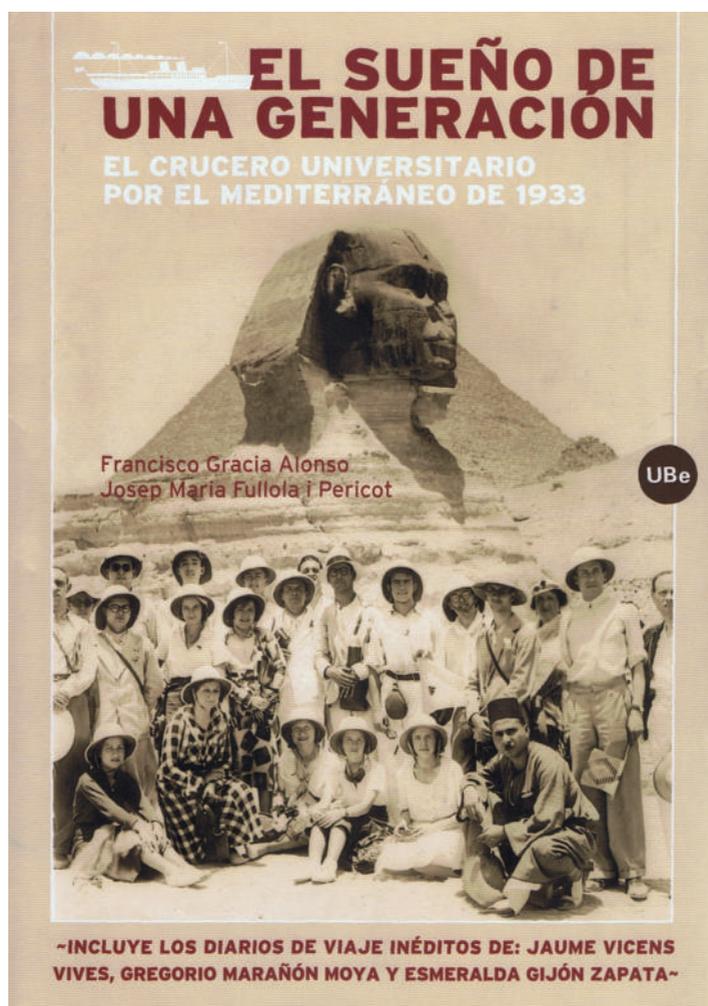
“El sueño de una generación”

Con todo, la obra que necesitaba el Crucero para articular sus hechos y aglutinar su funcionalidad y sentido llegó de la mano de Francisco Gracia Alonso y Josep María Fullola Pericot, dos prehistoriadores que supieron entender que bajo la exclamación “¡oh, aquel crucero del 33!”, tantas veces oída a sus maestros Pericot y Maluquer, se escondía “le evocación de una ilusión cumplida, de un sueño irreplicable, de una juventud lejana...”. Comprendieron, también, que aquel “periplo”, que se había tardado casi setenta años en rememorar, era más, mucho más, que un “algo inolvidable”, un “hito o punto de referencia”, un “antes y después de él” en las vidas de sus participantes; era, más que la suma de muchas ilusiones individuales, una experiencia común, un sentimiento colectivo, un sueño, “el sueño de una generación”. Si los actos de la Residencia

de Estudiantes sirvieron para rescatar del olvido tan universal y culta aventura, el libro de Gracia Alonso y Fullola Pericot ha de servir para que esta generación y las venideras no solo posean un exhaustivo conocimiento del hecho sino una correcta explicación histórica del fenómeno. Por eso, igual que hiciéramos al comienzo con los textos del catálogo, deberíamos olvidar por un instante nuestras palabras y reproducir aquí las suyas, aquellas que centran de forma precisa el sentido de aquel Crucero Universitario por el Mediterráneo.

El Crucero Universitario fue –dirán nuestros autores en las primeras páginas de su libro– algo más que el viaje de 45 días, durante junio y julio de 1933, de un par de centenares de profesores y alumnos de la Universidad española alrededor del Mediterráneo. Fue una apuesta firme y renovadora de una Universidad que entendía el advenimiento de la República como el momento adecuado para cambiar las anquilosadas estructuras universitarias españolas, para dar autonomía a los centros, para plantearse la racionalización de los planes de estudios, para implicar a todos los estamen-

tos en la mejora de la enseñanza. Y ese marco de cambio positivo lo utilizó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central –y con ella otras Universidades españolas– para poner en práctica una experiencia tan singular, y por lo demás tan próxima a la Institución Libre de Enseñanza y a los proyectos educativos del Ministro de Instrucción Pública Fernando de los Ríos Urrutia, como la de hacer que un grupo de estudiantes, acompañados de sus profesores, visitaran y conocieran los lugares en los que se gestaron las raíces de nuestra cultura milenaria, para así mejorar, de manera global y pragmática, su formación.



Portada del libro *El sueño de una generación* (Barcelona, 2006), de Francisco Gracia y José María Fullola, compendio de todo cuanto se sabe del Crucero de 1933.

Dos sorianos en el Crucero Universitario por el Mediterráneo: el Prof. Dr. D. Blas Taracena Aguirre (1895-1951) y la estudiante D^a. Francisca Ruiz Pedroviejo (1910-1977)

La cosa, podrá suponer el lector, no fue fácil; y tan complicado resultó generar la idea como transmitirla y, aún más, llevarla a buen puerto. Mas, para nosotros, embarcados en la biografía absoluta de Taracena, lo significativo de todo aquel envite fue su propia participación pues, como tantas veces se ha recordado, "el Crucero era de estudiantes, no de investigación". De lo primero, el libro de Gracia Alonso y Fullola Pericot darán al lector cuantas explicaciones precise —en la idea, en el viaje, en el recuerdo y aún en lo arqueológico—; de lo segundo nos ocuparemos nosotros, con el uso de nuestra propia investigación aún en curso, y, de manera especial, con la inestimable, generosa y atractiva ayuda del archivo fotográfico de Francisca Ruiz Pedroviejo, estudiante soriana en Madrid de Filosofía y Letras, que tuvo la dicha de participar en tan célebre actividad y atesorar un conjunto de instantáneas de la

misma, unas obtenidas por ella, otras por sus compañeros y amigas, y algunas más por los fotógrafos profesionales y periodísticos que cubrieron el viaje allí donde éste llegó. Ruiz Pedroviejo falleció algún tiempo antes de que se empezaran a celebrar los fastos que aquí se narran, pero su fiel sirvienta, señorita de compañía o ama de llaves, Celia Borobia Rubio, tuvo a bien, ante el recuerdo que se pretendía hacer de Doña Paquita, cedernos para este y otros posibles trabajos historiográficos las fotos que con tanto cariño recibió de ella. Lamentablemente nada sabemos de la existencia o no del "diario de viaje" que, en su condición de crucerista, debió de redactar, como tampoco sabemos nada del de Taracena, aunque, eso sí, nos consta, porque así nos lo comunicó su hija Titi, que éste lo escribió o, al menos, tomó amplias anotaciones de cuanto tuvieron la fortuna de visitar.

Si embargo, antes de centrar el tema en lo que aquí se pretende resaltar, bueno será para el lector que desconoce el asunto que, utilizando el fácil y cumplido recurso del cuadro síntesis, resumamos el periplo en sus fechas, sus itinerarios, sus visitas y sus particulares anécdotas o curiosidades.



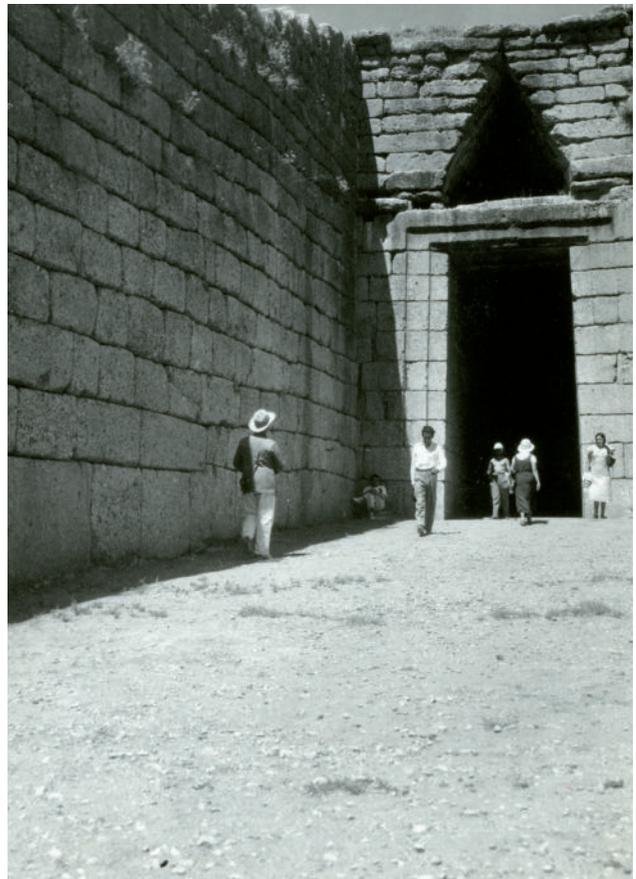
La fotografía, hecha por Francisca Ruiz en 14 de julio de 1933, inmortaliza al grupo de viajeros en el momento en que, dirigidos por Manuel García Morente, depositaban una corona de laurel en las ruinas del Partenón.

EL CRUCERO UNIVERSITARIO POR EL MEDITERRÁNEO (VERANO DE 1933). SÍNTESIS DE UN VIAJE

FECHA	ITINERARIO	VISITAS, ACTIVIDADES, CURIOSIDADES
15 de junio	Barcelona-Túnez	Motonave "Ciudad de Cádiz" (1929-1937). El viaje fue anotado por la prensa de buena parte del país; un ejemplo: <i>La Voz de Menorca</i> , del 19 de junio, titulaba así una doble columna: La Expedición estudiantil por el Mediterráneo".
16 de junio	En ruta	Conferencias de C. de Mergelina ("Cartago"), M. Gómez Moreno ("Monumentos árabes de Kairuán"), E. Camps ("Monumentos de Túnez y Susa, Á. González Palencia ("Sepulcro en Túnez de Abdalá el Trujimán").
17 de junio	Túnez	Museo de El Bardo; zocos de Túnez; ruinas de Cartago; y expedición a Dar Zarrouk, en Sidi-Bou-Said, para contemplar el golfo de Túnez.
18 de junio	Susa-Kairuán	Susa, Museo Arqueológico, ruinas de Hadrumetum y la Gran Mezquita de Sidi Okba de Kairuán. En el Ayuntamiento de Susa, los cruceristas fueron recibidos por las autoridades bajo los acordes del Himno de Riego y la Marsellesa.
19 de junio	Isla de Malta	Conferencias de H. Obermaier ("Monumentos neolíticos de la isla de Malta") y E. Tormo ("Breve historia de la isla de Malta"). Unos visitan La Valetta y otros –los arqueólogos– el Museo y el templo de Hal Tarxien, el hipogeo de Hal Saflieni y los conjuntos megalíticos de Hagiar Kim y Mnaidria.
20 de junio	En ruta hacia Alejandría	Conferencias de B. Taracena ("Cartago"), L. Pericot ("Egipto") y E. Tormo ("El Cairo").
21 de junio	En ruta hacia Alejandría	Conferencias de P. Bravo ("Arquitectura egipcia"), J. Martínez Santa Olalla ("Reinados de Amenofis IV y Tutankamón"), Á. González Palencia ("Historia árabe de Egipto") y M. Gómez Moreno ("Egipto, Palestina y Grecia"). Baile nocturno.
22 de junio	Alejandría-El Cairo	Paseo por Alejandría y marcha, en tren, a El Cairo. Hospedaje en el Hotel National.
23 de junio	El Cairo	Menfis, Sakkara, Gizeh. Mezquita de Beni Hassan. El embajador de España ofreció una cena de gala a los profesores. Los estudiantes disfrutaron de la noche en la ciudad.
24 de junio	El Cairo	Museo Egipcio por la mañana; por la tarde, visita a las mezquitas.
25 de junio	El Cairo. Alejandría	Museo Árabe. Museo Egipcio. Jardín Zoológico. Recepción en la Universidad Egipcia. Regreso a Alejandría.
26 de junio	Hacia Palestina	Conferencias de J. Zaraqüeta ("Introducción a la visita de Palestina") y otra no prevista de E. Tormo. Puerto de Jaffa.
27 de junio	Jerusalén	Hospedaje en la "Casa Nova" de los PP. Franciscanos. Iglesia del Santo Sepulcro. Vía Dolorosa. Subida al Gólgota. Monte de los Olivos. Valle de Josafat.
28 de junio	Jerusalén y Belén	Belén: Basílica de la Natividad; Jerusalén: iglesia de San Esteban, mezquita de la Ascensión. Tumba de los Reyes. Museo de Palestina. Viaje al desierto de Judea, Mar Muerto y río Jordán. Universidad Hebrea. Conferencias de M. García Morete ("Historia de España") y H. Obermaier ("Altamira y la prehistoria española").
29 de junio	Jerusalén	Visita a la Jerusalén romana y a las mezquitas de Omar y Al-Aksa. Recepción oficial de las autoridades de Tel Aviv.
30 de junio	En el mar, rumbo a Creta	Descanso en el "Ciudad de Cádiz". Conferencias de J. Martínez Santa Olalla ("Cultura Egea") y L. Pericot ("Civilización cretense").
1 de julio	Creta	Cnossos. Palacio del Rey de Minos. Agasajos en Candia y recuerdos oficiales en torno a El Greco. En el barco, baile ofrecido por García Morente.
2 de julio	Creta. Rodas	Visita del Museo de Candia guiada por el Prof. Marinatos.
3 de julio	Islas de Rodas	Visita de la ciudad, del Museo, del barrio judío y del puerto. Encuentro con sefardíes. Acto protocolario adornado con saludos fascistas.
4 de julio	En el Egeo	Conferencias del profesor Ángel Apraiz Buesa ("Arte bizantino") y R. García de Linares ("Los orígenes del Islam").
5 de julio	Esmirna	Esmirna. Museo, ciudad y monte Pagus. Salida hacia Constantinopla.
6 de julio	En Los Dardanelos	Imbros. Estrecho de Los Dardanelos. Mar de Mármara. El Bósforo. Estambul. Vista lejana de la cúpula de Santa Sofía.

FECHA	ITINERARIO	VISITAS, ACTIVIDADES, CURIOSIDADES
7 de julio	Estambul	Santa Sofía. Plaza del Hipódromo. Obelisco de Heliópolis. Mezquita Azul del sultán Ahmed. Iglesias de San Sergio y San Baco.
8 de julio	Estambul	Paseo por la ciudad. Museos Islámico y Asirio.
9 de julio	Estambul	Palacio de Beyler bey. Universidad. Bósforo. Museo de Serrallo.
10 de julio	Estambul	Puerto Dorado. Puerta de Constantino. Iglesia de Santa Sofía. Visita de Mis Turquía.
11 de julio	Salónica	Conferencia de M. García Morente ("Grecia"). Salónica. Recepción de la colonia española en Salónica.
12 de julio	Salónica	Iglesias bizantinas. Museo de Salónica. Recepción en la Universidad y despedida multitudinaria en el puerto.
13 de julio	En el mar. Atenas	Conferencia de A. García y Bellido ("Técnica en la estatuaria griega"). Atenas: Acrópolis. Recepción por parte de la Liga Hispano-Helénica.
14 de julio	Atenas	Museo Nacional de Atenas. Recepción en la Universidad y nueva conferencia en francés de M. García Morente sobre Historia de España.
15 de julio	Atenas	Otra vez en la Acrópolis. Visita a Eleusis y museo. Recepción a las autoridades griegas en el "Ciudad de Cádiz".
16 de julio	Atenas	Representación de "Electra", en el teatro Odeón de Herodes Ático.
17 de julio	Atenas	Museo Bizantino. Museo Banagin. Como despedida, en honor de los cruceristas, iluminación de la Acrópolis. Salida hacia Nauplia.
18 de julio	Nauplia	Tirinto. Argos. Micenas. Tesoro de Atreo. Epidauro.
19 de julio	Corinto	"El canal es como una enorme grieta que separa la Grecia centro-norte del Peloponeso" (Jiménez de Gregorio). Itea. Delfos.
20 de julio	Olimpia	Pyrgos. Olimpia. Museo. Pyrgos: recibimiento popular.
21 de julio	Mar Jónico	Noche y día completo de mar. Conferencias de J. Ferrándis ("Sicilia") y M. Ballesteros ("Olimpia"). Llegada a Siracusa al atardecer. Paseo.
22 de julio	Siracusa	Visita a la catedral, Museo, Ara de Hierón y anfiteatro. Estrecho de Mesina. Mar Tirreno. Conferencias de M. Gómez Moreno ("De Siracusa a Palermo") y E. Lafuente Ferrari ("Ribera y Sicilia").
23 de julio	Palermo	Palermo. Recepción en la Casa della Federazione Fascista.
24 de julio	Palermo	Museo. Recepción en la Universidad. Monreal. Rumbo a Nápoles.
25 de julio	Nápoles	Vesubio. Conferencia en la Universidad sobre Herculano y Pompeya a cargo del Prof. Giuseppe Spano. Visita a la Ciudad Vieja.
26 de julio	Nápoles-Pompeya	En tren especial a Pompeya. Visita. Recepción en Nápoles, en el Instituto Oriental.
27 de julio	Nápoles-Paestum	Paestum. Salerno. Nueva recepción en Nápoles a cargo del embajador español.
28 de julio	Nápoles	Algunos cruceristas se trasladan a Roma, en viaje no previsto. Otros visitan el Museo de Nápoles y asisten a las recepciones oficiales en la Casa del Fascio y en la Cartuja de San Martino, esta última dada por el Ayuntamiento de la ciudad.
29 de julio	Nápoles	Visita a Herculano. Salida para España.
30 de julio	En el mar	"... lo pasamos navegando y mareados" (Jiménez de Gregorio).
31 de julio	Palma de Mallorca	Catedral. Formentor. Coves del Drac. Ciudad de Palma. Valldemossa y Sòller.
1 de agosto	Valencia. Fin del Cruce-cero por el Mediterráneo	"El Ciudad de Cádiz llegó al puerto de Valencia a las 10 de la mañana del 1 de agosto de 1933" (Gracia y Fullola). "Por los campos oscuros, huyendo en la sombra del Levante español, en un definitivo alejamiento de lo oriental, el tren -hierros nocturnos- me devuelve a Madrid" (J. Marías). Fuente: Elaboración propia a partir de recopilaciones y textos de Pérez de Ayala (1995), Jiménez Gregorio (2005) y Gracia Alonso y Fullola i Pericot (2006).

Fuente: Elaboración propia a partir de recopilaciones y textos de Pérez de Ayala (1995), Jiménez Gregorio (2005) y Gracia Alonso y Fullola i Pericot (2006).



La esfinge de Giseh, la tumba de Atreo en Micenas, la torre de la Mezquita de Kairuán y la Mezquita de El Cairo, monumentos visitados en intensas jornadas del Crucero y, posiblemente, fotografiados por Francisca Ruiz Pedroviejo.

El Crucero de Blas Taracena

Es fácil suponer que Taracena conoció la idea básica del Crucero Universitario por el Mediterráneo desde el mismo momento en que ésta saltó a la prensa nacional, una vez que el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Fernando de los Ríos, lo comunicó al Consejo de Ministros. Aquello tuvo lugar el 20 de marzo de 1933, y en los días siguientes *El Debate*, *El Sol*, *El Socialista* y *El Liberal*, por citar tan solo periódicos de Madrid, se hicieron eco de las palabras del Ministro y difundieron los pormenores del viaje de estudios que aquel verano iba a organizar la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid (Gracia Alonso y Fullola i Pericot, 2006: 36-47). Los explícitos titulares de los periódicos –“Este verano se organizará una expedición de estudiantes de las Facultades de Filosofía y Letras a través del Mediterráneo”, en *El Sol* del martes 21; o “Una gran expedición cultural” del sábado 25, en *El Socialista*– pudo comentarlos Taracena en Soria nada más y nada menos que con Hugo Obermaier, catedrático de Historia Primitiva del Hombre de la propia Facultad organizadora, que aquellos días, viernes 24 y sábado 25, conferenciaba por partida doble en la cátedra del Ateneo de Soria. El

hecho ya quedó comentado, así como su contenido –“El hombre prehistórico y el arte”– y el que fuera invitado a participar por el propio Taracena dada la amistad que desde los Congresos de Barcelona y Argel mantenían (Gómez-Barrera, 2006: 288). Obermaier, incluso, fue recibido por aquél en su casa del Museo y, como se dice, todo hace pensar que aquella coincidencia fue la llave que motivó la presencia del Director del Museo Numantino en tan novedosa y singular experiencia, presentada desde un principio, por lo demás, como “parte de la obra cultural de la República”, tal y como lo había explicado Fernando de los Ríos al periódico *El Sol* el 25 de marzo de aquel mismo año.

Pese algunas críticas, en buena parte desmesuradas, la idea del Crucero quedó aprobada por el Ministro de Instrucción Pública el 4 de abril, iniciándose de inmediato las inscripciones de los participantes, tanto de estudiantes como de profesores. Entre estos últimos quedaron incluidos 15 bibliotecarios, archiveros y profesores de instituto, antiguos alumnos de la Universidad Central, que, como los docentes universitarios, pagarían íntegramente la cuota de 1.600 ptas. Taracena debió hacerlo al poco tiempo, a través de una tarjeta postal enviada al profesor José Ferrandis Torres, Secretario de la



Una idílica imagen del Bósforo, desde Constantinopla.



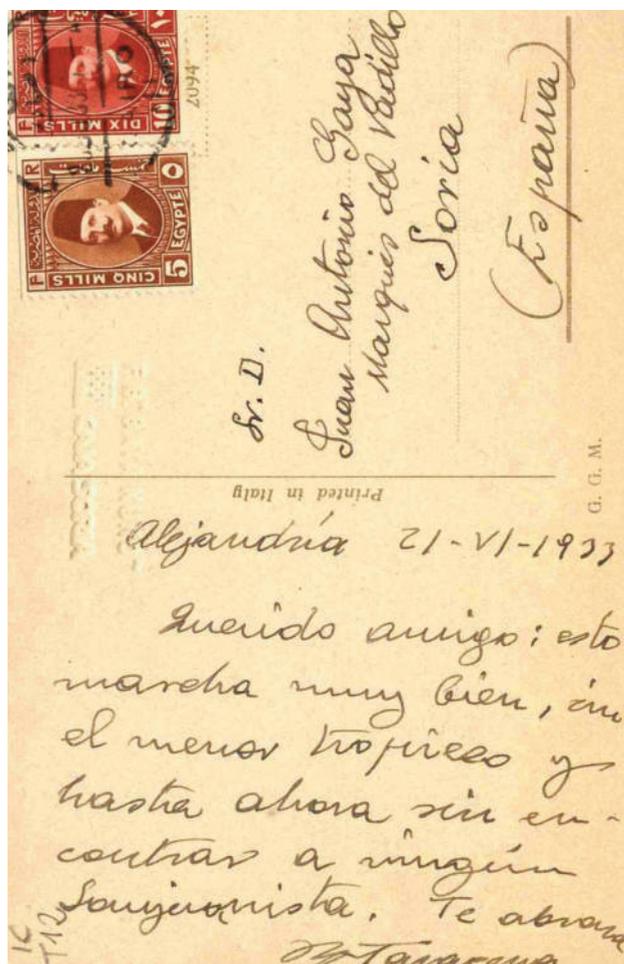
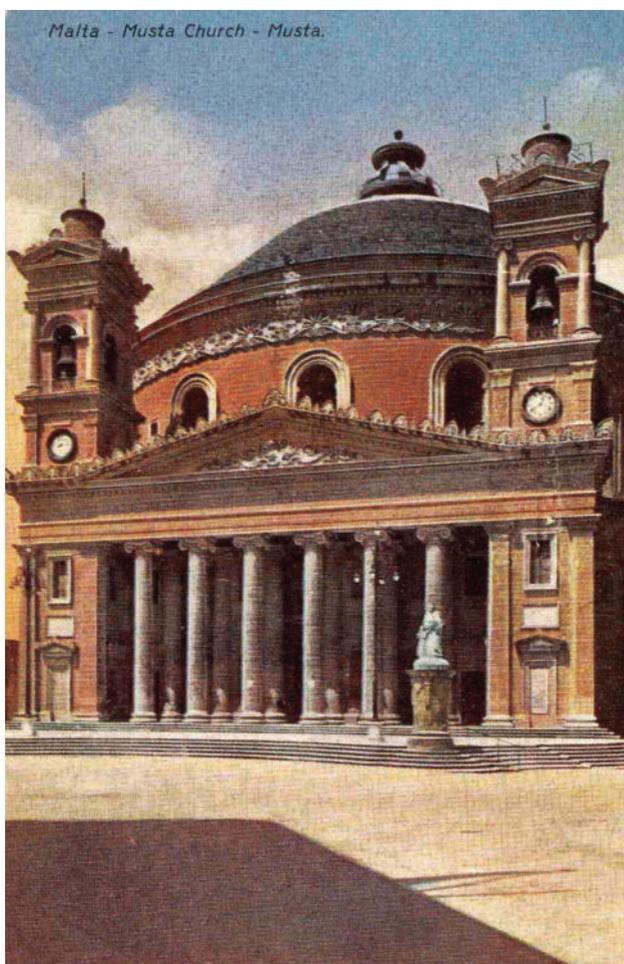
Arcadas de la Gran Mezquita de Kairuán.

facultad madrileña y del propio Crucero. Este contestó a Taracena desde París con otra tarjeta, fechada a 18 de mayo, en la que decía: "He recibido su postal y nos agradará poderle llevar con nosotros. El precio total del viaje es de 1.600 ptas. que habrán de abonarse a primeros de junio. Ya le daré detalles en cuanto tengamos el itinerario completo. Se saldrá de Barcelona el 15 de junio y se regresará a Valencia el 1º de agosto".

Pocos días después, y con tan cariñosa respuesta en el bolsillo, Taracena solicitó del Director General de Bellas Artes "licencia para concurrir al viaje de estudios por el Mediterráneo organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid", según se puede leer en la entrada 373, del 2 de junio de 1933, del Libro de Registro de Salida de Comunicaciones del Museo Numantino. Y aquel, Ricardo de Orueta, debió concederlo a vuelta de correo, pues el 6 de junio, con otra tarjeta postal, esta vez con la Giralda de Sevilla como testigo, el Secretario del Crucero le confirmaba su inscripción definitiva: "He recibido su giro y retratos y ya tiene Vd. plaza reservada para el Crucero. Todos estos días le enviaremos instrucciones; mañana el itine-

rario completo que abarca desde el día 15 en Barcelona hasta el 1º de agosto en Valencia. Dígame si quiere salir de Madrid con tarifa especial y 3ª clase el día 14".

Del día a día de Taracena en el Crucero no podemos decir más que lo poco que de su presencia transmitieron los diarios de los alumnos y profesores hasta ahora publicados. En este sentido, ni una sola mención hizo María Elena Gómez-Moreno, lo cual no deja de llamarnos la atención toda vez que su padre fue profesor del soriano y, además, miembro del Tribunal que juzgó, con Premio Extraordinario, su Tesis Doctoral; luego, en 1924, publicaron juntos una pequeña varia sobre epigrafía soriana (Taracena y Gómez-Moreno, 1924: 23-25); y al tiempo, en ese mismo año, el alumno agradeció las enseñanzas del Maestro citándolas expresamente en la dedicatoria de la edición de aquella (Taracena, 1924). Sí le recordó Julián Marías, con su profesión y cargo –"arqueólogo y director del Museo Numantino de Soria"–, cuando el filósofo rememoró el Crucero cincuenta y cinco años después y hacía treinta y siete que había desaparecido tan distinguido arqueólogo (Marías, 1988:137); e hizo lo propio, con tanto o igual recono-



Anverso y reverso de la postal que desde Alejandría envió Blas Taracena, el 21 de junio de 1933, a su querido amigo Juan Antonio Gaya Nuño (Centro Cultural Gaya Nuño, Soria).

cimiento, Fernando Jiménez de Gregorio, a quien se debe, por lo demás, la única cita larga de la disertación que sobre "Cartago" pronunció Taracena el 20 de junio, mientras se viajaba por aguas de Malta a Egipto (2004: 20). Y desde luego no se olvidaron de él ni Luis Pericot ni Antonio García y Bellido, aunque fuera de forma indirecta en comentarios generalizados sobre sus propias experiencias.

Sabemos, por las listas oficiales del Crucero analizadas por Gracia Alonso y Fullola Pericot, que disfrutó Taracena de un camarote individual en primera clase. Este dato fue, además, refrendado por Antonio García y Bellido al recordar que los catedráticos ocuparon camarotes de primera de preferencia (Blánquez y Pérez, 2004: 43-44). Precisamente, con Antonio García y Bellido, Hugo Obermaier y Luis Pericot conformó grupo Taracena, llevados por su amistad y afinidades personales; y en él se integraron alumnos como Martín Almagro Basch, Carlos Alonso del Real, Francesc Esteve Gálvez y la propia Francisca Ruiz Pedroviejo como recordarán, y lo veremos al final, los nuevos editores de las *Notas de un viaje a Oriente* de Julián Marías. La finalidad de tales grupos no era otra que "permitir las visitas de forma escalonada a los diferentes monumentos" (Gracia Alonso y Fullola i Pericot, 2006: 76), si bien, al menos en lo que respecta a los profesores, sirvió también para asignar las plazas que tenían reservadas en el comedor de primera clase. Este extremo, y especialmente la composición de la mesa que en un rincón del comedor ocupaban Obermaier, Taracena, García y Bellido y Pericot, fue bien anotado por este último quien, muchos años después de celebrarse el Crucero, aun recordaba como en aquél lugar "se hablaba mucho de Arqueología, desde el Paleolítico hasta la Edad Media", y se comentaba lo que diariamente veían (Pericot, 1975: 11-21).

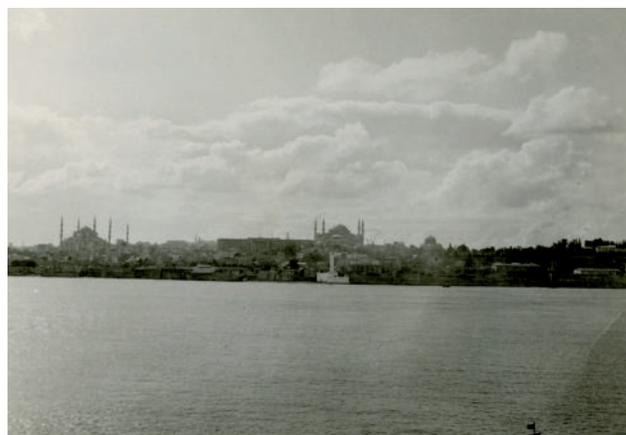
Aunque es de suponer que enviaría más de una postal, carta o telegrama a su esposa Juana y a sus hijos Blas, Margarita y Trinidad, lo cierto es que no conocemos más comunicación que la postal que desde Alejandría, con imagen de un edificio religioso de Malta, mandó a su amigo Gaya, a la soriana dirección de Marqués de Vadillo, el 21 de junio. En ella, con buen sentido del humor y perfecto conocimiento de las inquietudes del joven intelectual, le escribía que todo marchaba bien, que no había tenido "el menor tropiezo" y que, hasta entonces, tampoco había encontrado "sanjuanista" alguno.

En esta misma línea de felicidad por un viaje que, además de merecido descanso, le aportó amplios conocimientos, estaría la referencia que al mismo hizo en la

primera carta que, tras el Crucero, hubo de dirigir por asuntos del Museo Numantino a Ricardo de Orueta, Director General de Bellas Artes, el 11 de agosto, y en la que empezaba aludiendo al permiso que aquél le concedió –"De nuevo en España después del maravilloso viaje por el Mediterráneo, que su autorización me consintió hacer..."– y concluía, reiterativo, "dándole nuevamente las gracias por la licencia".

En Soria, en principio, no quedó referencia alguna al Crucero. Por el mismo, y con la licencia ya reseñada, dejó su trabajo en el Museo Numantino y Celtibérico; hizo lo propio en el Archivo Municipal, del que no consta por escrito ningún permiso ni solicitado ni concedido con tal motivo; y desde luego no asistió, como era su obligación por el desempeño de una Vocalía, a los juicios que celebró el Tribunal de lo Criminal entre el 30 de junio y el 3 de agosto. Lo curioso del caso es que los periódicos sorianos, siempre tan dispuestos a desear buen viaje o a dar la bienvenida, en absoluto reflejaron ni la partida de Soria ni la llegada a ella del "buen amigo y distinguido señor Director del Museo Numantino".

Y sin embargo, en alguna mente ingrata o excesivamente envidiosa, permaneció la idea de que Taracena había realizado aquel largo viaje a costa del gobierno



Constantinopla desde el Bósforo.

republicano, y esto quedó así grabado, denunciándose lo uno –el viaje– y lo otro –la participación en una actividad tan distinguida de la República– en el Expediente de Depuración instruido contra él por la Junta Técnica del Estado, en Burgos, al poco de iniciarse la contienda bélica en julio de 1936.

De tan desagradable y trascendental acontecimiento en la vida de Blas Taracena nos ha de ser útil aquí extraer la defensa que contra tal acusación formuló el interesado. Ya se transcribieron las postales con que José Ferrandis Torres certificó el pago de 1.600 ptas. con que aquel concretó su inscripción en el Crucero; mas a estos documentos, aportados como descargo por el propio Taracena, incluyó éste un párrafo específico sobre la naturaleza de su participación en aquél y lo grato que le resultó. El texto que reproducimos a continuación tiene, mientras no se reencuentren los escritos que Trinidad Taracena del Piñal dice haber visto alguna vez, el carácter de ser el único testimonio directo de Taracena sobre el Crucero con que hasta ahora contamos:

“... fui en compañía de los señores Tormo, Zargüeta (Vice-Rector del Seminario y Catedrático), González Palencia (actualmente en la Comisión depuradora de Universidades) y otros muchos, pero no designado por el Gobierno, que no hacía designaciones, sino admitido por la Universidad que con Arqueólogos no universitarios cubrió el cupo del barco y pagando de mi propio peculio mil seiscientos pesetas, que era la cuota máxima que pagamos profesores y alumnos no becarios; y realicé con gozo este Crucero porque respondía a mis aficiones profesionales, permitiéndome la ocasión de visitar, y siempre a mi costa, distintos Museos, El Cairo, Constantinopla, Atenas, etc., y lo que seguramente ha anhelado y anhela todo cristiano, Jerusalén y los Santos Lugares, donde mis compañeros de viaje pueden testimoniar de la profunda emoción religiosa que logré gozar” (AGA, Caja-Legajo, 31/6056).

Y el de Francisca Ruiz Pedroviejo

De la participación en el Crucero de “esta soriana de pura cepa y castellana vieja de pro” –según la defi-

niera muchos años después su amiga María Luis Herrera (1977: 60)– supimos, como de todo o de casi todo cuanto a aquél concierne, por el preciso y, aunque breve, bello catálogo con que Juan Pérez de Ayala apuntaló la exposición que sobre el Crucero organizó la Asociación de Amigos de la Residencia de Estudiantes. Quedó instalada en el Pabellón Transatlántico de la propia Residencia y mientras permaneció abierta, entre el 1 de diciembre de 1995 y el 31 de enero de 1996, se sucedieron hasta tres “mesas redondas” que, junto con ella y el propio catálogo, pretendieron tanto dar a conocer como rememorar lo que tan celebrada actividad supuso para la Universidad española y, especialmente, para todos y cada uno de los 192 participantes.

Habían pasado 62 años del viaje, y aunque aún vivían cruceiros de mente despejada y bien ilustrada –caso de Julián Marías Aguilera, de María Braña de Diego o de la entrañable, a juzgar por las entrevistas que concedió a la prensa en esos días, Ángela Barnés González, hija del que fuera Ministro de Instrucción Pública de la Segunda República Francisco Barnés Salinas–, Francisca Ruiz Pedroviejo hacía ya casi veinte años que había fallecido. Suponemos que esta circunstancia, y otras que obviamente se nos escapan, harían que de aquélla no apareciera en los paneles de la exposición y en las hojas del catálogo otra cosa que su nombre inscrito en la lista de pasajeros y al pie de alguna que otra fotografía; y sin embargo para nosotros resultó esencial pues pudimos asociar su nombre con breves referencias vistas en algunos documentos guardados en los archivos del Museo Numantino y con la atemporal identificación que de ella hiciera Pérez Rioja con el Cuerpo Facultativo



Eleusis (15 de julio de 1933): Antonio García y Bellido con su futura esposa (Carmen García de Diego) y Francisca Ruiz Pedroviejo (sentada, primera a la derecha), entre otras amigas cruceiros.

de Archivos, Bibliotecas y Museos (1998: 298). Pero, además, su condición de estudiante, y esos apellidos tan sonoros y próximos, nos hizo creer, esperanzados, que podría darse la posibilidad de que una soriana hubiera participado en el mismo periplo que Taracena y que, cumpliendo con las normas académicas establecidas por los responsables universitarios, hubiera redactado el obligado diario dando cuenta de su viaje y de cuanto en él había visto hacer a sus "conocidos". Su familia por fuerza, dado el carácter de tan provinciana ciudad, tendría que conocer al eminente Director del Museo Numantino, y raro resultaría que, advertida la coincidencia, no se pusieran en contacto con él a fin de solicitar cierta "vigilancia" o protección. De hecho, y aunque las cosas no fueran como se cuentan, una de las primeras imágenes que Francisca atesoró de aquel viaje nos la muestra, en la cubierta de la motonave Ciudad de Cádiz, en compañía de sus amigas, las inseparables María Braña y de Diego y Carmen García de Diego, y de los profesores Antonio García y Bellido, Teodoro Soria Hernández y el mencionado Blas Taracena.

Con su nombre en la cabeza, revisamos la bibliografía sobre el Crucero hasta entonces publicada; preguntamos por ella a Antonio Ruiz, a quien creímos su pariente más cercano; y un buen día, una lejana

prima de la madre de quien esto escribe que a la sazón cuidó los últimos días de vida de la crucerista, puso a nuestra disposición una vieja caja de zapatos repleta de fotografías "por si alguna de ellas servía para completar la investigación". De aquel tesoro es el muestrario que aquí se difunde, donde pueden verse imágenes inéditas y otras muy conocidas, pues, en su mayoría, se trataba de fotografías obtenidas por los propios estudiantes e intercambiadas unos con otros, lo que no impide contemplar la retórica de la repetición de modelos y, por tanto, de las amistades cursadas y cultivadas. Y en este sentido queda patente la relación de nuestra protagonista con Taracena y, a través de su amiga Carmen García de Diego –no se olvide su ascendencia soriana al ser hija de Vicente García de Diego y nieta de Juan José García y García, oriundos de Vinuesa–, con el joven catedrático de la Universidad de Madrid Antonio García y Bellido.

Las fotografías que nos cedió Celia Borobia nos animó aún más a desentrañar, si quiera brevemente, la historia de Francisca. Siguiendo su rastro, y tras haber superado las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos en 1944, el *Boletín Oficial del Estado* nos condujo, en el verano de 1945, al Museo Numantino, donde la encontramos realizando las prác-



Canal de Corinto, en fotografía de Francisca Ruiz Pedroviejo.



Kairuán.

ticas del oficio y disfrutando de una beca mensual de 270 pesetas. Aquí, según la Memoria del Museo que firmara en 1947 Ricardo Apraiz, permaneció hasta que el concurso entre funcionarios del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de 18 de octubre de ese mismo año le hizo trasladarse a Málaga, donde ocuparía la dirección del Museo Arqueológico. Antes, el 8 de enero de aquel 1947, el Ministro de Educación Nacional le concedió el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. Después, tras la muerte de Taracena y la llegada a la dirección del Museo Arqueológico Nacional de Joaquín María de Navascués y de Juan, ayudó al definitivo montaje del museo madrileño y, tras otro corto periodo en Málaga, volvió en 1957 a la capital para hacerse cargo de la Secretaría, primero, y de la Dirección, más tarde, del Museo Nacional de Reproducciones Artísticas, al frente del cual, el 3 de mayo de 1977, le sorprendió la muerte.

No ignoramos que en esta escueta semblanza queda un enorme vacío entre el viaje motivo de esta nota y su estancia becada en el Numantino. Serían aquellos los años finales de su carrera, que concluía en 1935 en la Universidad Complutense con la obtención del título de Licenciada en Historia Medieval; los de su colaboración con el Centro de Estudios Históricos dirigido por el insigne maestro Claudio Sánchez Albornoz; los de la Guerra Civil, de cuya experiencia ignoramos todo; y, finalmente, los de su oposición y primer destino en Sevilla, entre el final de la guerra y el regreso a Soria ya citado. Incluso, precediendo a todo ello, sus estudios en la Escuela Normal de Maestras de Soria y en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Soria, la ciudad que le vio nacer el 25 de septiembre de 1910. Muchas de estas cosas, pendientes de una investigación más estrecha, nos llegaron a través de la nota necrológica que 1977 publicó su amiga María Luisa Herrera en el *Boletín de la Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos*. Otras, tras la gentil gestión de Enrique Andrés Ruiz, a través del artículo con que su sobrinabisnieta, Ana Álvarez Lacambra (1997: 48-51), quiso

recordarla, a la vez que homenajeaba con una sutil entrevista de María Braña de Diego. Precisamente el trabajo que aquí se cita arranca con una amable anécdota que nos devuelve al Crucero de 1933: la abuela de Álvarez Lacambra, al trasladarse ésta a Inglaterra para estudiar un Máster de Museología, le regaló un anillo con forma de escarabajo, en loza vidriada de color verdoso, que en su día había pertenecido a Francisca Ruiz Pedroviejo. La anécdota, por supuesto, es pertinente, pues muchos fueron los recuerdos que aquellos afortunados estudiantes trajeron de tan inolvidable viaje, y el mejor de todos, al menos para los amantes de la historiografía, no sería otro que sus propios diarios, aquellos que fueron rellenando a medida que visitaban una ciudad, acudían a una recepción, escuchaban una más de las muchas conferencias dictadas por los célebres profesores acompañantes o se apostaban ante la vitrina de un Museo. Si llegó el "escarabeo" a manos de Ana Álvarez Lacambra; si Celia Borobia salvó del trapero aquella

vieja caja de zapatos por contener fotografías de su admirada y querida Señora; si nosotros hemos dado con su primer expediente académico entre los muchos legajos del olvidado Instituto donde cursó el Bachillerato elemental... ¿por qué no ha de aparecer el viejo diario del Crucero Universitario por el Mediterráneo perdido en una estantería, guardado en viejos baúles de ropa o entre otros cientos de papeles de su paso por los museos de Sevilla, de Soria, de Málaga y de Madrid?

En fin, nuestro último "hallazgo" en relación con Blas Taracena y con Francisca Ruiz nos lo aporta la nueva edición de *Notas de un viaje a Oriente*, el fragmentado diario de Julián Marías. Como se dijo, se reedita ahora con la correspondencia que el joven Marías, de apenas 19 años, mantuvo con sus padres en el transcurso de aquellos 45 días de glorioso viaje; se añaden, también, las fotografías, propias y ajenas, que hizo y le hicieron; y un epílogo de Javier Marías, en realidad la reproducción del artículo "Cruceros hundidos", escrito con motivo de la inauguración de la exposición de la Residencia de Estudiantes, publicado como pieza individual en *El Semanal*, el 17



Francisca Ruiz Pedroviejo con Carmen García de Diego y María Braña, en una calle de Susa, el 18 de junio de 1933.

de diciembre de 1995, y recogido más tarde en *Mano de sombra* (1997) y *Aquella mitad de mi tiempo* (2008: 201-203). La edición, por último, cuenta con un aparato crítico preciso y exacto, pues aglutina en sus notas no solo explicaciones de lo escrito por Marías Aguilera sino también, y sobre todo, cuanto hasta ahora se ha escrito sobre el Crucero. Pues bien, la nota 33, recordaba que "con la finalidad de facilitar las visitas a los distintos lugares y monumentos, el grueso de participantes quedó dividido en varios grupos de entre veinte y veinticuatro personas, cada uno de ellos bajo el mando de varios profesores e investigadores". El grupo de Marías, autodenominados "los calaveras", contaba con la presencia profesoral, además del "arqueólogo y director del Museo Numantino de Soria", del filósofo y teólogo Juan Zaragüeta Bengoechea, del americanista Antonio Ballesteros Beretta, su esposa Mercedes Gaibrois y Riaño y su hijo Manuel Ballesteros Gaibrois, también historia-

dores, y de los cruceristas José Albiñana Moltó, Martín Almagro Basch, Carlos Alonso del Real Ramos, Sebastián Benítez Lumbreras, María Braña y de Diego, José Campos Arteaga, José Casanova Tejera, Ángela de Castro Bravo, Dolores Enríquez Arranz, Rosario Fuentes Pérez, Elisa García Aráez, Ofelia Gordón Carmona, Manuel Granell Muñiz, Josefa Hernández Sampelayo, Fernando Jiménez de Gregorio, Isabel Clarisa Millán García de Cáceres, Concepción Puig Sandriz, Pilar Sánchez Olondris y nuestra protagonista Francisca Ruiz Pedroviejo (Marías, 2011: 169).

De vuelta al valor y significado del Crucero universitario de 1933

Pero volviendo de nuevo a la esencia misma del viaje, hay que señalar que uno de los aspectos que los

estudiosos del mismo más destacaron fue la participación en él de un buen número de arqueólogos e investigadores. El propio ministro Fernando de los Ríos, al presentar el Crucero a la prensa, señaló que entre las pretensiones de éste destacaba la idea de "mejorar la

formación de [los] arqueólogos" españoles, objetivo que, a juzgar por la cantidad y calidad de los Museos, yacimientos y monumentos visitados, habrá de convenir se cumplió con creces. En este sentido, Susana González Reyero, en un trabajo reciente que valoraba la trayectoria vital y arqueológica de Antonio García y Bellido (2004: 75-81), observó que entre los 192 pasajeros del Crucero Universitario por el Mediterráneo "coincidieron varias generaciones de investigadores": la propiamente "organizadora", con figuras como los máximos responsables del viaje, es decir, Manuel García Morente y José Ferrandis Torres, y los insignes profesores Manuel Gómez-Moreno, Antonio Ballesteros Beretta, Elías

Tormo y Hugo Obermaier; la de los, por entonces, "jóvenes ayudantes o profesores", como Cayetano de Mergelina, Emilio Camps, Juan Mata Carriazo, Luis Pericot, Enrique Lafuente Ferrari, Manuel Ballesteros Gaibrois, Antonio García y Bellido y nuestro Blas Taracena; y, por último, la de los alumnos, estudiantes y becarios, discípulos de los anteriores, que poco tiempo después del Crucero, y fundamentalmente tras la Guerra Civil, desempeñarían un papel fundamental en la investigación histórica y arqueológica española; serían estos los casos de Luis Díez del Corral, Antonio Tovar, Juan Maluquer de Motes, Julio Martínez Santa-Olalla, Martín Almagro Basch, Encarnación Cabré Herreros, Francisca Ruiz Pedroviejo, José María Mañá de Angulo, sin olvidar los Julián Marías, Salvador Espriu, Fernando Chueca Goitia, Jaime Vicens Vives..., que tanto hicieron por la filosofía, la poesía, la arquitectura y la his-



Retrato de estudio Francisca Ruiz Pedroviejo cedido, como todas las fotografías de este trabajo, por Celia Borobia Rubio.

toria española en general. Es cierto, como bien destacó la autora citada, que sobre la presencia de todos ellos planeó la ausencia de Pedro Bosch Gimpera, protagonista esencial de la arqueología y prehistoria peninsular, que de haber acudido al viaje se habría integrado de forma natural con el segundo de los grupos mencionados, pero si no lo hizo no fue por su supuesta enemistad con el eminentísimo Gómez Moreno sino por la responsabilidad de los cargos que acababa de asumir en la gestión de la Universidad de Barcelona.

El tema del Crucero y la arqueología fue tratado también en profundidad por Gracia Alonso y Fullola Pericot (2006: 353-379), quienes destacaron el que “casi cuarenta de los viajeros” –según ellos mismos, “la práctica totalidad de los mejores especialistas peninsulares”– tenían relación directa con la arqueología o centraron su actividad profesional en ella tras el mismo. Los autores de *El sueño de una generación* valoraron la trayectoria académica, investigadora y estudiantil de los componentes de los tres grupos anteriormente citados, e incluso observaron la implicación entre ellos al hacer notar que en el *Ciudad de Cádiz* coincidieron, desde antes de aquellas fechas hasta bien entrada la década de los ochenta, los sucesivos titulares de las cá-



Simpática fotografía de Conchita López Morales, una de las grandes amigas de Francisca Ruiz Pedroviejo.



Una buena parte de los tripulantes del Crucero, alumnos y profesores, ante la mezquita de Omar, en Jerusalén, en una de las fotografías más célebres del viaje.

tedras de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid y de Barcelona. De entre los cruceristas surgiría una buena parte de los catedráticos y directores de los Museos más importantes del país, en los que siempre permaneció el recuerdo de aquel verano pues no en vano en él fraguaron íntimas relaciones personales y científicas. Es cierto que los científicos ya formados no variaron en exceso sus campos de investigación, y que los estudiantes y recién licenciados tampoco vieron en la prehistoria mediterránea o la arqueología clásica la especialidad a seguir, pero aunque no surgiera entre los viajeros una escuela o un grupo experto en tales temas resultó más que evidente el aprovechamiento de la idea motriz.

La presencia de semejante elenco de notables –y futuros– arqueólogos e historiadores, unido a la materia objeto de visita, estudio y análisis, tan valorada por todos, hizo que surgiera entre ellos, con avidez, el diálogo y la convivencia, y que ambas funciones trajeran, en algunos casos de inmediato y en otros con el tiempo, la amistad y la colaboración. Esta amistad, tan precisa entre algunos participantes antes del Crucero –la de Taracena con Obermaier, con Ferrandis, con Lasso de la Vega– salió fortalecida tras él, enriqueciéndose con multitud de ramificaciones –por ejemplo, las de aquel con Almagro, Pericot, Maluquer, García y Bellido–, de muchas de las cuales serán testigo fiel las páginas que, en breve, publicaremos sobre la obra y vida de los dos ilustres sorianos aquí retratados.

BIBLIOGRAFÍA:

- ÁGREDA BURILLO, Fernando de (1991), *La personalidad y la obra de Don Ángel González Palencia (1889-1949) en el marco del arabismo español de la época*, Madrid.
- ÁGREDA BURILLO, Fernando de (1999), "Recuerdos del Crucero Universitario por el Mediterráneo (1933)", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 17, págs. 27-40, La Laguna.
- ÁGREDA BURILLO, Fernando de (2005), "Jiménez de Gregorio, Fernando. El Crucero Universitario de 1933. Parla (Madrid): Ayuntamiento de Parla (2005), 96 págs.", *Recensiones, MEAH, Sección Árabe-Islán*, núm. 54, pág. 359, Madrid.
- ALONSO DEL REAL, Carlos (1948), "Revisión de un viaje", *Alférez*, 12, 31 de enero de 1948, pág. 8, Madrid.
- ALONSO DEL REAL, Carlos; MARÍAS, Julián; y GRANELL, Manuel (1934), *Juventud en el Mundo Antiguo. Crucero Universitario por el Mediterráneo*, Espasa-Calpe, Madrid.
- ÁLVAREZ LACAMBRA, Ana (1997), "Recordando a los Conservadores de Museos de la Posguerra. Entrevista a María Braña de Diego", *Revista de Museología*, núm. 11 (junio), págs. 48-51, Madrid.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (1946), "Bio-bibliografías Arqueológicas. Blas Taracena Aguirre", *Publicaciones Cartagena*, II, págs. 1-7, Cartagena.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, Juan y PÉREZ RUIZ, María (Eds.) (2004), *Antonio García y Bellido. Miscelánea*, Universidad Autónoma, Serie Varia, 5, Madrid.
- DIAZ-PLAJA, Guillermo (1983), "Hace cincuenta años", *ABC*, 24 de septiembre de 1983, pág. 39, Madrid.
- ESTEVE I GÀLVEZ, Francesc (1995), *A l'entorn de les Aigües Lluminoses. El Creuer universitari, 1933*, Servei de Publicacions, Diputació de Castelló, 1ª ed., 1985, Castelló.
- GARCÍA LORCA, Isabel (2008), "Mis recuerdos de la Universidad de Madrid y del Crucero por el Mediterráneo", en S. LÓPEZ-RÍOS MORENO, *La Facultad de Filosofía y letras de Madrid en la Segunda República: Arquitectura y Universidad durante los años 30*, págs. 653-663, Madrid.
- GARCÍA MORENTE, Manuel (1933), "Información gráfica del Crucero Universitario", *Residencia*, vol. IV, núm. 4-5 (octubre-noviembre), págs. 113-142, Madrid.
- GÓMEZ-BARRERA, Juan A. (2006), *El Ateneo de Soria. Medio siglo de cultura y reivindicación social (1883-1936)*, Soria Edita, Soria.
- GÓMEZ-MORENO, María Elena (1995), "El Crucero del Mediterráneo: 14 de junio a 1 de agosto de 1933", en Manuel Gómez-Moreno Martínez, *Fundación Ramón Areces*, págs. 407-456, Madrid.

- GONZÁLEZ REYERO, Susana (2004), "Ex Mediterráneo Lux: El Crucero Universitario de 1933 y Antonio García y Bellido", en BLÁNQUEZ PÉREZ, Juan y PÉREZ RUIZ, María, *Antonio García y Bellido. Miscelánea*, Universidad Autónoma, Serie Varia, 5, págs. 75-81, Madrid
- GRACIA ALONSO, Francisco y FULLOLA I PERICOT, Josep María (2006), *El sueño de una generación. El Crucero Universitario por el Mediterráneo de 1933*, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona.
- HERRERA, María Luisa (1977), "Necrología. Paquita Ruiz Pedroviejo", *Boletín de la Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos*, Año, XXVII, núm. 2 (abril-junio), págs. 59-60, Madrid.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, Fernando (1977), "Una experiencia inolvidable: El Crucero Universitario del año 1933", *El Día de Toledo*, 23 de febrero de 1977, Toledo.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, Fernando (2005), *El Crucero Universitario de 1933*, Ayuntamiento de Parla, Madrid.
- MARAÑÓN, Gregorio (1933), "Adiós y esperanza al Ciudad de Cádiz", *El Sol*, 17 de junio de 1933, Madrid.
- MARÍAS, Julián (1988), "El Crucero Universitario", en *Una vida presente. Memorias, 1 (1914-1951)*, Alianza Editorial, págs. 135-139, Madrid.
- MARÍAS, Julián (1998), "Otro centenario: Enrique Lafuente Ferrari", *ABC*, 12 de febrero de 1998, Madrid.
- MARÍAS, Julián (2011), *Notas de un viaje a Oriente. Diario y correspondencia del Crucero Universitario por el Mediterráneo de 1933* [ed. de Daniel MARÍAS y Francisco Javier JIMÉNEZ; epílogo de Javier MARÍAS], Página de Espuma, Madrid.
- MARÍAS, Javier (1997), *Mano de sombra*, Alfaguara, Madrid.
- MARÍAS, Javier (2008), *Aquella mitad de mi tiempo. Al mirar atrás*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Madrid.
- PÉREZ DE AYALA, Juan (ed.) (1995), *Crucero Universitario por el Mediterráneo (verano de 1933)*, Amigos de la Residencia de Estudiantes, Madrid.
- PÉREZ RIOJA, José Antonio (1998), *Apuntes para un diccionario biográfico de Soria*, Caja Duero, Salamanca.
- PERICOT GARCÍA, Luis (1975), "Semblanza de Antonio García y Bellido", en PERICOT, L.; BLANCO, A.; BLÁNQUEZ, J.M.; VIGIL, M. y FERNÁNDEZ GALIANO, M. *Homenaje a Antonio García y Bellido*, Cuadernos de la Fundación Pastor, págs. 11-21, Madrid.
- RAFART, Susanna (2006), *Un cor grec*, Angle Editorial, Barcelona.
- RUIZ-CASTILLO, Arturo (1995), "El Crucero universitario", en PÉREZ DE AYALA, Juan (ed.), *Crucero Universitario por el Mediterráneo (Verano de 1933)*, Amigos de la Residencia de Estudiantes, págs. 23-24, Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, Blas (1924), *La cerámica ibérica de Numancia*, Biblioteca de Coleccionismo, Samarán y Compañía, Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, Blas y GÓMEZ-MORENO, Manuel (1924), "Epigrafía soriana", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. LXXXV, págs. 23-25.
- TUDELA DE LA ORDEN, José (1951), "Dos vidas ejemplares: D. Santiago Gómez Santacruz (1869-1949). D. Blas Taracena Aguirre (1895-1951)", *Celtiberia*, 1, págs. 131-155, Soria.
- TUDELA DE LA ORDEN, José y PERICOT GARCÍA, Luis (1951), "Necrologías. D. Blas Taracena Aguirre", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 2, págs. 473-487, Madrid.

DE LOS APRISCOS IBÉRICOS. LAS TENADAS¹

Ángel Coronado

RESUMEN

El área territorial en el que una costumbre se hace manifiesta no es causa de nada que ahora interese sino efecto de otras causas acerca de las cuales nos ocuparemos aquí. Consideramos de interés la interpretación de algunos fenómenos que atañen a la historia de dicha costumbre, dado su carácter refractario (como el de cualquier tradición) con respecto al tiempo, pero hablaremos sobre todo de geografía.

Sea la costumbre de hacer "tenadas". La geografía propia de las "tenadas" se ubica de una forma que consideramos significativa. Se trata de un enclave compacto, macizo, asociado al extremo norte (vertiente occidental) del sistema montañoso ibérico pero no de forma independiente sino selectiva, condicionada, justificada en algo y por algo acerca de lo cual nos preguntamos.

Estamos ante una cultura propia de pastores cuya dimensión geográfica se nos muestra insolente. Quiero decir: tan clara en su forma como segura de no revelar tan solo con ello su secreto.

En efecto: hermética en sí misma como un astro, como una piedra, se aloja sin embargo en alguna suerte de contexto, pareciendo cantar en él como un tenor canta en la ópera.

Y al son que nos marca cantando, entraremos con ella en describirla y divagar acerca del concepto de región, escarbar en torno a la idea de comarca.

INTRODUCCIÓN

Empezaremos por el final diciendo que tan cerca de nosotros están algunas cuestiones, tan asumidas algunas ideas, que no las vemos o que otras, ya caducas y caídas, no nos dejan sin embargo ver. Siguen ahí, dificultando al pensamiento su camino de forma insolente.

En ambos casos se trata de ideas que no son nuevas. Y lo cierto es que las nuevas ideas, por desgracia, no nos frecuentan, aunque no deje de ser cierto que también, de las que ya tenemos sin que puedan llamarse viejas, no hacemos el caso que se debiera.

Por otra parte nadie sabría distinguir, entre las ideas que revolotean en su cabeza, cuáles y cuáles no son suyas o ajenas. Porque a las ideas de uno, ese uno podría decir de ellas lo que son y cómo son, pero de las ajenas no. No podría, o de poder, podría de otra manera. Posiblemente sea imposible poner en claro todo esto. Y la primera tarea imposible sería la de saber lo que verdaderamente sea una idea. Porque antes de nuestras o ajenas, antes de nuevas o viejas, una idea nunca vuela sola. Sea, entonces, eso a lo que llamamos idea, un conjunto de otras, varias, muchas microideas.

Una idea nueva no sería tanto novedad o alumbramiento como forma de ver o entender lo mismo. Se diría que la era de los descubrimientos geográficos ha pasado y solo resta seguir trillando sobre la misma parva. Incluso nos preguntamos si hubo descubrimientos alguna vez. No sabría Colón de la isla que se llamaría más tarde La Española, pero sabía que la tierra no

(1) Se dirían, en principio, ser estos apriscos flor delicada de algún microclima extraño y apartado. Y entendiendo la cuestión a nivel planetario, así podría ser en efecto. Pero vistas según horizonte más doméstico y cercano, las tenadas, junto a otros tipos de refugio, aprisco, abrigo de ovino, y propios del sistema montañoso ibérico, resultan ser universales (algunos de los mismos afincados en el alto Tajo, al abrigo de los montes que por algún capricho del azar también se llaman "Universales"). Sin tener en cuenta el clamoroso desconocimiento de las formas elementales y primitivas de construcción, formas que por otra parte se manifiestan con tan meridiana claridad en tipos de ordinario auxiliares, de menor entidad o porte (como es el caso general de nuestros apriscos), se diría, con esa reserva tan sólo, que dentro del citado sistema montañoso se dan cita, en régimen de pastoreo extensivo (práctica de antigüedad neolítica), formas de construcción tan depuradas por el tiempo como al mismo tiempo diversas, propias de culturas diferentes ya desde tiempo indefinidamente antiguo.

era plana y que de ninguna forma el final de su viaje hubiese de ser la catarata imposible. Tanto, quizá más que valiente, Colón fue curioso. Su gesto fue más el de asomarse a ver, el de abrir una puerta, levantar una cortina o soplar con el fuelle un fuego mortecino sabiendo que allí, todavía, restaban ascuas y brasas.

En eso estamos. Cada día se alumbra con el fuego del anterior y solo hace falta reponer algo de cisco en el brasero. El secreto, de haber en todo esto algún secreto, está en coger la badila como si fuese una espada, como si fuese un cincel, como si fuese un báculo, como si fuese una escoba, como si fuese, después de haber dado la vuelta en torno al mundo cogiendo la badila como si fuese un remo, coger el remo como si fuese una badila para espabilar el brasero.

Es tan miserable una tenada y está tan llena de pulgas que ganas dan de perderlas de vista. Ocurre con las tenadas como con todo. Después de haberlas visto, después de haberlas mirado y haberlas querido entender, siguen ahí, sucias y medio desvencijadas. ¡Qué se nos habrá perdido a nosotros entre las tenadas!

Pero esa mierda y esa pulga están al final de una especie de procesión encabezada en solemne ceremonial. Esta es la historia que sigue. Este su camino. Una tenada, en resumen, es una simple invitación al paso, una especie de pasillo de ida y vuelta. Entre una y otra se ofrece a la estancia. El final de una morada es la estancia, y su ruina es la ruina de su dueño. Pero la tenada, como el templo, solo se arruina en el olvido. El ganado, los fieles, acuden a ella, visitan el templo en busca de algo. Una vez obtenido eso, el ganado y los fieles se van. Ocurre a veces, sin embargo, y teniendo en cuenta la temporalidad de la vida, que todo esto se confunde un poco.

Ocurre a veces, decía, que la procesión se para. Pero no para descansar. Todo el mundo se despoja de sus arreos de tránsito y se dispone a comer, a dormir, a levantarse por las mañanas y acostarse por las noches, acampar, a deshacer las maletas y los baúles (¡qué trastos ya en desuso estos baúles!) y allí mismo, en ese lugar de tránsito, se instala.

Y sobre todo, sobrecoge pensarlo aunque hablando de otra cuestión, hablando por ejemplo de tan enorme trasto como es (me refiero a esa chimenea redonda, de cesto, de barda, por dentro y por fuera ten-

dida de barro) sobrecoge pensarlo, decía, que tan solo para dejar escapar un poco de humo, va el hacedor de tales chimeneas e instala ese descomunal trasto como diciendo: aquí estoy, aquí he llegado y aquí me quedo.

Nunca, nunca ese vasto movimiento de la humanidad al que se pone nombre de neolítico, esa mutación que paraliza de golpe tantos y tantos afanes y viajes, que domestica bichos para engordarlos y comérselos después, que inventa la silla para sentarse y hace de las piedras nuevo pulimento, nunca se podría simbolizar mejor en otra cosa diferente a una chimenea de barda.

Aquí estoy y aquí me quedo. Una estación de paso se puede hacer morada, que para eso estamos aquí, en este mundo, de paso.

Y para no dramatizar (estando a punto de hacerlo), entremos ya de lleno en el universo de las tenadas. Ya tendremos tiempo más adelante de ver el estrecho lazo que las une a las chimeneas de barda.

No hacemos nada que no esté impregnado, por así decirlo, de alguna costumbre. El más violento, agudo, intencionado, impulsivo y determinado de nuestros actos está empapado, como lo está una esponja dentro del agua de agua, de alguna costumbre. Excepto movimientos instintivos, automáticos o involuntarios (el retirar una mano que se quema o temblar de placer o de miedo, gritar ante un dolor o mirar al cielo para ver si llueve), todo lo que hacemos lleva el sello inconfundible de la costumbre. Inconfundible, imposible de confundirse con el sello de otra costumbre. Porque ustedes me dirán cómo sería posible distinguir o no confundir algo sin el auxilio de alguna diferencia. La costumbre también. La costumbre no se puede identificar consigo misma sino en función de alguna diferencia, de alguna diferencia con respecto a otra costumbre.

Por esta razón no existe ninguna costumbre universal, aunque hay costumbres muy extendidas.² Algunas soberanas y dominantes por amplios y macizos territorios distribuidos sobre la tierra como las zonas negras sobre la piel de una vaca suiza. Otras dispersas en muchedumbre de pequeños enclaves como las manchas oscuras sobre un fondo dorado, la hermosa piel de un leopardo.

Tenemos la sospecha de que la simple forma en que una costumbre coloniza el territorio es función directa de algo que atañe a su propia historia. Un área

(2) Podríamos suponer la existencia de alguna costumbre universal sin fisuras, lo cual supondría la imposibilidad de tener siquiera noción, advertencia o conciencia de la misma, puesto que de tenerla dejaría ya, en algún sentido, de ser única, universal y soberana. Tengamos en cuenta que la costumbre, como tal y en sí misma, no existe. Sólo existe su forma, y ésta siempre. Todo lo que tenemos garantizado de la misma es esa forma (mal llamada significativa). Se plantea con ello un problema trascendente que ni podemos abordar aquí ni podemos tampoco pasar por alto sin mencionarlo.

grande y compacta no dice lo mismo que otra dispersa y desmembrada. Ni dice lo mismo ni tampoco dice, como podría suponerse, de alguna supuesta evolución por la que hubiesen de pasar, a su tiempo y una por una, todas las costumbres. En principio parece razonable suponerlo así, reducido de tamaño el territorio de su origen. Pero pasada esta etapa inicial todo parece indicar que cada costumbre tendría como propio un cierto proceso de selección, tendría su propia ley evolutiva, la ley de sus propios cambios, y en ello, la forma de ocupar el territorio a lo largo del tiempo.

Nada sabemos acerca de una tal morfología, pero a falta de mejores supuestos arriesgamos la hipótesis de que su evolución sería similar a la que sigue un incendio en su propagación. De una parte se daría el crecimiento, el incremento y avance a partir del mismo punto en el que se inicia o nace. De otra estaría su incremento, colapsado y a distancia, más propio de la dispersión del polen o las semillas que del fuego, dispersión que gracias al viento, a los insectos y a las aves, extenderían una especie vegetal de forma intermitente y discontinua. De todo ello daría cuenta o tendría fundamento la existencia de material combustible, de cortafuegos, de charcas o lagunas, de viento.....En nuestro caso de la existencia de accidentes tan dispares o distintos como fronteras políticas o administrativas, de barreras o de pasos puramente naturales o tan solo de la presencia de otras costumbres contrarias o incompatibles.

Existe la costumbre inveterada, quizá con fundamento en la tendencia de incorporar a las ciencias llamadas "del hombre" de métodos adecuados a las ciencias positivas, de seguir en aquéllas métodos propios de las últimas, dado su indiscutible avance y progreso. Métodos deductivos basados en alguna idea establecida y a partir de la cual descender a la realidad para buscar y contrastar en ella, entre sus cosas o los efectos de sus cosas, entre los datos inmediatos de los sentidos, entre los acontecimientos y los fenómenos, el fundamento y la justificación de la idea original de partida.

En las ciencias positivas (física, química, etc.), y a modo de cremallera, el método deductivo se acomoda y acompasa con el método contrario, el inductivo, en una

especie de vaivén del uno al otro en el que la idea propone y la realidad sanciona, el concepto aventura y la realidad corrige o aprueba.

Pero en las ciencias del hombre todo es, en este sentido, distinto. O visto desde otro lugar, dicho de otra forma: entre naturaleza y cultura se da mejor, y antes, una distinción a estudiar y analizar en sus motivos que la búsqueda de una correspondencia entre las causas y los efectos. Por eso es arriesgado mezclar metodologías.

Por ahora diremos que a las ciencias del hombre conviene partir de la realidad. En lo posible. Seguir el método inductivo, en lo posible. Partir de la realidad, del dato inmediato de los sentidos, en lo posible. De los pies a la cabeza primero y antes que al revés. Antes hacia la cabeza, subiendo, que de la cabeza, de la idea, del concepto en dirección a los pies, a la realidad y a las cosas. Y habiendo subido, ya en la cabeza, mucho cuidado al descender de nuevo. Será preciso hacerlo, pero solo en la medida necesaria. Lo haremos, pero por otro camino distinto, utilizando otra senda en el descenso.

Las costumbres, decíamos, colonizan el territorio, dejan huellas de su paso, tiñen el territorio con sus huellas. Se propagan como un incendio, como una especie viva. Su desplazamiento es su historia

Pero mal sabremos de tal historia cuando ignoramos incluso el estado de la cuestión al tiempo presente. A esa sincronía nos vamos a referir en lo que sigue y a cuenta de algunos datos que de la misma tenemos, si bien escasos, suficientes y proporcionados al menos a nuestro preciso y quizá utópico propósito: contar una historia pero al margen de la historia, contar una serie de acontecimientos reales pero sin contar con la historia o cuento real con el que ya, por otra parte, contamos, y asomarnos a ella pero bajo cierto punto de vista diferente, iluminado con la propia luz del día pero luz de otra hora o latitud a la que nuestro tiempo y lugar nos tienen acostumbrados.³

En primer lugar diremos que de forma deliberada nos mantendremos en un ámbito parcial. No es posible dar cuenta de todo y al mismo tiempo. Es cierto que ninguna indagación puede pretender ser completa, pero dentro de su carácter necesariamente parcial, el justo en-

(3) Se trataría de una historia - geografía. Para ser más precisos, de la historia de una geografía. Resulta casi cómico y al mismo tiempo tan serio, ese papel subsidiario que de alguna forma y en algún sentido ha tenido siempre la geografía con respecto a la historia. Cómico en el sentido de poder imaginar ambas disciplinas, como escolares en clase, levantando el dedo para ser cada una la primera y el maestro siempre a favor de la historia. Serio porque pone sobre la mesa la esencia misma del espacio con respecto al tiempo. De una forma natural, al menos según parece, tendemos a escuchar una historia o cuento con agrado, desde niños y por solo escucharla, mejor y antes que atravesar un espacio por el solo hecho de atravesarlo. Solo en la vasta dimensión que cabe imaginar en ambas categorías parecen éstas encontrarse. A larga distancia y tiempo, las unimos. Pero aquí, y ahora, el tiempo se aligera, se hace instante, mientras la distancia permanece. En este "ahora" el tiempo es un instante y la historia se hace cuento. El espacio no. En forma de cosa redonda siempre se instala en derredor nuestro, y si bien reservado para nosotros el privilegiado lugar del centro y la invitación al paseo, el horizonte nos afecta con su grandeza, siempre imponente. Haremos apología, pese a todo, del carácter independiente y autónomo de la geografía frente a la historia, incluso teniendo por cierto que acabaremos haciendo alguna historia de la geografía. ¿Qué podremos hacer, con esta pluma en la mano y antes de caminar, sino contar algún cuento? .

cuentro entre la nitidez del detalle y la extensión del campo al que atenderse ha de ser medido y respetado. Uno y otra deben responder recíprocamente de su escala y al mismo tiempo no plantear mayor número de cuestiones o preguntas al de respuestas o hallazgos que pueda ofrecer.

En resumen, hablaremos de tenadas en todo lo que de las mismas sabemos, y mencionaremos de pasada otras dos especies o tipos de apriscos ibéricos: los corrales y las tainas. Entre los territorios de unos y otras, sin confundirse nunca con ellos, encuentran el suyo las tenadas. O mejor dicho: según tenemos por cierto, éstas se instalan allí primero.

Pero no hablemos tan pronto de historia. Dejemos la historia tranquila. Ésta suele caer por su propio peso.

Como en un retrato, no es posible una figura sin el fondo sobre cuya neutralidad destaca. Y ese fondo, idealmente neutro, ha de tener también su color y su textura. Pues bien, como fondo al retrato de las tenadas será necesario articular algún más allá en el que destacarlas. Y ese fondo, ese más allá que las delimita y encuadra es de otro color y otra textura, igualmente abigarrada, que habrá de tratarse pese a todo con mayor ligereza y desenfado. Se trata, según decimos, de los corrales y las tainas, que si bien merecen sendos retratos independientes, solo se invocan aquí en función subsidiaria y sin perjuicio alguno de aquéllos, que a su tiempo y lugar atenderemos.

Y hablaremos también del territorio, de geografía, pero no de los ríos y de las montañas, tampoco de parcelas ni de colindancias. Hablaremos del espacio pero no del propio de los astros o los planetas sino de otro más cercano, buscando para el mismo más confortable lugar que la fría inmanencia que al espacio, junto al tiempo, concede Kant, y por otra parte no tan práctico, definido, prosaico, sustancioso y equivalente a moneda o precio como cualquier propiedad inmobiliaria o parcela.

En su lugar se dirá, pero aún a riesgo de repetirlo es preciso insistir en esto: ni desde luego el tiempo, pero tampoco el espacio, responde a una sola idea. Se da el caso que diversas ideas responden a esta sola palabra: espacio. Se trataría, entonces, de perfilar una

cierta idea del espacio para cuya tarea no disponemos de otra palabra que la citada. Otras afines: "geografía", "territorio", "región", "comarca", etc. Ninguna, por estar ya ocupadas o ser de dificultosa ocupación, parece prestarse a nuestro propósito sin condiciones, o ser éstas inaceptables.

Establecemos la idea de "área elemental", ya utilizada en otros trabajos y equivalente a la ya bien establecida de "área de ocupación", pero marcando en relación a ésta las oportunas diferencias, y aventuramos también algún concepto en virtud del cual pudiese hacerse alguna luz en torno a la idea de "comarca" o de "región".⁴

LAS TENADAS

En el sistema ibérico conviven seis tipos diferentes de apriscos para ovino. Digo que conviven pero esta no es la palabra exacta. Es, en cierto sentido, la peor de las posibles. Porque cada uno de los mismos tiene su espacio propio sin que ninguno se mezcle con el resto a excepción de las zonas limítrofes o de contacto entre dichos espacios, en cuyas zonas se dan ejemplares que con toda propiedad se podrían llamar híbridos.

O también: atendiendo a la tipología de sus apriscos, el sistema montañoso ibérico no existe como unidad continua sino compuesta de diferentes unidades territoriales cuyo único parentesco sería el de su contigüidad. A todos estos territorios y al característico modelo de aprisco que a cada uno de los mismos corresponde, conviene la calificación de ibérico, puesto que todos ellos se ubican en este mismo complejo de montañas, región antes geográfica que cultural, física mejor que histórica, en la que un sistema mixto de ganadería extensiva y cultivo cerealista de secano son rasgos comunes a tan enorme y heterogéneo conjunto, pero en el que dicha unidad se rompe a la hora de analizar la tipología de sus apriscos.⁵

Pero no son los ejemplares de sus distintos tipos los elementos que conviven entre sí. Son los diferentes territorios que dichos tipos caracterizan y al interior de los cuales cada uno de los ejemplares de la familia, tribu, estirpe o clase de aprisco correspondiente, convive de

(4) Entiendo que repetir en exceso una idea es desgastarla, restar algo a su eficacia. Pero estimo procedente hacerlo, no sin acompañar esa repetición con algún tipo de argumento propio a cada caso. Creo que con ello se gana más de lo que se pierde. Sirva esto como disculpa y justificación de nuestra insistencia sobre la idea de área elemental de distribución aplicada en este campo de las llamadas "ciencias del hombre" tanto como de forma ordinaria se viene aplicando sobre las ciencias de la naturaleza.

(5) En realidad existen zonas en que dicho régimen extensivo se sustituye por el régimen trashumante, aunque no deja de ser cierto que ambos regímenes sean, en cierto sentido, dos formas de la misma oposición con respecto a la llamada ganadería "independiente" o estabulada, puesto que tanto ganados estantes como trashumantes son igualmente nómadas. No son "independientes" del territorio sino que dependen absolutamente del mismo. Su gran diferencia no es el movimiento sino la solución de abrigo. El trashumante lo busca en mejores climas. El estante lo encuentra en el aprisco. Pero unos y otros se buscan el sustento gastando aproximadamente la misma cantidad de pezuña de animal o calzado de pastor por unidad de tiempo y espacio.

forma pacífica con sus semejantes, tribus que a su vez hacen lo mismo entre sí.

Se trata de un mosaico, pero de un mosaico especial. Porque no todas sus teselas se comportan con respecto al conjunto de la misma forma. No todas ellas, según obliga la integridad de un mosaico, ocupan su lugar exclusivo y excluyente dentro de aquél. Algunas teselas de nuestro especial mosaico necesitan de otra, concretamente de otra, como continuo en el cual establecerse y al interior de la cual configurarse. Pero esta especial anomalía no es el objeto de nuestro estudio. No se da el caso en el territorio de las tenadas. Por eso no hacemos sino apuntarlo. Al menos de tal manera cabe ahora señalar su capital importancia. El aprisco nuestro, y de ahora, lleva el nombre de tenada,⁶ y en el seno de su territorio no existen más que tenadas

Este aprisco es uno de los miembros de la familia ibérica citados, sobre cuya estructura y demás características que le son propias hablamos. La principal: ese territorio, esa porción de terreno que de forma exclusiva y excluyente ocupan y en base a cuya ocupación se define.

La estructura de una tenada configura un rectángulo cerrado, techado y aislado, una de cuyas dimensiones (a la que llamaremos anchura) permanece más o menos constante para dejar libre su longitud, dimensión ésta que presenta grandes diferencias de unos ejemplares a otros. Aquélla en torno a los ocho, diez o doce metros y ésta desde un mínimo del mismo orden hasta un máximo que puede llegar a los veinte, treinta metros o más. Y ello sin ningún esfuerzo. Desde un punto de vista teórico podría llegar hasta el infinito. Todo depende de un proceso de repetición en principio indefinido.⁷

Se trata de la sucesión repetida de un pórtico de tres huecos, el central adintelado según viga horizontal y los dos laterales marcando la inclinación de los faldones de cubierta, dos de cuyos cabrios completarían nuestro pórtico. En esencia, el único vano estructuralmente hablando sería el central, puesto que solamente los dos pilares de que consta y el arquivado horizontal que lo completa son las piezas cuyos ejes deben situarse de forma rigurosa en el mismo plano como condición indispensable a su correcta estabilidad, lo que no es preciso para los citados cabrios ni para los pilares extremos. Sin embargo todo viene a ocurrir y presentarse

como si, efectivamente, se tratase del pórtico triple descrito en primer lugar.⁸ Puesto que la longitud del mismo no puede oscilar sino en escaso margen (nunca supera el número de tres tramos), y a la vez determinar el ancho del edificio, éste permanece más o menos fijo en anchura pero no en longitud. Ésta queda libre y a merced de la repetición, en principio indefinida, de tantos pórticos como circunstancias externas permitiesen o la deseada capacidad del aprisco aconsejase.

La tenada podrá ser desmesuradamente larga, pero siempre según una nave central y otras dos laterales de menor altura flanqueando aquélla.

En todo lo que sigue late una idea subyacente. Ésta es la de la fundamental identidad entre nuestras tenadas y otras construcciones de las cuales no se sabe directamente nada, pero que todo indica, y así es reconocido de forma unánime y universal, ser el antecedente remoto al prototemplo griego, esto es, a los llamados "tesoros" micénicos de los que a su vez, de forma inmediata y directa, se llega sin más a la expresión clásica por excelencia cuyo ejemplo paradigmático es el Partenón.

La diferencia que separa los extremos de dicha evolución son, a la vez, descomunales y apenas significativos. Punto menos que indecible resulta la diferencia entre una choza y el Partenón, pero también ocurre que hay chozas cuya estructura, en madera, se reconoce (casi en detalle y trasformada en piedra) en cualquier templo griego de orden dórico. Y desde luego en el Partenón. En el corazón de todo templo clásico griego, en su "cella" o recinto sagrado, y de forma más inmediata en los primitivos "tesoros" micénicos, se percibe sin recato ni doblez alguna la marca inequívoca de una estructura repetida en paralelo y de naturaleza porticada en tres vanos que determinan las tres naves que a su vez caracterizan y son esenciales, desde la antigüedad, a toda la arquitectura religiosa occidental y parte de la que no lo es.

Lo cual no indica ni apunta en dirección a ninguna genealogía de alguna forma descendiente o ascendiente. Por diferentes caminos y en diferentes lugares se puede llegar al mismo sitio. Tampoco indica que nuestras tenadas desciendan del Partenón o al revés. Tendría esto gracia. Lo único cierto es que las tenadas son como son. Su tipo coincide punto por punto con ese modelo

(6) En su lugar se dirá del nombre de "majada" como el propio del mismo aprisco pero vertido sensiblemente hacia el este, hacia la parte soriana de su área elemental.

(7) Esta propiedad de las tenadas, que como los hórreos o los gusanos puede crecer en sentido longitudinal tanto como se quiera, es responsable de una de las derivas o mutaciones en virtud de la cual la tenada puede llegar a transformarse y transformar a su vez el uso al que se destina.

(8) Se trata, por lo demás, de diferencias no significativas a la hora de marcar características modelo, puesto que las mismas pueden aparecer en ejemplares de mejor o más cuidada construcción sin dejar por ello de ser tenadas.

ancestral al que nos lleva en dirección inequívoca la interpretación constructiva del templo clásico griego de orden dórico, modelo de modesta y menor construcción en madera que coincide, también punto por punto pero en dirección rigurosamente paralela, con nuestras tenadas.

Según esto, ambos modelos, que no son dos sino uno, serían entonces hermanos gemelos en la forma, pero separados por milenios de tiempo. Aquéllas chozas cuyo maderamen hecho mármol y tocado por la gracia minuciosa del número y de la proporción son el templo clásico de los griegos, por un lado, y nuestras tenadas por otro, seguirían aún mostrando ese parentesco insólito pero siendo maderamen sin esa gracia. Tienen otra. Otra que, como aquélla, solo es posible apreciar. Lo cual no es el objeto del estudio que sigue, puesto que, al igual que ocurre con una huella digital, hay cosas que no responden al estudio ni al aprecio sino al examen y al reconocimiento. Por otra parte sería preciso estudiar esa forma constructiva que reconocemos como universal pero que solo se ha mirado como expresión de una clase de arquitectura culta, ilustre, de prestigio y categoría universales pero de ninguna forma extensa, completa, incluyendo en ella todo el complejo de antecedentes. Eclipsados éstos por la fama y por el brillo a que llegaron de la mano de los griegos, se quedaron anegados en la sombra, eclipsados, sumidos en el olvido. Como el rey que desciende del mendigo, pronto se olvida el origen. Tan solo se tuvo en cuenta para dar mayor lustre al príncipe, príncipe de los mendigos. Del mendigo nos olvidamos. Se nos han olvidado, por lo menos y que yo sepa, las tenadas. Y con toda probabilidad una multitud prácticamente inimaginable de otros ejemplos que por nosotros, y por ahora, en ese olvido deberán quedar.

Desprovistos así de dicha información, solo disponemos de los puntos extremos de una supuesta sintaxis que aparece incompleta y bruscamente discontinua.

Y es que la sideral distancia que separa una tenada de las nuestras, por una parte, del Partenón por otra, se nos escapa de las manos al punto mismo de analizarla. Intentaremos aquí atrapar esos detalles de importancia decisiva según lo dicho pero apenas capaces de llenar ese vacío. Así, parece increíble que tan solo una proporción minuciosa, una piedra en lugar de un madero, y un capitel en lugar de una tosca zapata si

acaso, puedan marcar la diferencia entre la casa de un dios y la de un rebaño de ovejas.

Para mayor claridad pasaremos a completar esta explicación literaria por otra visual. Ésta se mencionará mediante números correlativos acompañados siempre de la expresión "imagen" o "figura" según se trate de una imagen fotográfica o de un dibujo propiamente dicho. De tal forma queremos enfatizar la diferencia entre tipo y ejemplar, puesto que ninguno de los dibujos expuestos pretenden ocupar el lugar de una imagen fotográfica. Su referente no es el natural sino la idea, no el ejemplar sino el modelo, el tipo.

En las ilustraciones (imágenes) números uno, dos, tres y cuatro, se muestra el aspecto externo de una tenada en su modalidad de hastial o piñón completo en la plenitud de su característico perfil.⁹ Las dos ilustraciones siguientes (ilustración (imagen) números cinco y seis) muestran la variante, tan frecuente por otra parte, de piñón achafanado por un pequeño paño de cubierta que desfigura ese perfil frontal pero de forma tan depurada y tan fiel a su estructura que se admite sin más como justa, como ajustada, fiel a ese canon al que solo rompen en calidad de variante y al que responden estos apriscos.¹⁰ En la ilustración (imagen) número siete se puede apreciar el aspecto interior de su estructura.

El resultado es un espacio rectangular cubierto, en disposición o forma de sala hipóstila de tres naves con un pequeño y simple tinglado de cubrición a dos aguas mayores (con perdón) y frecuentemente con otra u otras dos menores que configuran de nueva y característica forma el ángulo del piñón o del hastial. Todo ello cerrado por cuatro muros perpendiculares entre sí de los cuales los dos hastiales configuran el frente y el trasdós del aprisco, siendo los únicos muros de cerramiento y a la vez estructurales (al menos en alguna de sus funciones), mientras que los otros dos, paralelos a la dirección de la cumbrera o caballete, marcan tanto longitud como dirección del eje principal y representan el papel de simple cerramiento, entramado en algunos casos por la serie de pequeños pilares laterales. En otros no. En éstos el simple muro.

Así, la propia estructura define tanto la orientación general del aprisco como su anchura. La longitud sería teóricamente indefinida.

(9) Nótese la constante inclinación de los faldones de cubierta, característica esencial de las tenadas (en torno a los 140 grados sexagesimales. En el templo griego este ángulo es ligeramente superior, situándose en torno a los 150 grados). Desatender esta cuestión ha malogrado alguna rehabilitación, por lo demás correcta. Una verdadera lástima. Pocas cosas pueden ser esenciales en una construcción tan simple, pero esta es una de ellas.

(10) Al contrario de la ley, y a pesar de ser también de obligado cumplimiento, la costumbre nunca es escrita. Su poder coercitivo es de distinta naturaleza.



imágenes 1, 2, 3 y 4

Antes de proseguir y detallar todo ello mediante ilustraciones de figura o de imagen, y adelantando parte de lo que se habrá de comentar después a pesar de haberlo apuntado ya, diremos que se trata, en esencia, de una fórmula estructural que ha resultado fecunda en todo tiempo y a todos los niveles del arte y arquitectura, especialmente de la nuestra, la occidental, en la que dicha fórmula se hace presente desde una remota edad anterior a la propiamente clásica. Todo el arte arquitectónico de occidente se ve atravesada por esta fórmula casi ritual que preside no sólo la antigüedad clásica sino la edad media con sus templos románicos y catedrales góticas, todo el renacimiento¹¹, el barroco y el neoclásico,

y aún más, aunque parezca excesivo, como modelos de arquitectura menos conocidos e ilustres, más pegados a la tierra, vernáculos, tradicionales o del pueblo llano, tales como ciertos tipos de caserío vasco por una parte, las llamadas casas pinariegas o de carretería por otro, y por fin nuestras tenadas al final de tan larga serie, pero no por ser las últimas en aparecer sino por haber permanecido apartadas, semiescondidas, inéditas, vaya ud. a saber desde cuándo, vaya ud. a saber desde dónde, vaya ud. a saber de qué manera y en qué condiciones. Inéditas. Así hasta el punto en que tal pueda decirse, porque para pastores nunca fueron inéditas sino siempre bien presentes y conocidas.

(11) Considerando a Palladio como arquitecto renacentista modelo, sobre todo en lo que atañe a edificios civiles de mayor o menor importancia (me refiero concretamente a sus famosas villas en el Véneto), es notable advertir que no sólo la práctica totalidad de dichas villas responde al sempiterno esquema estructural de las tres naves, sino que Palladio mismo lo tiene tan asumido que ni lo cita como solución elegida entre otras. Ese ámbito paradigmático que toma cuerpo en la nave central es aludido por Palladio en la descripción de sus villas como la "sala". En términos de analogía iguales a los que un arquitecto actual se pudiese referir al salón o al estar de una vivienda. No se concibe una vivienda sin ese salón-estar. El llamado comedor es volandero. Lo mismo se instala en la cocina que de forma independiente o incrustado en el salón. Se trata, en definitiva, de los trozos de metralla resultado de una explosión violenta. A esa "sala", esa nave central, ese ámbito generoso que desde siempre ha sido la "celda" de algún templo, la "sala" de alguna villa o el portalón de alguna casona vasca o de carretería o de casa pinariega (ver ilustración (figura) número veintinueve), llegó la hora de alcanzar un volumen crítico y selectivo. En las tenadas y en los templos se ha conservado intacto. En el ámbito doméstico y actual, grande. Ha explotado. Pero en su conjunto, las tenadas se han quedado pequeñas. Tal es su enfermedad y el motivo de su agonía. Y en los templos, no hay más que verlo, esa nave central se ha quedado vacía. De momento proliferan los altares laterales y las capillas.



imágenes 5, 6 y 7

¿Inéditas para la ciencia?

Tampoco es eso. Tampoco es eso. Ni las tenadas merezcan quizá ser objeto de ciencia ninguna ni de serlo haría falta decirlo. Pero es lo cierto que las cosas no son ni absolutamente conocidas ni tampoco desconocidas en absoluto. En ninguno de ambos casos sería posible hablar de las mismas, y si de algo es posible hablar será

por ser en algo desconocido, es decir, en algo también sabido.

Y se da el caso de que, además, hay varias clases de conocimiento y varias clases de desconocimiento también. Tanto interesan unas como otras. Y entre las últimas, una especialmente curiosa, desconcertante. Se trata de todo aquello que, si bien conocido, no es objeto de clara

conciencia de serlo. Conocido pero apenas advertido. Conocimiento adormecido, poco consciente. Capaz de apartar de sí el necesario interés. Suficiente por ello para seguir prácticamente desconocido. Nadando entre dos aguas, no pertenece ni a la superficie ni al fondo. Conocido pero no comprendido. Entre conocimiento y comprensión se configura una especie de laguna, un charco en la que nos resulta gustoso chapotear.

El territorio que ocupan, según dijimos, se configura en forma de tesela de un mosaico, isla o enclave, siendo la propia tenada, el propio buque del edificio, también un enclave. Se diría un navío sobre los pastos. Y así como la mayor o menor longitud según el número de sus cuadernas son los barcos, así de mayor o menor longitud según el número de sus pórticos son las tenadas, más largos o menos los templos. Y como aquéllos, éstas dibujan el eje que las vertebraba y según el cual, de poder avanzar como lo hacen los navíos, avanzarían animadas por la propia corriente, como almadías, puesto que carecen de proa y de popa.

Pero tanto sobre su estructura como del lugar o territorio que su presencia caracteriza volveremos con mayor detalle y más adelante según lo que a su más clara exposición convenga.

Algo falta pero nada importa olvidarlo aquí. De olvidarlo en la tenada sería grave. Por eso nunca se olvida. Me refiero al respiradero, la ventilación, la ventana. Se utiliza con frecuencia el ángulo del hastial. Allí donde Fidias solía poner esculturas en el templo deja un hueco triangular la tenada. De no ser así, en cualquier lugar está bien ese hueco. Que no entren por él alimañas. Evitando el norte.

ACCIDENTES NATURALES

El sistema ibérico es un complejo montañoso heterogéneo. De forma triangular y sentido noroeste-sudeste, cruza la faz de la península como una cicatriz geológica que partiendo de la parte central de la frente según se mirase a la misma, llegase hasta la sien, el ojo y el mentón derechos de una cara salvajemente maltratada.

No es borde ni confin ni separación ni frontera ni límite. No es elemento de naturaleza lineal sino extensa. No delimita sino al contrario: contiene. Ni repetiremos aquí lo que ya se dice, y mejor dicho, en cualquier manual de geografía, ni podremos evitar, sin embargo, alguna duplicidad sobre la cuestión, dado su carácter común a cualquier aprisco de la región y al mismo

tiempo haber sido tratado, por parte nuestra, en otros trabajos. pero dicho esto, conviene recordar ahora el sistema montañoso ibérico como un trozo de geografía extenso y arrugado. Es lugar, sitio, arena, es el ruedo, el foro en el que, como en cualquier otro con respecto a lo suyo, podemos contemplar su naturaleza y su cultura, el escenario en el que una y otra encuentran asiento, se asocian a su manera y a su manera descansan. Ni Gallocanta es cráter de volcán anegado en agua o laguna glacial, fría y negra sobre lo blanco, sino charcón endorreico de páramo elevado, como tampoco tenadas, corrales, majadas, chozones, parideras y tainas son otra cosa que apriscos de ovejas, navíos aislados en el mar de pasto en los que se agolpa una muchedumbre de pulgas y garrapatas. El sistema montañoso ibérico es una extensa región, continente o solar en el que desde siempre arraigaron diferentes culturas. Territorio de convulsa pero estable geología, rugosa y áspera superficie sobre la que tránsitos y refriegos de humanos afanes han dejado, como si de un rallador de cocina se tratase, sustancia milenaria de tradición y cultura. Una de tales "ralladuras" son estos apriscos de ovejas de los que hablamos.

Sería erróneo considerar este "continente" de cultura pastoril en que parece consistir el complejo ibérico como un todo continuo, enclave o isla. Igualmente lo sería ver en él un conjunto heterogéneo, discontinuo, insolidario, vertedero en el que diversas culturas se hubiesen visto sistemáticamente arrojadas. Se trata más bien, ya lo hemos dicho y lo seguiremos diciendo, de un mosaico. Este complejo hasta en su nombre hace honor a su verdadera complejidad física tanto como cultural. Se diría más bien que diversas culturas, al entrar en contacto físico con esta región, hubiesen conservado algunas de sus propias características culturales. Aunque no todas. En otras se habrían adaptado al nuevo medio que, mantenido con vigor a lo largo de siglos y milenios, hubiese dictado de forma inapelable un sistema o régimen ganadero basado en el pastoreo extensivo, tan solo posible allí donde una serie de condiciones en matizado y delicado equilibrio han logrado imponerse y conservarse.

La historia nos habla de pueblos agricultores y de pueblos ganaderos, pero en realidad no se sabe hasta qué punto es el medio físico el que acoge a los pueblos según su carácter o por el contrario, es el carácter el que se adapta mutando en función del medio.

Lo que suele ocurrir, sin embargo, es que tanto ese carácter como el medio cambian, actuando e incidiendo mutuamente según una serie compleja de causas y efectos entrelazados.

El sistema ibérico parece configurarse como el crisol capaz de confirmar esta teoría y al tiempo superando esa primeramente supuesta contradicción. El medio físico, si bien montañoso, no lo es tanto como el pirenaico ni el alpino. Surcado por numerosos y amplios valles, páramos, penillanuras, alcarrias y toda suerte de alturas, se ofrece con delicada diversidad tanto al agricultor en precarias cosechas que busca su complemento en el pastor, como al pastor de finos tanto como pobres, tanto pobres como finos y extensos pastos comunales.

El sistema ibérico es un complejo montañoso pero no tanto, de abrigados valles pero no tanto, de crudos inviernos pero no tanto. De cálidos veranos pero no tanto. Lluve lo suficiente pero no tanto y hay pastores, pero no tantos, que se marchan trashumantes en busca de mejor tiempo y en él, en ese tiempo del sur, de mejores pastos.

Pero no tantos, porque muchos se quedan. Dice la canción que a la marcha de los ganados trashumantes se queda la sierra triste y oscura. Al sur se marchan y al sur se llevan hasta el folklore. Se quedan a su modo los ganados estantes, pero de ninguna forma quietos sino en algo también trashumantes, viajeros, andarines, porque no dejan de andar, alrededor del aprisco, durante todo el invierno. Si fuese posible extender la madeja de su rastro, veríamos cómo el atajo estante camina tanto y tan largo como el atajo viajero. Y aquí se quedan los apriscos de los que nadie, de tan tristes y oscuros, se acuerda. Ni aún el pastor estante necesita el recuerdo del aprisco. Lo tiene siempre tan presente que ni se olvida ni lo recuerda, como a nosotros y a todos ocurre con nuestra mano. ¿Quién, sino el manco, se acuerda de sus dedos? ¿Quién se acuerda de su mano?

Nada de lo que sigue sirve a los pastores como tampoco a ellos, ni a casi nadie, sirve la radiografía de una mano. Pero estando enfermas las tenadas como efectivamente lo están, hemos pensado en hacer su radiografía. Una forma, la más fácil, quizá la única, de poderlas conservar. Conservarlas al vacío, embalsamadas como momias, como alguna noticia de cualquier biblioteca o hemeroteca.

El ganado estante, decía, camina si acaso más. Al encontrar menos pasto debe apresurar su paso al ritmo que marcan el frío y el hambre.

Lo esencial no es, pues, la trashumancia. Es común, en el régimen estante y extensivo, que los ganados, comiendo lo que andando encuentran, rindan sus frutos a fuerza de arrastrar el hocico sobre la tierra. Lo esencial no es la trashumancia, es una diferencia y la diferencia es el aprisco.

Una característica común a todo aprisco ibérico es el carácter del suelo sobre el que se asienta. El aprisco ibérico, ya sea corral, majada, taina, paridera o tenada, responde siempre a un tipo de propiedad inestable o precaria: el vuelo del edificio será de quien lo construye pero el suelo es siempre comunal. El suelo del aprisco es el propio pastizal y el pastizal es siempre un espacio común, un proindiviso entre los miembros de alguna sociedad de baldíos, de campo abierto, de territorio que, como el aire, como el mar, no tiene dueño al que llamar por su nombre de pila. Al fin y al cabo el aprisco ibérico es como un navío anclado en un mar de pastos. El pastizal tendrá sus límites que serán colindancias y al final no podrá ser sino una parcela. Quizá notable por su tamaño pero al final parcela. Pese a ello será también en algo como un campo libre y abierto sobre cuya superficie, navíos anclados, flotarán los apriscos del ganado a los que siempre acompañarán, por todo esto, los atributos de lo esencial, lo depurado, lo que no responde a ningún capricho personal de ningún propietario, lo útil en función de lo precario, lo tradicional, lo anónimo, lo provisto de todo aquello que confiere carácter a una comunidad y se lo quita o prohíbe tácitamente a cualquier propietario.

Nunca un aprisco del sistema ibérico se hace sino de la mano de un pastor. Nunca es la cuadrilla de albañiles que quizá, ya en el pueblo, haga una casa. Nunca ningún grupo de forasteros, extraños, podría ser aceptado en ese lugar sagrado de los pastos. A su costa, en precario, y fruto siempre de sus manos, el pastor levanta el aprisco casi como si de un fenómeno natural se tratase. Como algo, además, independiente del suelo en que reposa. Como el tiempo de nieve y el viento forma el ventisquero, como en el mar el oleaje o la duna en el desierto, el aprisco se levanta en precario, en silencio, al amparo de la tradición, al resguardo de un discreto y tácito permiso.¹² Como el viento, decimos, acumula hojas o nieve a favor de algún remolino.

Un aprisco del sistema ibérico es como un accidente natural. Nunca podremos decir del aprisco estar

(12) A mayor abundancia de lo mismo citamos lo siguiente: "Pero, por otra parte, el Derecho español medieval considera en ocasiones como bienes muebles para los efectos jurídicos cosas que, en realidad, son inmuebles por su naturaleza. Ejemplo característico de esto es la consideración jurídica de mueble que puede tener la casa y otras construcciones en nuestro Derecho medieval, no obstante su no dudosa inmovilidad natural. Por una parte, la casamata de madera, paja o ramajes es fácilmente transportable y esta circunstancia debió de llevar al Derecho medieval al principio que encontró su expresión en el proverbio jurídico alemán: *Was die Fackel verzehrt, is Fahrnis* (Lo que la tea consume es mueble)" (VALDEAVELLANO 1977 : 13).

mal ubicado, como nunca se podrá decir, aún siendo inoportuna la hoja del otoño que mancha lo recién barrido, que una hoja de otoño ha manchado nunca nada ni ha caído donde no es debido.

En pocas palabras: el aprisco ibérico es una flor de estufa. El fruto delicado de un equilibrio inestable que sin embargo ha durado miles de años. Una misma expresión para diferentes rostros. Un accidente más en esta tierra de accidentes en los que la cultura parece unirse a la naturaleza desmintiendo una vez más sus notables diferencias.¹³

ESTRUCTURA

La estructura de las tenadas es un prodigio de complicada sencillez. Esta es la paradoja: complicada sencillez. Se diría el resultado inevitable de mil tanteos diferentes pero desde un principio tan lúcidos como cada uno de los martillazos que, sobre un mismo clavo, dan con él justo en el punto en el que se clava. Como el insecto que, junto a otros, dan en la misma luz que a todos atrae y para todos sirve, da igual si para ver mejor en su claridad o para caer abrasados en su temperatura.

Simple no es vano. Aplicado a una persona lo es. Alguien simple solo es simple. Pero algo simple puede ser depurado, justo, simplificado. Como complejo, que no es tan solo complicado. Pese a todo, hay voces como estas cuyos sentidos se cruzan a veces, haciendo imposible o difícil la exposición verbal precisa.

Hay cosas simples aunque plenas de sentido, complejas aunque depuradas hasta la simpleza, y si de algo se pudiese decir: esto es eterno, esto sería viejo y antiguo pero al mismo tiempo nuevo. Así la estructura de una tenada.

Se dice, con sobrada razón, que una imagen vale más que mil palabras.

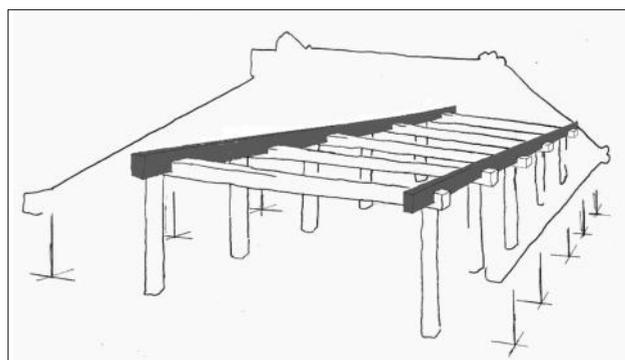
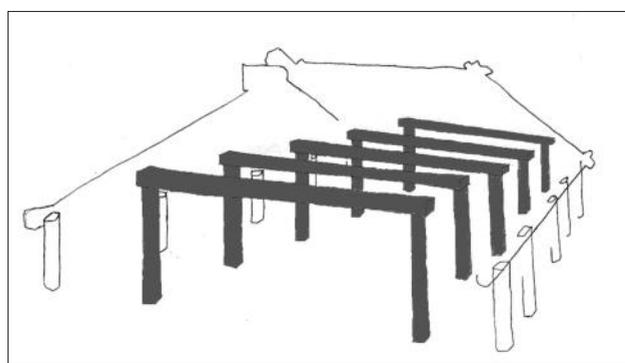
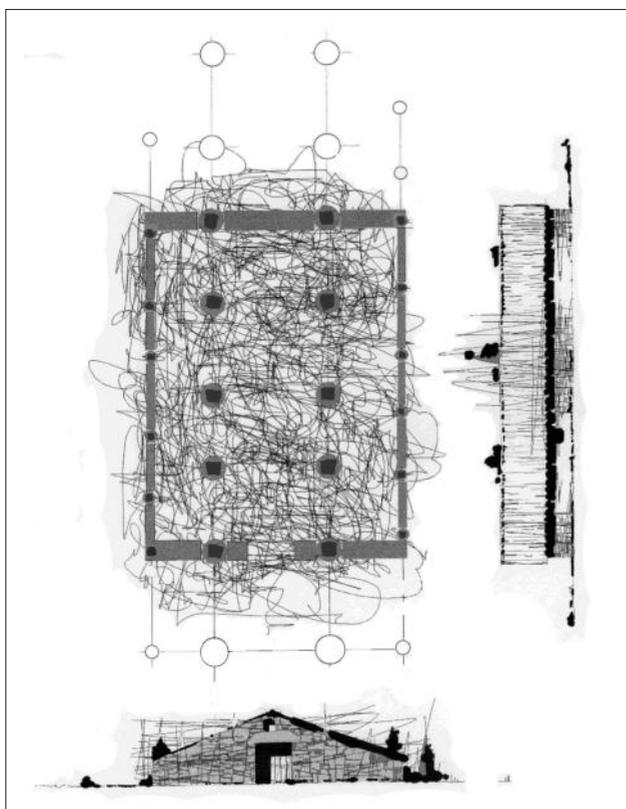
Seguiremos cediendo el lugar a las imágenes y reservando la palabra para cuando la imagen lo exija. Y lo haremos ahora primando el esquema y el dibujo que, sobre la imagen directa del ejemplar, presenta la inapreciable ventaja de aludir antes al tipo, al modelo, al factor genérico y extenso, antes a la idea en el sentido platónico del término que a la particularidad de un detalle aislado y específico. Cederemos ahora el lugar a la figura en sustitución de la imagen.

El aspecto exterior de una tenada carece de otra cosa que de sencilla rotundidad. Aparte su inconfundible ángulo hastial de tan acusado regusto clásico, no destaca en nada. Se trata de un edificio de planta única y rectangular cubierto, en la mayoría de los casos, a dos aguas. Su forma externa, sus alzados, en relación a la planta de la estructura se representa en la ilustración (figura) número ocho. A esta ilustración seguirán las necesarias a su completo detalle, teniendo en cuenta sobre todo las dos partes fundamentales de que consta: estructura portante y estructura de cubierta.

En la tenada casi todo se reduce a una gran cubierta que, tan simple y depurada, parece guardar los restos de algún modelo antiguo más desarrollado, pero de tal forma que, sin abandonar ninguna de sus partes esenciales, conservase intacta una función de tal naturaleza que parece decir lo contrario: una tenada es una verdadera sala hipóstila de tres naves sobre las que se abate un tinglado de cubierta que las protege. Ajustada, precisa definición, pero al tiempo tan genérica que valdría también para definir cualquier basílica o templo. Extraña paradoja.

De una hipotética estructura fundamentada en la repetición de una serie de pórticos de tres vanos, éstos se han simplificado de forma que tan sólo se conserva el central (ver ilustración (figura) número nueve). Al igual que hacemos en las figuras siguientes, se ha destacado en ella y en color gris el objeto principal de su interés. Las vigas inclinadas que antes completasen dicho pórtico flanqueando en cada uno de sus lados al vano central,

(13) Todavía estamos inmersos en una confusión, al menos en los términos en los que desde hace algún tiempo se hace manifiesta: naturaleza y cultura. Al último y vigoroso impulso que desde el siglo XIX se viene dando a esa diferencia, sin paralelo anterior alguno en las causas que la motivan, se opondrá siempre una certeza inapelable: también el hombre y todo lo que del mismo depende y a la vez rodea, no es sino particular manifestación y testigo de la misma naturaleza, y ésta no deja, por lo tanto, de tomar cuerpo y expresión en él. Urge además apuntar que todo ello sin perjuicio de cualquier idea trascendente o religiosa. Ningún Dios osó jamás manifestarse de acuerdo con la naturaleza (lo milagroso es a la vez sobrenatural) y ésta, generosa, se ofrece tanto a creyentes como a descreídos en sus encontrados afanes. Hacia principios del siglo XIX o finales del siglo anterior, surge con fuerza una idea sobre la naturaleza en algún sentido nueva, o mejor dicho, la idea de una naturaleza propia del hombre, no apropiada y a su escala (ya se dijo antiguamente, del hombre, ser la medida de todas las cosas) sino hecha propia, de uno mismo, de cada hombre, interiorizada, de una naturaleza nueva en cuanto diferente a la propia de los árboles y de las montañas y el viento. Como efecto de lo mismo surgen por todas partes intentos de recuperar, o al menos acercarse, desde uno mismo hacia fuera, desde la nueva y silenciosa, íntima naturaleza, en busca de la de siempre que ya no existe, o mejor, que nadie advierte o encuentra por estar como escondida y a la sombra de la nueva. Y a esa naturaleza ya eclipsada se quiere acercar tanto el científico como el artista. Y queriéndolo hacer como lo hiciera siempre, mirándose a sí mismo en ella, término final de una repetida y continuada exteriorización, encuentra en su lugar la otra. La gran novedad de Darwin o Freud no está en ocuparse de la naturaleza de los seres animados, hombres o animales, sino hacerlo desde una naturaleza que se ha humanizado. El hombre descubre de los animales con lo cual no se animaliza el primero sino que se humanizan éstos. El hombre descubre dentro de sí al hombre, y la voz "yo" deja de ser tan solo pronombre para ser también "otronombre", nuevo nombre de una nueva persona: la otra que uno lleva siempre dentro. No solo "yo" sino el "yo". De mirarse a sí mismo en la naturaleza pasó el pensamiento a mirar la naturaleza dentro de sí mismo. Y hubo intentos de hacer del arte naturaleza. Y hacer de todas las ciencias lo mismo. De la historia. Y de la geografía también. Y en consecuencia de todo ello surgieron nuevas escuelas y vanguardias. Y a su manera y su ritmo siguen apareciendo también ahora.



imágenes 8, 9 y 10

han desaparecido. Ya no hay vigas inclinadas sino simples cabrios que se deben incondicionalmente a la cubierta. Y el papel subsidiario de las vigas de arriostramiento que mantienen la necesaria verticalidad de los sucesivos planos estructurales de los pórticos, sirven aquí, a la vez, como correas esenciales de la misma, esto es, como el apoyo intermedio que demandan sus cabrios. (ver ilustración (figura) número diez).

En resumen: los pórticos se habrían simplificado de los tres vanos originales a uno solo, y las vigas secundarias encargadas en principio de mantenerlos erguidos aportan ahora su mayor y mejor servicio a la cubierta desempeñando el papel de sus dos principales correas.

Lo más notable resulta ser que una mutación tan importante de la estructura no afecta prácticamente a la forma.

Deduzco todo lo anterior de un hecho que considero cierto. La estructura de las tenadas pertenece a un modelo que no solo sirve a éstas sino que se muestra con nítida claridad en ejemplos de mayor altura (dos plantas) y distinto destino (vivienda), constituyendo el modelo inequívoco de la llamada "casa pinariega" y su variante la casa de carretería o "carretera". Pero vayamos despacio. Una cosa son las tenadas y otra la curiosa historia de su estructura. Expondremos ésta de forma continua.

Explicaremos su deriva de aprisco de ovejas a morada. Se trata, en efecto, de una historia sin sobresalto. Pero no sin éste pudimos llegar a esa historia. Sobre todo ello, y más adelante, volveremos con detalle y fundamento.

Ahora sigamos con las tenadas. Esa mutación estructural que comentamos tiene diferentes caras. O dicho de otra forma, en sus propios efectos se adivinan en ella diferentes causas.

En primer lugar destacaremos el papel singular que desempeña esa pequeña pieza estructural o pilarete que, justo en el centro del único vano a que se ha visto reducido el pórtico, representa un papel singular. Porque resulta de todo punto indiscernible si pertenece a la estructura portante o de cubierta. Por la simpleza del hecho de situarse tan descaradamente sobre la viga puente, único elemento estructural necesario y suficiente a todo el tinglado que sin él dejaría de serlo, esa simple razón sería suficiente para considerar la pequeña pieza como parte de la estructura principal.

Optamos sin embargo por considerarla como elemento integrante de la cubierta. Porque dicha pieza está, por otra parte, incondicional y claramente al servicio de la misma, puesto que sirve de apeo a otra pieza singular que a ella pertenece: la viga caballete, la divisoria de aguas entre los dos faldones de la cubierta, la que marca el perfil de la tenada, el llamado "aguilón" en algunos

lugares de los que no tengo noticia completa que permitiese configurar su geografía (la geografía de tal nombre con ese sentido). El aguilón es, como la quilla en las naves y junto al pórtico que le sustenta, el tinglado mismo de una tenada. Decidimos, pues, incluir al pilarete junto al "aguilón" como parte de la estructura de su tejado.

De los cabrios no cabe hacer la misma consideración puesto que desde siempre formaron parte de cualquier cubierta, y añadiremos que cabrios son, y de ninguna forma pares, lo que las tenadas emplean como pieza principal en el cuajado que habrá de recibir la teja.

Decimos cabrios y no pares porque los pares, tal y como su mismo nombre indica, se han de contar por parejas. Los pares verdaderamente dichos se unen en el caballete o aguilón, sosteniendo de paso a éste. Lo que no admiten las tenadas. El único sostén que aceptan éstas para su aguilón es el citado pilarete o enano.

Y no habiendo pares no hay tampoco cerchas, formas, piezas estructurales articuladas e indeformables, cuchillos, armaduras, etc., que de todas esas formas se ha dado en llamar esa pieza tan extendida y generosa en nombres como inexistente a lo largo y a lo ancho de cualquier arquitectura vernácula de las que tenemos noticia cierta. También así en las tenadas. Sus cabrios se apoyan, cada uno por su parte y por su lado, en el aguilón, al que de paso equilibran y arriostran. Eso arriba, en la cumbrera. Y abajo lo hacen en los muretes laterales. Correas de segundo orden o correillas completan el cuajado estructural de los faldones del tejado sobre las cuales se dispone una capa de ramaje vegetal que sirve de asiento al material de cubrición definitivo: teja curva.

Hemos citado las correas de segundo orden por tratarse de piezas que sin dejar de serlo, esto es, elementos de cubierta no inclinados o paralelos al caballete, no son tampoco las principales, o al menos no del porte e importancia de otras acerca de las cuales ya nos hemos referido.

En efecto, aparte del caballete, al fin y al cabo correa singular en que se cifra el perfil superior del edificio, existen otros dos pares de correas fundamentales. Uno el ya citado anteriormente por cumplir la doble tarea de arriostramiento y correa (ver ilustración (figura) número once). Otro, el inferior, que sirve de remate y atado al extremo bajo de los cabrios que buscan y encuentran en él su entrega y une las cabezas de los pequeños pilares que con frecuencia forman entramado con los muros laterales de cerramiento, pilares que a menudo incluso faltan.

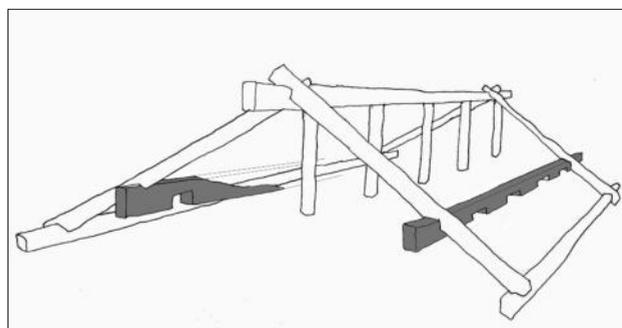


imagen 11

Con respecto al primero, siempre sería escaso el interés a prestarle. Ya hemos citado su fundamental ambigüedad ¿Correas de la cubierta? O por el contrario, ¿arriostrabes de arriostramiento?

Y es que la depurada estructura de las tenadas, su ajustadísima economía de medios sin prescindir de nada de lo esencial en edificios de mucho mayor porte e importancia, implica esa función doble que muchas de sus piezas representan.

Serán correas de la cubierta, pero también, y acaso con mayor fundamento, elementos esenciales de atado entre los planos verticales definidos por cada uno de los pórticos que, sin ese arriostramiento, darían antes o después en el suelo en efecto colapsado de naipe o baraja. Correas sí, pero antes quizá, o desde luego también, arriostramiento de los pórticos esenciales de toda la estructura.

Y para terminar con esto, una última precisión.

La única forma de responder a ese necesario arriostramiento de los pórticos sería el expuesto en la ilustración (figura) número doce, forma ésta que permitiría suprimir el recurso de asignar a las correas principales esa función, dejando a éstas la función exclusiva de servir de soporte a los cabrios. Pese a ello, éstas seguirían prestando su apoyo en la verticalidad de los planos de los pórticos, razón que abunda en el práctico abandono de dicha solución. Suele aparecer en los casos, poco frecuentes, de grandes tenadas (que no largas). No en vano su estructura, dispuesta siempre a cualquier longitud pero no a cualquier anchura o altura, es casi siempre más o menos larga pero casi nunca, o excepcionalmente, más alta o más ancha de lo usual.

En la ilustración (figura) número trece puede verse la disposición de las piezas que sin ambigüedad de ninguna clase podrían ser consideradas exclusivamente de la cubierta.

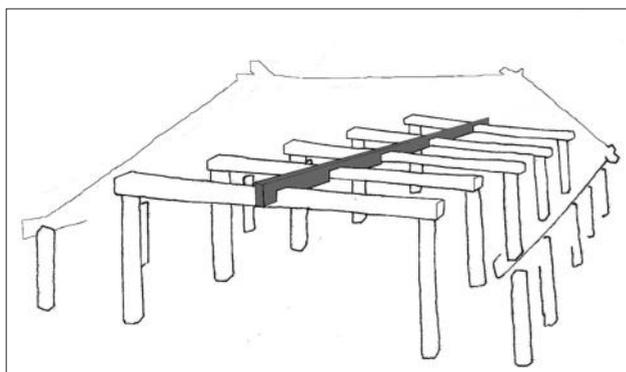


imagen 12

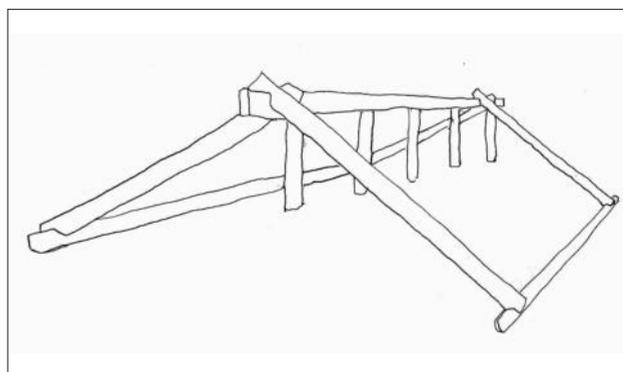


imagen 13

Quizá se pregunte algún lector acerca de tan prolija descripción para tan simple y sencilla cosa. Pero es en esa precisa y ambigua sencillez donde se guardan algunos secretos que, por otra parte, son en su mayoría secreto a voces. Allí se guarda el secreto del capitel que no es sino simple zapata. Se guarda también el secreto de los pórticos y los arquivates del templo dórico, de los triglifos y las metopas. Se guardan todos esos secretos que dejaron ya de serlo. Pero dejando ya los templos y fijándonos en las tenadas, y con mayor precisión en ese par de correas que no lo son sin dejar de serlo, podemos decir que también esos arquivates guardan con celo el suyo. Existe otro aprisco asombrosamente parecido a las tenadas y a la vez tan distante de las mismas como un delfín pueda estarlo de un verdadero pez de su talla. Y son precisamente dichos arquivates los que distinguen, como las vísceras de un mamífero lo hacen del pez, las parideras de las tenadas. Parideras y tenadas. Una provechosa lección de fisiología estructural comparada que habrá de quedar pendiente por ahora

En resumen, tal es la estructura de una tenada. Las uniones entre sus piezas se resuelven en simple apoyo que se materializa o fija en cosido puntual con grandes clavos de forja o sencillas soluciones de labra carpintera como la muesca, el cajeado y la espiga. La continuidad de las grandes piezas estructurales horizontales, sobre todo de las dos grandes correas mencionadas o incluso del caballete o aguilón se resuelve mediante solape en pico de flauta y clavazón, según se indica en la ilustración (figura) número catorce. Sin embargo las vigas puente o los arquivates, esto es, las piezas fundamentales que salvan el único vano del pórtico principal, no podrían ser, por razones obvias, sino de una sola pieza. No podría ser de otra manera. Sobre dicha viga puente y en su punto central se asientan siempre los pilaretes que responden, a través del aguilón, de la propia cubierta.

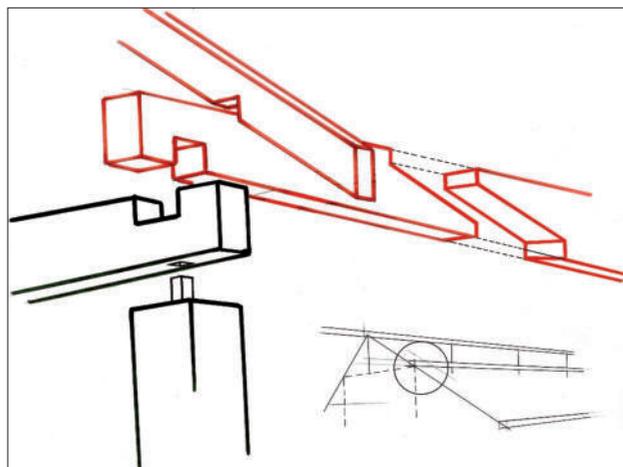


imagen 14

Es frecuente un refuerzo en la rigidez y arriostamiento de todo el conjunto localizado en la fortaleza de los muros testers o hastiales, por lo que con frecuencia se prescinde incluso del primer y último pórtico de la estructura. En caso de subsistir, estos muros testers, piñones o hastiales pueden aparecer entramados por inclusión de dicho pórtico entre los mampuestos de su fábrica.

El cuajado final del tejado que habrá de recibir su cubrición ordinaria de teja curva, se completa disponiendo sobre los cabrios toda una teoría de pequeñas correillas que a su vez soporta y sobre la cual se tiende una capa vegetal de pequeñas ramas o menuda leña sobre la que asientan por fin las tejas.

Detalles éstos que pueden variar de casi tantas maneras como su constructor el pastor, la costumbre o el material de la localidad dispongan.

EL NOMBRE

Muchísimas cosas tienen su nombre, pero no todas. Hay más cosas que nombres. Sólo de los nombres propios podría decirse que igualan en número al de las

cosas que nominan, pero esta clase de nombres no es muy numerosa. Hay enormes cantidades de cosas que carecen de nombre propio. Lo llevan algunas estrellas, pocas galaxias, bastantes perros y gatos, ninguna hormiga, por ejemplo, y eso sí, todas las personas. Total, unos pocos, muy pocos miles de millones de nombres propios, y eso sin contar los muchos que se repiten. Nuestro país, por ejemplo, está lleno de "pepes". En total, menos que gotas de agua de cualquier tormenta.

Se diría, pero sin ser cierto, que para compensar algo este desequilibrio se suelen atribuir varios nombres a una misma cosa.

No es del todo cierto. Hay también cosas diferentes a las que se alude con el mismo nombre, lo cual viene a compensar el efecto anterior y dejar las cosas aproximadamente como estaban. Los fenómenos de sinonimia y polisemia juegan entre sí para ofrecer al final un equilibrio aceptable.

Hay cosas también que no tienen nombre, como también ideas que carecen de cosa, ideas que vagan por ahí como fantasmas, buscando algo, alguna cosa en la que alojarse y descansar. Pero lo normal es que cada cosa responda o dé cuenta de su idea, y esa cuenta se rinde por medio del nombre, por medio de la palabra, porque todo nombre no es sino palabra.

Lo normal, lo común, son los nombres comunes. Solamente por ellos, casi solo por ellos, podría explicarse la razón de que haya muchas más cosas que nombres. Por fortuna y suerte nuestra es así. Marea pensar en la tarea de ponerle nombre a cada uno de los granos de arena de una playa cuando todo se arregla con ese nombre providencial de "playa". Pero no llamemos "desierto" a la "playa". A esa tendencia simplificadora del habla es necesario ponerle freno. Por otra parte, y en sentido contrario (pero que no deja tampoco de complicar las cosas) resulta que las palabras, por vocación natural siempre junto a las cosas a las cuales denominan, son también, a su vez y por sí mismas, cosas, cosas sonoras, cosas perceptibles a través del sonido y de la vista en la escritura. Son ruidos, garabatos, cosas, lo que se dice cosas.

Y son precisamente los diccionarios los que cuidan de que cada uno de tales nombres no se quede ahí, en ruido sonoro, en garabato escrito, sino que tenga, como Dios manda, su referente, su cosa, que podrá ser a su vez algo sonoro, algo garabateado, pero distinto. Esto es lo esencial. Distinto.

Entre la cosa como referente y la palabra que lo designa debe haber una diferencia no solo de grado

sino de naturaleza. Para decirlo de una vez (aunque diciéndolo con verdad sin poder responder de su certeza), si bien no es posible repetir la misma palabra de forma idéntica dos veces, entre Paco nombre y ese señor que se llama Paco debe haber una diferencia mucho mayor de la que hay entre la palabra "Paco" que pronuncio ahora y la que pronunciaré la siguiente vez que la diga, o tal vez, aunque no tan seguro, de la que hay entre dos señores que se llamen "Pepe" o "Paco".

Tenada, tainao, tinada, taina, etc... He aquí una familia de nombres comunes que no son, como podrían serlo diferentes planetas de un sol, nombres girando en torno de una misma cosa. Antes responden a la idea de un astro antiguo, desintegrado, cuyos restos han cobrado autonomía y roto lazos con aquél, ya remoto principio.

En efecto, todos derivan de una palabra latina pulverizada. Pero de tener los datos suficientes y necesarios para ello, todavía sería posible describir de alguna forma la traca de petardos y explosiones sucesivas con que dicha palabra latina, *tignum*, se fuese desintegrando como el fósforo de una cerilla lo hace, pero tardando veinte o treinta siglos en lugar de tan pocos segundos.

Ha resultado que al final, un aprisco como el descrito ha venido a cargar sobre sí con el nombre de "tenada". Y ello en cierto lugar del que más adelante diremos. Y entre aprisco y nombre, sin salirnos de dicho lugar ni del tiempo que ahora corre, como entre marido y mujer de un matrimonio modelo, no hay sino puro entendimiento. No hay terceros. Ni tainas ni tinadas ni gaitas.

Eso sí, nuestro nombre, el nombre de "tenada", como a todos los otros restos de aquella vieja palabra latina y desintegrada ocurre, conserva la idea de cosa cubierta, cosa tenada, tainada, tejada, techada. Cubierto, sombrero, cachimán de tente mientras cobro, abrigo, aprisco.

En resumen y entre tanta incertidumbre, parece aflorar en todo ello la idea de un abrigo, protección, paraguas, cubierta (recuérdese lo dicho anteriormente acerca de la estructura).

Las palabras, y los nombres comunes también en tanto que palabras, son como cantos rodados. Tenada no es sino adjetivo (cosa cubierta) que, rodando, ha derivado en nombre común, sustantivo. Adjetivo que ha cobrado sustancia.

El Diccionario de la Lengua nos dice que "tenada" es "cobertizo".

Y ahora otro hecho que cuadra como anillo al dedo, pero no tan sólo con las tenadas sino con todo aprisco de ganado y desde luego con toda la familia de los apriscos ibéricos, que cuadra, decía, con ese carácter provisional y poco duradero que a todos afecta. Se trata de lo siguiente: las tenadas son construcciones que se levantan siempre sobre suelo ajeno y por lo tanto en precario. Su finalidad no es tanto la duración ilimitada como la utilidad coyuntural del tiempo en que se hace, siendo este tiempo de orden parecido al de la vida de su constructor. Existe un tácito y consuetudinario permiso en levantar la tenada. Pero el heredarla ya es un problema. También consuetudinariamente se respeta el uso a su constructor, aunque no tanto a sus herederos. Ante dicha precariedad e incertidumbre, la tenada opta por descansar eternamente junto a su dueño, y no hay ninguna cuya esperanza de vida (en numerosos casos ampliamente superada) sea muy diferente a la de cualquier pastor, acaso sus hijos, quedando poca o ninguna esperanza para los nietos. Cosa precaria. Ligera. Liviana. Su peso está en la costumbre.¹⁴

Un rimero de leña sabiamente apilada. Está por hacer también el estudio de las diferentes formas en que diferentes regiones (tan abundantes), apilan su leña. Al no haber muchas posibilidades diferentes de hacerlo, y al ser algo en que cada grupo de gentes afines en ello se afana con el orgullo de ser suyo el mejor rimero, deducimos que buenas y muy parecidas pilas de leña se habrán apilado en muchos puntos diferentes del planeta, como con frecuencia se supone haber ocurrido con descubrimientos elementales como el del fuego, el de cualquier herramienta, incluso allá en el principio de los principios, las primeras palabras, etc... Esos hallazgos elementales, primitivos, ancestrales, vernáculos, propios de su correspondiente lugar, nacidos en cualquier sitio desde nadie sabe cuándo, llegan hasta nosotros apenas intactos, inmunes al tiempo, extrañas momias de carne fresca, fósiles

recién nacidos (las palabras, los idiomas, habrán cambiado, pero la facultad de hablar ahí está, intacta).

Algo así con las tenadas. Existen modelos de habitáculos primitivos en diversos lugares de la tierra muy alejados entre sí pero fieles en todo a ese sistema estructural.¹⁵ La estructura de los templos y de numerosas construcciones del extremo oriente se basa igualmente en ese apilamiento de maderos tan característico de la tenada.

Sobre lo mismo y otras parecidas cuestiones tendremos ocasión de ocuparnos más adelante. Nos remitimos para ello al capítulo de "Conclusiones" y en especial a la ilustración (figura) número cuarenta y una.

Pero estamos ahora en el nombre, nombre que sugiere un material: la madera. Una cierta provisionalidad: la propia de lo precario. Una clara vocación: pastoril o ganadera.

Y aunque parezca lo contrario, no es el nombre lo que justifica las cosas sino al revés. Son las cosas las que (animales según el mito conocido de la Biblia) desfilan ante los ojos del hombre para que éste les ponga nombre.

O mejor dicho, cada uno de los adanes que desde otro mito igualmente bíblico (el de babel) en el mundo han sido, pone su nombre a las cosas. Porque a nuestro artefacto de madera y destino pastoril se llama de dos formas diferentes. La principal es ésta que venimos citando y de la cual nos servimos como referencia: "tenada". Pero hay otra voz de semántica más indecisa y amplia que sirve también para nominar lo mismo. No se trata de ningún fenómeno de sinonimia. No es que a lo mismo, y en el mismo lugar, se denomine de dos formas diferentes o sinónimas.

Esta voz es "majada",¹⁶ mácula, mancha, rastro sobre la tierra, tierra manchada, estercolada por el ganado en el redil, tenada nómada de una noche, descansadero.

(14) Nos falta el estudio detallado al tiempo que sistemático e integrador de las tipologías a las que responden estos refugios de ganado para un ámbito territorial verdaderamente amplio, al menos el de la península ibérica. Aparte posibles trabajos de naturaleza local y por ello de nula o escasa difusión y muy reducido ámbito geográfico de estudio, solo conozco el trabajo de TORRES BALBÁS citado en la bibliografía, en el que se dedica cierta extensión a los mismos. Desgraciadamente no entra en los detalles de su construcción, lo que apenas permite progresar en ese deseado establecimiento de tipologías por regiones. Menos aún al estudio de sus nombres. Como extraordinariamente importantes se perfilan los trabajos de recopilación sistemática y dirigida de trabajos dispersos y aislados, de monografías o de recogida de datos de amplio espectro y al mismo tiempo de vocación selectiva y detallada, específica y acotada en microespacios muy numerosos. Así la publicación editada por la Junta de Castilla y León y titulada "Estudios de Etnología en Castilla y León", o el trabajo propiciado por dicha entidad sobre los bienes del patrimonio etnográfico (BIPES).

(15) En la Historia Universal de la Arquitectura que se indica en Bibliografía se dan interesantes detalles sobre todo ello. (GUIDONI 1989: 54 Y 123).

(16) Porque se da el caso de que al mismo aprisco se llame de diferente forma según el sitio, y al revés. En el caso de las tenadas resulta ser en la zona perteneciente a la provincia de Burgos el lugar en que así se llaman, mientras que según nos acercamos a Soria, o ya en su territorio, ese nombre se abandona paulatinamente para pasar al uso de la voz "majada". Esta mutación de naturaleza léxica parece ser efecto de la proximidad a la región soriana en que se practica la trashumancia. La configuración de la oportuna geografía que recoge la cuestión así lo indica. Es notable también advertir cómo este fenómeno se acompaña de la correspondiente mutación semántica que a su vez experimenta la voz "majada" por motivo de su desplazamiento. Mientras dicha voz significa ordinariamente los alrededores del propio aprisco en los que un frecuente abonado y pastoreo hace florecer de forma especial el pasto, el territorio en el que dicha voz adquiere el significado del propio aprisco acusa para estos alrededores el empleo de un nuevo vocablo que sin él se hubiese visto desprovisto de nombre. Dicho vocablo es "majadal" o "remajada".

Corominas la supone derivada de *maculata*, voz de latín vulgar que a su vez proviene de *mácula*, en latín voz sinónima para designar “mancha” y “red”, sinonimia hoy desaparecida pero que de alguna forma guarda su recuerdo a través de los significados: en el de la voz “red” como elemento en el que recoger las ovejas, y en el de la voz “mancha” como la huella del estiércol del ganado encerrado en esa red.¹⁷

Hemos optado por no utilizar este nombre. Su abanico semántico es en exceso amplio e inestable. Con ello se multiplican las posibilidades de confusión. Me remito en todo ello a las consideraciones expuestas en la nota marginal nº 16.

Y sobre los nombres de la clase de aprisco que nos ocupa no hay más de que podamos dar razón.

Terminaremos recordando esa falta patética de datos citada más arriba, datos que nos podrían describir la historia, no ya de cómo la voz “tenada” vino a ilustrar este aprisco, cosa en la que andamos ahora, sino la de toda una familia de voces que al día de hoy andan desperdigadas y de toda una familia de apriscos a los que pasa igual.

Una excepción al menos. De otra voz de la familia (“taina”), de otro aprisco ibérico que de la misma se hizo cargo, y de dónde tal pareja de aprisco y nombre conviven al día de hoy, daremos también cumplida noticia. Pero en otro lugar. Ahora estamos en las tenadas.

De lo demás, estos pocos, tristes datos: también en otros lugares sobre cuya configuración completa carezco de noticia y datos, a los establos de las vacas se alude con esa misma palabra o la variante “tinada”. Tal



imagen 15

ocurre en el nordeste de la provincia de Ávila, donde la voz más corriente y propia es la de “cija”, y también con ese o diferente significado y con toda probabilidad, en muchos lugares más.

DERIVAS

¿Cómo hablar de la evolución de un pórtico de tres vanos? ¿Cómo evoluciona una circunferencia si no es dando vueltas sobre sí misma?

Sea un menhir. Sea el tronco de un árbol. Sea una columna dórica. Sea un poste de madera, ¿cómo evolucionan? A suficiente distancia la columna de Nelson puede ser la de un anacoreta, y un hito fálico dedicado al dios Hermes ser un pairón, un hito de los caminos, o la mismísima Virgen del Pilar.

La paciencia del tiempo es infinita. En su virtud, todavía hoy es posible reconocer el gesto de un dinosaurio en el rostro (¿rostro?) impasible de un lagarto. Pero, ¿quién ha visto el rostro de un dinosaurio? Sólo hemos podido verlo en alguna representación.

Recordemos esto: ¿no es la senda de cualquier selva la que pasa entre dos árboles?

Y alguien nos recuerda que hay otra senda también, solamente otra que al final acaba siendo la misma: la que al llegar a un árbol lo corta o lo evita. Dos obviedades que será preciso recordar.

Una sala hipóstila es una selva de postes, un bosque de pilares. La tenada es una sala hipóstila, una selva de pilares en la que tan solo hay una senda. Y ésta es la senda que pasa entre dos pilares y luego entre otros dos, y así. En las tenadas todo parece dispuesto en función de un camino, de una ruta, de una senda. Como si los árboles de una selva se hubiesen plantado a un lado y otro de su paso, preexistente y recto. Valga el parteluz, valga la entrada doble de cualquier humilladero, valga el Pórtico de la Gloria. Pero no hagamos esto en el piñón de una tenada, no hagamos lo que se muestra en la ilustración (imagen) número quince.¹⁸

(17) Esta es la ocasión de señalar que la confirmación fehaciente de la existencia de un fenómeno de sinonimia descansa en la superposición de las respectivas áreas elementales de las voces involucradas en dicho fenómeno que, no debemos olvidarlo, tienen el mismo sentido, puesto que tan sólo esta última condición no asegura la presencia de sinonimia. Afirmarlo a priori supone, cuando menos, aventurar un juicio de alguna forma gratuito. En definitiva, tal es una de las mayores servidumbres de todo diccionario, al tiempo de ser también su razón de ser, puesto que la utilidad del mismo no descansa en la coincidencia de las áreas elementales de las voces que registra sino en la superposición parcial de las mismas. Es inconcebible la existencia de alguna laguna o desierto en la que no se diesen áreas elementales, al menos en número suficiente a la superposición de las mismas. Dicha laguna no podría pertenecer al dominio de la lengua cuyas voces se consideran. El diccionario solo puede correr, trasladarnos a partir de su elenco de voces ordenadas alfabéticamente hacia el de voces articuladas en la glosa que facilita gracias a la citada superposición entre áreas elementales. (ver nota marginal nº 16).

(18) Como rarísima excepción se cita esta imponente majada en la que, contra la ley natural de su crecimiento (longitudinal), se han hipertrofiado anchura y altura. De aquí el disponer, en el piñón, esa entrada doble que no es parteluz sino forma externa de una división interior. Son dos majadas adosadas en la que si bien se conserva la obligada simetría, se desdice la grave ley que preside la hipertrofia de las tenadas: anchura constante, longitud indefinida. Sin duda se trata de un ejemplar heterodoxo.

Pero todo esto cobra su mejor sentido en contraste con otra clase de selva en la que ocurre lo contrario, a saber: hay una hipotética senda empeñada en toparse siempre con algún poste puesto allí en medio, de forma provocativa. O es el poste que, inoportuno, se alza siempre al paso de una senda intransitable. En la ilustración (figura) número dieciseis indicamos el esquema funcional de una taina.

Taina, que no tenada. Es vital no confundirlo, porque la taina no es sino el revés de la tenada: una fila de postes clavados justo en el eje de una senda imposible. Obligada por los postes desdobra su ruta. Eso es una taina.

No hablaremos de las tainas, de nombre familiar al de nuestras tenadas pero tan encontradas de carácter con respecto a ellas. Es un error confundir el nombre de

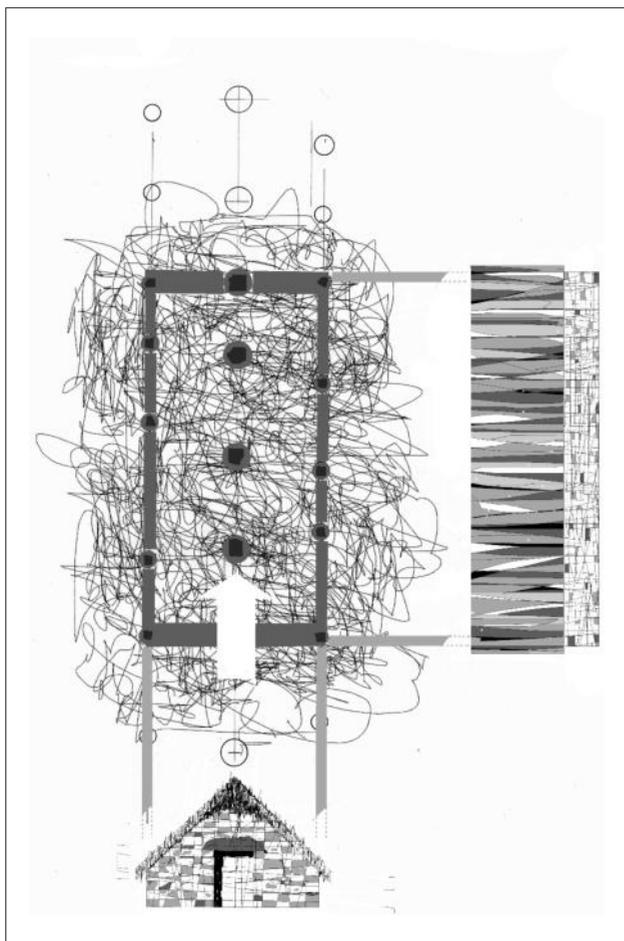


imagen 16

taina con el de majada, paridera, tenada, etc. Ya lo hemos dicho: cada tipo de aprisco (el nombre de aprisco, en cuanto genérico, sirve a cualquier abrigo de ganado) tiene su nombre. Otra cosa es el posible apilamiento de áreas léxicas en el seno del área propia de alguna especie de aprisco, en cuyo caso habría lugar al fenómeno de sinonimia, esto es, diferentes nombres para el mismo, circunstancia que no se da en nuestro caso. También es erróneo considerar el detalle pintoresco de la cubierta vegetal como síntoma necesario de antigüedad. La generalización actual de la teja en toda clase de construcciones no es un acontecimiento antiguo, y no hace tanto tiempo, no más de dos, tres o cuatro siglos, que una enorme cantidad de edificios, incluso la mayoría de las viviendas de ámbito rural, presentaban el mismo tipo de cubierta que ahora se suele considerar como exclusiva y característica de la prehistoria.¹⁹ No hablaremos de las tainas sino para decir que no hay mejor forma de comprender una tenada si no es puesta enfrente de una taina. Entre ambas explican de la mejor manera lo que una y otra son. No hay mejor manera de apreciar eso a lo que se llama "bien" sino al lado de "mal", y lo blanco nunca luce mejor que ante lo negro. Quien hace una tenada no puede ser sino extraño a quien hace una taina. Tenada y taina pertenecen a mundos diferentes, a diversa cultura. De lo mismo hacen buen eco sus correspondientes áreas elementales, sus respectivos territorios de ocupación. En efecto, nos remitimos para ello a la ilustración que se hará figurar con el número cuarenta y dos en su lugar correspondiente y en la que se presenta la localización conjunta de tainas y tenadas además de la correspondiente a los corrales en lo que a sus alrededores más o menos próximos atañe. En ella se puede apreciar la vecindad entre tenadas y tainas que no desmiente sino que al revés, refuerza su independencia.²⁰

Sigamos, pues, con las tenadas.

¿Cómo hablar de la evolución de un pórtico de tres vanos? Pero antes, ¿a qué cosa se llama "evolución"?

Digamos lo que digamos terminaremos hablando de la evolución del pórtico de tres vanos. Empecemos por ahí. El pórtico de tres vanos evoluciona. Como evoluciona un caracol aunque parezca extraño. Comparar

(19) En la fase anterior a la construcción del monasterio de San Lorenzo en El Escorial, a propósito del acondicionamiento del territorio (no sólo ni fundamentalmente para las obras sino para la general infraestructura de la fundación), de la compra de términos y heredades por parte de Felipe II, etc, se da noticia cierta y detallada de la existencia de pequeños poblados, todos ellos de viviendas con cubierta vegetal, que fueron sistemáticamente suprimidos por el motivo citado. Las muestras relictas que aún quedan de cubiertas vegetales son, por otra parte, numerosas, aunque todas amenazadas por una sentencia firme de desaparición. Incluso de viviendas, como las famosas "pallozas", o de uso estacional, como los también famosos "Ranchos de Doñana", hoy reclusos en el conocido parque natural andaluz, pero no hace mucho tiempo extendido por todo el litoral sur de la península, casi hasta enlazar con las barracas levantinas, igualmente utilizadas como viviendas de temporada u ocasionales, aunque sin mezclarse nunca con ellas. Ranchos y barracas pertenecen a diferentes culturas

(20) Es contradictorio también considerar a las tainas como una singularidad cuando a las mismas se atribuyen tantos nombres como de los apriscos facilite un diccionario y se considere a cargo suyo y exclusivo la vistosa cubierta vegetal que lucen. Ocurre con esto como si a tantas especies distintas de mamíferos marinos se considerase la singularidad de vivir en el mar para concluir que delfines, marsopas, cachalotes y ballenas fuesen una misma clase de mamífero que, bien provisto de nombres, prescindiese de la tierra para vivir en el agua. Y además desde la era primaria, edad geológica por excelencia marina y edad de oro para los peces.

la evolución de los seres vivos a la evolución de la cultura, de la cultura en general o de cualquier forma de la misma, de cualquier arte, tradición, costumbre o hecho social, ha sido desde siempre práctica común y aceptada (esto es lo curioso) sin más. Intransigentes siempre para con tantas otras cosas, en esta cuestión de poner a la naturaleza como ejemplo y modelo de la cultura, lo hacemos sin más. Y en este hacerlo sin más estriba, nada menos, lo siguiente: a cada época corresponde una forma especial, particular, propia de hacerlo.

No intentaremos, pues, buscar ningún fundamento a las comparaciones que hacemos, excepto el de justificarlas diciendo que, según pensamos, resultan útiles al fin propuesto. El fundamento no es otro. Explicar lo más claramente posible una tenada.

Pese a todo, siempre cabría decir que, fuese la que fuere la forma de comparar la evolución propia de la cultura con la biológica o de los seres vivos, y atendiendo por lo tanto a esa tendencia generalizada y universal de hacerlo, la cultura no es en el fondo sino efecto natural, humor, secreción, baba por así decirlo, producto que nosotros, los seres humanos, producimos y en cuya producción se cifra, precisamente, aquello que nos separa del resto de los seres animados. Pero no de la naturaleza. De la naturaleza, no.

Cualquiera de aquéllos, entre los cuales contamos, rinde su tributo a la madre común naturaleza. La diosa Gea, madre del mundo. Démeter, madre de la tierra.

Es curioso. Tan altiva siempre la especie humana y a la hora de rendir ese tributo miramos en derredor nuestro con la intención de ver, en los animales y en el resto de las criaturas vivas el modelo a seguir en el pago de nuestra deuda, nuestro tributo. Como si, habiendo sido hechos a la imagen y semejanza de los dioses, ya sentados en nuestro trono, mirásemos al gusano para tomarlo de modelo. Será extraño, pero al interior de una tenada recordamos la basílica de San Juan de Letrán, antecesora de San Pedro Vaticano. Y al tiempo, sin saber porqué, recordamos haber leído lo siguiente: el genoma de un antropoide es, al noventa y tantos muchos por ciento, idéntico al de un ser humano.

El esquema funcional de una tenada es tan simple como el de una basílica, etc...En resumen se trataría de una línea recta coincidente con el eje del edificio que a su vez marcaría el itinerario de una oveja transitando a lo largo de su nave central, atravesando por su centro pórtico tras pórtico después de haber franqueado la puerta de acceso bajo el frontón y según secuencia más

de ceremonial parlamentario en Westminster que de vista simple y al natural a cualquier hora y en cualquier tenada. Para el supuesto ceremonial y en base a su mejor ensayo, habría de hacerse un esquema como el de la ilustración (figura) número diez y siete

De alargarse la tenada, el esquema podría seguir igual, pero llegaría un momento en que la misma sería túnel antes que aprisco.

Para evitarlo, la que sufre no es otra que la integral simetría que hasta el momento lo venía dominando todo. La simetría según el eje principal se rompe.

¿Qué cómo?

Pues olvidando el hastial lo primero. Y entonces la tenada, sin despeinarse un pelo, ya es otra sin dejar de ser la misma

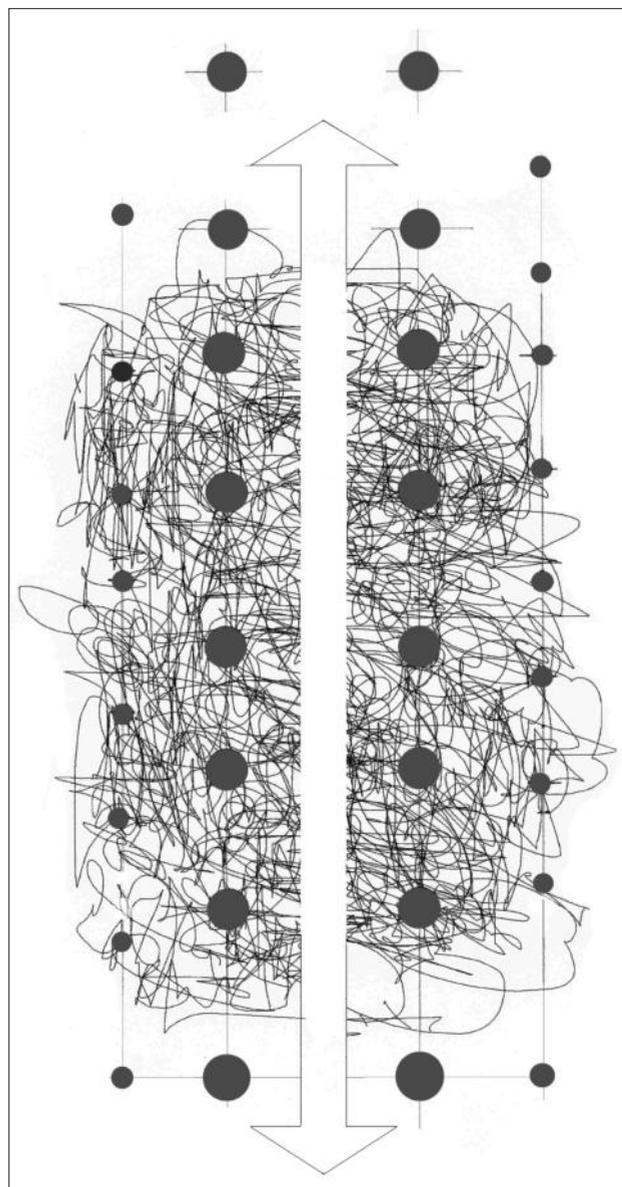


imagen 17

¿Cómo?

Pues abriendo puertas laterales en alguno de sus costados. Y abdicando, esto sí, de su orgullo altivo y solitario, admitiendo ser, en algún sentido, múltiple, adosada.

No existe culebra ni gusano que pudiese soportar un cambio así. ¿Cómo sería posible un gusano sin cabeza y con múltiples bocas en su costado? Pero la tenada, hipertrofiada en longitud, abre su costado y permite, como en una especie de magia o juego de prestidigitador, que su esquema no sea el de su eje sino el de una espina de pez.²¹ Ver ilustración (figura) dieciocho e ilustración (imagen) diecinueve.

La tenada siempre, siempre la encontraremos dispuesta, siempre, a sufrir esta mutación tan simple, tan grave, tan liviana, tan profunda, tan sencilla y al mismo tiempo decisiva.

Y aún más, aunque a mayor precio. Se trataría entonces de una cuestión de cantidad, aunque también, y de alguna forma, la cualidad en ello. Porque hasta el punto este al que se ha llegado no hemos dejado de meter ovejas en la tenada. Rústica y aislada, orgullosa puerta bajo el frontón, o múltiple adosada, compartida

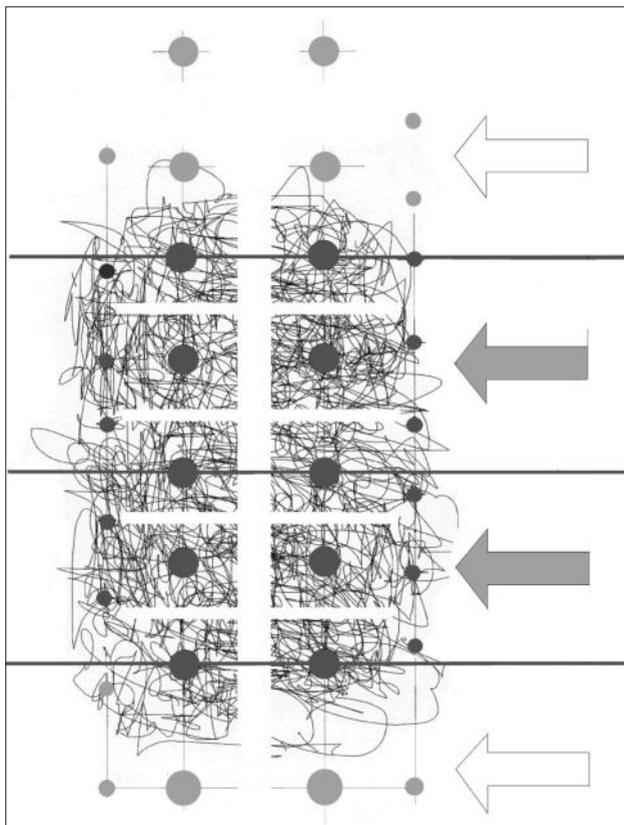


imagen 18

en vecindad colateral y medianera. Pero en cualquier caso, y siempre, tenada.

El paso siguiente, decisivo, verdadero "salto de Alvarado", cruce de algún Rubicón, gesto audaz en esta supuesta evolución, es el dejar de serlo. ¿No llegaron, hace ya los tres milenios, y en Grecia, no llegaron aquellas chozas a ser la casa de un dios? Pues ahora, estas tenadas de las que venimos hablando, olvidando a las ovejas se hacen casa de hombres. Y como los camaleones, estos edificios (ya no es posible saber si son apriscos de ganado, morada de hombres, palacios, iglesias o templos, si son uno, si adosados, si en esquema de merluza o de sardina o por el contrario de peine), como camaleones, se cambiarán de camisa pero siempre fieles a su esqueleto. Aunque de nuevo pagando algún precio.

¿Qué precio?

A veces ninguno. Metiéndose allí los hombres en lugar de las ovejas. Se limpia el estiércol, se levantan tabiques (con mucha frecuencia se tejen, pues los mejores, los más auténticos tabiques son de barda, cesto, más o menos fino tejido de vergazas manteado luego con barro) y, esto sí, de ninguna manera puede faltar, también de barda, la enorme, redonda, rotunda y monda chimenea. Váyase a Villaciervitos. Véanse, casi en estado puro, estas tenadas de hombre.

Pero aquí hemos de hacer un alto en el camino. Estamos hablando de las tenadas, pero no tan solo de lo que nos muestran sino también de aquello que, mirando, pone cualquier mirón en ellas. Lo confieso. Soy mirón de las tenadas.

Ocurre a veces que, viendo algo, dejas de verlo. Pero no porque te falle la vista, te tapen los ojos o alguna sombra lo cubra todo. Digo que dejas de verlo porque la vista se va y en su lugar, nadie sabe cómo, se ins-



imagen 19

(21) Se da con alguna frecuencia también, aunque menor a la citada de adosadas, la de tenadas colectivas, cuando los problemas derivados del reconocimiento de cada res u otros derivados de la mezcla de rebaños o atajos no lo impiden.

tala la mirada. Y todo ello tan ajeno a ti mismo, tan ajeno al menos a tu voluntad como si un viento soplaste. Tal ocurre, por ejemplo, fijando atenta la vista en una nube. Al punto miras en ella un rostro, un árbol, algo preciso y abigarrado como la nube. Pero no la nube. Ocupando su lugar pero no la nube. Y luego ya no sabes si miras o ves, si rostro, si nube, si árbol. Solo sabes que a veces, incluso, cuesta recuperar la vista primera, la original, la nube. La nube se desbarata por fin y todo vuelve a su ser acostumbrado. No sabemos hasta que punto ese ir y venir entre vistas y miradas es decisivo a la hora de hablar acerca de lo que has visto, has mirado, has pensado. Cualquier psicólogo encontraría sus datos en ese afanoso ir y venir de la vista, del oído, de cualquier sentido por entre los laberintos de lo pensado. Pero a nosotros eso no importa.

Lo que a nosotros importa es que todo eso que a veces pasa, y pasa siempre, se puede tropezar de pronto con otra cosa distinta. Todo eso que flota indeciso, entre opaco y transparente, que no logra tomar cuerpo, que no baja, por así decirlo, de por encima de todas las nubes, choca con algo que lo sacude, que lo baja de golpe al suelo, que lo sienta junto a nosotros transformado. Choca violentamente. Pero lo hace pasado el tiempo. A la vaguedad que lo envuelve de origen se suma la que le añade un tiempo. Choca violentamente otro día, en otro lugar y en otro tiempo. Contra otra cosa distinta.

Como si el aire, tan arriba enrarecido y vago, chocase contra un cuerpo extraño, cierto, duro y todo se resolviese fugaz, en fuego de alguna estrella que al resolverse así fuese llamada estrella fugaz.

Ese brillo, ese fuego, ese acontecimiento, es el mismo de que nos habla Proust cuando un ruido, un olor, algo cierto, desencadena unos recuerdos que cobran de nuevo vida. No provocan el recuerdo sino que reproducen, repiten, retornan un pequeño trozo de vida, destruyen el tiempo y nos depositan, como en esa noche de las mil y una noches, volando en alfombra unos instantes, en otra noche resucitada.

Pero puede ocurrir también algo mucho más prosaico. Porque si esa cosa cierta, ese trozo de roca sideral es mayor, más cierto, todo se resuelve de una forma, ya decimos, mucho menos poética, mucho más prosaica. El meteoro impacta. Y como no se trata, claro está, sino de retórica, lo hace sin daño. Al revés. Con mucho provecho. A la suma de las pequeñas certezas medio vistas, medio miradas, medio sumidas en el olvido pero resucitadas, se suma la certeza de un impacto meteoro.

Y es así como, certeza inapelable y uno mismo, un buen día por la mañana, nos presentamos sin más en Villaciervitos. Podríamos decir de alguna forma que Villaciervitos es el lugar preciso del impacto

Decíamos que las tenadas, olvidando a las ovejas se hacen casas de hombres, a veces sin pagar precio alguno, limpiando aquello y nada más.

Repetimos: váyase Ud. a Villaciervitos y véanse allí las tenadas de los hombres.

Y en esto proseguimos con la historia interrumpida de las tenadas. Algo más adelante daremos cuenta cumplida de lo que retóricamente se ha llamado impacto. Se trata de un descubrimiento, de una especie de revelación, del resultado fecundo en que se resuelven antiguas vistas o miradas, de algo que al final cuaja en una certeza. Certeza inapelable.

Prosigamos. Decíamos que la tenada, sin pagar precio alguno, se hace morada.

Otras veces la tenada paga.

¿Cuándo, y cómo, y por qué?

Si larga, y como es frecuente, con los aleros laterales prácticamente pegados al suelo, la tenada necesita espacio, al menos para practicar en ellos alguna puerta. Y es entonces cuando llega esa factura y la hora de hacer el pago. El de ponerse zancos o someterse a un tajo, amputación, quirúrgica supresión de parte de su cuerpo. A veces pagando ambos.

Explicemos ese tajo en primer lugar.

Los dos planos inclinados de la cubierta de una tenada se dirían grandes alas de un ave majestuosa y en vuelo rasante. Cogida siempre al momento en que sus alas, a punto ya de volver a subir, rozan casi con la punta de sus plumas el suelo. A las ovejas basta un portillo, y al pastor, todo lo más, portillo y medio (ver ilustración (imagen) número veinte). Pero puesta la tenada en ser casa y no disponiendo de altura suficiente para el acceso, cosa que no siempre ocurre puesto que poca es suficiente (ver ilustraciones (imagen) números veintiuno y veintidós), no queda otra solución que la del anunciado tajo. Y éste se da de la siguiente manera: cortemos la tenada en el sentido de su eje, paralelamente al caballete y de forma que a este lado del tajo, el despojo a desechar sea una cualquiera de las naves laterales. La tenada, mutilada sí, pero ahora bien encarada o con cara suficiente para poderlo hacer, puebla su nueva cara con puertas y con ventanas. (ver ilustración (figura) número veintitrés, e imagen



imagen 20



imagen 21



imagen 22

veinticuatro) Y los pezones de sus orondas chimeneas pueblan también los tejados como en la tripa de perra preñada (y esta es la forma en que las tenadas hiper-

trofiadas en longitud se hacen casas solidarias y adosadas en descomunales manzanas alargadas.²² Ver ilustración (imagen) número veinticinco).

(22) En efecto, tanto HERRERO AYLLÓN como ANTÓN PACHECO se refieren en su estudio a estas casas pinariegas adosadas. Ven en ellas una variante apartada de su tipo, de alguna manera extraña, variante que, al no ser cifrada en función de su estructura queda verdaderamente al margen de cualquier fundamento y casi dependiente de un solo detalle: la famosa chimenea, que al ser también pinariega o de pinares, como las tenadas, carga sobre sí una responsabilidad que no le corresponde tan de lleno ni hasta ese punto es suya. Ver HERRERO AYLLÓN Y ANTÓN PACHECO, 1953: 101 – 119

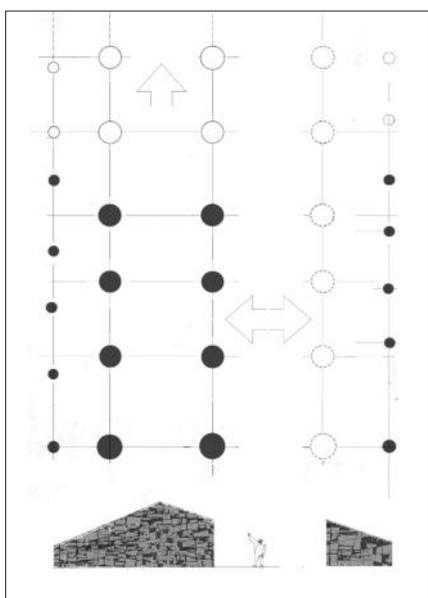


imagen 23



imagen 24



imagen 25

Y ahora, para terminar con esta historia, la operación incruenta de los zancos.

“Erase una vez...” es la forma ritual de contar, de comenzar un cuento. No quisiéramos dar la imagen del cuentista, pero tampoco, en esta supuesta evolución de las tenadas en la que andamos, dar esta evolución como cierta. No hay tal evolución. Todo es un cuento. Pero atención, ¿qué clase de historia no es, al final, un cuento? Sujeta en algunos datos, que verdaderamente son ciertos, todo el resto de cualquier historia es cuento.

De lo cierto en esta historia poco resta por decir. Ya está dicho: la estructura de una tenada y la de una

casa pinariega son literal y puntualmente la misma. Ambas son idénticas.

El cuento, la historia de la operación incruenta de los zancos es la siguiente: el pórtico (los pórticos) de una tenada pueden alargar la longitud de sus postes sin que pase absolutamente nada. Nada si el zanco es modesto. Aún modesto, el aumento estructural de altura y de volumen en el edificio es inevitable. No es otro fin el que se persigue con este calzarse unos zancos.

Ese modesto incremento de volumen se acumula en diversos lugares o espacios bajo la cubierta. Ya se sabe. Que si trigo, que si avena, que si trojes, que si mil trastos, y capas indescriptibles de polvo y de todo eso



imagen 26

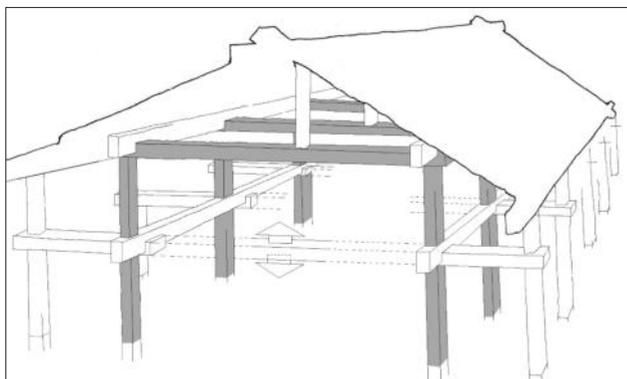


imagen 27



imagen 28

que yace cubierto, por partida triple, bajo estas tres clases de mantos: el manto de polvo ya dicho, el manto del olvido y esa enorme cubierta que parece un manto. Al desván de una casa pinariega suele llamarse pajar.

De ser el zanco de mayor altura conviene atarlo, no sea que se nos caiga. Todo el mundo sabe que un poste no puede ser tan alto como se quiera. Hay que atarlo. Y es un forjado el que, buscando su acomodo en las dos naves laterales, viene a darnos el lugar en el que alojar ese incremento de volumen y además atarlo. Esta tenada en funciones de vivienda y con los zancos puestos se representa en la ilustración (figura) número veintisiete.

¿Y qué hacer, en este caso, con esa nave central que, creciendo y creciendo al compás de los zancos, se nos va escapando a lo alto sin llegar tampoco a doblar su altura, sin dejar espacio aún para ese forjado?

Ociosa pregunta, porque ahí, precisamente ahí, eso, es el lugar en que los templos de Grecia ubican la *cella*, es ahí donde cualquier basílica o catedral se ubica toda ella, su nave central, su mayor altura, sus mejores luces, su altar, su coro, su órgano, su principio de arquivoltas y esculturas, su final de retablo, girola, contra-girola y ábside, la cabecera misma de la cruz de Nuestro Señor. Y mucho más modestamente, más cerca de nuestras tenadas, justo en ellas, es ahí donde se ubica

ese fastuoso volumen, ese centro al que toda estancia se abre. Portal. El portal. Al portal entran las carretas y los bueyes en su faena de carga y descarga. Y en ese portal portentoso, a la hora de la fiesta, los trajes de piñorra parecen amapolas perdidas en el campo.

Y cuando ese portal de leyenda, decíamos, no admite forjado alguno limitando su altura, entonces.....

Por un capricho de la fortuna, solo por eso, parte de un portal así se quedó fuera de la casa. Naturalmente, como reporteros de urgencia, hemos hecho acto de presencia en ese lugar privilegiado. Hemos ido allí con nuestra cámara. Lo que allí se puede ver, pero traducido en imagen y por lo tanto ni su sombra, se ofrece en la ilustración (imagen) número veintiseis. Ofrecemos a continuación otra vista del mismo edificio, pero tomada esta vez por su parte trasera. La imagen es eloocuente a los efectos que interesan: excepto en su porte imponente y altura excesiva de aleros, este soberbio edificio que bien pudiera ser objeto de particular atención de los poderes públicos que procediese y en la forma y alcance oportunos al caso, nuestro edificio, decía, parece sin más una tenada en la que se destaca todo lo principal: aislamiento, hermetismo, soledad, manto simple de la cubierta, gravedad sin condiciones y escala indiferente a cualquier volumen. Da lo mismo el pequeño aprisco que la grande y pacífica, solemne casona. En definitiva, pinos hay de cuatro, pero también de veinticinco metros o más. (Ver ilustración (imagen) número veintiocho)

A partir de aquí, pero sin perder un ápice de lo fundamental y tan solo en función de más o menos incremento de altura y de mayor o menor aprovechamiento de los espacios bajo cubierta, se origina toda una tipología de casonas cuyos perfiles y alzados esquemáticos se han de mover entre los dos mandamientos de la ley de las tenadas, o mejor dicho, de la ley del tipo estructural a que unas y otras pertenecen.

De un lado el vano del pórtico central no debe ser menor de cuatro metros ni superior a seis (no más allá de ocho podrá tener el correspondiente a la casona cuya imagen hemos ofrecido).

Del otro está el pilarete que levanta el aguilón configurando el perfil superior del edificio.

Dice Palladio lo siguiente:

“Los primeros hombres, como se lee en Vitrubio, hicieron las cubiertas de sus viviendas planas; pero, dándose cuenta de que así no se defendían de las lluvias, obligados por la necesidad, comenzaron a hacerlas de caballete, es decir, elevadas en el

medio. Estos vértices se deben hacer más o menos altos según las regiones donde se construya. Así, en Alemania, por la grandísima cantidad de nevadas que caen, se hacen los tejados muy agudos y se cubren con *scandole*, que son unas tablillas pequeñas de madera, o bien con tejas muy delgadas, ya que, si de otro modo se hicieran, se arruinarían por el peso de las nieves. Pero nosotros, que vivimos en regiones templadas, debemos elegir la altura que haga el tejado elegante, de bella forma, y que vierta las aguas fácilmente. Se dividirá, pues, la anchura del área que se ha de cubrir en nueve partes: de dos se hace la altura del caballete, porque si se hace un cuarto de la anchura la cubierta será demasiado empinada, por lo que las tejas se sujetarían con dificultad; y si se hace un quinto, será demasiado plana, por lo que las tejas, las maderas y las nieves, cuando vengan, pesarán mucho.” (PALLADIO, 1988: 143).

Teniendo en cuenta el grosor propio del plano inclinado de la cubierta y el propio de la viga caballete, resulta para su apoyo, el citado pilarete (no hay forma humana de apartarse y escapar de tan fortísima rima), resulta, decíamos, que nuestro pilarete debe medir entre medio metro y uno.

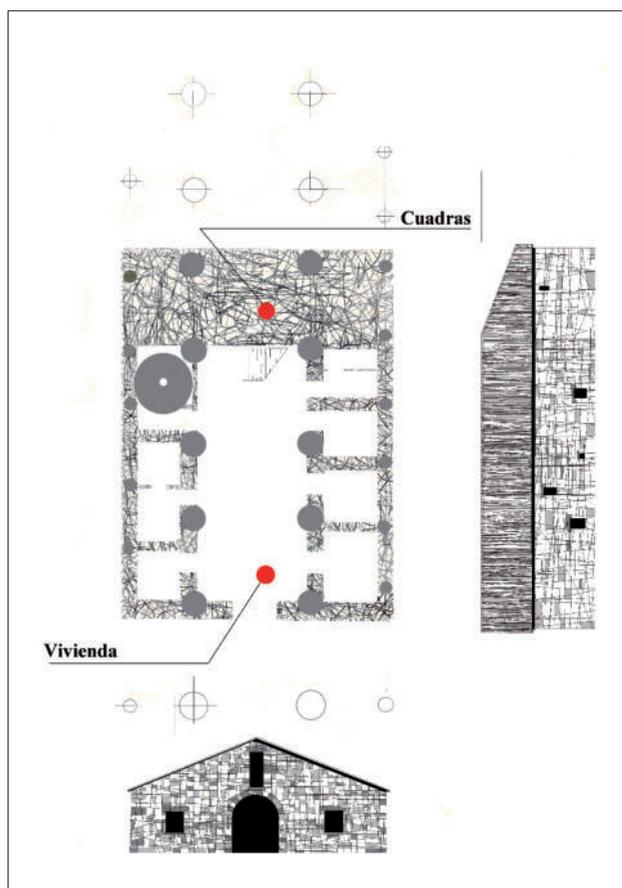


imagen 29



imagen 30



imagen 31

Palladio no era historiador. Por razones de pura coincidencia entre naturaleza y cultura (el clima templado y la belleza y elegancia formales parecen estar de acuerdo en este caso), nace la perfecta geometría de un tejado y el perfil inconfundible de un hastial. Leyendo a Palladio queda esto claro: antes de achatar la escarpadura de un tejado alemán, de tanta y tan pronunciada pendiente, prefiere hacerlo a partir de una cubierta plana, como quien cogiendo por dos puntos el mantel tendido sobre una mesa lo levanta justo al punto de alcanzar en ello la belleza y la elegancia de los frontones de Grecia. En torno a los 150 grados sexagesimales para el ángulo del frontón en el templo. En torno a los 140 para la tenada.

Y es así como la alcanza.

En la ilustración (imagen) número veintinueve representamos de forma esquemática la estructura, el perfil y la distribución tipo (planta baja) de cualquier casona pinariega, que no es sino una verdadera tenada más o menos crecida en altura que, habiendo alcanzado con ello la categoría de morada, se ha dado en llamar

casa pinariega. La planta superior no presenta ninguna particularidad. Sólo el cono descomunal de la chimenea se ve aquí reducido en función del incremento de altura en planta. O también casonas que, habiendo descendido en categoría y altura, despojadas de chimenea y de todo, de todo menos lo esencial, se han ido al campo y allí sirven de aprisco a las ovejas. O mejor aún, casonas propias de una cultura que además de casonas tiene otras cosas tan suyas como éstas, otras cosas como las tenadas. Para completar esta información incluimos también, en las ilustraciones (imágenes) números treinta y treinta y uno), el alzado frontal de dos casonas de antología, en la última de las cuales la disposición de su cubierta en cuatro aguas ha supuesto la supresión del hastial. La reforma reciente del tejado, unido al efecto en la perspectiva de sus limatesas, ha desfigurado la proporción canónica de los 140 grados que nos muestra con su nitidez acostumbrada el hastial de la primera.

Terminaremos ahora mostrando la planta y el alzado de una villa del renacimiento, una de tantas como existen en El Véneto, una villa de Palladio. Se trata de la llamada villa Emo, pero cualquiera serviría en nuestro propósito: el de apreciar en ella, por encima de sus valores universalmente reconocidos (no pensemos en descubrir a estas alturas los méritos de Palladio), por encima de sus atrios y columnas, más allá de las escalinatas, balaustres, órdenes, proporciones y guarneci-

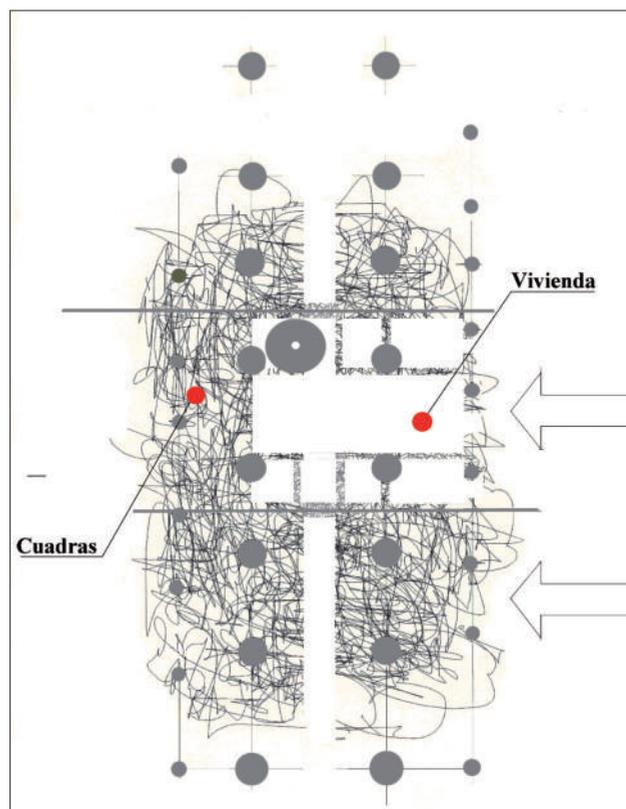


imagen 32

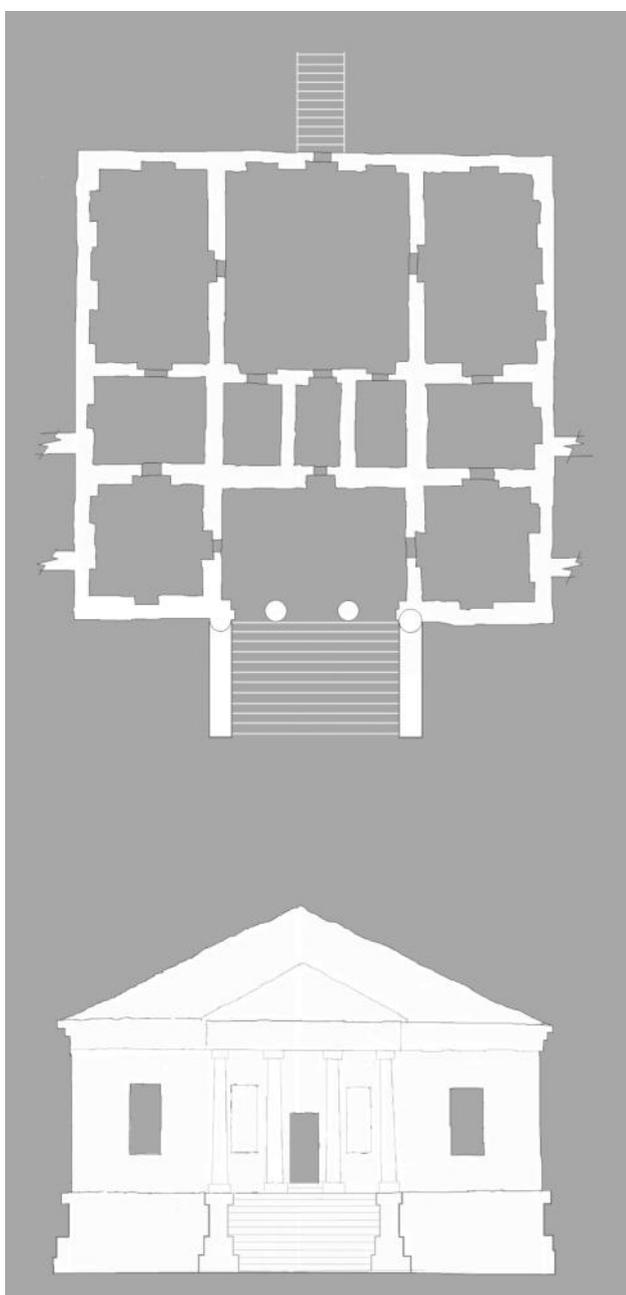


imagen 33

dos, sin olvidar sus mármoles y ornato generalizado, cuestiones éstas que no se oponen al propósito fundamental: el de apreciar en ella, decíamos, el sello inconfundible de su planta, esa gran nave central flanqueada por dos laterales en las que se articulan las estancias. Y lo hace, ver su alzado, a través de algo tan simple como el perfil de un frontón, de una inclinación del tejado, de la simétrica disposición de tres huecos. Sólo el genio de Palladio es capaz de acumular en esos tres huecos,

como en la punta de un pararrayos, la magnética presencia de una laica trinidad.

Esa planta paradigmática, siempre la misma, que lo condiciona todo hasta el punto de no atender a otra cosa sino a ella, siempre a ella, invulnerable al tiempo, como si fuese también ella tiempo, aparece hasta en las humildes casas pinariegas adosadas en las que, a falta de una verdadera nave central enmarcada por la sucesión de pórticos, se articula también un espacio central que aquí no es sino la crujía que separa dos pórticos contiguos al que flanquean otros espacios menores en recuerdo de las naves laterales que ahora no existen y se suplen a expensas de las dos crujías contiguas a la central y divididas por sendos muros medianeros.

¡Estamos en Villaciervitos!

Es imposible hablar de las tenadas y de cómo éstas, con la simple adopción de una chimenea singular y dando un vuelco de noventa grados justos a su estructura, o mejor, sin modificar ésta pero dando ese vuelco al sentido de su acceso y cobrando entre dos medianerías su autonomía perdida, reproducen, a menor escala, esa planta obsesiva y obsesionante.

Por favor, presten el tiempo debido a la ilustración (figura) número treinta y dos. Compararla con la figura número veintinueve. Hacer lo mismo con la que sigue, ilustración (figura) número treinta y tres en la que se muestra la serenísima planta de la villa Emo. Y luego váyanse a Italia, o a Grecia, o a donde Uds. quieran, pero métanse dentro de la villa Emo, dentro del Partenón, dentro de cualquier iglesia o de cualquier templo preferentemente cristiano. Y lo primero, dentro de cualquier tenada. Luego hablaremos.²³

¡Qué importancia tienen las estatuas y las columnatas y los mármoles! Marcan la diferencia entre una tenada y un palacio. Pero también ¡que poco importan!

VN LUGAR

La palabra "lugar" atañe al espacio. Un lugar es un sitio. Es voz lo suficientemente ambigua como para no decirnos si se trata de un sitio grande, delimitado y concreto, parcelario entre colindancias, o por el contrario, pequeño, difuso y borroso como una niebla, desdibujado como una comarca o región.

(23) Dibujo tomado directamente de la obra de PALLADIO que se cita en bibliografía. (PALLADIO 1988 : 221).

Pero hay lugares en que "lugar" (valga la redundancia) significa una cosa diferente a la que fuese o pudiese ser en otros sitios.

Me consta por experiencia propia que hay lugares en la Mancha en que al pueblo de uno se denomina "lugar". Por decir; "me voy al pueblo" se dice "me voy al lugar"

¿A dónde vas?

¡Me voy al lugar!

De paso anotaré que nunca, nadie, podrá saber lo que Cervantes quiso decir al propio comienzo de su famosa novela. Nunca sabremos si ese "lugar" de la Mancha, en la cabeza del escritor, era un pueblo manchego concreto cuyo nombre no importase, o por el contrario, algún lugar indeterminado incluido al interior de la gran región o comarca manchega. Lo cual ni resta ni añade nada nuevo a la obra. Tan solo indica ciertos límites del habla de los que quizá no queramos o no podamos acordarnos a veces.

Me interesan, más que un tablero de parcelas, esos lugares, esas comarcas, esas regiones a las que no se puede poner límites parcelarios porque no son parcelas sino conjuntos indeterminados de las mismas. Esos lugares sin fronteras pero finitos. Esos espacios abiertos pero no ilimitados. Esas superficies de bordes indefinidos, pero no como los de una nube o los de una niebla sino como los de una cosa que parece cosa pero no lo es. El campo de nuestra visión tiene fin pero no tiene bordes. La visión desaparece y en su lugar se instala la nada. Tan solo queda el recuerdo de que allí hubo eso, eso que ahora está en la memoria porque ya no es nada. De ninguna forma es la ventana circular y luminosa que destaca sobre un círculo negro en el campo de unos prismáticos, el globo encendido de luz del ocular de un microscopio. La visión tiene su fin, pero sin bordes. Es algo distinto. Algo parecido a la nada, diremos, a fuerza de no saberlo.

El lugar en el que se dan las tenadas tiene fin pero no tiene bordes. Es un lugar, un trozo de geografía, se diría una región o

comarca, pero sin serlo. Nunca una provincia ni un municipio. Nunca un país. Nunca una parcela, grande o pequeña pero definida. Es una especie de lugar en el que se da el máximo de tenadas, sin que lo mismo quiera decir que, por ejemplo, en la Patagonia, o en la misma provincia de Teruel, por no ir tan lejos, no pueda existir alguna tenada. Como si dicho territorio estuviese cubierto de miel, siendo las tenadas moscas, en ese territorio se agolpan las tenadas. Pero no de forma necesaria, todas.²⁴ Aunque de la misma forma y el mismo destino, creo que fuera de tal lugar habrá pocas.

Representamos ese lugar en la ilustración (figura número treinta y cuatro). En ella figuramos también, a cuenta de su mejor referencia y posición, los límites provinciales entre Soria y Burgos que a estos efectos interesan.

Se trata de la única porción de terreno en el mundo en el que se dan cita la enorme, abrumadora mayoría de las tenadas. Lo cual no es mérito ni demérito alguno. Si lo miramos bien, el mundo está lleno de territorios únicos. Lo extraño no es eso. Lo más extraño es que no hagamos caso (porque caso hacemos poco) de los mismos. Es fatigoso localizarlos. Pero no tanto a cargo de sus borrosas fronteras sino en cuanto a la servidumbre de principio que imponen. Es preciso pisarlos como si de un territorio desconocido se tratase. Sin salakoff ni porteadores indígenas, sin fieras, sin maleza, tan solo frente a garrapatas, pulgas y, en cualquier caso, siempre pisoteando el terreno. Tanto da localizar el país de los

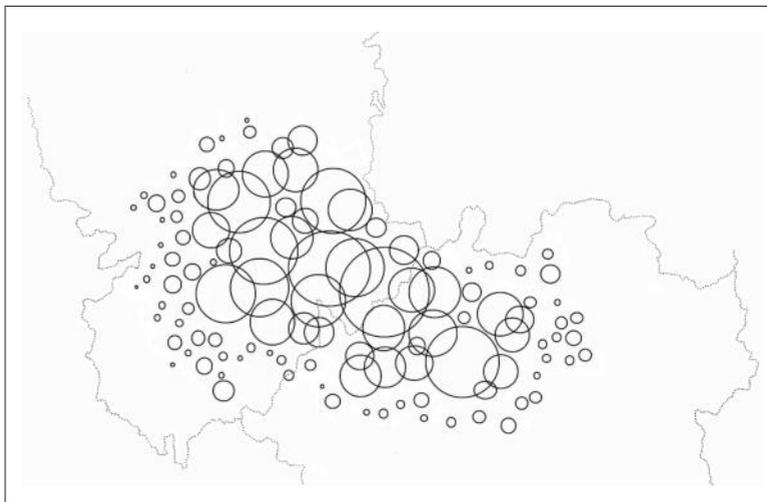


imagen 34

(24) Nunca se podrá insistirle suficiente sobre tal cuestión. Porque no es que las cosas (en nuestro caso las tenadas) caigan en algún lugar como por azar o casualidad. El que nadie, ciertamente, disponga o haya dispuesto el lugar de dichas cosas, el que nadie decida o haya podido decidir nunca la comarca que ha resultado ser la suya para que al fin lo fuese, nadie que haya ordenado ni elegido ese tipo de aprisco para ese lugar, no quiere decir, como acaso se suponga, que dicho resultado haya sido fruto del azar. El azar es mucho más artero. Aparece siempre furtivo. El contexto propio del azar es el acontecimiento mismo, el instante, la espuma del oleaje pero nunca la marea, el inquieto parpadeo de la vista pero nunca la tranquila posesión de la mirada. El azar busca su oportunidad en el instante, su lugar en el punto preciso en que un par de guiones se cruzan y marcan ese punto. Las tenadas están ahí, reconstituidas como un enorme animal secundario al abrigo de la Demanda. Pero no por azar, no tan solo por azar. Su determinación, su dibujo, su mapa, es un puro trabajo topográfico para el que no se precisan niveles ni taquímetros. Su afán es el de cualquier naturalista en busca del área de dispersión de una planta o animal, el del antropólogo de la geografía, el del geólogo de la etnografía, el estudioso de los espacios que no se dejan llamar parcelas porque no tienen linderos. El de cualquier estudioso, pero no el buscador de la suerte o el jugador de los dados abandonado al azar.

Bosquimanos y sus tribus como el de los apriscos ibéricos y las tenadas.

El territorio de las tenadas es un enclave. Lo hemos dicho hasta la saciedad. Quizá existan razones desconocidas para insistir tanto en ello. Quizá estemos pensando siempre lo mismo, en evitar un equívoco. Éste: entender un territorio previamente concebido al que verter y llenar con algo. Pero esto no es así. Antes se trata de una mancha, de un borrón al que por ley natural asiste un derecho. El derecho a ocupar un espacio. Pero primero está la mancha, primero está el borrón. Esto es lo esencial. Primero está el enclave, la isla, como emergida en virtud de alguna convulsión de la tierra. Primero la mancha, como el efecto de algún pequeño accidente. Mancha, enclave, aislado, uno. Uno, en suspenso siempre si único. Uno. Parece mentira que "uno" y "único" tengan tan poco que ver entre sí. Pero es irremediablemente así.

El territorio de las tenadas está rodeado por todas partes, inmerso en otra clase de territorio radicalmente distinto: carece de las mismas. En el fondo continuo e indiferenciado, en el desierto de tenadas, allí donde habrá de todo menos ellas, en ese papel en blanco de las mismas se deposita una mancha en la que podrá encontrarse de todo menos "no tenadas". Una isla, no importa si sola o parte de algún archipiélago, pero aislada.

Sostenemos la hipótesis de que al menos en lo que atañe a la península ibérica es, además de una, única.

Otra cuestión distinta sería, bien distinta y mejor hallada, bienvenida sería, el encontrar otro área elemental suficientemente parecida (igual que no hay dos gotas de agua iguales tampoco hay dos áreas elementales de características independientes y al tiempo territorialmente iguales). Suficientemente parecida. Otra cuestión sería. Y tanto.

Podríamos imaginar, por ejemplo, que puestos a buscar entre los miles de objetos de cualquier almoneda, que buscando un marco antiguo, un tintero, cualquier bagatela, el ánimo abierto a dejar que algo, quién sabe qué, un puchero de barro, adoro los cimbeles, un pato de palmera, algo a ver el qué, buscando algo, ¡ya lo sé!, buscando un guijarro encontrásemos en el campo uno igual a otro que tengo, mío, que tengo guardado. Pero no parecido, igual también en esa mancha, en ese poro,

en esa marca. Igual en todo hasta más allá de lo que dice una lupa con la que miro y miro. Un milagro.

O también, por ejemplo, que puestos a pisotear el terreno en busca del área elemental en la que se manifestase cierta forma de hablar, cierto acento, encontrásemos un territorio insólitamente parecido al de nuestras tenadas.

Bienhallada, bienvenida coincidencia. Como si encontrásemos, en algún cuento escondido entre los bosques de centroeuropa un despiste, un olvido inesperado de los hermanos Grimm. Una historia ignorada que dijese, por ejemplo, que Blancanieves fuese prima de Cenicienta por parte de madre. Un documento cierto que lo dijese. Un regalo.

Desafortunadamente no podemos dar esta noticia. En su lugar, y por fortuna, podemos hacerlo en relación a otro parentesco, si no tan insólito, más.

Resulta, bendita sea, que desde siempre tuvimos estima por conocer costumbres. Desde temprano supimos, o tuvimos la sospecha, de que todas las costumbres, tanto propias como ajenas, nos muestran siempre, como la luna, una sola cara. Ocultan la otra.

De las nuestras, de nuestras costumbres, no habremos. Porque hablar de lo que siendo nuestro, por serlo, se nos oculta, entraña una dificultad que no es de aquí, que no es de ahora. Y de aquello nuestro que ya sabemos, para qué hablar.

Lo que interesa son las costumbres, pero de otros. Y entre las mismas, solo atenderemos a la cara que se nos muestra.

Pues bien: habíamos citado antes una certeza que, como una especie de gran meteoro, hubiese impactado en la tierra, Tan cierto como eso. Allí está el impacto. Y dicho quedó también que de todo ello daríamos cuenta.

Buscando y rebuscando entre costumbres extrañas, entre casas y pueblos que muestran tantas, y dibujando sus lugares y las fronteras de otros lugares, he aquí la sorpresa: ¡las chimeneas redondas se agrupan en una geografía idéntica en todo a la de las tenadas!²⁵

Ni que decir tiene. Todos los timbres de alarma sonaron al tiempo. Luces rojas parpadearon.

(25) Según noticia facilitada por G^o GRINDA y comprobada personalmente, se da el caso de que al norte de la gran región que se caracteriza por esta singular clase de chimenea, y según se ha dicho, por el territorio que ocupan las tenadas por coincidir con aquél, al norte y separada de la misma por unas, pocas, decenas de kilómetros, se configura otra pequeña geografía que no abarca más allá de tres o cuatro municipios, en la que de nuevo aparecen estas chimeneas. Aunque de menores dimensiones que sus homólogas del sur (al menos así en los escasos ejemplares detectados), muestran de forma inequívoca su estirpe común. Es preciso señalar también que aquí, en este relicto islote de chimeneas redondas, muestra residual sin duda de mayor bonanza en ellas, no queda ni rastro, si es que algún día lo hubo, de tenadas.

Como el eslabón perdido en alguna genealogía incompleta se nos muestran las chimeneas redondas diciendo esto: no me busquéis en las tenadas, solo estoy, ya lo sabéis, lo habéis visto mil veces, sé que lo sabéis, solo estoy plantada y bien plantada en las casas. ¿A qué tantas luces rojas, sirenas enloquecidas, alarmas?

Se nos muestran, decíamos, sin duda desconocedoras de que su lugar, su territorio, su tierra, el plano de su país es el mismo plano de las tenadas, se nos muestran extrañadas de tanto revuelo.

No es extraño. Porque nunca una chimenea redonda pudo ver una tenada. Nunca el pastor que la levanta y antes o luego, en su casa, teje también esa chimenea de barda, pudo saberlo tampoco.

¿Qué más podríamos decir que no estuviese con esto ya dicho? Como una verdad revelada, como un acontecimiento de la naturaleza, como un fenómeno incuestionable, solo resta buscar alguna explicación. No sabremos las razones, desconocemos el por qué, pero, ¿de qué se trata?

Pues de que las chimeneas redondas se agrupan en una geografía idéntica en todo a la de las tenadas. Es así. La propia magnitud del hecho lo aísla. Es irremediablemente así.

De lo que habría de seguir ya hemos dado cuenta. Hemos derivado de las tenadas de ovejas a las moradas de los hombres para dar ahora noticia, en una especie de repliegue del tiempo, de una pista, de una huella, de un rastro que de las primeras nos condujo directamente a las segundas.

Agarrados a una chimenea redonda de barda y sin perder nunca de vista nuestras tenadas, hemos hecho ese viaje. En principio, Uds lo comprenderán, enorme desconcierto. Pero después de algún tiempo las cosas se vuelven a ver.

¿Cómo?

Pues como siempre. El desconcierto inicial cede su lugar a otro desconcierto. ¿Cómo es posible no haber visto, no haber mirado, no haber pensado que una casa pinariega solo es una tenada con chimenea redonda, o también no haber visto en las tenadas puras casas pinariegas sin chimenea de barda? ¿Cómo no haber ad-

vertido que Blanca Nieves no es Blancanieves sino la mismísima Caperucita Roja?

Cansados de tanto desconcierto hemos intentado tomar de alguna forma la iniciativa. Hemos hecho conjeturas. Es el tiempo de las conjeturas.

He aquí una: puesto que, desde siempre, la estructura de un edificio es cuestión de mayor entidad que su chimenea, y sobre todo, puesto que la misma no es elemento tan esencial ni aún en cualquier otro, y dado por lo tanto que algo como una chimenea es siempre más de quita y pon que una estructura²⁶, aventuramos la hipótesis de que hubo algún tiempo en que las orondas chimeneas, hasta entonces inéditas o puestas en el suelo como simples refugios autónomos de pastores en el campo, de alguna forma saltaron sobre las casas que hoy llamamos pinariegas. O sobre alguno de sus posibles antecedentes.²⁷

Como tesis a este supuesto diremos lo siguiente: la chimenea redonda es, estructuralmente hablando, como una china en el zapato de una estructura del tipo descrito, da lo mismo si de tenada o casa pinariega, puesto que ambas, estructuralmente hablando y según ha quedado dicho hasta la saciedad, son una sola y misma cosa.

En efecto, el enorme cesto de barda interrumpe de forma brutal el tranquilo tendido de los cabrios, el mejor y más eficaz cuajado de la cubierta que debe, literalmente, ceder el paso al cono de la chimenea que lo rompe atravesándolo. Toda la cubierta, todo el faldón



imagen 35

(26) Está documentado el carácter no esencial de la chimenea, puesto que si bien su ausencia podría ser justificada en la pobreza (según parece sugerir el caso de la región de Las Hurdes), la falta de chimenea en edificaciones de mejor porte y factura invalida la exclusividad de dicha hipótesis. Por otra parte se tiene constancia igualmente de casos de hipertrofia. Tal es el de ciertas regiones en Extremadura y, desde luego, el de nuestras chimeneas redondas (CARO BAROJA, 1976 (Tomo 2^o): 56, 64, 121, y 155)

(27) Ya se ha dicho anteriormente lo común, en este tipo de construcciones, del tejido de barda en la ejecución de tabiques, incluso de cerramientos en fachada. Estas chimeneas, siendo igualmente de barda, podrían tener ya, desde un principio, un tanto a su favor para ser admitidas sin violencia. Pese a todo, y aún con esto, no deja de ser sospechoso su papel en el concierto general de la estructura de cubierta, a la que interrumpen y estorban.

de la cubierta en el que la chimenea emerge se ve comprometido en ello. Nada que lo repare. Los cabrios interrumpidos se apoyan en el propio cesto, lo cual, si bien no compromete su estabilidad ni el equilibrio de todo el conjunto, no deja de revelar claramente su carácter improvisado, solución de compromiso. Lo que se ve comprometida es la clara idea que preside toda la estructura del edificio. Ver en la ilustración (imagen) número treinta y cinco la "herida" que se abre sobre una cubierta en la cual se ha eliminado la chimenea. Parece, después de haber visitado al dentista, el hueco en lugar de la muela.

Son pintorescas estas chimeneas, es cierto. Pero ello no implica el rechazar su posible carácter adventicio. Pese a todo, su antigüedad parasitaria, incrustadas como garrapatas en las viviendas de los hombres, podría levantar ampollas.²⁸

"ESA EXTRAÑA COINCIDENCIA"

¡Las chimeneas redondas se agrupan en una geografía idéntica en todo a la de las tenadas!

Imposible

Bien. ¡Las chimeneas redondas se agrupan en una geografía que se parece a la de las tenadas como una gota de agua se parece a otra.

Eso ya es otra cosa, pero ¿cómo es posible?

Nadie lo sabe. Ni nadie guarda el secreto ni hay secreto alguno que guardar. La cuestión canta por sí misma, pero aparte la melodía, nadie sabe de qué instrumento se vale ni lo que dice su letra. Sabemos de qué se trata: lo que tenemos delante. Lo sabemos como el arqueólogo sabe del objeto que rescata o el documento por descifrar que localiza o encuentra. No sabemos del cómo ni del cuándo ni del por qué ni del por cuánto. Pero sabemos, como vulgarmente se dice pero podría decirse de cualquier forma y en cualquier caso, que ahí hay gato encerrado. Sabemos, como el cazador de su perro, estando éste así, de muestra, en su lugar pata y rabo, que liebre o conejo, perdiz o codorniz, sabemos que algo hay ahí. Como el que oyendo que le hablan en idioma que no entiende, entiende algo aunque menos de lo que quiere.

Algo hay ahí, en ese lugar. Pero no hay perro que, a la espera de la orden de su amo nos saque de dudas. Sólo el cazador en ese instante supremo (el arranque súbito, veloz, de una carrera o vuelo) que no sabe si perdiz, liebre o conejo, podrá llegar a saber. Antes policías tras una huella, médicos tras un síntoma, químicos tras una reacción, historiadores ante un acontecimiento, simples curiosos ante una curiosidad, antes curiosos que impacientes. Tengamos paciencia sobre todo.

Pacientes, dejemos por un rato las tenadas. No hay nada como salir afuera para saber, de alguna forma y en algún sentido, de lo de dentro. Nada sabemos, nadie nos dice, nunca hemos visto una tenada. Abandonemos incluso el nombre. Digamos, en caso necesario y estando en apuros "majada". Soria, a 6 de Enero del año dos mil doce. En Soria, y al día de hoy, se llaman "majadas" estos apriscos, según hemos indicado algo atrás. Nunca hemos visto una majada, decíamos. Estamos ante un síntoma extraño. Una extraña reacción. La huella de algún animal desconocido, el rastro furtivo de alguien. Estamos ante dos cosas que por esa extraña coincidencia de la que hablamos, entran en relación. Pero no en la relación en que dos amigos la inician. No aquélla en la que dos seres encuentran eso a lo que llamamos amistad o amor. Se trata, por el contrario, del descubrimiento de una relación antes insospechada, una relación antes desconocida como tal, dejándose aparecer como sin quererlo, justificada por algo más cercano a una posible realidad que al puro y simple acontecimiento azaroso, casualidad inaceptable que la propia estadística confirmaría. Dos gotas de agua, nos lo dice un elemental sentido común, no pueden ser iguales.

Vayamos pues por otra vía y ataquemos por retaguardia. Argumentos encontrados. Reducción al absurdo. Simplicidad. Navaja de Ockham. Plausibilidad. Conjetura mejor articulada. Sentido común, tan solo sentido común. Recurramos al sentido común, pero no en cualquier caso. A veces conviene sospechar del sentido común. Pero no ahora sino a la hora de abandonar la conjetura en favor de la certeza. Ante un síntoma no tenemos otro arma. No en vano al buen sentido de una conjetura se llama sentido común.

(28) Permítaseme sin embargo recordar que desde muy antiguo, y en edificios supuestamente derivados de aquéllas antiguas cabañas de madera que fueron su precedente, la "rotura" en la cubierta de alguna estancia privilegiada (mégaron, sala del trono, etc.) de palacios micénicos o de la época, así como en muchos de los templos ya clásicos, en el primer caso buscando sin duda el efecto de una luz cenital, y en el templo, en la *cella*, buscando salida y respiro a la estatua gigantesca del dios, esa rotura, decía, recuerda inevitablemente la solemnidad que arrastran consigo estas gigantescas chimeneas. Y volviendo de nuevo a Palladio no podemos olvidar el capítulo XXVII de la obra que citamos, dedicado a las chimeneas. Comienza este capítulo de la siguiente manera: "Los antiguos usaron calentar sus habitaciones de este modo: hacían las chimeneas en el medio, con columnas o modillones que sostenían los arquitecillos, sobre los cuales estaba la campana de la chimenea por donde salía el humo, como se veía en Baie junto a la piscina de Nerón y en una no muy lejos de Civitavecchia." (PALLADIO, 1988 : 133).

Estamos ante una relación insospechada, desconcertante. Ante una sorpresa, una sorpresa parecida, decíamos, a la de hallar que La Cenicienta y Blancanieves son primas. Todavía más, que una de las mismas no es ella. Que es otra.

Lo primero es reponerse del susto. El susto no es el temor. No es angustia ni depresión. El susto es hijo de algún instante. Su enemigo es el tiempo, la paciencia, el sentido común, la experiencia.

Pacientes, habíamos dicho, dejemos por el momento las tenadas.

Hay un cuento de Kafka que comienza de la siguiente manera (cito textualmente, pero he de hacerlo de memoria): "Érase una vez un buitre que me picoteaba los pies". Después sigue, hasta el final (es un cuento corto) envuelto en ese halo alucinante que no deja escapar, no tiene poros, nada de lo que alcanza, y lo alcanza todo, envuelto en esa frase lapidaria que hace de lo irreal la realidad más cotidiana. Después de un picotazo así, todo queda bajo los efectos de una especie de anestesia gracias a la cual te pueden seccionar el hígado un buen día de sol por la mañana mientras piensas que alguien te hace cosquillas en la tripa.

Pero hay otros acontecimientos que parecen actuar de forma inversa. Como un viento súbito, como el desgarrón de algún velo hasta ese momento inadvertido, como efecto de algún brebaje antianestésico, como el beso del príncipe azul en la frente de la princesa dormida muerta, nos dejan salir, nos dejan entrar, nos dejan recuperar esa suerte de paraíso perdido que no es tal porque nadie nos regala nada sino que, al revés, se nos devuelve lo nuestro. Se nos repara. Se nos hace justicia.

Curiosa situación ésta en la que lo justo, sin dejar de serlo, se viste de regalo, se hace don al que responder agradecidos, al que deber algo.

Me gustaría un cuento en el que Blancanieves, una vez despierta por el beso de un imbécil que se dijese príncipe, se acostase, uno por uno, con todos los enanos del bosque. Y hasta con ese príncipe, llegado el caso, al que habría de someter Blancanieves en su haber matriarcal, selvático y soberano.

Pues bien, esa coincidencia entre áreas elementales de majadas y chimeneas de barda es un acontecimiento de los que despiertan algo hasta ese momento anestesiado.

Para empezar, todavía parpadeando y picoteándonos con los dedos para comprobar el estado de verdadera vigilia en el que al parecer nos encontramos,

caemos en la cuenta de que un pequeño, pequeñísimo detalle, brilla con luz propia en esa clara nitidez recién recuperada, ya nuestra, otra vez nuestra, por siempre bendita y alabada.

Se trata de lo siguiente: esa coincidencia famosa entre nuestras dos áreas elementales, siendo completa, no se deja reducir sin más. Y no se trata de la vieja cuestión de siempre. No se trata de que nunca, dos gotas de agua puedan ser iguales, etc, etc. Se trata simplemente de que una de ambas áreas elementales, solamente una, la correspondiente a las chimeneas redondas, tiene un pequeño satélite localizado al noroeste de su núcleo principal (prestar de nuevo atención a la nota marginal nº 35).

En la ilustración (figura) número treinta y seis se representa la verdadera configuración, la configuración completa del área de las chimeneas redondas en la que se aprecia el satélite del que hablamos, que no es tal, pues decimos que brilla con luz propia. Se diría incluso que brilla con mayor propiedad que su núcleo principal, puesto que éste, nunca se podrá olvidar, mezcla sus propios resplandores con otros ajenos en esa famosa coincidencia. No sabemos qué parte de su luz pertenece a las chimeneas redondas o a las majadas. Pero el supuesto satélite brilla, repetimos, con luz propia. No hay en él rastro de majadas, majadas que aquí (estamos en la provincia de Burgos), se llamarían, en su caso y con toda probabilidad, tenadas. Ni rastro de las mismas. En la figura lo hemos destacado en color.

Dejemos esto de momento así. De nuevo hemos de proponer un abandono. Hemos de recuperar el equilibrio y no dejar que tantos acontecimientos en tropel nos lo hagan perder.

Porque no podemos dejar de citar un texto de Pío Baroja en el que, haciendo apología del fuego del hogar

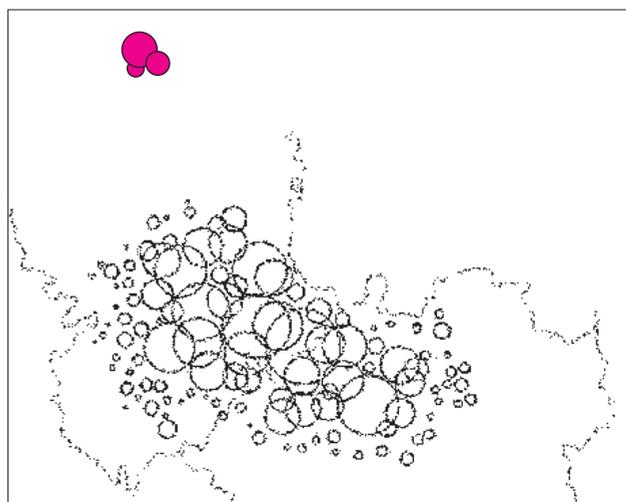


imagen 36

al interior de un caserón vasconavarro, nos describe una chimenea que, de no ser pariente muy próxima de las nuestras, se trataría sin más de la misma. Dice así:

¡Qué chimeneas había antes! Unas, la mayoría, cuadradas; otras, redondas, como un horno; unas, profundas; otras, de poco fondo; la mayoría, negras. Chimeneas con ladrillos al descubierto yo no he visto en España, al menos antiguas. Únicamente las he visto en Inglaterra y en Holanda. De las más curiosas eran las del pueblo Burguete, en Navarra, que abarcaban toda la cocina. La cocina era íntegramente chimenea, y la salida del humo estaba en medio. Este tipo de cocinas, en gran parte, desapareció de la villa de Navarra después de un incendio." (BAROJA. 1948:1256).

Queremos recordar ahora una cuestión al parecer marginal, pero que no lo es. Disponemos de buenos mapas expresivos del área de distribución de diferentes especies forestales. Especies forestales quiere decir especies salvajes, porque no hay o no puede haber áreas de distribución de las especies de jardín o de las especies frutales. Cualquier invernadero, cualquier jardín, incluso cualquier maceta sería capaz de destruir el área elemental, digamos como ejemplo, de los tomates.

Curiosa cuestión. Estamos enfrascados en la configuración de áreas elementales de cultura y ahora decimos que no es posible determinar el área elemental de una especie vegetal doméstica, como si lo doméstico no fuese cultural y solo lo salvaje se dejase atrapar en esa clase de geografía, la geografía de las áreas elementales de distribución para la que no existe nombre propio ni casi apellido.

Digamos para salir del paso que hay varias clases de cultura, y que de la cultura que trata de la domesticación de plantas o animales no queremos hablar ahora.

Hay un árbol, el almendro, que viene a situarse ambiguamente ante una clasificación, para él brutal, como la de lo salvaje y lo doméstico, lo forestal y lo de la cosecha, recolección y fruto cierto. El almendro, siempre fiel a la llamada del huerto, no deja de tirar, como la cabra lo hace al monte, al monte. Oriundo de Asia, se cría en el interior de la fría meseta persa sin rehusar tampoco el clima templado en el que nunca hiela y agradeciendo esto con generosidad de almendras. El almendro es un árbol singular. Se diría dominado por un rasgo, el rasgo humano, demasiado humano, de la conformidad, del sometimiento, de la resignación. Porque al almendro le gusta la buena vida, pero suele vérselo perdido, siem-

pre floreciendo en cualquier día del invierno de los que apenas anuncian la primavera, siempre que puede, al hielo cierto y al sacrificio de la esterilidad.

El huerto de los almendros es la viva estampa de la tristeza y el abandono. Por eso es viva, también, la llamada súbita y blanca de su florecimiento. Sin querer revelar nada ignorado, sin otra intención que la de recordar esa estampa del abandono, en la ilustración (imagen) número treinta y siete reproducimos ese anónimo huerto de los almendros al que asiste tanto el estado de naturaleza propio de lo que se deja en olvido, como los restos de orden y organización relativa con que los cuatro árboles miserables que restan fueron plantados en fila o a tresbolillo.

Es posible que se piense, a la vista de la imagen citada, que "cualquier" grupo de árboles podría considerarse como "huerto".

Podrá parecer así. Carezco de argumentos en su contra, pero reconociendo que no es la mejor forma de apreciar lo que decimos la de mostrar su imagen. Ni la mejor ni acaso sea en absoluto forma de hacerlo. Intuimos que la única vía de poderlo hacer sería ver uno y otro, siempre alguno más, mil veces repetido, este pequeño grupeto de almendros. Quizá los autores se refirieran a su carácter de "subespontáneo", "semisilvestre" (ver para esto la nota marginal nº 31) precisamente por



imagen 37

este carácter difícil, por no decir imposible, de apreciar todo esto en una imagen. Es el entorno, el alrededor de sus alrededores, y sobre todo la repetición, sobre todo el denominador común de tantas y tantas repeticiones como ese huerto se nos ha hecho presente, lo que hace del huerto de los almendros ser aquello a lo que aquí aludimos.

Dicho esto digamos ahora que la distribución de tales huertos, su área elemental, la geografía sobre la cual aparecen y se distribuyen es de tal naturaleza extensa, variable en su densidad y dificultosa en su determinación más precisa, que no podemos ofrecerla. No la tenemos. Llegan hasta Persia. Como para ir hasta el corazón de Asia detrás de los almendros. Podemos decir, esto sí, que no hay dicha clase de huertos en toda la cornisa cantábrica ni el Pirineo. Harto abundantes en Aragón, suben hacia el norte y aprovechan, nunca mejor dicho, el corredor de La Bureba para extenderse después por el valle del Duero.

¿Y por qué no al revés? ¿Y por qué no, supuestamente primero en Castilla y a través del citado corredor inundando Ebro abajo hasta llegar a Levante?

Porque no, diremos ahora. Pero esto no importa. Lo que ahora importa es que tanto de una forma o de la otra el corredor de La Bureba se presenta como lo que verdaderamente es: un corredor, un paso estrecho, un pasillo ventoso, un desfiladero por el que silba el trasiego de cultura entre Aragón y Castilla, entre Castilla y Aragón, un lugar de paso en el que precisamente por eso, aparecer alguna estación. Y en él, desde luego, como una estación o mancha de berros floreciendo en un rápido de agua cristalina y abundante cercano a su fuente, el siempre sufrido huerto de los almendros. Pero a casi todo lo demás, o por lo menos a varias cosas, se lleva por delante y arrastra esta corriente impetuosa. Sabemos a ciencia cierta, casi cierta, de por lo menos dos cosas. A una se la lleva. Pero a la otra la deja. A una se la lleva. Pero a la otra deja.

La primera ésta: a un lado y otro del corredor de La Bureba, como acusando algún estado anterior al de la impetuosa riada en que algo fuese barrido por la misma, dividido por ella, quedando a sus orillas como roto, se configura esa geografía doble, escindida, cuerpos primero y segundo de lo que fuese uno solo quizá, o doble desde un principio, a un lado y otro de una corriente siempre impetuosa, asomándose a esa corriente las dos familias de chimeneas redondas. La corriente que no siendo de agua y no llamándose río Ebro, elige la Bureba como paso porque otra, la de agua y de nombre Ebro, no queriendo ser castellana, busca un paso estre-

cho para internarse por entre las montañas cántabras buscando Reinosa para nacer, ya en Cantabria, justo ayer provincia castellana.

En la ilustración (figura) número treinta y ocho se muestra la posición relativa del corredor de La Bureba con respecto a los dos enclaves de las chimeneas redondas, separando las mismas, revelando cómo ambas se asoman afincadas en ambas orillas, como asentamiento instalado en una rambla y dividido en dos por una de sus avenidas o avalanchas. Para indicar esta corriente de naturaleza "cultural" se ha representado la misma en forma de círculos de línea gruesa, gris y discontinua, diferenciando así ésta de la otra corriente, la del agua, la del río Ebro que a su vez representamos en línea más fina de color azul.

En resumen, todo parece indicar que algún compacto y antiguo asentamiento viniese a ser escindido en dos por una o más avenidas que se llevasen por delante todo lo que a su paso pudiesen haber encontrado.

Al norte quedaría un testigo residual de antigua soberanía chimenea. Al sur, más o menos intacto, el grueso de todo el contingente anterior que nos ha llegado hasta hoy.

Y sería en la historia posterior a esa catástrofe (según suponemos a la vista de todo ello) cuando ese contingente, configurado de la forma en que la gran avenida vino a dejarlo, se acomodase y puliese al tiempo en que también lo hacía ese otro exponente al que habremos de volver, el de las tenadas, procurando así, como la piedra compuesta de dos elementos diferentes que se troquela y pulimenta, esa coincidencia singular que venimos comentando entre sus respectivas áreas elementales.

En otras palabras: esa coincidencia singular no sería sino el efecto de un proceso común de desgaste, rodadura y pulimento de un compuesto en principio heterogéneo. Un trozo de roca compuesta desprendida de

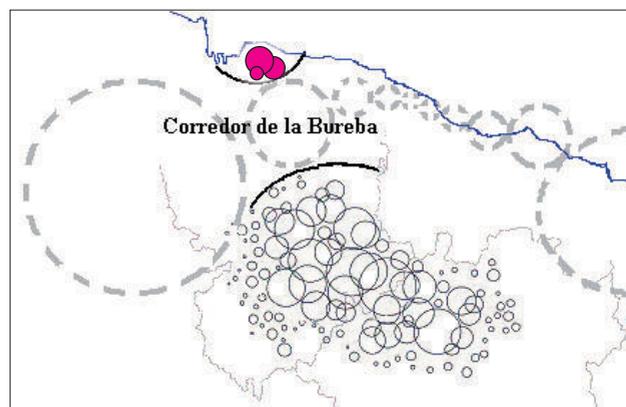


imagen 38

la cantera en principio y después pulimentada. Un canto rodado de granito. Un material complejo y pulimentado.

Conjetura sobre conjetura, es cierto. Pero conjeturas en base a una certeza incontestable: la doble identidad de territorio y estructura entre las tenadas (o majadas) y los tipos de vivienda que, habiéndose dejado cabalgar por esa descomunal chimenea, reciben a la vez el nombre de "pinariegas" o "carreteras" o "de pinares".²⁹

¿Y que pasa con el huerto de los almendros?

Dicha la primera, esta es la segunda cosa de que hablamos y sabemos. De momento solo pasa que por estos lugares por los que ahora estamos, corredor de La Bureba, el huerto de los almendros viene a ofrecernos su esporádica presencia. Podemos imaginar que la gran corriente, la descomunal avenida que pensamos pudo romper el continente de las chimeneas redondas, bien pudo ser una riada en la que se arrastrasen almendros.

Y a la manera de diálogo platónico nuestro interlocutor diría:

¿Cómo es posible? ¿Y por qué?³⁰

A lo que se habría de responder:

Ni a un lado ni otro del corredor de la Bureba existen almendros. Pero en el propio corredor florecen. Repetimos. El área de dispersión del almendro es inabarcable. Inabarcable para nosotros. Pero podemos trazar su geografía en alguna pequeña región. Podemos imaginar a la gran superficie de Aragón como si fuese la parte derecha de unas enormes gafas. Y que la enorme cuenca del Duero fuese la izquierda. En algún lugar situado entre ambas habría de tenderse un puente. Pues ese puente sería el corredor de La Bureba. Y en los ojos de cristal, a lo largo y ancho de los enormes ojos, y desde luego en el puente, todo lleno de almendros, de almendros dispersos en pequeños grupos o huertos. Entiéndase bien, de almendros aquí y allá, de vez en cuando cuatro almendros perdidos, un huerto de almendros de vez en cuando. Veo, en algún día templado de primeros de Marzo, de vez en cuando, un par de parejas de puntos blancos perdidos a lo lejos. Son almendros florecidos.

Ni a un lado y otro de nuestro corredor hay almendros. Pero en éste, puente de nuestras enormes gafas, y a un lado y otro del mismo, en sus cristales, se pueden ver esos puntos florecidos. El almendro y la tenada,

quién lo diría, no se conocen. Pacíficos y sosegados ambos, vecinos de corto espacio, ni se conocen. Se dan pertinazmente la espalda.

Sin embargo preguntad a los corrales. No hay corrales sin almendros. De hacer un retrato a los corrales y pensar en el fondo adecuado, no hay otro mejor. Sobre un fondo salpicado aquí, allá, de algún huerto perdido de almendros, se acomodan los corrales como entre los pastos de La Demanda ramonean ovejas y toman asiento tenadas.

OTROS DOS APRISCOS IBÉRICOS.

Las tenadas se han fijado al abrigo de la sierra de La Demanda en su vertiente Oeste y dando cara, por lo tanto, a la penillanura castellana. Su acusado carácter y la homogénea exclusividad del territorio al que caracterizan (me refiero antes a la exclusividad de su presencia en el mismo que a ninguna supuesta homogeneidad de paisaje o continuo de naturaleza física, ya que, si bien se trata de un territorio de no excesivas dimensiones, se dan en el mismo zonas de franca montaña en contraste con otras de clara llanura cerealista), reforzado incluso por la doble caracterización que le confiere la chimenea redonda, no son razones para considerar a las tenadas como algo, si bien excepcional, en modo alguno único.

En efecto, aparte las tainas ya citadas, existen otros tipos o modelos de apriscos ibéricos para la misma clase de ganado sobre los cuales no haremos tampoco sino dar noticia de pasada.

Puntualizamos ahora que la identidad de algo solo tiene sentido como siendo propia de alguno de los términos que determina cualquier diferencia. La identidad de las tenadas, de ser única, no podría ni tan siquiera expresarse como tal identidad. No podría ni tan siquiera expresarse. Tan solo cabría, en su caso, constatar su condición necesaria, inevitable, puro efecto de alguna ley natural. Paradójicamente, la identidad no es sino alteridad. Su fundamento no está en lo único ni en lo inevitable sino en lo único entre otros, en el juego de lo azaroso con lo inevitable y en el espacio que se abre entre las causas y los motivos. Trataremos de acentuar la identidad de las tenadas apoyándonos en las diferencias con respecto a otros apriscos vecinos

(29) Aparte la familiaridad existente y citada entre dicho tipo estructural y el de algunas casonas vascas desconocemos la configuración precisa, ni siquiera aproximada, de tal tipo de estructura en edificios de uso residencial o de vivienda. Hemos de añadir esta condición de las chimeneas para poder pisar terreno firme según los datos de que disponemos.

(30) El contrapunto empleado por Platón en sus diálogos como fondo en el que destacar su doctrina o enseñanza tiene siempre un acento teñido de cierta simpleza, carente de toda iniciativa diferente a la de preguntar, apartado de toda capacidad de juicio propio y a la vez contrario, de verdad contradictorio y opuesto a dicha enseñanza. El Maestro que siempre aparece al fondo no es otro que un irredento y fastuoso charlatán, Sócrates, que habla en la calle, a cualquiera, en cualquier esquina.

El carácter aislado de las tenadas es común a todos los apriscos ibéricos y casi diría que a cualquier otro tipo de aprisco de cualquier ganado y en cualquier sitio. Pero en lo que se refiere a la gran familia ibérica, sin descartar tampoco su posible generalización a otras y el aislamiento de sus distintos tipos o modelos, presenta unas variantes cuya lectura trasciende con mucho la de tales modelos, planteando cuestiones de la mayor generalidad.

Por ejemplo: las tenadas no son tan sólo edificios aislados en el mar de pastos que las circunda. En cuanto a eso, antes son simplemente apriscos que tenadas. El carácter propio de su aislamiento es el de rechazar, en ese recinto que las delimita, cualquier parte o espacio diferente al que su cubierta protege. Y esto, que puede parecer en principio una obviedad, no lo es. La historia toda de la arquitectura podría contarse como la historia de las diferentes soluciones de que nos hemos valido para poder atrapar, sí, atrapar, robar un espacio al espacio. Apartar y atrapar un trozo del espacio en principio ilimitado y hacerlo prisionero. La historia de la sala hipóstila, del juego entre los espacios cubiertos y techados frente a los simplemente atrapados o cercados, la historia del patio, del corral, del porche, de la logia, del atrio, no es sino la historia de un espacio que se coge, un espacio que se atrapa, la historia de un espacio que se roba, que se hurta, la historia misma de cualquier arquitectura. Arquitectura es robo, entiéndasenos, aunque robo no es arquitectura.

En las tenadas se resume todo un concepto de atrapar espacio, una forma específica de hacerlo, una idea de cómo guardarlo. Encerrar un volumen de aire. Hacer, en el seno del espacio una burbuja de aire. No se trata de cercar un espacio sino de apartar un volumen. El volumen de una tenada, cerrado entre sus cuatro paredes y protegido por su cubierta no admite anejos, corrales, patios, espacios superficiales cercados, abiertos al aire, abiertos al cielo, descubiertos. Su espacio no admite partes. Se define de una vez por todas. Tan sólo una puerta. Si fuese posible concebir un edificio sin puertas, si fuese posible un espacio aislado como el de una escultura hueca, si a esa escultura se pudiese llamar construcción y abrigar en ella por la noche a las ovejas, las tenadas carecerían de puerta. Una sola puerta. Lo imprescindible para que una burbuja de aire atrapado pudiese ser llamada construcción e ingresar por ello en el

club privado de las arquitecturas. Otra cosa son las especies de apriscos híbridos. ¡Cuidado!

Pues bien, aparte de otros cuatro tipos de apriscos ibéricos (¡qué grato regusto gastronómico evoca esta recia voz: "ibérico"!) existe uno, ibérico entre lo que más, el más ibérico si damos mayor importancia (entre otras cosas) al enorme territorio que ocupa como envolviendo a los demás, como envolviendo incluso a las propias tenadas, existe un aprisco, decía, al que mayoritariamente pero no de forma única se conoce o designa con el nombre de "corral".

No entraremos en ese jardín que no es jardín sino selva tenebrosa, en ese jardín conceptuoso de los muchos significados de la palabra "corral". Decimos simplemente que a un tipo de aprisco ibérico se le llama, en grandes zonas del territorio que ocupa (no en todas), "corral". O también, dada la enorme difusión de dicha voz con diferentes significados y especialmente con el de un espacio cercado y anejo a la vivienda, "corral de ovejas".

Sobre un fondo de almendros, decíamos, se acomodan los corrales. En efecto, la enorme porción de territorio que ocupan éstos aún es pequeña en contraste con el área propia de los almendros dentro de la península ibérica. Me refiero a los almendros semisalvajes, semiabandonados, a esos huertos semiperdidos, siempre medio vivos, nunca del todo muertos sino siempre moribundos.³¹ Y tanto es así que bien podemos decir que donde hay corrales hay huertos de almendros, aunque no donde hay almendros haya de haber corrales.

El corral, con la taina, es el aprisco ibérico que parece tener vocación de contradecir a la tenada. El corral no atrapa volumen sino espacio. El corral atrapa primero el espacio para poder atrapar después, y a su manera, volumen. Consta necesariamente de dos partes en lugar de una, como la tenada. Tiene siempre dos puertas. De mayor simpleza estructural que la tenada, es más complejo en su función. De cara al exterior ilimitado el corral presenta tan solo un acceso. En esto y en su integral aislamiento y soledad, el corral y la tenada son iguales. Iguales también en su planta rectangular aunque no en la relación entre ancho y largo. El corral tiende a ser más cuadrado. Carece de las condiciones estructurales de la tenada. Pero al interior, al punto de franquear este único acceso, se diría que no es posible

(31) Del almendro dice RUIZ de La TORRE lo siguiente: "Se encuentra espontáneo este árbol en el Turquestán, Kurdistán, Adzerbiyán, Mesopotamia, Antilibano y N. de África, principalmente Argelia. Parece que desde el SO asiático fue traído en remotos tiempos a Europa, donde fue ampliamente difundido, sobre todo por los romanos. Hoy se halla asilvestrado en numerosas comarcas del Sur de Europa y es objeto de importantes cultivos en las regiones del olivo y de la vid. En España se halla subespontáneo en diversas provincias próximas al mediterráneo, cultivándosele como frutal en toda ella, quizá con mayor extensión e importancia en Levante y Baleares." (RUIZ de La TORRE. 1971 : 317).

que siendo como es y estando como estamos en lugares que pueden ser relativamente próximos, entrando en ambos casos a un aprisco y encontrando en él el mismo estiércol, igual olor e idénticas ovejas, garrapatas y pulgas, se diría imposible haber entrado a dos mundos tan distintos y a la vez tan próximos. El mundo interior de la tenada es el mundo cerrado de la caverna, es el espacio reservado del templo, la sombra del recogimiento y del abrigo, el interior sosegado de la morada.

El corral, cómo decirlo, ¡váyase usted a Córdoba! ¡váyase usted a La Alambra!. Un patio, lo que se dice un patio. O mejor, una superficie hosca con el exterior por estar cercada por cuatro altas paredes. Lleno de luz como el campo. Y allá, en el fondo, quizá de lado, al amparo de un par de muros uno a cada lado y al fondo el cuarto siempre ciego, diferente siempre al de la entrada, al amparo del cuarto muro, decía, un cubierto, un techado incluso de menor altura que la del muro, el cuarto, aquél en el que se ampara y se apoya, un techado indigente más por su porte que por su factura y su

acabado. Un "tainao". Y en éste la segunda puerta. Y a su través, por fin, el abrigo. En la ilustración (figura) número treinta y nueve se muestra el aspecto exterior de un corral y en la ilustración (figura) número cuarenta se indica la zona o parte de su área elemental de distribución que ahora interesa, esto es, la dispuesta en torno a las tenadas. En él se indican como referencia los cursos de agua de la mayor parte del Ebro, del alto y del medio Duero, del Jalón y del Jiloca. También el curso del alto Tajo. Y junto a todo ello, los límites provinciales de Soria y el perfil de la costa mediterránea con ese grano lejano, pero no tanto, del delta del Ebro. Esta enorme geografía, que aún no es toda sino tan sólo la que afecta directamente a Soria, se pierde más allá de Calatayud, aguas arriba del Jiloca. En su día completaremos este descomunal espacio cuyo interés del momento no está sino en la forma en que arropa y envuelve a las tenadas. Se diría pinza enorme de cangrejo que aprisiona. O cuna, madriguera, cama de liebre abrigada. Tan solo al sureste un boquete que las tainas se ocupan diligen-

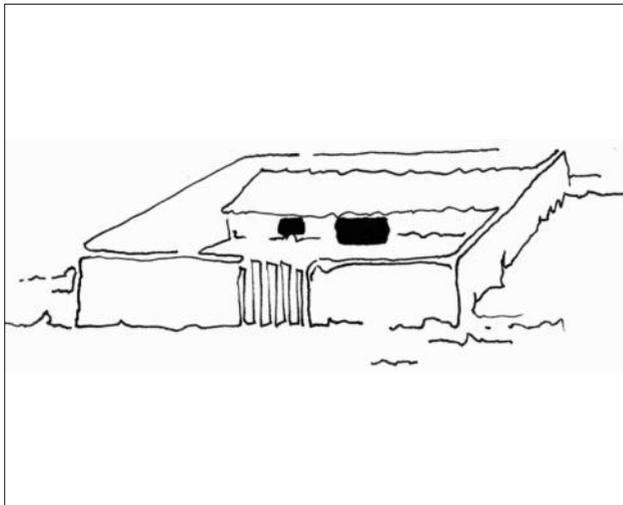


imagen 39

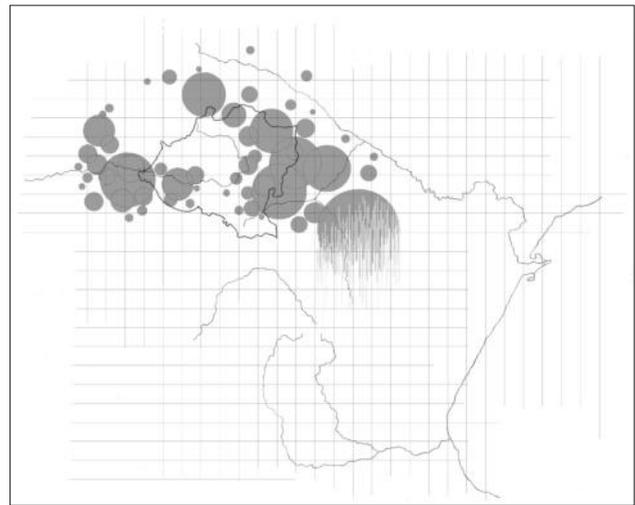


imagen 40

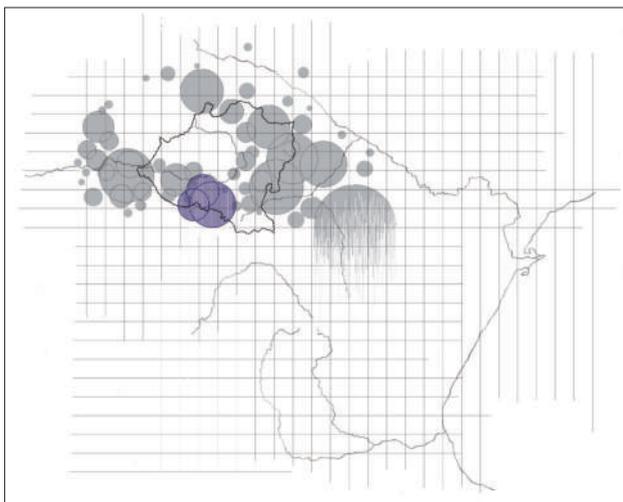


imagen 41

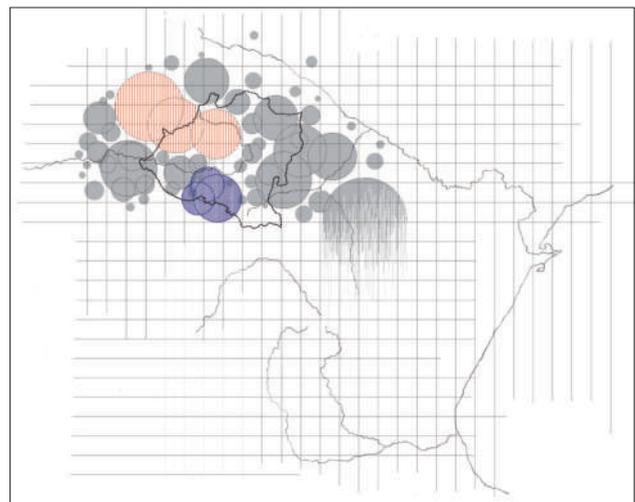


imagen 42

temente de cerrar (ver la ilustración (figura) número cuarenta y uno).

Se diría que todo está preparado, el cuarto limpio y la cama hecha, para que al fin la liebre de las tenadas se acomode, eche y duerma tranquila y abrigada. En efecto, llegó la liebre y se echó en su cama. Pero anunciamos, esta no es la historia, sino la historia del revés, porque sospechamos que no fue primero la cama para la liebre sino la liebre para la cama. Sea como fuere lo cierto es que tenadas, corrales y tainas se reparten la mayor parte de la geografía soriana según se indica en la ilustración (figura) número cuarenta y dos. Como tres buenas (o malas) hermanas. Cada una en su lugar y el lugar específico de cada una.

Antes de terminar haremos algún comentario a esta cartografía conjunta. En primer lugar está claro que ninguno de ambos apriscos tienen nada de común entre sí. Se rehuyen recíprocamente. Se diría incluso que los corrales cercan a las tenadas, ya lo hemos dicho, como queriendo acabar con ellas. Las cercan. Como si fuesen pinza de ofensivo cangrejo, llave inglesa inapelable, los corrales cercan a las tenadas en ataque que se diría envolvente. O también, viéndolas indefensas, las rodean celosamente como hace cualquier gallina con sus polluelos. O ellas como liebres que se preparan la cama.

De cualquier forma, esto es seguro, pertenecen a distinta cultura, diferente generación, otro tiempo, y en su forma, en la forma en que cada uno planta su huella sobre la tierra y en la forma en que se acomodan estas huellas entre sí, parece claro que la verdadera sintaxis de su historia, el discurso, el coro de voces que de forma conjunta entonan nos dice que para cuando los corrales acuden a establecerse por esos lugares, las tenadas ya estaban allí. Ni más ni menos según corresponde al supuesto antecedente de las últimas y al carácter netamente musulmán de los primeros.³²

No conozco mezquita sin esas cuatro paredes cerradas, altas, hoscas, celosas de un interior en el que se renueva ese celo renovado entre lo de afuera y lo de dentro, ese juego inacabado entre lo uno y lo otro, lo otro dentro de lo uno. Tan distinto al enclave definitivo y rotundo, como hecho de una vez por todas, grave y

serio, imagen propia y ensimismada, reservada y solitaria, uraña y suficiente de la tenada.

Yo diría que un microcosmos como el de los apriscos ibéricos resume, condensa, presenta de una forma cómoda, cercana, como quien dice al lado de casa, una pugna entre dos culturas, un juego serio, una cuestión de importancia.

De las tainas ya hemos dicho algo. Añadiremos ahora que, junto a los corrales, delimitan, cierran, aíslan el territorio de las tenadas. Responden también, sin dudar, a una tercera cultura.

Permítaseme, de forma esporádica y sin que sirva de precedente, utilizar el lenguaje propio de los prehistóricos en ese gran teatro de los nombres que cada ciencia guarda con celo furioso para sí. Y hace bien. Cada uno con su jerga. La única manera de poder entenderse que tienen entre sí los entendidos.

Sin que sirva de precedente hablaría de la cultura de las tenadas, de las tainas y de los corrales como de tres culturas diferentes, como quien habla del vaso campaniforme frente a la cultura de los campos de urnas o de los megalitos.

Tenadas, corrales y tainas, dentro del universo de los apriscos en el estado puro en que un régimen ganadero de claro carácter seminómada que solo precisa de las bíblicas ovejas, pastor y perro además del citado aprisco, dentro del universo en que dicho régimen ha conservado y llegado hasta hoy día para presentarnos, decía, esos apriscos, pertenecen a diferentes estados de la cultura, diferentes ramas de la misma, diferentes en algo que a su escala se nos antoja fundamental.

¿Dónde comienza la diferencia y en qué clase de similitud? ¿Dónde comienza el dialecto a ser lengua independiente? ¿Dónde la variedad lingüística deja de serlo para empezar a ser dialecto? ¿Dónde y cuándo y cómo nos gobiernan las costumbres? ¿En qué consiste la diferencia y por qué se da esa diferencia, entre dos culturas que comparten el mismo tiempo pero no el mismo lugar? ¿Es que no funciona, en el ámbito de la cultura, el principio de los vasos comunicantes?

Muchas preguntas son para responder a todas.

[32] Parece claro, por otra parte, y sin otra información acerca de los corrales que la enorme superficie y carácter envolvente de su área de ocupación, y descartado a su vez el hecho de que fuesen las tenadas las que hubiesen surgido al interior del dominio de los primeros y por lo tanto posteriores en su cronología, parece claro, decía, que un aprisco de tan acusado carácter clásico como el de las tenadas fuese posterior. Estamos, es cierto, en el dominio de la conjetura, pero antecedentes y consecuentes en función alternativa pese a ser conjeturales, parecen acoplarse sin empacho ni violencia en la hipótesis expuesta. Respecto a las tainas diremos que, al parecer, se trata de algún endemismo local, quizá relacionado con inmigraciones mozárabes procedentes del sur. Razonablemente ocuparían algún territorio arrasado por entonces, semidespoblado. En cualquier caso no manifiestan en contra de los corrales ese carácter antitético que señalamos en relación con las tenadas. Sin nada común entre sí, tainas y corrales no se oponen directamente. Antes al contrario, de alguna forma imposible de justificar aquí, se hacen algunos guiños de apreciable connivencia. En la figura correspondiente al esquema funcional de una taina y a sus alzados frontal y lateral (ilustración (figura) nº 16) se ha indicado, en correspondencia con lo que ahora comentamos, la existencia frecuentísima de espacios cercados y asociados a la taina. Sin embargo, y muy significativamente, casi siempre adosados en sentido literal, esto es, mostrando con claridad la independencia de sus respectivas fábricas.

Lo intentaremos de otra forma. Procedamos al revés, por reducción al absurdo: somos libres, podemos optar y elegimos. Entre blanco y negro, tomate o lechuga, bien o mal, tenada, corral o taina.

De otro lado hemos podido comprobar y sigue siendo comprobable que allí donde hay tenadas no hay corrales ni tainas, o donde hay tainas no hay corrales ni tenadas o donde los corrales florecen no es posible ver ni tenadas ni tainas. Carecemos de datos numéricos o estadísticos pero se puede aventurar que no hay menos de cincuenta municipios y pedanías en los que se levantan las tainas, menos de ochenta o cien en los que dominan las tenadas y de setecientos a ochocientos en que los corrales son la moneda corriente y de curso legal. Estimando una media de diez apriscos por municipio tendríamos en total unas quinientas tainas, más de ochocientas tenadas y nada menos que de siete a diez mil corrales de ovejas. En total unos doce mil apriscos ordenados por casualidad en tres grupos territorialmente homogéneos. Doce mil casualidades una por una, doce mil veces que un dado tirado al azar nos ha ofrecido el número previamente apetecido. Nos remitimos en todo esto a lo que se apunta en nota marginal nº 24 y, en general, a todo sobre lo que de diversas cuestiones relacionadas se viene diciendo. No es posible. El azar es obstinado, pero no tanto. En su lugar se instala una certeza: las tenadas delimitan su territorio

en función del de otros apriscos (los corrales y las tainas) que a su vez hacen lo mismo con respecto al suyo.

En definitiva, la selección territorial que manifiestan los diferentes tipos de aprisco no se puede justificar por el azar. Esta selección es, por lo tanto, significativa.

Añadiremos tan sólo que todo el borde suroeste del área elemental de las tenadas se muestra jalonado de numerosos ejemplares híbridos en los que al cuerpo del aprisco se adosa un espacio cerrado que recuerda y hace del mismo una mezcla de tenada y de corral, sobre todo en su zona de occidente, mientras que por el sur, más próximo al territorio de las tainas, aparece un falso pilar central que nos anuncia la influencia de éstas últimas, destruyendo con ello un rasgo fundamental de la tenada como es la posición central de su acceso. En la ilustración (imagen) número cuarenta y tres se muestra una tenada en la que se hace patente un cierto parentesco con la taina en ese inoportuno falso pilar central, que por otra parte facilita el incremento en la luz del pórtico al aliviar el compromiso estructural de su viga puente, pero actuando en contra de las dos naves laterales que ven con ello reducido el espacio necesario a su desarrollo. Este pilar central, esencial a las tainas, se revela en las tenadas como un elemento gravemente perturbador. Vamos, como una especie de china en el zapato, revelando así, entre otras muestras no menos esenciales³³ la radical diferencia que separa tainas de tenadas.



imagen 43

(33) Otra diferencia principal es la de la inclinación de sus planos de cubierta. Sería imposible decidir si ésta es el efecto de una cubierta vegetal necesitada de mayor inclinación para un grado de estanqueidad igual a otra de menor inclinación y de teja, o si por el contrario, el efecto de dicha inclinación sería consecuencia de un sistema estructural que dada la inclinación de cubierta resultante de la misma invitase a ejecutarla con material vegetal, siempre disponible y barata.

CONCLUSIONES

Y aún otros tipos de apriscos como chozones, parideras, y apriscos de puntal o acodo (protoparideras) representan, cada uno a su manera, más o menos violentos contrastes con respecto a las tenadas, corrales y tainas, más o menos matizadas diferencias, siempre llenas de interés.

Ya lo hemos dicho pero aún así no dudamos en repetirlo: el carácter precario de todo aprisco ibérico en cuanto a su pertenencia o propiedad, junto a la dilatada superficie de la región sobre la que se asientan y la variedad de culturas a las que dicha región sirve de solar, hacen del mismo la pura expresión particularizada de dichas culturas que, como en una especie de friso, único escenario, museo vivo y al aire libre, nos muestran esa rica variedad de culturas que conviven sin mezclarse.

Los invasores corrales parecen amenazar, y ciertamente amenazan y coartan la expansión de otros tipos, al parecer anteriores, que se ven así reducidos pero al mismo tiempo preservados como fósiles reliquias de otros tiempos.

Permítaseme alguna digresión con respecto a esto. Se trata de contextualizar nuestro particular interés de ahora (las tenadas) en un marco mucho más amplio, que no por ello más lejano. Se olvida con frecuencia que Europa no es sino una península occidental de Asia, y que los mongoles, a caballo y de casi un galope tan sólo, cruzaron el continente de vez en cuando conquistando y amenazando. Son como Atila.

Se olvida también que Marco Polo no es aventurero (aunque también lo fuera) sino comerciante, y que su ruta fue de compra – venta, de llevo y traigo. No es casual el dicho familiar de “naranjitas de la china” cuando de la misma forma podríamos decir naranjitas de Valencia, y decir también que de Valencia su arroz, pirotecnia culinaria y fuegos artificiales de traca y de mascletá, justo como en casi toda la región de lejano y extraño levante, justamente como en La China.

Como un telón de fondo, pero no tan lejano a la vista de todo esto, aparece siempre un chino y un gusano de seda entre naranjos y arrozales. Aquí y allá, como puntos independientes que sin embargo se sospechan salpicados y por lo tanto procedentes de algún foco común, se perciben detalles, formas, costumbres tan vivas y presentes como presuntamente abisales que permiten ser interpretadas como nacidas de forma inde-

pendiente, como partículas culturales arrastradas por una misma corriente o marea de fondo.

Así por ejemplo la rueda, invento que podemos tener por seguro fue múltiple, autónomo, alumbrado como quien dice del suelo en diferentes tiempos y lugares.

No se podrá sostener que la rueda de un automóvil descienda de su volante, ni tampoco del gusano que, para huir, se repliega sobre sí mismo y así, hecho rueda, rueda cuesta abajo, aunque ambos, cada uno a su manera, responden al mismo principio. El fuego, ¿qué del fuego? ¿qué del habla? ¿qué de todo aquello inventado y caído en el olvido para ser de nuevo recuperado?

Ni apoyamos ninguna hipótesis en todo esto, ni lo citamos en apoyo de ningún supuesto previo que ya lo tendría, de forma vaga e inadvertida, en cuenta, pero de cualquier manera es preciso no despreciar ningún detalle, y muy especialmente dos detalles que ahora interesan:

Uno: el tejido de barda, tan común en el territorio de las tenadas lo es también en amplias zonas del lejano Este asiático. Como también en otras zonas subsaharianas de África

Otro, el segundo: este resulta ser de mayor calado, pues apunta directamente a su estructura, ese sistema o método adintelado en singular sucesión de planos estructurales superpuestos que recuerdan al rimero de leña. En la ilustración (figura) número cuarenta y cuatro³⁴ se muestra un esquema muy común en construcciones del extremo sur oriental asiático. El dintel que ofrece su punto medio para calzar en él otra pieza, ese pilarete característico, es el responsable directo del perfil curvado de los tejados en numerosos edificios de la citada

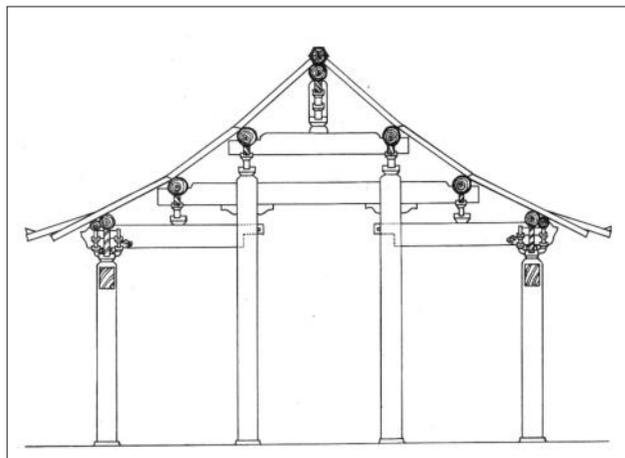


imagen 44

(34) Imagen tomada directamente de la obra citada en bibliografía. (BOYD, Andrew. 1963 : 82).

región, tan característico allí como exótico en occidente. Pero lo cierto es que tal efecto no es sino vistosamente superficial. Estructuralmente solo hay un dintel sobre cuyo punto central se alza un pilarete. Repítase lo mismo tantas veces como se quiera.

En resumen, resulta que a una península situada en los confines de occidente del continente asiático, cualquier corriente de largo calado histórico y espacial no puede venir sino del lejano Este.

Así podría ser posible interpretar de alguna forma general el fenómeno de las tenadas.

Sigamos con ellas, pero ahora en un contexto más familiar o cercano, que serviría de punto intermedio en esta genealogía, escalera de tan altos y tan grandes escalones. Su estrecho parentesco con cierto tipo de maderamen propio de caserío vasco ha sido confirmado por Julio Caro Baroja. Por el mismo antropólogo sabemos que no hace tanto tiempo, ya bien avanzada la edad media, el idioma vasco no andaba muy lejos de la región que hoy día ocupan las tenadas. Nada impide, sino al contrario, suponer en éstas ese claro ascendiente.

Pero lo que más sorprende, al menos en un principio, no es esto sino lo que sigue: Caro Baroja continúa y añade:

“Hasta el siglo XV la mayoría de casas vascogadas eran de madera y solo a partir de entonces comenzó a generalizarse (patrocinada por los municipios) la construcción en piedra que, con probabilidad, se inició en la parte sur, adaptándose luego en ocasiones a los viejos modelos en madera. Es, pues, relativamente inexacta la afirmación de varios geógrafos que consideran que la habitación del sur de Europa es y ha sido siempre de piedra, en oposición a la casa de madera característica de los pueblos septentrionales. Tampoco deben ser muy antiguas la generalización de la teja y las variaciones en la estructura de la techumbre. La técnica del entramado es particularmente interesante en las casas del tipo que nos ocupa. Fue estudiada con minuciosidad por el señor Arín Dorronsoro en Ataún mismo, donde a base de ejemplares de los siglos XVI – XVIII, estableció tres modalidades. La primera es la de los entramados que están constituidos por postes que arrancan de muy cerca del suelo, subiendo hasta el techo, vigas horizontales que cruzan estos postes a una distancia menor que un metro entre sí, y varias vigas oblicuas. La segunda, más moderna, es la de los que tienen las vigas colocadas entre poste y poste en dirección vertical, y la tercera la que resulta de la combinación de las dos anteriores. Esta técnica se

usó, como se ha dicho, en construcciones del tipo “Zubiaurre”, y es de interés compararla con la que emplean en construcciones rectangulares con techo a dos aguas, hechas de madera también, varios pueblos primitivos de vida eminentemente basada en el cultivo de las plantas, construcciones que es útil recordar, por otra parte, que ofrecen los elementos de que consta el templo griego primitivo hecho ya de piedra”. (CARO BAROJA, 1976: 28, Tomo II).

Es decir, según Caro Baroja, en cuya opinión estamos y secundamos, el maderamen del caserío vasco tiene sus antecedentes en las primitivas construcciones de madera tan sólo conocidas por la nítida estirpe y descendencia que de las mismas muestra el templo griego. Y no solo el templo griego sino las basílicas romanas, y a través de unos y otras, la completa idea de articulación del espacio en tres naves paralelas en que se basa toda la arquitectura religiosa occidental. Ya lo hemos dicho, pero ahora lo volvemos a decir de la mano autorizada de Julio Caro Baroja.

El templo griego, en efecto, es una especie de modelo fosilizado en piedra de claros antecedentes en madera. El mismo pórtico, el mismo pilarete sobre los arquiteabes de su vano central, las tres naves en paralelo. El eje del edificio invariablemente marcado en esa nave central. El rotundo caballete, responsable directo, columna vertebral de dicho eje. Y un milagro que no lo es tanto. Es un decir. Esa justa inclinación de los planos de cubierta que determina el hastial de las tenadas y que pide inevitablemente un recuerdo grecorromano. Es como si las alas de un pájaro en vuelo hubiesen quedado quietas, siempre quietas en ese ángulo de leyenda.

Esas antiguas construcciones que alguno, quizá varios de los llamados más al sur “Pueblos del Mar”, uno de tales pueblos que descienden del norte, quizá empujados por los Dorios o incluso ellos mismos, acabando al fin con Micenas y arrastrando hacia el sur esas construcciones, harían posible su trasunto en piedra, iniciándose así una historia de la que no es el caso hablar aquí sino para recordar que la misma, de tanto lustre y de tanta gloria como llegó a tener y todavía conserva, dejó en el olvido y en la sombra otra. Otra historia que de alguna forma recordamos y reavivamos aquí. De aquél anónimo maderamen se perdió el rastro y la memoria, pero sin duda, protegidas precisamente bajo ese anonimato, por su larga tradición ya por entonces, y sobre todo, por no ser perjuicio para el camino ya iniciado que conduce directamente al Partenón, todavía quedan por ahí (nuestras tenadas son un ejemplo) ejemplares “genéticamente” puros de tan fecunda e ilustre descendencia.

cia. Sin duda, y en muchos otros lugares quedarían relegadas a su ancestral forma en madera estas construcciones. Recogidas al amparo de las sierras de La Demanda hemos localizado las tenadas, pero nada impide suponer que por algunos otros lugares de centroeuropa existan o hayan existido restos relictos semejantes.

Sea como fuere, repetimos, las encontramos ahora en La Demanda. Estiércol hasta los topes, pero si no en material, siempre madera, fosilizado ese concepto que parece, solo parece, ser eterno: una nave central, dos laterales que la flanquean. Dentro ya, no importa esto, un órgano tocando Bach en alguna catedral o el balido desvalido de una oveja en cualquier tenada.

Y así como la estructura es de tal forma expresiva, no lo es menos la configuración del territorio que ocupa.

Hemos venido hablando a lo largo de toda nuestra exposición de tales territorios a los que aludimos con el nombre de áreas elementales. Elementales porque no atienden a otra circunstancia que la de su característica. Allí no hay otra cosa (cosa que se tenga en cuenta) que su característica. No importa si montaña o llano, tampoco la lengua que allí se hable, ni otro tiempo sino el presente, imagen de algo en movimiento que, como el de una fotografía, lo presenta inmóvil según la postura del momento, siendo ese momento el actual. Áreas elementales o de distribución de algo. En las guías de plantas o animales se habla de áreas de distribución. La propia individualidad natural de la planta o animal hace innecesario el adjetivo "elemental" en este tipo de guías. La definición natural de la especie marcada indeleblemente por la biología, determina sin ambigüedad la elementalidad del área de distribución de dicha especie.

Pero las "especies culturales" no responden a sus rasgos con esta fidelidad inquebrantable con que la naturaleza lo hace ante sus especies. El naturalista que se aventure por entre dichas especies debe andarse con cuidado. La promiscuidad de la cultura es inabarcable y la biología se muestra impotente ante la misma.

Simulemos apertura de una causa.

El fiscal dice:

_ ¿Una estructura de tres naves? ¿Como la de un templo pero en madera? ¿Existe?

_ Existe

_ ¿Podría decirnos dónde?

_ Me remito a su área elemental

_ ¿Elemental?

_ Elemental

_ ¿Qué quiere Ud decir con "Elemental"

_ Que solo allí, siendo allí un lugar en el que por todo el alrededor de sus alrededores no hay estructuras de tres naves como las de un templo, pero en madera, hay estructuras de tres naves como las de un templo pero en madera y solo allí las hay de tal forma que para llegar a otro lugar donde quizá las haya (esto lo ignoro), hay que atravesar un desierto de dichas estructuras.³⁵

_ Listo para sentencia. Puede retirarse.

Nos batimos ya en retirada con este asunto de las tenadas. Pero no sin volver a decir que tan solo ese ser desierto de tales apriscos en el que su área elemental se configura como una isla o enclave, hace del mismo un continuo ininterrumpido. Solo ese desierto lo interrumpe, como solo se interrumpe la isla en su costa. A su interior se puede hablar de un perfecto continuo, inerte por sí mismo, inadvertido incluso por quienes no hayan trascendido sus fronteras, por quienes no tengan noticia de las mismas.

Hemos citado el sorprendente caso de áreas elementales coincidentes. No podemos desarrollar aquí otro caso de análogo interés (igualmente apuntado anteriormente), a saber: el de un área elemental que, no siendo coincidente, se manifiesta siempre al interior de otra, como necesitando en su pervivencia y sustento ese continuo que se le brinda y al que se acoge. Volveremos sobre tal cuestión en el estudio de otros tipos de apriscos ibéricos en los cuales se da la citada circunstancia. Por ahora insistamos en el caso de áreas elementales coincidentes.

Permítasenos para ello poner un ejemplo en el que, conocida la historia que subyace, pudiésemos llegar a este mismo fenómeno a través de sus correspondientes áreas elementales.

Sea un área elemental: la del dominio de la lengua castellana. Sea otra en que un tipo particular de fiesta se celebra: la fiesta de los toros, el sacrificio de un toro bravo en el ruedo. Se comprobaría entonces, a través de la inclusión de una de las mismas en alguna de las otras lo ya sabido: la fiesta de los toros es propia, de forma predominante, de la cultura de un pueblo que habla el idioma castellano. Lo cual es irrelevante, pero tan solo por una causa. La de ser ya conocida esa historia subyacente. De no serlo acabaría, gracias a nues-

(35) Me remito en este orden de consideraciones a lo apuntado en la nota marginal nº 30.

tras áreas elementales, siéndolo. Tanto en sí mismas como en sus relaciones recíprocas con otras guardan siempre algún secreto elocuente. Podrá ser desconocido, pero no tiene clave, no está cifrado. Para poder entenderlo, el primer paso es escucharlo. En ello estamos.

Pero no solo en esto son significativas y esenciales estos elementos de geografía.

Trataremos de utilizarlos también para intentar acercarnos a una idea que desde siempre ha permanecido confusa y parece prometer seguir siéndolo a pesar de todo.

Se trata del concepto de región o comarca.

Resulta que la idea de región o comarca se desvanece, confirmando así la dificultad en alcanzar su sentido. Trataremos de hacer un resumen acerca del estado actual de tan controvertida cuestión. No en vano venimos hablando desde un principio de la región o la comarca de las tenadas, chimeneas, tainas, corrales y tantas otras. Pero antes de hacerlo consideramos conveniente despejar el campo para poder hacerlo, alcanzar un grado de mayor generalidad en que movernos.

Cada una de las artes, una por una, cada una de las ciencias (a su manera y en su medida, una por una también), han pasado todas ellas por este desfiladero: el que une y comunica este antes y el después que a continuación indicaremos.

Antes, este antes al que ahora, ya después de haber pasado, volvemos, era el de contemplar la naturaleza como el horizonte bajo el cual somos y estamos como entes inmersos en ella, sujetos a ella, partes de un todo que no era otro sino ella. Junto a las cosas del mundo estábamos. La naturaleza, el mundo en el que somos y estamos, era el objeto nuestro, el objeto al que nosotros, sujetos, contemplábamos complacidos. Entre dos hierbas no había más distancia de la que hay entre dos personas, entre cualquier sujeto y cualquier objeto. Todo estaba expuesto, como en un gran escaparate, y el misterio más profundo era poco más que la caverna oscura en la que acaso encontrásemos alguna pintura rupestre, corriente de agua ignorada o el simple desconocimiento de no poder llegar más allá de imposibles angosturas. Sólo faltaba en ambos casos una iluminación adecuada. Focos para el escaparate, linternas para la sima.

El después, ese después al que tan solo se llega pasando el desfiladero y en el que ahora estamos, es el de contemplar la naturaleza una vez que ésta, o mejor dicho, una vez que uno mismo advierte que tan sólo

desde dentro de sí, desde dentro de uno, es posible contemplarla. Hemos engullido el mundo y solo podemos verlo desde dentro. Verlo desde dentro superpuesto al de siempre, al de fuera, mundo que desde siempre nos rodea y contiene. Visión binocular bajo la cual cobra todo un nuevo y extraño relieve. Entre las dos hierbas sigue habiendo la misma distancia de antes, pero entre cualquier hierba o entre cualquier cosa del mundo, y uno mismo, se acaba de abrir un abismo. Está todavía, convulso, abriéndose.

Cada una de las artes (por no decir cada uno de los artistas), cada una de las ciencias (por no decir cada uno de los científicos) pasan o están pasando por este desfiladero angosto.

Y el primer artista que lo hace, primer pensador que lo expresa, el primero que hace suya la expresión que viene al caso, que asume la responsabilidad de decirlo, que no rehuye, asustado, hacerlo, y que al hacerlo encuentra un eco, un acomodo, al tiempo de una oposición o rechazo, ese, decimos, es Juan Jacobo Rousseau. Mejor: es su tiempo, al que tan dignamente representa.

Instalado ya en ese después del angosto paso, en esa modernidad que viene a ser la de hoy, instalado ya de alguna forma subjetiva frente a esa naturaleza que ya no lo es todo sino tan solo parte, objeto de observación, instalado frente a esa naturaleza que a todo contiene y comprende menos al sujeto que, a su vez, la quiere comprender, el primero que nos habla de la naturaleza puesta ya en clave de objeto por parte de alguien que no lo es, el primero es Rousseau. Su tiempo hablando por él. Hablando él por su tiempo.

Denostado y alabado Rousseau.. Ambas cosas, aún opuestas, consecuencia única de haber sido, antes que nada y sobre todo, adelantado en su época.

Han pasado ya o lo están haciendo. Porque al tiempo que pasa cada ciencia, al tiempo que lo hace cada una de las artes, todas las demás se conmueven hasta sus cimientos y deben revisar de nuevo la forma en la que han pasado por ese desfiladero, si lo han hecho. De lo contrario, la forma en que lo harán (ver nota marginal nº 13)

El caso de la geografía es singular, aunque singular sea también cualquier otro caso. Una por una..., etc. Diremos mejor que ahora nos interesa más la geografía.

Todos sus cimientos se removieron, curiosamente, no tanto cuando se llegó a demostrar y a saber que la tierra era redonda (ya va para los cinco siglos cumpli-

dos) como cuando, hace apenas nada, la geografía quiso emanciparse de la historia para dejar de ser el monaguillo de sus ceremoniales y ritos.

Aparte genios como el de Humboldt, abierto a cualquier humanismo y por lo tanto enemigo de interponer puertas y vallas entre las distintas ciencias del hombre, y menos a establecer jerarquías entre las mismas, es notable constatar cómo en Europa (y desde luego en España), la geografía, en esa vasta y rápida corriente de pensamiento que vino a trastocar la postura del hombre ante la naturaleza, se vió afectada también a su particular manera, puesto que, aparte la general conmoción que se produjo, hubo de verse comprometida en seguir diciendo lo mismo pero de distinta manera. Incluso, más veces quizás de las supuestas, ni aún eso tan siquiera.

No es de extrañar la inquietud que Ortega y Gasset, por ejemplo, tan atento y de tan sagaz olfato a cualquier cambio de orientación en la cultura, manifestase por concretar ideas puramente geográficas como las de comarca o región. Sabido es que las páginas de su "Revista de Occidente" siempre fueron hospitalarias y estuvieron abiertas, con certero instinto, a toda nueva idea o vanguardia de arte o ciencia.

Dantín Cereceda, nuestro máximo exponente de la época en lo que a geografía se refiere, en su afán de llevar ésta directamente a la naturaleza, nos revela en ello, desde la Revista de Occidente con frecuencia, el énfasis que por entonces se ponía en interpretar la geografía como la ciencia propia de la naturaleza (todo, en ese cambio de siglo XIX a XX, como la cosa más nueva y al mismo tiempo más evidente, quiere ser "natural"). Por primera vez, siendo en realidad la enésima, la geografía, queriendo ser otra cosa de la que siempre había sido, sigue sola frente a los mares y a los continentes. Y es por esto por lo que dicha ciencia nos revela, de forma privilegiadamente clara y expresiva, la diferencia de ver lo mismo pero desde otro punto de vista distinto, de ver esos mares y esos continentes pero, según hemos dicho antes, no ya en clave de sujeto rodeado por ese objeto que describe sino desde un sujeto que ya no tiene objeto sino dentro de sí mismo.

La geografía, y con la geografía todo, se ha interiorizado. Ya no es posible separar la geografía de la historia porque todo determinismo se ha hecho imposible. El afán primero de Dantín Cereceda, ese liberar a la geografía de la historia, es inútil. Tanto como hacer lo

contrario. En su defecto, trata de humanizar la geografía, de llevar a ella el factor humano, estableciendo con ello un determinismo errado sobre imposible. Forja el término (al menos lo potencia) de "región o comarca natural" a la que la ingerencia del hombre poco puede afectar.

Y así ¿no se contradice nuestro famoso geógrafo llamando a su geografía "natural" cuando su verdadero afán era llamarla "humana"? Y es que ya por entonces, decíamos, la naturaleza, interiorizada, no podía ser sino humana. Lo natural y lo humano habían pasado a ser ya la misma cosa. Y la pobre geografía, suspensa en esa fundamental duplicidad, volvía de nuevo a caer por su propio peso al lugar del que había intentado salir: servidora, esclava de la historia.

El propio Caro Baroja se muestra escéptico con respecto a la tesis del famoso geógrafo, aunque tampoco quiera (o pueda) llegar a nada concluyente sobre la cuestión.

Tampoco es extraño que de nuevo fuese Ortega y Gasset quien encargase al antropólogo un estudio alternativo sobre todo ello.³⁶

Está claro que la idea de área elemental que venimos exponiendo, referente único y por lo tanto inequívoco de un determinado y concreto territorio, no puede ser asimilado a la idea de región o de comarca. Por otra parte, de hacerlo, tendríamos una región de contenido tan simple y unitario (no podemos olvidar que nuestras áreas elementales se refieren a una sola característica, como la tenada, el corral, la chimenea de barda, etc..) que chocaría frontalmente con la idea, universalmente sostenida y aceptada, de su enorme complejidad.

El área elemental, sin duda, no es una comarca ni una región. Pero podríamos decir que, sin serlo, tiene alguno de sus rasgos fundamentales, entre los cuales destacaríamos dos:

El primero: se trata de un elemento territorial sin límites perfilados, precisos, sino al contrario: difusos, borrosos, todo lo contrario de los límites de cualquier parcela, de cualquier porción de terreno partido, integrado en algún otro del cual procede y constituye parte. El área elemental, como la comarca, carece de colindancias. No es una parcela. Podrá ser pequeña (el simple territorio que recibe sobre sí esa voz a la que se llama topónimo puede ser tan pequeña como un simple huerto. O grande como un océano. Pero nunca podría tener sus

(36) Sin llegar a manifestar ninguna conclusión definitiva CARO BAROJA expresa su preferencia por la voz "comarca" en lugar de "región". Comenta también la enorme dificultad de resumir en una sola voz la gran complejidad de la idea. (CARO BAROJA, 1968: 307-318).

confines definidos en colindancias o fronteras como las de dicho huerto, como las de cualquier parcela, provincia o país.

Por otra parte se trata también de un verdadero territorio, de un elemento territorial genuino, de un elemento indiscutiblemente geográfico, incluso antes geográfico que humano, antes dependiente de algún orden natural que cultural. Recordemos a estos efectos que la práctica, el trabajo, la labor de localizar y determinar la forma y dimensiones de un área elemental es en todo idéntica (digamos mejor homologable) a la que cualquier geólogo, botánico, naturalista de cualquier género, pudiese seguir en su labor de localizar el área de ocupación de un mineral, una especie botánica o una especie animal.

Sin embargo hemos tocado anteriormente una cuestión que, si bien no fue mencionada entonces a los mismos efectos que lo hacemos ahora, traemos de nuevo aquí por la razón que nos ocupa. Se trata de la coincidencia, o mejor, de la sorprendente similitud entre dos áreas elementales independientes (nos referimos al significativo parecido formal entre las dos áreas elementales de que venimos tratando: de un lado el área elemental de las tenadas. Del otro el correspondiente a las chimeneas redondas.)

Tampoco podremos decir que una región o comarca pueda ser la definida por la superposición o el conjunto de dos áreas elementales suficientemente parecidas. Todavía estaríamos ante un territorio de bordes indefinidos y no tan simple como el correspondiente a tan solo una, pero aún así no tan compleja, ni con mucho, de lo que podría ser conveniente o propio de una región o de una comarca.

Sin embargo sospechamos que ante un número suficientemente grande de áreas elementales superpuestas y razonablemente semejantes, podíamos estar cerca de poder definir la región en términos analíticos. Una región sería, ya lo hemos dicho, un territorio de bordes o confines doblemente difusos³⁷ en el que se diese la superposición de tales y tales características, de tales y tales áreas elementales.

De la dificultad de obtener un número suficientemente elevado de las mismas se sigue la dificultad de

concretar la idea de región, pero al menos sabríamos las razones por las cuales no sabemos.

Una última consideración. Desde siempre, ya es sabido, los accidentes naturales violentos (una costa, la cresta de cualquier cordillera, un gran cauce o río) ejercen una cierta fascinación, constituyen una suerte de imán en el que se fija la imaginación e invita, no sin engaño de ser este atractivo el único elemento a considerar, nos invita, decía, a definir la comarca o la región en función exclusiva de dichos accidentes. Tal era, en resumen, la postura de Dantín Cereceda y de sus seguidores.

La verdadera sintaxis de los acontecimientos parecen apuntar a que no es tan directa la causalidad entre cualquier accidente natural y el asentamiento, la configuración según el mismo de la región o de la comarca. Entre dicha causa y tal efecto se habrán de interponer las áreas elementales que lo justificasen.

Existen, ciertamente, áreas elementales que respetan escrupulosamente un accidente natural,³⁸ pero no de forma necesaria. La mayoría de las veces o con harta frecuencia manifiestan indiferencia con respecto a los mismos.

Seguramente ha llegado la hora, o está llegando, en que antiguas barreras entre ciencias, incluso afines o hermanas, se desdibujen. El estudio minucioso de algún detalle, anónimo en su pequeñez y refractario por eso mismo a ser encajado en el haber exclusivo de una disciplina, parece no ser incompatible con ideas de mayor generalidad que, por esa misma razón, tampoco se dejasen encasillar fácilmente bajo ninguna rama concreta del saber o de la ciencia.

El concepto "disciplina" parece andar buscando nuevos ámbitos sobre los que posarse.

¿Por qué no hemos de pensar que, si bien las parcelas (las divisiones, el parcelario, el mosaico en que solemos dividir, no solo la geografía sino hasta el propio pensamiento) cumplen su papel, no es razonable que lo hagan en exclusiva.?

Entendemos que, habiendo cuchillos, se corte algo. Que se deba cortar o partir o dividir. Es útil cortar el planeta en gajos y rodajas. Es necesario decir, por parte de cada uno: esta es mi propiedad, este mi huerto. Entendemos incluso que, habiendo cuchillos y navajas,

(37) Decimos doblemente difusos por serlo cada uno de sus componentes, cada una de sus áreas elementales, por una parte, y por otra ser difusos también los bordes de la región o comarca resultante por serlo a su vez los de todos sus citados componentes.

(38) La continua cresta del sistema central en las sierras de Somosierra, Navacerrada y Guadarrama, desde Ayllón en Segovia hasta El Escorial en Madrid, constituye una barrera que se hace valer como tal no solo en el aspecto puramente físico sino también en otras particularidades netamente culturales. Así en relación a los esgrafiados segovianos y sobre todo a la modalidad en la disposición de la teja curva en forma de canales sin las correspondientes cobijas. Habrá otras características, sin embargo, que abarquen el sistema extendiéndose a un lado y otro del mismo. Así ocurre por otra parte y en relación al sistema ibérico, precisamente con los corrales. (ver ilustración (figura) nº 40)

aún solo por eso, se quieran cortar cosas y dividir las. "Divide y vencerás", se dice. Cierto. Divide al enemigo y vencerás. Pero dejemos también algo a salvo. Es más, hay algo a salvo, a salvo de querer o no querer dejarlo en paz. Hay algo que de por sí permanece uno, indivisible. Hay cosas que no se dejan dividir.

Tal es el dominio de la naturaleza. En esto se cifra su poder. Porque si bien el universo está lejos de ser un continuo, guarda celosamente un secreto: dividir es para ella una labor que no atañe al filo de ningún cuchillo. No hay nada más propio del hombre que coger un melón y abrirlo de un tajo. Al punto de hacerlo se abre también el turno de la naturaleza, que así recupera lo que de alguna forma le fue hurtado. De las tripas del melón, de sus pipas, reconstruye de nuevo el melón, y además multiplicado.

Pero el carácter indivisible de las áreas elementales se guarda por parte de la naturaleza de muy diferente manera. O mejor, la naturaleza impide a su manera, que sabe hacerlo, el que nadie haga con ellas lo que ordinariamente se hace con el melón. Por eso y tan solo por eso decimos de las mismas ser indivisibles. Ya me puede usted decir que al territorio de las tenadas divide la frontera provincial entre Burgos y Soria. Ya me puede usted decir que pasa por ella el meridiano que fuere. Como si no me dice usted nada. El territorio de las tenadas ni se inmuta

Hemos llegado a definir el área elemental a través de su característica, en nuestro caso el aprisco de ovejas al que se llama (donde así se hace) tenada. Pero hay más, muchas más áreas elementales. En rigor son incontables. Se amontonan, se superponen. Cualquier topónimo define un área elemental que se materializa

en el territorio que responde a ese topónimo. La Mancha es un área elemental (que no la denominación de origen "La Mancha"). Cumple todos los requisitos para serlo: Indivisibilidad³⁹. Indefinición de bordes. No exclusividad. Cumple siendo una, careciendo de límites precisos o fronteras convenidas y admitiendo cualquier superposición sobre sí de otras áreas elementales.

Quizá, es posible, habrían de analizarse las razones o el por qué, pero quizá una región se pudiese definir, según se ha dicho, por la superposición de un número suficiente de áreas elementales razonablemente parecidas o coincidentes. Ahora podríamos añadir que también fuese posible hacerlo, y de una forma más eficaz y rápida, preguntando por ahí, por esos lugares de Don Quijote, preguntando a las gentes de algún lugar: ¿se considera Ud. manchego?, provocando en esas gentes de por ahí la simple afirmación, negación o quizá también indiferencia o desconocimiento

Tal sería, quizá, la razón más profunda de su identidad. La única razón. La más irracional (grave incongruencia) por no responder a ningún por qué, a ninguna causa. Por responder tan sólo a esa respuesta inapelable: "sí" o "no".

Pero aún así, empezando por el final, partiendo de una región definida de forma tan simple, tan elemental, tan garante de guardar un severo fundamento, podrían buscarse áreas elementales que arrojasen resultados territoriales o geográficos semejantes. Y con ello decir no tan sólo acerca de la geografía de una región (en nuestro ejemplo de La Mancha) sino también algo más: decir de sus características, tantas como áreas elementales superpuestas se integrasen.

(39) Ni aún los límites provinciales, al fin y al cabo límites parcelarios, la dividen. En algo afectan a su integridad (así los nombres de "Manchuela", o "Mancha Conquense", etc), pero incluso tal afección no responde al acto expreso de cortar, de dividir, sino al acomodo del que también hace gala la naturaleza. La Mancha se parte como se parte un idioma o como se parte un continente. El dominio del habla de cualquier idioma se muestra partido también, precisamente por las fronteras de países colindantes de distinto idioma. El área elemental responde como puede y como sabe a éstas "agresiones". Por serle ajenas, sabe y puede poco contra ellas.



BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

- BAROJA, Pío. 1948. *Obras Completas* (Tomo V). Madrid. Biblioteca Nueva
- BOYD, Andrew. 1963 "Chinese Architecture" En *World Architecture*, London, Paul Hamlyn.
- CARO BAROJA, Julio. 1976 *Los Pueblos de España*. Madrid. Ediciones Istmo (dos tomos) pag 91, 93, 121, tomo 2.
- CARO BAROJA, Julio. 1968. *Estudios Sobre la Vida Tradicional Española*. Barcelona. Madrid. Ediciones Península y Seminarios y Ediciones S.A.
- CHOISY, Auguste. 1963. *Historia de la Arquitectura*. Buenos Aires. Editorial Victor Leru S.R.L. (Tomos I y II)
- COROMINAS, Joan. 1973. *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid. Editorial Gredos.
- CORONADO, A. 2011. "De Los Apriscos Ibéricos. El Chozón". En *Revista de Soria*, nº 74, Segunda Época, (85 - 98) Soria. Diputación Provincial.
- Diccionario de la Lengua Española*. 2001. Pozuelo de Alarcón (Madrid). Editorial Espasa Calpe
- Estudios de etnología en Castilla y León. (1992 - 1999)*. 2001. (Varios autores) Valladolid. Consejería de Educación y Cultura.
- GARCÍA de ALVEAR, Mariana. 1986. *Los Ranchos de Doñana. Chozas de la finca "El Pinar del Faro"*. Junta de Andalucía. Consejería de Política Territorial.
- GARCIA DE VALDEAVELLANO, Luis. 1977. *Estudios Medievales de Derecho Privado*. Sevilla. Universidad de Sevilla.
- GUIDONI, Enrico. 1989. "Arquitectura Primitiva." En Tomo I de *Historia Universal de la Arquitectura*, Dirigida por Arturo Anzani con estudio diseñado por Enzo di Grazia. Madrid. Aguilar S.A de Ediciones.
- HERRERO AYLÓN, A y ANTÓN PACHECO, J. 1953. "La Casa Pinariega. Estudio General." *Celtiberia*. Soria. CESIC. 5:101-119.
- LAUTENSACH, H. 1967. *Geografía de España y Portugal*. Barcelona. Editorial Vicens-Vives.
- PALLADIO, A. 1988. *Los cuatro Libros de Arquitectura*. Madrid. Ediciones Akal S.A.
- RUIZ DE LA TORRE, Juan. 1971. *Árboles y Arbustos de la España Peninsular*. (Dir. Luis Cevallos) Madrid. Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias. Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes.
- SÁNCHEZ MECO, Gregorio y ROSADO FERNÁNDEZ, Vicente. 2007. *La Cerca Histórica de los Bosques del Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial*. San Lorenzo de El Escorial (Madrid). Sociedad de Fomento y Reconstrucción del Real Coliseo Carlos III.
- SANZ ARAGONÉS, Alberto, BENITO BATANERO, Juan Pedro, y TABERNERO GALÁN, Carlos. 2006. *Construcciones con Cubierta Vegetal en el Sur de la Provincia de Soria*. Valladolid. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo.
- TORRES BALBÁS, L. 1946. "La Vivienda Popular en España." En *Folklore y Costumbres de España*. Barcelona: Casa Editorial Alberto Martín.

EL ARTE DEL BORDADO EN SORIA DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

José Vicente de Frías Balsa

ESTADO DE LA CUESTIÓN

El bordado es un arte legendario y las noticias sobre su existencia se remontan a fechas muy antiguas. A pesar de ello, y de la riqueza y esplendor que esta actividad logró en la Península, la atención que se le ha prestado es escasa⁽¹⁾. En el caso de Soria el arte del bordado, siguiendo la sintonía general, se caracteriza por la falta de estudios sobre el tema, a pesar de la amplia cantidad de documentación que se encuentra en los archivos consultados: Histórico Provincial de Soria y Diocesano de Osma-Soria.

Ya en 1660 se hace eco fray Gregorio de Argáiz, que vino a El Burgo de Osma llamado por Juan de Palafox y Mendoza para escribir las *Memorias ilustres de la Santa Iglesia y Obispado de Osma*, de la posible existencia de unos talleres en Calatañazor cuando escribe que *en tiempos que estaban los Moriscos en España tenía mucha vecindad por la mucha riqueza y trato que había en las tapicerías de seda y lana que se obraban en ella*⁽²⁾.

A finales del siglo XVIII, Juan Bautista Loperráez Corvalán, al tratar del arciprestazgo de Gormaz⁽³⁾, informa que *por los años de mil quinientos treinta y tres*

había en esta villa, según consta de instrumentos, muchos Bordadores de seda, conservándose aun en las Iglesias del Obispado algunos ornamentos trabajados en ella. El hecho de no haber llegado a nuestros días los instrumentos aducidos por el historiador nos empujan a dudar de su existencia.

Un siglo después, Nicolás Rabal se hacía eco de *una antigua fábrica de sedas que hubo en tiempos en la pequeña villa de Calatañazor, de donde procederían, según él, cinco grandes cuadros, arreglados con retazos, según se cree, de unos magníficos tapices de seda con realces de plata y oro que representaban la Sacra Familia y los apóstoles.* Y añade: *ignórase hasta el sitio donde estuvo esta fábrica y la época en que floreció; pero todos convienen en que existió realmente, y por tradición se señalan como de aquella fábrica los ternos de que están llenas la Catedral y muchas iglesias de la diócesis*⁽⁴⁾. Atribución a los talleres de la villa soriana que ha sido negada por Juan Cabré Aguiló⁽⁵⁾.

Pero ¿existieron, en realidad, esos talleres? Este último autor opina que no y argumenta su aserto en datos copiados del archivo catedralicio que *desvanecen en parte la existencia en el siglo XV de una célebre fábrica de ornamentos sagrados, en la villa de Calatañazor, a la que alude Rabal.* En contra, pueden alegarse,

(1) Se han ocupado del tema, entre otros, FLORIANO CUMBRERO, Antonio C.: "Telas, bordados y ornamentos jerónimos del monasterio de Guadalupe", en *Stvdia Hieronymiana*, II, Madrid, 1973, pp. 241-307. ARANDA DONCEL, Juan: "Bordadores cordobeses en los siglos XVI y XVII. Aportación documental", en *Homenaje a Dionisio Ortiz Juárez*, Córdoba, 1991, pp. 19-43. ANDUEZA PÉREZ, Alicia: "El arte del bordado en Navarra en los siglos XVI y XVII", en *Archivo Español de Arte*, 303 (2003) pp. 287-300.

(2) ARGÁIZ, Gregorio: *Memorias ilustres de la Iglesia de Osma y de todo su Obispado. Cathalogo de los Prelados de la han regido. Noticias de sus claros varones que han florecido en ella y su diócesis en Santidad y en letras. Martyres Confesores y Virgenes. Con la vida del exemplarissimo Prelado D. Joan de Palafox y Mendoza Obpo. de la Puebla de los Angeles y de Osma*, ms. 1660, f. 488r.

(3) LOPERRÁEZ CORVALÁN, Juan: *Descripción histórica del Obispado de Osma*, II, Madrid, 1788, p. 219. Datos que copia PÉREZ VILLANUEVA, Antolín: *Los ornamentos sagrados en España: su evolución histórica y artística*, Barcelona, 1935, pp. 202-205, y escribe, mal copiando al anterior: *Referente a San Esteban de Gormaz, en su parroquia se trabajaba con éxito en el bordado de iglesias; al menos por los años de 1533 había allí muchos bordadores de seda; conservándose aún en las iglesias de la diócesis ornamentos trabajados en ella; en tiempo de Loperráez el pueblo había perdido ya dicho arte.*

(4) RABAL, Nicolás: *España sus monumentos y artes su naturaleza e historia*. Soria, Barcelona, 1889, pp. 352-353. También es de esta opinión P. I. [caso Pedro Ibáñez]: "El nuevo pontifical de la Santa Iglesia de Osma", en *Boletín Oficial del Obispado de Osma*, 12 (1896) p. 219, donde reza que *los notabilísimos ornamentos llamados de Calatañazor, eran insuficientes en número.* NÚÑEZ MARQUÉS, Vicente: *Guía de la S. I. Catedral del Burgo de Osma y breve historia del Obispado de Osma*, Madrid, 1940 [Soria, 1990], pp. 19-20. LAFUENTE, Rafael: *Datos históricos de Calatañazor*, Soria, 1976, p. 9.

(5) CABRÉ AGUILÓ, Juan: "El retablo bordado de D. Pedro de Montoya, obispo de Osma", en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XIII (1929) pp. 1-20.

además, muchas referencias en los libros de fábrica de la Catedral oxomense, a los viajes que hacía todos los años el Canónigo fabriquero a las ferias de San Esteban de Gormaz, Medina del Campo y Valladolid, para proveer a la Catedral de todos aquellos enseres indispensables para el culto. Asegura que cuando visitó la villa, en 1911, le confirmaron la misma tradición, llegando al extremo de indicarme el sitio en que estaba la fábrica y ruinas que se conservan de ella⁽⁶⁾.

En el *Catálogo monumental de la Provincia de Soria* Cabré Aguiló ya se había hecho eco de la tradición. En este importante y meritorio trabajo asegura que dato positivo de su existencia no se ha hallado en Calatañazor pero [Bienvenido] Calvo Hernández, en una Memoria premiada en un certamen literario de Soria de 1905, inédita, nos asienta y confirma la importancia de esta fábrica "por el número y calidad de bordados y tasadores de seda que tenía la Catedral, extremo que se atestigua con documentos (por él hallados) existentes en Osma". Dice también que el Obispo D. Pedro de Acosta, dio gran impulso a esa fabricación a juzgar por existir en muchos ornamentos de la Diócesis su escudo. No lo he visto por mi parte⁽⁷⁾. Si en realidad existieron en dicha villa es algo que, hasta el momento, no ha sido documentado y dudamos mucho que algún día se haga.

José Martí y Monsó⁽⁸⁾, en los albores del siglo XX, se ocupó del tema, refiriéndose a Francisco de la Vega, poniendo de manifiesto su buen hacer y el agradecimiento del Cabildo catedralicio por los trabajos hechos para la Seo Oxomense.

Pero habrá que esperar unos años hasta que Cabré Aguiló haga referencias, relativas al año 1508, a algunos bordadores de la Catedral de Osma. En concreto, de Fernán, bloslador, que trabajaba en capas y dalmáticas. Informa, además, que, el mismo año, se trajeron de Burgos 38 varas de brocado nuevo, a 5 ducados la vara, y 10 de oro para *petorales* y capas. Que Jerónimo y Bartolomé estuvieron dos días trabajando en la cenefa de la capa azul y en hacer el *petoral*. Que dos oficiales, a los que se les pagó 4 y 5 rs., trabajaron du-

rante nueve días en el *petoral* y dicha capa. Que se compró, por 16 mrs. a Hernando Palenzuela, una cenefa rica de ángeles para la casulla blanca de oro. Y añade que en años siguientes, en los libros de fábrica catedralicios, que estudiaremos en otra ocasión, abundan datos sobre bordadores, telas y sueldos⁽⁹⁾.

Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada, marqués del Saltillo, en 1948, recoge, en protocolos notariales y libros de fábrica de parroquias sorianas, el nombre de los siguientes bordadores: Mateo de Caya, Francisco y Pedro de Guevara, Juan y Pedro Martínez, Hernando de Medrano, Cristóbal de Molina, Diego Ruiz de Yanguas, Francisco de Salas, Bartolomé Sanz Mediano, Martín de Urrizola y Francisco de la Vega⁽¹⁰⁾.

Pedro García Chico, años después, dio noticia de bordadores, basándose en un libro de cuentas de la Catedral. En concreto de Francisco de la Vega y de Juan Castillo, vecino de El Burgo, al que se abonaron 900 rs., en 1542, por dos cuadro de oro matizado que le compró la iglesia⁽¹¹⁾.

Sí contamos con otros trabajos más recientes que, aunque no se centran específicamente en el análisis del bordado, proporcionan ciertas noticias. Uno es el de José Arranz Arranz⁽¹²⁾, en el que se citan los nombres de algunos de los maestros que trabajaron para el primer templo de la Diócesis: Maldonado, Francisco de la Vega, Juan de la Mota, Bautista de la Vega, Diego Puelles y Francisco de Salas... El de María Ángeles Manrique Mayor, en su tesis doctoral inédita⁽¹³⁾, transcribe algunos contratos de las piezas trabajadas por Francisco de Guevara, Mateo Laya (sic por Caya), Juan y Pedro Martínez, Bartolomé y Francisco Sánchez Medrano y Martín de Urrizola. Otro, el de Miguel Cortés Arrese⁽¹⁴⁾, relativo a algunas ropas litúrgicas de la seo diocesana, que se expusieron en las Edades del Hombre. El de Ricardo Fernández Gracia⁽¹⁵⁾, en el que se hace referencia a los trabajos llevados a cabo por sor María de Jesús de Ágreda. El de Aurelio Barrón García con referencias a algunos de los mejores ejemplares guardados en la Catedral⁽¹⁶⁾. Y, el último hasta el momento, el volumen que recoge, al-

(6) CABRÉ AGUILÓ, "En retablo bordado...", pp. 9-10.

(7) CABRÉ AGUILÓ, Juan: *Catálogo monumental de la Provincia de Soria*, ms. Ejemplares mecanografiados en la Biblioteca Pública y en el Archivo Histórico Provincial de Soria. En esta obra hace alusión a casullas y dalmáticas de las colegiatas de Soria y de la de Berlanga. De algunas de estas últimas dice, contradiciéndose a veces, que se reputan como obras de la fábrica de Calatañazor y otra que es obra probable de la fábrica de Calatañazor.

(8) MARTÍ MONSÓ, José: *Estudios histórico-artísticos*, Valladolid, 1901, p. 477.

(9) CABRÉ AGUILÓ, "En retablo bordado...", p. 9. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, p. 167, señala el acuerdo del Cabildo, en 1589, de hacer dos capas de terciopelo azul para Adviento y Cuaresma y otras dos verdes, con dalmáticas, para las fiestas de los Doctores de la Iglesia.

(10) MARQUÉS DEL SALTILLO: *Artistas y artífices sorianos de los siglos XVI y XVII (1509-1699)*, Madrid, 1948.

(11) GARCÍA CHICO, Pedro: "Artistas que trabajaron en la Catedral de Burgo de Osma (siglo XVII)", en *Celtiberia*, 11 (1956) p. 15.

(12) ARRANZ ARRANZ, José: *El Renacimiento Sacro en la diócesis de Osma-Soria*, El Burgo de Osma, 1979, p. 59.

(13) MANRIQUE MAYOR, María Ángeles: *Las artes en Soria durante el siglo XVII. Estudio documental y artístico*, Universidad de Zaragoza, 1987, tesis doctoral inédita.

(14) CORTÉS ARRESE, Miguel: *La ciudad de Seis Pisos*, Edades del Hombre, El Burgo de Osma, 1997.

(15) FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo: *Arte, devoción y política. La promoción de las artes en torno a sor María de Ágreda*, Soria, 2002, pp. 35-36, 39, 259.

(16) BARRÓN GARCÍA, Aurelio: "Platería y artes decorativas en el Renacimiento del Duero", en *Biblioteca. Estudios e investigación*, 18 (2003) pp. 193-194.

gunas fichas sobre ornamentos expuestas en *Paisaje interior*⁽¹⁷⁾.

Mejor suerte han tenido otros textiles de siglos anteriores. Tal sería el caso de una tela relicario y una bolsa de la Catedral, así como la túnica y la mortaja San Pedro de Osma⁽¹⁸⁾. El almaizar o turbante de Hisem II, encontrado en la iglesia de El Rivero de San Esteban de Gormaz, regalado por el obispo de Osma a la Real Academia de la Historia y que constituye uno de sus mayores tesoros⁽¹⁹⁾. Y el pontifical del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada que, después de restaurado, se puede admirar en el monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, donde descansan los restos del que había sido obispo de Osma⁽²⁰⁾.

El objeto de este trabajo es, por tanto, aportar algunos datos sobre esta importante muestra artística en Soria. Dejando de lado el bordado popular, recientemente estudiado⁽²¹⁾, nos ocuparemos específicamente del erudito y, en concreto, de las vestiduras sagradas y otras telas para usos litúrgicos, oficio en el que se ocuparon los bordadores de estos siglos. Dada la naturaleza de su frágil soporte y el uso continuado de las piezas no han llegado a nuestros días más que escasas muestras y numerosas referencias documentales.

Otra razón, de la escasez de piezas, la ponen de manifiesto los *Libros de Carta Cuenta* de varias parroquias cuando señalan que ciertas piezas se hacían con



Túnica de San Pedro de Osma. S. XI-XII. Catedral de El Burgo de Osma.

restos de otras anteriores, se mandaban consumir o servían de mortaja. En Hinojosa del Campo sus cuentas, de 25 de septiembre de 1536, dejan constancia del cargo hecho al mayordomo de 700 mrs. *que ha de cobrar por la casulla en que se enterró Pero Garcés que la dio esta iglesia*. En Almazán, las de la parroquia de Santa María de Calatañazor, de 27 de abril de 1574, informan que se sepultó a Juan Sanz con un *ornamento* por el que se pagaron 4 ducados. En Oncala se hizo un frontal blanco, pagado en 1630, *cuya tela costó nobenta y seis rs. y de aforros y seda para la flocadura treinta y seis rs. para lo qual tenía recibidos ochenta y ocho rs. del ornamento con que se enterró el Lic. Antonio Martínez...* En Somaén, el 26 de junio de 1605 se descargan 578 mrs. *de la hechura de un frontal de un manto que mandaron*. En Caltojar, el 9 de mayo 1618, 1.836 mrs. *de hacer unas dalmáticas de difuntos de una capa vieja que había en la iglesia*. En Fuentelaldea, al año 1623, se compra un manto, por 15 rs., *para hacer un frontal*. En Alconaba se ordena, el 4 de marzo de 1631, *hacer una capa de damasco blanca y se le eche la cenefa que tiene la capa vieja. La cual dicha capa vieja se consuma a disposición del cura*. Al año siguiente, el 5 de junio, el obispo fray Domingo Pimentel, en visita pastoral, manda *se haga una capa de damasco blanca lesa (sic) y sin bordura con pasamano de seda y que se consuman y vendan la capa vieja y casulla y si no se hagan de ellas frontales u otras cosas*. Y el 2 de diciembre de 1633 Francisco Ortiz de Escobosa, abad de Santa Cruz y visitador del Obispado, reitera *que se deshaga la casulla blanca y con ella se aderece la capa...* También en 1633, en Noviercas, el Dr. Francisco Ortiz de Escobosa, abad de Santa Cruz, ordena *se deshaga la casulla blanca y con ella se aderece la capa*. En Fuentelmonge, en 1636, se escribe de *una manga de cruz de damasco morado que se hizo de unos frontales*. En Valdanzo, el año 1642, se pagan 20 rs. *que costó el hacer un frontal de la capa verde*. Y cuando fray Alonso Enríquez, obispo de Osma (1661-1663), visita la parroquia de El Espino, de Soria, que tenía ornamentos muy viejos y mal-

(17) *Paisaje interior*, Soria, 2009, n. 35, 37, 38, 39, 56.

(18) NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, pp. 20-21. BERNÍS, Carmen: "Tapicería hispano-musulmana (siglos IX-XI)", en *Archivo Español de Arte*, 107 (1954) pp. 189-211. MANTILLA DE LOS RÍOS, María Socorro: "Túnica de San Pedro de Osma", en *La ciudad de seis pisos*, El Burgo de Osma, 1997, pp. 116-117. COGOLLOS, Roque: "Tejidos y bordados de la Santa Iglesia Catedral: la mortaja de San Pedro de Osma", en *Arévacos*, 38 (2009) pp. 2-6, reproducido del periódico *Hogar y Pueblo*, 11 y 25-II-1928 y 1 y 1928. PARTEARROYO LACABA, Cristina: "Túnica de San Pedro de Osma", en *Paisaje interior*, Soria, 2009, pp. 240-243.

(19) CAMPUZANO, Eusebio: "Bandera morisca", en *Boletín Eclesiástico del Obispado de Osma*, II (1854) pp. 220-222 y 228-230; reproducido en *Celtiberia* 41 (1971) pp. 129-135. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, p. 238. BERNÍS, "Tapicería...", pp. 198-199. BERNÍS HERRERO, Concepción: "Almaizar o turbante de Hisem II", en *Tesoros de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 2001, pp. 248-249. BORRÁS GUALÍS, Gonzalo M.: "Las artes suntuarias islámicas en tiempo de Almanzor", en *Cuando las horas primeras*, Soria, 2004, p. 167.

(20) MANTILLA DE LOS RÍOS Y ROJAS, María Socorro [coordinadora]: *Vestiduras pontificales del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada. S. XIII. Su estudio y restauración*, Madrid, 1995. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina: "Las galas del ajuar funerario", en *Monjes y monasterios. El Cister en Castilla y León*, Valladolid, 1998, pp. 335-361. VV. AA.: *Vestiduras ricas. El monasterio de Las Huelgas y su época*, Madrid, 2005, pp. 190-192, 194-199. BANGO TORVISIO, Isidro G.: "Rodrigo Jiménez de Rada y su ajuar funerario", en *Paisaje interior*, Soria, 2009, pp. 324-328.

(21) OMEÑACA HERNÁNDEZ, María Reyes: "Las ropas del arcón indumentaria tradicional", en *Revista de Soria*, 27 (1999) pp. 7-25. VALLEJO, Esther: *El vestido popular en Soria*, Soria, 2006. BOROBIO CRESPO, Enrique: "La indumentaria tradicional en los inventarios de bienes", en *Revista de Soria*, 56 (2007) pp. 3-20. "Álbum del II Certamen de Indumentaria Popular Soriana", en *Revista de Soria*, 62 (2008) pp. 59-72. "La indumentaria popular masculina en los inventarios de bienes", en *Revista de Soria*, 64 (2009) pp. 3-16.

tratados, ordena que los que no estén en uso se aderecen unos con otros y los que no sirvan se consuman.

Una tercera razón, además de desastres como guerras⁽²²⁾ e incendios, hay que buscarla en la reforma litúrgica motivada por el concilio Vaticano II (1962-1965), con su famoso y a veces mal entendido *aggiornamento*, que hizo que muchas piezas cayeran en desuso.

A pesar de ello, no hay que olvidar que los trabajadores de aquel viejo oficio contribuyeron al embellecimiento y adorno de palacios, casas, templos y vidas. Justo es, pues, que se les tenga en cuenta y ocupen el lugar que les corresponde junto a los plateros, escultores, pintores, rejeros, etc. que trabajaron por estas tierras durante aquellos siglos. Trabajamos en las biografías de cada uno de los maestros bordadores para su posterior publicación.

PANORAMA GENERAL

La Iglesia, a raíz de la clausura del concilio de Trento, concedió gran importancia a la liturgia y, como consecuencia, un importante papel a las vestiduras y paños sagrados. Los ropajes bordados eran un vehículo al servicio eclesial para mostrar a los fieles la fastuosidad y solemnidad del ceremonial litúrgico y darle ese toque final de esplendor. Debían, también, dignificar el rito de la celebración de los misterios de la fe. Esa riqueza en los ornamentos tenía un triple efecto: reflejar el poder de Dios, el poder de la Iglesia y, a la vez, fascinar a los creyentes. De ahí que tengamos que ver estas piezas no sólo como objetos de arte en sí, sino como un medio de expresión de la fe al servicio de la Iglesia.

La verdad es que en las constituciones sinodales promulgadas por los obispos oxomenses -también habría que consultar las de los obispados de Calahorra, Sigüenza y Tarazona- no se hace mención explícita al tema que nos ocupa. En las del obispo Roberto Moya, de 1444, se manda que *de mes en mes provean los curas las vestiduras e ornamentos. E otros qualesquier del altar que estén limpios. E las ampollas e los paños de los cá-*

lices que se laven de mes a mes. E que se limpie la iglesia. E esto que gelo fagan faser al sacristán so la pena que el cura le pusiere. E do el cura fuere negligente que caya en pena de veynte mrs. para la fábrica de su iglesia...⁽²³⁾. En las del sínodo de Juan Sebastián Pérez de Aguilar, del año 1584, *otro si mandamos, que las imagenes que se vuiesen de sacar en procesiones, se aderecen de sus propias vestiduras, para aquel efecto hechas decentemente, y no con vestiduras profanas, que ayan servido a mugeres, y quando no tuuieren las dichas vestiduras, y ornamentos propios, que los sacristanes las vistan con toda honestidad, y no en habito indecente ni deshonesto, profano, y las mugeres no vistan las imagenes sino fuere en la sacristia, o en alguna capilla lexos del altar, y por ninguna manera las lleuen a sus casas*⁽²⁴⁾. Y las del sínodo de Enrique Enríquez, de 1607, ordenan que *imágenes de bulto se aderecen con vestiduras decente*⁽²⁵⁾.

El siglo XVI y, en menor medida, el XVII constituyen la edad de oro del bordado español. Será en el XVI cuando el bordado erudito, aplicado a las piezas litúrgicas, alcance su máximo desarrollo, produciéndose un perfeccionamiento y un dominio de las diferentes técnicas. El panorama soriano se supone similar al general de España siendo, también, el siglo XVI, en su segunda mitad, y el XVII el período en que mayor auge logró el bordado en la provincia. Las noticias sobre bordadores en Soria no son muy abundantes en la decimosexta centuria, debido a la escasez de documentación al respecto, y sí en la primera mitad del siglo siguiente, percibiéndose, a partir de esta fecha, un gran vacío documental, acaso producido por una cierta decadencia del oficio.

Queda patente que el oficio estaba en manos de artífices masculinos. No obstante, tenemos referencias de una gran bordadora, si bien no a nivel profesional, sor María de Jesús de Ágreda, monja concepcionista, que realizó algunos trabajos para su monasterio⁽²⁶⁾ en el que algunas religiosas hicieron ternos, capas... para los oficios litúrgicos⁽²⁷⁾. Cabe suponer que esta singular manifestación artística se ejerció en los conventos femeni-

(22) Cuando, como se lee en acta de Ayuntamiento Constitucional de El Burgo de Osma, de 11 de septiembre de 1813, se presenta la instancia de Faustino Pérez sobre su conducta en los años de la francesada, reconoce la Corporación su verdadero patriotismo y que de no haber sido por él *hubiera quedado la Iglesia Catedral sin los preciosos ornamentos para el culto y de otras alhajas que su mismo celo pudo arrancar de la rapiña del enemigo*. El citado, en esa fecha, llevaba veintiocho años sirviendo en la Catedral de los que veinte y dos fue sacristán mayor.

(23) Biblioteca de la Real Academia de la Historia, *Constituciones Sinodales del Obispado de Osma*, en el convocado por Roberto Moya, en 1444, 9/5604, f. 69r. El manuscrito fue regalado a la Academia por Loperráez Corbalán. Alguna breve referencia se halla, también, en los sínodos de los obispos Enríquez (1511) f. 11v. y Manso (1536), f. 18v.

(24) *Constituciones Sinodales, del Obispado de Osma, hechas y ordenadas por el Reverendissimo Señor Don Sebastián Perez Obispo del dicho Obispado...*, El Burgo de Osma, 1586, p. 275. GONZALO MILLÁN, David: "Sínodos diocesanos de Osma (1228-1906)", en *Celtiberia*, 87-88 (1994) pp. 59-103. El interés por los ornamentos de la catedral se pone de manifiesto en lo acordado entre Pedro González Manso, obispo de Osma (1532-1539), y el cabildo cuando éste, en 1536, se secularizó. *La tercera, que las medias anatas de qualesquier Beneficios que vacaren en todo el Obispado por qualquier vacacion, excepto permutacion, sean, y se apliquen a la fabrica para su conservacion, reparacion, ornamentos, y servicio del culto divino*. Lo que fue confirmado por el papa Paulo III (1534-1549). ARGALIZ, *Memorias ilustres...*, f. 354r.

(25) *Synodo Diocessana que sv señoría Don Fray Enrique Enríquez, Obispo de Osma, del Consejo de su Majestad, celebró en su Santa Iglesia de Osma...*, Madrid, 1609, f. 48r.

(26) Ver nota 15 y PEÑA GARCÍA, Manuel: *Historia y arte de Ágreda*, Burgos, 2004, pp. 261, 270-271.

(27) FRNÁNDEZ GRACIA, *Arte, devoción y política...*, pp. 253, 256-257, 258-259.



Frontal de altar, de inspiración filipina, diseñado y bordado por sor María de Jesús de Ágreda. S. XVII. Convento de la Concepción de Ágreda.

nos, aunque no de una forma comercial. Tal sería el caso de Inés Íñiguez, monja del de Santa Clara de Soria, de la que escribe Argáiz ⁽²⁸⁾ que *ayunaba todos los viernes del año a pan y agua. Los más de los días no comía ahorrando la ración, con licencia de la prelada, para alhajas de la sacristía y de la iglesia en la cual hizo dos altares colaterales, ornamentos, corporales y otras cosas curiosas en que se ocupaba los ratos que no acudía al coro y a la oración...*

No hemos hallado noticias sobre la existencia de un gremio de bordadores, ni sus ordenanzas. Los maestros de los que tenemos noticias y sobre cuyas biografías investigamos, llevaron a cabo numerosos trabajos para parroquias que tenían necesidad de ornamentos para los actos culturales. También las cofradías solicitaron sus servicios para hacer pendones, mantos, etc. La actividad de estos artistas, en ocasiones, traspasó las fronteras de

la provincia. Prueba de ello fueron los trabajos encargados para buena parte de las villas y localidades de los arciprestazgos de Aranda de Duero, Aza, Coruña y Roa, hoy de la diócesis de Burgos y entonces de la de Osma. También los que se hicieron para parroquias de la entonces diócesis de Sigüenza.

Pero también llegaron a Soria obras de otros talleres. Acaso las más significativas en cuanto a su valor artístico, sólo por lo que respecta a los siglos XIII al XVII, sean las donadas a la Catedral por los obispos Juan Pérez de Ascarón (1296-1329) que *adornó la catedral de muchos y ricos ornamentos* ⁽²⁹⁾. Bernabé (1329-1351), que *proveyó la sacristía y los altares... de muchos y ricos ornamentos* ⁽³⁰⁾. Alfonso Carrillo de Albornoz (1411-1426), que *dejó una capa de brocado blanco y la cenefa bordada de oro: de quien dice el Catálogo Antigo que fue obra singular aunque no sé si lo dice*

(28) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 242r.

(29) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 288r. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción Histórica...*, I, p. 280.

(30) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 296v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción Histórica...*, I, p. 294.



Retablo bordado del obispo Pedro García de Montoya. S. XV. En el museo de Art Institute of Chicago.

por haber sido muy rara y costosa en la labor y la riqueza o porque no dejó otra cosa por memoria. Gil González dice que dejó una tapicería bordada⁽³¹⁾. Roberto Moya (1440-1453), que dio diferentes ornamen-

tos a la sacristía⁽³²⁾. Pedro de Montoya (1454-1474), del que asegura Argáiz que los ornamentos y joyas que dejó para el adorno de los altares y sacerdotes fueron muchos. Un día de resurrección que dijo misa de ponti-

(31) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 316v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción Histórica...*, I, p. 334. El texto del *Catálogo antiguo o Anales* dice: *Hic [el obispo Carrillo] dedit huic Ecclesie oxomensi quoddam pluviatile singulare seu capa de damasco albo deaurato seu brocato cum cenebra aurifrigerata*, en PORTILLO CAPILLA, Teófilo: *Instituciones del Obispado de Osmá*, Almazán, 1985, p. 345.

(32) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 322r. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 354. En los citados *Anales*: *Hic dedit et dimisit fabricae Ecclesie capam seu pluviatile de sirico brocato seu deaurato et aliqua allia iocallia pro servitio Ecclesiae et altaris*. PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 145.



Capa del pontifical del obispo Pedro Álvarez de Acosta. S. XVI. Catedral de El Burgo de Osma.

fical dejó a la iglesia todo el recado de plata y aparador con que se le sirvió, y los ornamentos de su persona con una mitra bordada en oro, piedras preciosas y perlas, la cruz del pectoral, que fuera de ser de oro y grande adornada con muchas piedras y perlas, estaba con reliquias de la púrpura de Cristo y del apóstol S. Pedro, también se la dio a la iglesia. Dejéle, también, fuera de esto, una capa riquísima: porque no solo era de brocado y tela de oro sino bordada la cenefa y la capilla con muchas piedras preciosas y perlas... También la

proveyó de capas de telas blanca y colorada para los prebendados en las fiestas dobles de primera y segunda clase⁽³³⁾.

En el siglo XVI: Fray García de Loaisa (1525-1532), dejó a la catedral, al ser promovido a la diócesis de Sigüenza, una mitra muy rica bordada de oro y engastada en ella piedras y perlas⁽³⁴⁾. Pedro Álvarez de Acosta (1539-1563) que a la sacristía dio dos pontificales de brocado rico en que había ocho capas, dos casullas, cuatro dalmáticas, dos frontales, un gremial y una silla. Para el adorno de la capilla mayor dio dos doseles de brocado guarnecidos de terciopelo... Para el altar del tesoro dio un frontal de seda y un paño de brocado para el púlpito y un palio para llevar a los enfermos el Santísimo que también es de brocado y una manga de cruz labrada de oro y matices muy rica para los difuntos bordada sobre terciopelo negro. Compró cuatro tapices ricos con la historia de la destrucción de Jerusalén, que le costaron ochocientos escudos, y diólos a la dicha iglesia. Compró, también, otra rica tapicería con la historia de la reina de Saba y cuatro grandes y ricas alfombras para las gradas del altar, que también lo dio a la sacristía... Vistió de seda de brocado dos imágenes de Nuestra Señora... Hizo junto al vestuario y sepulcro de S. Pedro una cámara con sus cajones para poner todos los ornamentos: porque estuviesen libres de la humedad. Fundó también dos aniversarios cada año dejándoles doce mil maravedís de juro perpetuo y un paño de terciopelo negro con sus armas para cubrir la tumba cuando se hiciesen los oficios. Por lo que se refiere a la diócesis por su persona visitó dos veces todo el obispado y en cuantas iglesias halló cálices y patenas de plomo o de otro metal bajo los quebró y se los dio de plata como lo había hecho en las iglesias de Oporto, repartiéndoles demas de esto muchas casullas, albas, capas con otros ornamentos y diferentes joyas que no pueden contarse⁽³⁵⁾, sin olvidar los tapices que regaló al Colegio-Universidad de Santa Catalina⁽³⁶⁾ y los dos doseles de brocado que dio a la Colegial de San Pedro de Soria⁽³⁷⁾.

(33) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 333v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 366. Los Anales refieren: *Hic idem Episcopus in festo Resurrectionis Domini Nostri Jhesu Christi post celebrationem misarum dedit et obtulit Deo et Beate Marie Virgini et Ecclesie prefate ornamenta seu paramenta et iocallia pretiosa sue Capelle cum quibus consuevit celebrare, presertim mitram pretiosam cum multis lapidibus pretiosis et margaritis...* PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 145.

(34) Las *Actas Capitulares* del Cabildo, de 12 de marzo de 1535, señalan que el obispo remitió, desde Sigüenza, una mitra rica, en pedrería. Parece que era de hechura antigua y posteriormente se vendió en 17.000 rs. ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 349v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 406. Los Anales asientan: *Preterea donavit huic Ecclesie mitram bonam [texto ilegible] ex margaritis, auro et gemis constantem cum tiracolis eius et capsula*. PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 347. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, p. 139, señala la mitra rica que dejó a la Catedral (por cierto que al entregarla se hizo constar que le faltaba una perla en el tiracol). Se vendió el año 1584, y posteriormente también fué vendida la pedrería en 17.000 rs.

(35) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 363rv. y 366v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 420. Los Anales, *donavit preterea huic Ecclesie sex doseles brocati migni valoris compluraque trapería... Ternum insuper cum octo saphiro et brocato, et frontali pro altari et pannum pro pulpito quando concionatur, et aliud pannum ad portandum Sanctissimum Eucharistie infirmis*. PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 348. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, pp. 143-144. CORTÉS ARRESE, "Capa de pontifical del obispo Acosta", "Dalmática del obispo Acosta", en *La ciudad de seis pisos*, pp. 248-249.

(36) LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 419, *dexó para su adorno [del Colegio] y de su capilla colgaduras, ornamentos, y ricos vasos de plata...* Francisco Dosramas, primer colegial y rector de la Universidad, *hizo ciertas mandas al colegio de Santa Catalina... de plata y libros, tapices y sillas y otras cosas*, FRÍAS BALSAL, José Vicente de: "Datos bioblográficos de Francisco de Dosramas, primer rector de la Universidad de Osma", *Revista de Soria*, 24 (1999) 63-70. "Graduados en la Universidad de Santa Catalina de El Burgo de Osma", *XIV Centenario de la Diócesis de Osma-Soria*, Soria, 2000, pp. 50-51. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, pp. 143-144, 151.

(37) Los Anales escriben: *Ecclesie Collegiate Sancti Petri de Soria donavit duos doseles brocati...* PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 34.



Gremial del obispo Francisco Tello Sandoval. S. XVI. Catedral de El Burgo de Osma.

Honorato Juan de Tristull (1563-1566), dio el pontifical que tenía, que era de plata tirada de seda blanca y de oro también tirado⁽³⁸⁾. Francisco Tello Sandoval (1567-1578), que toda aljófar que trajo, las perlas y piedras preciosas, que fueron mucha cantidad, las gastó y empleó en dos capas riquísimas de brocado de tres altos y tres casullas de lo mismo y un gremial y mitra todo cuajado de canutillo, aljófar, perlas y piedras preciosas y lo dio todo a su iglesia en vida que es tan costoso que apenas se descubre el brocado. También le dio un terno de terciopelo de Granada morado con cenefas de bordado y tres capas, frontal y todo aderezo, que vale dos mil ducados. Hizo un dosel de terciopelo negro con sus armas para cubrir el túmulo en los aniversarios que había de fundar y dio otros muchos ornamentos y plata para el servicio y adorno del altar ricamente labrada

porque fue la persona que con mayor majestad y riqueza hizo los actos pontificales y en particular la misa de cuantos ha tenido esta iglesia⁽³⁹⁾. También regaló a la Colegiata de San Pedro, de Soria, un terno y a la parroquial de la ciudad de Osma un palio de seda y ornamentos⁽⁴⁰⁾.

Ya en el siglo siguiente, Francisco de Sosa (1613-1617), mandó a la iglesia un terno blanco⁽⁴¹⁾. El cardenal y obispo de Osma (1618-1622) fray Domingo Pimentel envió desde Roma un terno de raso negro entero con capas y frontal para el altar todo bordado de oro y tan rico y vistoso que es de los mejores de Castilla: y un paño muy grande de terciopelo negro liso, también bordado hermosamente, para cubrir el túmulo cuando se hacen los oficios principales de difuntos con las armas

(38) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 376r. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 434. Los Anales, *Atque huic Ecclesie integrum pontificalem suum ex sirico albo auroque et argento splendis donavit*. PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 349.

(39) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 377r. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 438. Los Anales, *concessit huic Ecclesie ornamenta... Obtulitque ipsi Ecclesiae Pontificale opulentissimum valoris quatuor millia ducatorum... Donavit... Duos etiam pannos serici suasapini, unum ad adorationem Cruis feria sexta heddomedae Sancatae, alterum ad diem anniversarii*. PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, pp. 349-350. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, p. 158. CORTÉS ARRESE, "Casulla del obispo Tello", *La ciudad de seis pisos*, p. 254.

(40) Los Anales escriben: *Donavit item ternum, calasque sericas... Parrocchiali Civitatis oxomensis palium sericum et quoddam ornamentum*. PORTILLO CAPILLA, *Instituciones...*, p. 350.

(41) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 400v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, 478, no se hace eco de la donación aunque sí señala que el obispo dio muchas limosnas: y por hallarse empeñado, se vio obligado a vender la plata y tapicería para socorrer la necesidad de los pobres de su Diócesis por la escasez de los años, y hambre que se padecía.



Casulla del pontifical del obispo Fray Domingo Pimentel de Zúñiga Requesens.
S. XVII. Catedral de El Burgo de Osma.

de la casa de Pimentel en todas las cuatro puntas⁽⁴²⁾. Antonio Valdés (1641-1653), dióle también cuatro capas de damasco blanco con cenefas de brocatel. Otras dos de brocatel rojo, un terno de damasco morado con cenefas de terciopelo, seis casullas para los seis sacerdo-

tes que llevan las andas del Santísimo Sacramento el día del Corpus, dos frontales de damasco con frontaleras de tela muy rica, dos paños de púlpito y un palio para el Santísimo de la misma tela⁽⁴³⁾. El venerable Juan de Palafox y Mendoza (1654-1659), que trajo de Puebla de los Ángeles un precioso terno de pontifical: casulla, sandalias, guantes, mitra...⁽⁴⁴⁾. Fray Sebastián de Arévalo y Torres (1682-1704) que costeó, para la capilla mayor, de la Catedral una colgadura de terciopelo carmesí, guarnecida de ricas franjas de oro, y un frontal uniforme para el altar mayor⁽⁴⁵⁾.

Se lee, en nota marginal a un inventario mandado hacer por el obispo Triburiense, fray Francisco de Zamora, el 27 de agosto de 1533, en el Libro de Fábrica de la Iglesia de Hinojosa del Campo, que el Sr. Ruy Baeza capellán de su magestad dio de limosna a la iglesia parroquial de Hinojosa del Campo dos frontales el uno de telilla de seda amarilla labrada y forrada en paño verde y el otro de terciopelo colorado y raso morado forrado de bocacé colorado.

En la ex colegiata de Berlanga de Duero por el testamento de Fernando Sánchez de Tovar, otorgado el 22 de mayo de 1422, conocemos que mandó 1.000 mrs. para la iglesia de Santa María del Mercado, en Berlanga de Duero, y una manta de pared para las espaldas de la imagen de la Virgen de ese templo⁽⁴⁶⁾. También se conservan restos de la mitra, recientemente restaurada, de Juan de Ortega Bravo de Lagunas, obispo que fuera de Ciudad Rodrigo (1493), Calahorra (1500) y Coria (1503-1517). Se guardan, al menos, una mitra y una casulla que pertenecieron a fray Tomás, obispo de Castilla de Oro o Tierra Firme, según el estilo gótico florido de finales del siglo XV, al decir de Consuelo García⁽⁴⁷⁾. Y el dominico fray Iñigo de Brizuela y Arteaga,

(42) Las *Actas Capitulares de la Catedral*, el 27 de febrero de 1749, dejan constancia de que se propuso restaurar el terno en terciopelo si bien, por el coste, no se hace. ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 412r. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, pp. 181-182, escribe que desde Roma envió, en 1636, el terno y paño de túmulo que había ofrecido, y son los que todavía se ponen en los funerales; en ellos se ven sus armas y la divisa de la casa de Benavente: "Más vale". Este terno fue llevado a Madrid el año 1683 por el Sr. Arévalo para los funerales de la Reina de Francia, y antes también había sido llevado por el Sr. Valdés para otras exequias reales. ARRANZ ARRANZ, José: *La Catedral de Burgo de Osma. Guía turística*, Navarra, 1981, p. 115. CORTÉS ARRESE, "Casulla de pontifical del obispo Pimentel", en *La ciudad de seis pisos*, pp. 259-260. ANIZ IRIARTE, Cándido y HERNÁNDEZ MARÍN, José María: *Santo Domingo canónigo de Osma. Presencia dominicana en la Diócesis de Osma*, Salamanca, 1997, pp. 163-170.

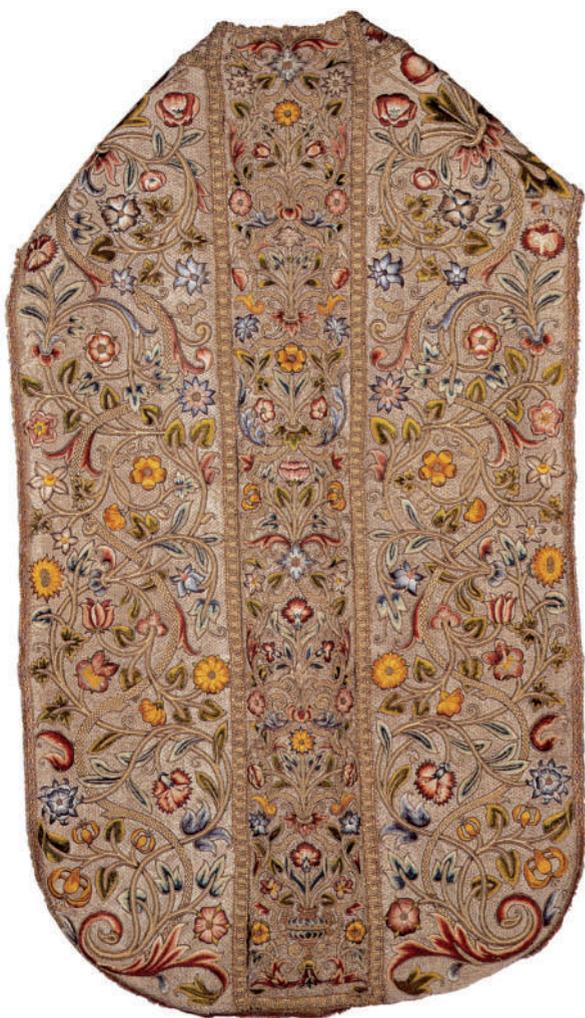
(43) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 420v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, pp. 497-498, 499, dio cuatro capas de damasco blancas con cenefas, un terno de damasco morado, seis casullas, dos frontales, dos paños de púlpito, y un palio de tela de plata. Costeó, además, ricos ornamentos para la capilla de la Virgen del Espino.

(44) El Cabildo regaló parte de los ornamentos como lo recogen las *Actas Capitulares*. El 23 de agosto de 1706, el marqués de Ariza, que vino a visitar el sepulcro de su tío, unos guantes. El 11 de febrero de 1711, a la duquesa de Alba, que mostró mucha devoción a Palafox, una mitra y mejor un anillo si le hubiere. El 9 de marzo de 1736, que los ornamentos del obispo se recojan en un cajón con llave. El 15 de julio de 1767, que, para satisfacer a los devotos del venerable, se tenga a mano una mitra y unos guantes y las demás cosas se encierren en el cofre del Archivo. El 14 de septiembre de 1768 informan de haber hecho el registro del sepulcro el día 11. Fray Joaquín de Eleta, que se halló presente, pidió alguna parte del cuerpo pero, como estaba prohibido, se contentó con una mitra principal y unos guantes morados para el rey y una dalmática encarnada para repartir entre los príncipes; que se enviase alguna cosa a Puebla de los Ángeles, y al general de los Carmelitas Descalzos se dio un paño encarnado de cáliz. El rey escribió dando las gracias. NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, p. 20. CORTÉS ARRESE, "Casulla de pontifical del venerable Palafox", en *La Ciudad de seis pisos*, pp. 343-344.

(45) LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 546. Escribe NÚÑEZ MARQUÉS, *Guía de la S. I. Catedral...*, p. 196, que dio unas colgaduras de 722 varas de terciopelo carmesí guarnecidas de ricas franjas de oro, las cuales se quitaban en los tiempos de Cuaresma y Adviento. Trozos de las mismas, con los escudos del donante, tapan el soporte de un retablo, a medio montar, en la capilla de la Santa Cruz, en la Catedral. En 1975 las Concepcionistas de Berlanga confeccionan varios juegos de casullas góticas, uno de ellos de terciopelo rojo utilizando las cortinas colocadas hasta 1970 en los muros del presbiterio.

(46) FRANCO SILVA, Alfonso: *Señores y Señoríos*, Jaén, 1997, p. 135.

(47) GARCÍA SÁNCHEZ, Consuelo: *La Colegiata de Berlanga*, Soria, 1964, p. 12. ESCOLANO BENITO, Agustín y LAHOZ ABAD, Purificación: *Tomás de Berlanga. La aventura de una misión*, Soria, 2009, pp. 42, XI y XVI. FIGUERAS VALLÉS, Estrella: *Fray Tomás de Berlanga, una vida dedicada a la fe y a la Ciencia*, Barcelona, 2010, pp. 393-394; asegura se guardan dos mitras, una de ellas de las llamadas "pretiosas" para ser usada en las misas de pontifical, con incrustaciones de pedrería, y una más sencilla de seda bordada. Asimismo se conservan sus gantes... Y una casulla de seda roja, en la que se puede ver con claridad bordado su escudo, como también aparece en los guantes.



Casulla del obispo beato Juan de Palafox y Mendoza. S. XVII.
Catedral de El Burgo de Osma.



Mitra del pontifical de fray Tomás de Berlanga. S. XVI. Ex colegiata de Berlanga de Duero.

obispo de Segovia, enriqueció la capilla de San Andrés, de la misma iglesia, con reliquias y ornamentos de sacristía^(47b).

Otro caso de recepción de piezas de talleres foráneos es el del monasterio de San Jerónimo, en Guijosa, al que vinieron por legado testamentario de Diego de Avellaneda, provisor y vicario general del Obispado de Osma, obispo de Tuy (1525-1537), presidente del Consejo de Navarra y de la Real Chancillería de Granada (1530-1537)⁽⁴⁸⁾. La donación de Honorato Juan de Tristull, obispo de Osma (1564-1566), del pontifical de chamelote de seda morada, con franjas de oro con todo su aderezo y lo a él perteneciente⁽⁴⁹⁾. La manda tes-

tamentaria de fray Domingo de Villaescusa, profeso y prior en el monasterio, general de la Orden de San Jerónimo, obispo de Chiapas (1640-1651) y de Yucatán (1651-1655)⁽⁵⁰⁾. Y la hecha por el II conde de Castrillo, García de Avellaneda y Haro, que mandó al convento de San Jerónimo de Espeja, donde ha de ir a parar mi cuerpo en la bóveda y entierros que yo he hecho, los diez y ocho reposteros bordados de nuestras armas sobre terciopelo carmesí que tengo para que sirvan en los oficios divinos y culto de la capilla mayor y crucero de la reja adentro, que es de nuestro patronazgo, pues éste será su mejor empleo y muestra de lo que he deseado el mayor lustre de aquella santa casa. También otros reposteros de paño bordados se llevaron al cuarto de San Jerónimo de Espeja donde están puestos y donde quedarán⁽⁵¹⁾.

Escribe Argáiz⁽⁵²⁾, al tratar del arciprestazgo de San Esteban de Gormaz, que en la iglesia del santo de este nombre oyeron misa Felipe IV el Grande y la infanta D^a Teresa de Austria, su hija, yendo a casarse con el rey cristianísimo de Francia Francisco de Borbón, jueves 22 de abril de 1660 y le dejó a la iglesia dos casullas y un frontal de limosna. También llegó a San Esteban, en la última década del siglo XVI, un vestido de damasco pajizo con guarnición de oro fino, que envió Quiteria de Aguilar, desde Villadiego, como agradecimiento a su curación atribuida a la Virgen del Ribero⁽⁵³⁾.

(47b) GARCÍA SÁNCHEZ, *La Colegiata de Berlanga*, p. 148.

(48) FRIAS Balsa, José Vicente de: "Mecenazgo de D. Diego de Avellaneda, obispo de Tuy, en el monasterio de San Jerónimo de Guijosa", en *Revista de Soria*, 32 (2001) pp. 65-70.

(49) CAMPO MUÑOZ, María Isabel: *Honorato Juan humanista, maestro de príncipes y obispo de Osma*, Almazán, 1986, p. 137. ZAMORA LUCAS, Florentino: "La desamortización en la provincia de Soria. El monasterio de Espeja desaparecido en nuestros días", en *Celtiberia*, 11 (1956) p. 21.

(50) Se le documenta como residente en Guijosa al menos entre los años 1610-1636. SANTOS, Francisco de los: *Quarta parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, pp. 472-475. FRIAS Balsa, José Vicente de: "Priores del monasterio de San Jerónimo de Guijosa durante el siglo XVII", en *Celtiberia*, 90 (1996) p. 306. GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Teatro Eclesiástico de la Santa Iglesia de Chiapa y vida de sus Obispos*, Salamanca, 2005, pp. 378-379.

(51) AHPM, Testamento de García de Avellaneda y Haro, ante Andrés de Calatañazor, Madrid, 22 de febrero de 1667, f. 1810r. y 1803r. El cuarto, al que se hace referencia, era un palacio que mandó construir en la cabecera de la iglesia monacal.

(52) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 500v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, II, p. 164.

(53) Era natural de la villa soriana y consorte de Pedro de Villanueva, mayordomo del condestable de Castilla. ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, ff. 502v-503r.



Dalmática. S. XVII. Parroquia de San Leonardo.

El cardenal infante Fernando de Austria envió a las monjas concepcionistas de Ágreda una casulla de terciopelo rojo, decorada con las armas reales. Al mismo convento llegaron una rica casulla blanca, obsequio del IX conde de Lemos y mantos, cortinas, etc. para el ajuar de la Virgen del Coro ⁽⁵⁴⁾.

Sin duda procederían, también, de talleres extra diocesanos, dada su calidad, las casullas que llegaron a la Catedral, el 8 de junio de 1598, donadas por Fernando de Padilla, prior que había sido de la Catedral de Osma y fundador del Colegio de la Compañía de Jesús de Soria ⁽⁵⁵⁾: 1) de terciopelo negro con unas fran-

jas de oro y plata, estola y manípulo de lo mismo, forrada de tafetán, con su alba de ruán y faldones de terciopelo negro y cíngulo de seda negra; 2) de terciopelo verde labrado, con cenefa de tela de oro, estola y manípulo de lo mismo, alba de ruán y faldones de terciopelo verde, amito cíngulo, estola y manípulo; 3) de damasco carmesí con cenefa de raso azul, bordada, con estola y manípulo de lo mismo; 4) de holanda sin faldones; 5) blanca de tela de con su pasmán de oro y plata, cenefa de tela de oro blanco de labores amarillo con funda de cotonia, forrada de tafetán blanco, estola y manípulo de lo mismo; 6) morada, de tela de oro con cenefa de seda de oro amarilla con sus floretes de plata en ella, con funda de blanqueta, estola y manípulo de lo mismo, forrada de tafetán morado; 7) de rizo morado prensado, con su cenefa de tela de oro prensada, forrada de tafetán carmesí, estola y manípulo de lo mismo ⁽⁵⁶⁾.

Obligado es citar, aunque de época más moderna, la colección de tapices que, trabajados en Bruselas, regaló Juan Francisco Jiménez Maine [apellido materno que cambió por del Río] a la iglesia y ermita de Oncala, pueblo de su naturaleza ⁽⁵⁷⁾.

Lógicamente cabe pensar que ciertos hidalgos pagasen las ropas litúrgicas que se utilizaban en las funciones celebradas en las capillas y capellanías de las que eran patronos. Tal sería el caso de Juan Amaya de la Peña que en su testamento, de 4 de noviembre de 1593, ante Diego de Sotomayor, ordena se le entierre en el convento de San Francisco, de San Esteban, en la capilla de Santa Ana y que se haga una casulla de damasco azul con su cenefa y manípulo y estola con las armas de los Amayas para que se diga misa en la dicha capilla de señora Santa Ana y la paguen de mis bienes de la costa que a mis testamentarios les pareciere ⁽⁵⁸⁾. O el de la familia Velvedé, establecida en Utrilla. Así, cuando en 1655 se hizo el expediente para el ingreso en la Orden de Alcántara de Alonso Carrillo Medrano Velvedé y Carmargo, natural de Vinuesa, se visitó la parroquial de Utrilla donde se mostró el escudo de armas de la familia Velvedé, que se hallaban en un frontal de damasco carmesí, y era un castillo, sobre una roca o peñasco, en campo

(54) FERNÁNDEZ GRACIA, *Arte, devoción y política...*, pp. 122, 238, 291-292.

(55) Sobre el fundador y Colegio, ARTIGAS CORMINAS, Pelayo: "Los jesuitas en Soria. El Colegio del Espíritu Santo", en *El Porvenir Castellano*, nº 90, 15 de mayo de 1922. BARTOLOMÉ MARTINEZ, Bernabé: "Un centenario inadvertido: el Colegio y Estudio de los Jesuitas de Soria (1576-1767)", en *Celtiberia*, 52 (1976) pp. 207-220. GARCÍA CHICO, Esteban: "Nuevos documentos para el estudio del arte en Soria", en *Celtiberia*, 18 (1959) pp. 227-233. RIVERA VÁZQUEZ, Evaristo, *San Ignacio de Loyola y la provincia jesuítica de Castilla*, León, 1991, pp. 290-295. El prior se enterró en la Capilla de Santiago, de la Catedral, y el 2 de noviembre de 1598 el obispo fray Pedro de Rojas (1595-1602) daba licencia para que dicho padre rector [Pedro Claver] y religiosos puedan sacar dichos huesos del lugar a do están depositados y llevarlos al Colegio.

(56) Archivo Histórico Municipal de El Burgo de Osma (=AMBO), Protocolos notariales de Bartolomé de Espinosa, antiguo legajo, 152, 13; actual 59, ff. 23r-34r.

(57) ARGENTE OLIVER, José Luis [coordinador]: *Los tapices de Oncala (Soria)*, Valladolid, 1995. RAMOS DE CASTRO, Guadalupe: "Triunfo de la Eucaristía" y "Triunfo de la fe", en *La ciudad de seis pisos*, El Burgo de Osma, 1997, pp. 366-370. IGLESIAS HERNÁNDEZ, Pedro: *Oncala ayer y hoy*, Soria, 1999, pp. 216-236. ZALAMA, Miguel Ángel: "Triunfo de la Iglesia (Paño de la serie la Apoteosis de la Eucaristía)", en *Paisaje interior*, Soria, 2009, pp. 537-539.

(58) Hijo de Joaquín de la Peña y María de Lizano, falleció el viernes 10 de diciembre de 1593. Se desconoce la fecha de fundación del convento si bien ya existía el año 1302. AHPSO, *Jus-ticia, Antiguo Régimen*, 5836, s. f.

azul, y una cruz plateada, en campo pardo, y alrededor de la tarjeta, hay ocho aspás negras en campo blanco⁽⁵⁹⁾. Algo similar ocurriría con el terno entero, de terciopelo negro liso, con cenefas de tela de oro, que se compone de capa, casulla y dalmáticas, que recibieron en depósito, el 8 de junio de 1649, los agustinos de Ágreda, propiedad del mayorazgo que había fundado Diego de Huidobro, abad de la Colegiata de Berlanga⁽⁶⁰⁾.

Un caso significativo de mecenazgo de ropas litúrgicas, por la calidad de las piezas, es la donación que Antonio Manrique de Lara, segundo señor de San Leonardo, hizo a su parroquia. El 19 de junio de 1611 se entregaba a fray Francisco de Mendoza, prior de la Villa, un palio de tela de oro, con cuatro escudos de las armas de los Manrique; un frontal de raso carmesí, con los mismos escudos; una casulla de terciopelo carmesí, con cenefa de plata; otra de terciopelo negro, cortada sobre tela de plata; un dosel de rasillo, con franjas y alamares de oro y seda carmesí; un frontal de damasco blanco, con un hábito de Calatrava en medio; otro, de raso carmesí, bordado de plata; ternos, casullas...⁽⁶¹⁾.

Otro caso a reseñar es el de algunos nobles que entregaban sus ropas para hacer, con ellas, ornamentos litúrgicos. Conocemos dos casos. Íñigo Fernández de Velasco, IV conde Haro, III condestable de Castilla y II duque de Frías, en su testamento, protocolizado en Burgos el 10 de enero de 1527, ordena, entre otras cosas, se entreguen sus ropas de seda a la iglesia colegial de Santa María del Mercado en Berlanga para ornamentos⁽⁶²⁾. Y las cuentas de la parroquia de Santa María de Calatañazor, en Almazán, el 19 de febrero de 1598 asientan el descargo de 1.729 mrs. gastados en hacer una casulla de una basquiña que dio la marquesa a la iglesia⁽⁶³⁾.

Ya en el siglo XVIII, si bien alguna de las piezas sería del siglo anterior, se documenta la posesión dada, el 10 de abril de 1731, a Francisco Masquiarán, en nombre de Diego de Guzmán y Guevara, segundogénito de la Casa de Oñate, del patronato de la capilla de Nuestra Señora de la Nave, en Fuencaliente del Burgo, que había fundado Luis Felipe Vélez de Guevara⁽⁶⁴⁾. En la capilla, que estaba contigua a los paredones del antiguo convento que hubo en este lugar de monjas de la

Orden de San Bernardo, reconoció los cajones propios de la fundación, dados por los patronos, en los que se hallaron, además de objetos litúrgicos de plata y misales, seis casullas de diferentes colores, un frontal, un manto de Nuestra Señora y cuatro albas.

Los grandes clientes de piezas bordadas fueron las iglesias, cofradías y ermitas y, en menor cantidad, algunos ayuntamientos. Las primeras, como se verá, eran las mayores consumidoras de indumentaria litúrgica y paños sagrados para su uso y adorno. Por lo que se refiere a los ayuntamientos sólo hemos documentado un caso en San Pedro Manrique y el de El Burgo de Osma que, en su acta del día 21 de marzo de 1563, ordena que se compre una casulla de poca costa y su alba y todo aparejo para que se diga misa en la Sala de Ayuntamiento de esta Villa.

Es característica del panorama soriano, por lo general, la pobreza de ornamentos de las iglesias rurales y la gran necesidad que había de ellos. Partiendo de esta situación se entiende que durante el siglo XVII, gran parte de las parroquias contraten piezas y que pocas fueran las visitas pastorales en las que no se ordenara hacer ornamentos para el servicio del culto. Un ejemplo de esto, si bien relativo al siglo XVI, es el mandato del visitador de la iglesia de de Valdanzuelo que, el 2 de febrero de 1547, ordena hacer una capa de damasco blanco con cenefa de terciopelo colorado o verde, rasa y llana sin bordadura ninguna y comprar dos frontales.

Refiere fray Gregorio Argáiz, al biografiar al obispo Antonio de Valdés, que en visitando las Iglesias de el obispado trahía hecho memorial a casa de todo lo que necesitaba cada una: y luego hacía comprar las telas que eran menester, lienços y manteles para ornamentos, albas y altares, y unas veces mandaba se lo llevasen, para que los hiciesen cada una; otras veces no se fiaba de la diligencia de los curas y mayordomos; sino que se cortaban y hacían en casa y en su presencia pagando él todas las hechuras, y las Iglesias el coste de las telas, si estaban sobradas en las fábricas; pero si estaban pobres todo lo pagaba él las telas, los portes y las hechuras, y parecía su palacio algunas veces tienda de mercader, o casa de sastres⁽⁶⁵⁾. Tal sería el caso seña-

(59) DÁVILA JALÓN, Valentín: *Nobiliario de Soria*, Madrid, 1967, p. 222.

(60) AHP SO, *Protocolos notariales*, 1630, V. 2457, f. 194rv.

(61) AHP SO, *Protocolos notariales*, 3274, V. 5573, ff. 281r-284r. FRÍAS BALS A, José Vicente: "Antonio Manrique de Lara", en *San Leonardo de Yagüe: Historia y Cultura*, Soria, 1996, pp. 127-130.

(62) FRANCO SILBA, *Señores y señoríos*, p. 145.

(63) Ha de referirse a Ana Portocarrero de Albranches, esposa de Francisco Hurtado de Mendoza y Cárdenas, II marqués de Almazán y V conde de Monteagudo.

(64) Caballero de la Orden de Santiago, veedor de los ejércitos de Flandes y mayordomo de la infanta Isabel. Fundó un vínculo y mayorazgo, en el que se incluía la citada ermita, con facultad real el 20 de abril de 1636, ante Francisco Suárez de Rivera, escribano de Madrid. AHP SO, *Protocolos notariales*, 1906, 2876, ff. 193v-201r. Sobre el monasterio, PALACIOS MARDRID, Francisco y FRÍAS BALS A, José Vicente: *Monasterio de Nuestra Señora del Valle. Aranda de Duero*, El Burgo de Osma, 1978. BAD ZAPATERO, J. G.: "Apuntes para una Historia de Aranda", en *Aranda de Duero. Fiestas patronales septiembre 12 al 20* ALONSO VAÑES, Carlos: *Doña Ana de Austria: Abadesa del Real Monasterio de las Huelgas*, Madrid, 1990.

(65) ARGÁIZ, *Memorias ilustres...*, f. 420v. LOPERRÁEZ CORVALÁN, *Descripción histórica...*, I, p. 499.

lado, entre otros, por el *Libro de fábrica* de Fuentecambrón, de 1648, al señalar los 400 rs. *que dio al Sr. Obispo de una manga que se hizo de terciopelo carmesí*. El de Miñana, en 1649, cuyo mayordomo pagó al obispo 169 rs. por una casulla de tafetán blanco doble, un ritual y dos cíngulos. La iglesia de Villaseca de Arciel, en 1651, 3.774 mrs. por *un frontal que envió el Sr. obispo*. La de la villa de Ines, en 1651, 400 rs. *del alba y bolsa de corporales y casulla*. La de Rioseco, en 1652, 250 rs. a su señoría el obispo *de una casulla negra de damasco y otros ornamentos*. O la de Izana, en 1653, 300 rs. *al obispo mi señor por una casulla y unos ornamentos*.

Algunas iglesias y monasterios, por los motivos que fueren, se deshicieron de algunos ornamentos. Citamos sólo dos casos: Las cuentas de Fuentelaldea, de 19 abril 1636, asientan 301 rs. y medio de la compra de una casulla colorada de damasco carmesí que, con licencia del tribunal eclesiástico, compró del convento del Carmen de El Burgo de Osma. Y las de Bordecorex, de 12 de febrero de 1640, 11.554 mrs. pagados al canónigo guardia de Berlanga de una casulla, estola, manípulo y una alba, dos amitos y dos cíngulos y dos pares de corporales con sus bolsas.

Respecto al trabajo de los bordadores para las cofradías son ejemplo los encargos hechos por la de la Misericordia, de El Burgo de Osma; la del Santísimo Sacramento, de Zayuelas; la Vera Cruz, de Hortezueta; la de Nuestra Señora de los Remedios, de La Quiñonería; las del Rosario, de Aliud, Ituero, Matute y Tajahuerce; la Vera Cruz y Nuestra Señora del Rosario, de Valdanzuelo... En el caso de ermitas, cabe citar a la de Nuestra Señora de Linares, de Centenera de Andalucía.

Los materiales empleados para la hechura de capas pluviales, casullas, dalmáticas, estolas, manípulos, frontales, palios, pendones, estandartes, mangas de Cruz, hazalejas, paños de púlpito, gremiales... son de damasco, tafetán, seda, terciopelo, bocací, torcal, oro, burato, anjeo, brocatel, guadamecí...⁽⁶⁶⁾.

Los maestros se abastecían de las materias primas en los establecimientos comerciales, sobre todo, de El Burgo de Osma y Soria, aunque también se documenta su adquisición fuera de la provincia. Sólo unos casos: En Hinojosa del Campo, el 25 de noviembre de 1592, se pagan 17.000 mrs. a Domingo del Águila, mercader vecino de Soria, de los materiales para la manga y casu-

lla. En Arévalo de la Sierra, el 17 de julio de 1613, Juan de Salazar se obliga a pagar a Tomás de la Fuente, mercader vecino de la ciudad de Toledo, 150 rs. de 11 onzas y media de seda negra y otras mercaderías *que saqué de su tienda en feria de S. Bernabé de San Esteban este año*⁽⁶⁷⁾. En Caltojar, el 28 de junio de 1625, 122 rs. abonados a Francisco Martínez, mercader de Toledo, de damasco para capa y casulla. En Morón de Almazán las cuentas de 20 de octubre de 1628 contemplan la adquisición de 7 varas de brocatel, en Madrid, *para al cenefa de la capa blanca*, a 26 rs. la vara. En 1630, en Quintanas de Gormaz, se pagaron 6.876 mrs. de damasco *que se trajo de Madrid para aderezar los ornamentos*.

Que la Villa Episcopal estaba relativamente bien abastecida de telas lo pone de manifiesto la escritura de obligación hecha, el 10 de septiembre de 1643, por Martín de Prado, boticario vecino de San Esteban de Gormaz, de pagar a Juan García de San Juan, mercader de El Burgo, 123 rs. por la compra de 9 varas de estameña plateada fina de Segovia, a 7 rs. la vara, 4 varas de holandilla, a 6 rs., 2 varas de damasco de lana, a 11 rs., y otros recados⁽⁶⁸⁾. El *Libro de fábrica* de la parroquia de Ines asienta 83 rs. abonados, en 1602, a Tomás de la Fuente de damasco que sacó de su tienda para una casulla. Y en el de Olmillos, en 1617, se contabilizan 1.964 mrs. que se dieron por diez onzas y media de seda amarilla y carmesí para las borlas y cordones de la manga de damasco.

Los colores litúrgicos de los ornamentos sagrados varían según el calendario litúrgico o las conmemoraciones. Son, básicamente, cuatro: blanco, rojo, verde y morado éste ha sustituido, últimamente, al negro. Además existen otros opcionales que se pueden usar en circunstancias especiales, siendo el caso más significativo, por lo que se refiere a España, el azul que se emplea en las celebraciones en honor de la Virgen. Así, el inventario de la parroquia de Almarza, de 27 de junio de 1514, asienta *otra [casulla] de raso azul con su estola y manípulo de lo mismo*. El 22 de abril de 1516, se documenta, en Muriel de la Fuente, *una casulla de terciopelo azul con la cenefa de trepa de raso falso*. Las cuentas de la iglesia de Noviercas, aprobadas el 28 de noviembre de 1590, anotan los 6.730 mrs. pagados a Domingo del Águila, mercader, *de libra y media de seda açul y carmesí y de quatro onzas de oro de Milán*; y las de 13 de octubre de 1595, 60 mrs. de media vara de

(66) DÁVILA CARDONA, Rosa M^ª, DURÁN PUJOL, Montserrat y GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, *Diccionario histórico de telas y tejidos*, Salamanca, 2004.

(67) AHPSO, *Protocolos notariales*, 2927, V. 5036, f. 275rv.

(68) AHPSO, *Protocolos notariales*, 2956, 5078, ff. 383rv.

fustán azul para las dichas dalmáticas y terno. Y los descargos de las cuentas en la de Romanillos de Medinaceli, aprobadas el 19 de junio de 1607, señalan 200 rs. de una casulla azul.

El blanco, que simboliza la pureza, se usa en tiempos de Navidad y Pascua, también en las festividades de Cristo (excepto las de la Pasión), de la Virgen María, de los ángeles y de los santos no mártires. El rojo, que simboliza el fuego de la caridad, en las celebraciones de la Pasión del Señor, el domingo de Pentecostés, en las fiestas de los apóstoles y evangelistas y en las memorias de los mártires. El verde, símbolo de esperanza, la mayor parte del año, durante el periodo denominado tiempo ordinario. Para adviento y cuaresma la Iglesia ha reservado el morado, color de la penitencia; si bien se establecen dos excepciones: el tercer domingo de adviento (domingo de *Gaudete*) y el cuarto de cuaresma (domingo de *Laetare*) en los que el celebrante puede emplear ornamentos rosados.

El programa iconográfico consta, por un lado, de decoración simbólica referente a la Eucaristía, Pasión, rosarios, calaveras y huesos, jarrón de azucenas, tiara y llaves, escudos, etc. Por otro, a imágenes de Nuestra Señora, apóstoles, santos y santas, ángeles... En el segundo de los casos se bordan imágenes de la Resurrección, Nuestra Señora, Nuestra Señora de la Concepción, Nuestra Señora con su hijo en brazos, Nuestra Señora del Rosario... San Pedro apóstol, San Andrés, San Felipe, Santiago, San Bernabé, San Pablo, Santo Tomás, San Juan Bautista, San Miguel, San Esteban, San Lorenzo, San Sebastián, San Francisco, San Bernardo, San Pedro de Osma, San Martín, San Nicolás, San Jorge, Santa María Magdalena, Santa Catalina... y hasta San Roque.

La obra artística era resultado de la colaboración de distintos artistas, cuyo concurso era necesario para conseguir la perfección de la pieza: 1) En primer lugar habría que considerar el trabajo del pintor que dibujaba el tema que el bordador, después, plasmaba en el tejido. Tal parece indicarlo la presencia de Jerónimo Aparicio, que figura como bordador y pintor. Un bordador, del que no se indica su nombre en los *Libros de fábrica* de Quintanas Rubias de Arriba, recibió, en 1556, 584 mrs. de pintar dos frontales y una cortina. Lo mismo podría suceder en el caso de Pedro Pérez, pintor, vecino de Aranda de Duero, al que le pagaron, en 1596, 100 rs. *de las cortinas que hace para la iglesia de Zayas de Torre*; y en 1601, según los *Libro de fábrica* de la iglesia de Rejas de San Esteban, 280 rs. de unas frontaleras, con caídas de terciopelo carmesí, bordados con tres fi-

guras, que le compraron por la necesidad que de ellas había para un frontal. Años antes, en 1570, la parroquia de Torrevicente pagaba 22 rs. a Andrada, pintor, por la palia de raso negro que hizo. Y la de Soliedra, en 1561, le abonó 11 rs. *por la palia de raso negro que pintó con lo que se le acabó de pagar.* La de Villalba, el 1 de abril de 1571, 11 rs. *con que se le acabó de pagar la palia de raso negro.* La de Arbujuelo, el 19 de mayo de 1569, 11 rs. de una palia. 2) Luego, los cordoneros como Nicolás de la Cruz, Lázaro de Zamora, Juan de Porras, Juan de Toledo, Bartolomé Villafuente. 3) Después, una serie de oficiales menores que, una vez bordada la figura, se encargarían de montar la pieza o aderezarla.

Era el obispo o su legítimo representante, el provisor y vicario general del Obispado, el que autorizaba la obra o exigía hacerla en las visitas pastorales a vista del estado de conservación de los ornamentos sagrados. Unos ejemplos, siempre referidos a las visitas del obispo Pedro Álvarez de Acosta, son los siguientes: En la parroquia de Hinojosa del Campo, el 27 de julio de 1542, ordenó *se haga un frontal de damasco blanco con sus stolas de carmesí e flocaduras con una cruz en medio y queste dicho frontal le haga el oficial e oficiales que mejor e más barato e a provecho de la dicha iglesia lo hiciere.* Mandato que vuelve a repetir en la visita de 25 de mayo de 1547: *que la iglesia tiene necesidad de un frontal qual mandó que se haga de damasco blanco con frontaleras de carmesí y sus flecos llano sin bordadura alguna con una Cruz en medio.* En la de Fuentelmonge, el 12 de mayo de 1547, habiendo visitado la iglesia halló que *la iglesia tiene dineros y que tiene necesidad de una capa para difuntos y de un frontal para el altar mayor mandó su señoría que se haga la dicha capa de damasco negro con cenefa de terciopelo negro y flecos? de seda y todo llano sin bordadura y el frontal de damasco blanco con frontaleras de terciopelo verde y las flocaduras que sea todo llano sin bordadura.* Corrige el escribano que las frontaleras sean de terciopelo azul o colorado y no verde. En el mismo lugar, el 1 de septiembre de 1553, manda *se haga una capa y una casulla de damasco blanco, llanas, con sus cenefas de terciopelo colorado, con sus franjas sin cortadura ni bordadura ninguna.* En el actual despoblado de Golbán, el 9 de junio de 1553, *se haga una capa de damasco colorado con una cenefa de terciopelo de color sin bordadura ninguna.* En la de Quintanas Rubias de Arriba, el 11 de junio de 1553, pudo observar el obispo que la parroquia disponía de 8.000 rs. 22 mrs. y que tenía *necesidad de una capa, que no hay ninguna*; por lo que mandó *se haga una capa de damasco colorado con una*

cenefa de terciopelo verde o azul con una cortadura solamente sin ninguna bordura de oro ni de otro arte. Si se hiciere no se tome. El 8 de agosto, en Vadillo, supo que la iglesia tenía 7.047 mrs. y ordenó se haga un frontal de damasco blanco con caídas de terciopelo colorado con sus franjas y sin bordura ninguna. En 11 de noviembre, en Fuentelmonge, dispone que se hagan una capa y una casulla de damasco blanco pues la dicha iglesia es de la advocación de Nuestra Señora y sean llanas, con sus cenefas de terciopelo colorado, con sus franjas sin cortadura ni bordura ninguna.

Luego el cura y el mayordomo, previa la licencia, se encargaban de proceder a su contrato. Eran estos los encargados de pagar de las rentas de la iglesia, siendo verdadera excepción el que un vecino de Valderrodilla dejase 100 rs. para una manga de Cruz. Que otro de Quintanas ordenara, en su testamento, que de sus bienes se sacara para componer el frontal de damasco de lana para el adorno del altar de Nuestra Señora de la Antigua, en Gormaz. En Somaén, el 22 de julio de 1614, se pagan 411 mrs. de hechura y recados de una capa de damasco y terciopelo la cenefas que lo demás se yzo de limosna del pueblo. O el que, en 1680, el Libro de carta cuenta de Recuerda, deje constancia de la donación que hizo Juan Mateo Gutiérrez, vecino de Soria, que fue la tela de color blanca y açul, que se llama catalufa, para hacer unos frontales. Resulta curioso, como se lee en los libros de esta parroquia, del año 1668, que los 337 rs. que costó la capa negra fueron pagados por la iglesia de este lugar y por la de Morales por el servicio que de ella a de tener. En el caso de las cofradías era su mayordomo el que procedía a abonar los honorarios al maestro bordador y de los materiales empleados, siempre que estos no fueran entregados por los contratantes.

Las más de las veces, a la hora de contratar, se estipulaba lo que costaría la pieza; pero en otras ocasiones se dejaba para una vez concluida. En estos casos se nombraban dos peritos para su tasación: uno por parte del contratante y otro por el maestro bordador. Si éste se pasaba de la cantidad establecida por los tasadores, como se estipulaba en el contrato, la iglesia no estaba obligada a pagar la demasía, suponiendo que lo dejaba de limosna.

Si en unos casos los contratos son excesivamente minuciosos y prolijos, indicando las características que ha de tener, el material con el que ha de estar hecha, los plazos de ejecución, el nombre del bordador y sus fiadores otras veces no ocurre lo mismo, como cuando se señala que la pieza se haga al parecer del cura. En otras ocasiones sirve de modelo alguna pieza depositada en

la sacristía del lugar o en la de alguno de los pueblos próximos. Por citar un caso, en 1615 se hace una capa para Cidones de la manera de otra que hay en el lugar de Ocenilla. Los Libros de carta Cuenta son, las más de las veces y sobre todo los correspondientes al siglo XVI, poco explícitos dejando, en no poca ocasiones, de citar el nombre del bordador. Quién sería el artista que hizo la capa blanca de damasco con una cenefa bordada de oro fino con insignias sobre tela de oro para la iglesia de Garay, que la por la que se pagaron, en 1548, 11.670 mrs. A quién hará referencia la siguiente partida de defunción recogida en los libros sacramentales de la parroquia de El Burgo de Osma: *Un pobre broslador. En 13 de setiembre [1594] murió un pobre del hospital llevó todos los santos sacramentos.* Y entre los confirmados por fray Pedro de Rojas, obispo de Osma (1595-1602), el 3 de marzo de 1596 se registra a *Juan Bazán, hijo de Cerecedo broslador.*

Los pagos se solían hacer en ducados, reales y maravedís, aunque también se documenta el hecho de haber pagado una parte del coste en grano y vino. Y en ocasiones se entregaban telas de las que disponía la entidad que encargaba las obras a fin de que éstas resultaran más baratas.

Rara vez eran los particulares los que corrían, con todo o en parte, con los gastos de la obra. De la parroquia de Hinojosa del Campo se escribe, en su Libro de Fábrica, tras las cuentas de 30 de mayo de 1531, que tiene de provecho esta dicha yglesia veinte ducados de oro que mandó a la dicha fábrica por su sepultura Carlos de Villa Andrada, ombre de armas de la Capitana de don Diego de Castilla, para una capa e un calice a la dicha iglesia. Las cuentas del despoblado de Golbán, el 5 de febrero de 1594, asientan se pagaron 36 rs. de un frontal que se hizo para la dicha iglesia... porque lo demás pagó Juan de la Cal por su devoción. Entre los mandamientos del visitador de la iglesia de Alconaba, en 1625, se ordena hacer una capa de damasco blanco y una casulla de lo mismo con cenefa de brocatel sin bordadura y para ello se cobren los 230 rs. que mandó Antonio Abad a la fábrica y para lo que faltare se venda el trigo que tiene la iglesia a como valiere en el mes de mayo. En Rioseco para cuya iglesia se había mandado hacer un frontal, años después, el 1670, se ordena que el concejo y vecinos del lugar lo hiciesen de damasco de seda blanco con cenefa de brocatel colorado para el altar mayor por haber demandado don Juan de la Calle, oidor que fue del Consejo Real, por haber cedido a dicha iglesia para hacer dicho frontal lo que le pertenecía del derecho de la dehesa que les concedió. Y en

1685 se informa que se habían comprado en la feria de San Esteban veintiuna varas de damasco de seda para un pendón, por las que pagó la iglesia 300 rs. y aunque costó 500 rs. el resto lo abonó el concejo y los vecinos del lugar.

Como es lógico la calidad de la pieza iba en consonancia con su coste y dependía, básicamente, de la situación económica de la iglesia. Tal sería el caso de Boós cuando, en 1597, dadas sus pocas posibilidades, se hizo una casulla *de poca costa*. O de La Olmeda, en el mismo año, cuando se ordenó hacerla *con poco bordado*. Y en Carazuelo, en 1616, se hizo un frontal de *te-lilla ordinaria*.

El paso del tiempo fue deteriorando los ornamentos por lo que fue necesario concurrir a su arreglo con el fin de hacerlos más duraderos. Varios sastres se ocuparon, en no pocas ocasiones, de aderezar y adobar los ornamentos de las iglesias. Estos son algunos de ellos: En Romanillos de Medinaceli, en 1580, 2.342 mrs. a Blas Serrano, vecino de Sigüenza *por aderezar los ornamentos* y en 1590, por mismo, 22 rs. a Francisco Serrano. En 1578 se pagaron 12 rs. y medio a Pedro de Reinoso, por su trabajo para la iglesia de Fresno de Caracena. El año 1594, a Juan de las Eras, sastre, vecino de Pozalmuro, 13 rs. *por apañar los ornamentos, que se ocupó seis días* y le pagó el mayordomo de la iglesia de Hinojosa del Campo. En el mismo lugar, el 21 de octubre de 1609, se abonan 16 rs. al sastre Juan Ruiz *del recoser y aderezar los ornamentos*. En 1599, a Pedro Romero, vecino de Sigüenza, 2.618 mrs. de nueve jornales por el aderezo de los ornamento de la parroquia de Liceras, bocací y seda que puso para hacerlo.

En la primera mitad de la centuria siguiente: En 1600, 11 rs. a Francisco del Valle del aderezo de ornamentos de la iglesia de Garray. El mismo año, a Francisco Merino, 71 rs. por el aderezo de casullas y ornamentos y de bocací, tafetán, hilo, seda y otros recados. En Ines, en 1602, 340 mrs. a Francisco del Valle por lo mismo. En 1610, 24 rs. a Marcos Gómez, vecino de Peñaranda de Avellaneda, por su trabajo para la iglesia de Valdanzuelo. En Fuentealdea, en 1611, 6 rs. *de coser los ornamentos que los aderezó un hombre de Almazán*; y en 1623 se pagan 4 rs. *a unos sastres que traían licencia del Sr. visitador*. En 1612, 28 rs. a Bartolomé Carazo, vecino de la Villa de Abejar por catorce días que se ocupó *en recoser y aderezar los ornamentos* de

la parroquial. Y en 1616, 12 rs. a Bartolomé Carazo de aderezar un pendón y casullas. En Izana, en 1614 se dan a Juan Martínez, sastre de Las Cuevas, dos medias de trigo por el aderezo de ornamentos⁽⁶⁹⁾; y en 1614, será Juan Bermejo el que perciba, de la iglesia de Quintanas de Gormaz 1.122 mrs. y otros 14 rs. de la de Miño de San Esteban. En 1615, en la iglesia de Torralba del Burgo: a Pedro Pérez, vecino de Berlanga, 18 rs. del aderezo que hizo en los ornamentos más 8 rs. a Juan de Bermejo, por mandato del provisor, *del aderezo que hizo en la casulla blanca de dicha iglesia y en otros ornamentos que aderezó*. En 1642, a Juan de Madrigal, vecino de la villa de Torralba, 12 rs. *de aderezar el pendón y echarle unas puntas*, y en 1644, 63 rs. *por el aderezo de todos los ornamentos*. En Torrevente, el año 1618, 1.854 mrs. *que hubo un oficial de limpiar todos los ornamentos y repararlos con la costa de seda y de damasco*. Y, en 1643, 20 rs. dados a Juan de Oliva *de aderezar unas casullas y un frontal*. En Rello, en 1623 se abonan trece medias del trigo a José de Villarvieja *del aderezo de unos ornamentos*; y en 1636, 5 rs. a Martín Sanz, mesonero, *de las camas que dio al que aderezó los ornamentos*. En La Riba de Escalote, en 1628, una fanega de trigo a Martín Cerezo, *cedacero, por el adobo de la manga de la cruz*. En Arenillas, el año 1631, 96 rs. a Pedro Rodrigo del aderezo y reparo de casullas. En Morón de Almazán, en 1638, 970 ducados a Lorenzo Pérez, vecino de Sigüenza, *por aderezo de los ornamentos y todo recado que puso para ello*. El año 1639, en Alaló, a Florencio Pérez 112 rs. *de aderezar los ornamentos*. La parroquial de Rioseco y su anejo La Mercadera abonaron, en 1652, 24 rs. a Pedro Manrique del aderezo de dos casulla y dos dalmáticas *que se deshicieron para limpiarlas*.

Frente a estos sastres, en el taller que residía en el palacio episcopal, en tiempo del obispo Antonio Valdés, también se aderezaron algunos ornamentos como se lee en el *Libro de carta cuenta e inventario* de Torralba del Burgo cuando asienta, el 6 de marzo de 1648, el descargo de 109 rs. *del aderezo de una capa colorada, mostró carta de pago de su señoría Ilustrísima*⁽⁷⁰⁾. Y en las de 3 de febrero de 1650 se descargan 38 rs. *gastados en el aderezo de un pendón de que mostró carta de pago del Sr. Obispo*.

Junto a ellos también se recurrió a conventos y mujeres dedicadas a la costura. Tal parece indicarlo el caso del convento de Carmelitas Descalzas de Soria,

(69) Este sastre aparte de reparar ornamentos hizo alguno como lo ponen de manifiesto las cuentas de esta parroquia, de 25 de enero de 1617, cuando se le abonan 18 rs. *por haber hecho un frontal*. Caso similar se produce en Huérteles, según cuentas de 26 de septiembre de 1633, con Pedro Fernández que hace la casulla negra, por 10 rs., y una manga de difuntos por otros 10 rs.

(70) En la misma fecha se registra el ingreso de 257 rs. *de una manga de Cruz que se vendió a la iglesia del lugar de Cantalucia*.

como se lee en el *Libro de fábrica*, de 1621, de la iglesia de Rabanera del Campo, cuando informa que sor Ángela del Santísimo Sacramento, priora, aderezó unas casullas, por lo que la abonaron 18 rs. En el de Alconaba, el 5 de mayo de 1645, 7 rs. 22 mrs. que el ma-

yordomo de la iglesia dio a las madres descalzas por aderezar los corporales y otras cosas. El de Fuentelmonge, en 20 de noviembre de 1633, aclara que da por descargo haber pagado a las madres descalzas de la ciudad de Soria de la hechura de la obra arriba dicha



El obispo fray Antonio de Valdés, revestido pontifical, en una procesión de la Virgen del Espino. S. XVII. Catedral de El Burgo de Osma.

[dos sobrepellices y dos albas] y de dos cíngulos cincuenta y dos reales. Las Concepcionista de Berlanga de Duero, del que el *Libro de fábrica* de la parroquia de Recuerda, de 1692, señalan el pago de 19 rs. del aderezo de la casulla verde y negra y corporales. Y añade que aunque montó más, mi señora doña Francisca de Caravajal, abadesa de Verlanga..., no quiso más⁽⁷¹⁾. Otras mujeres, también, se ocuparon de reparar ornamentos. Francisca Picardo cosió, si bien ocasionalmente, en el taller de Bautista de la Vega⁽⁷²⁾. En 1634 se documenta, en la iglesia de Candilichera, a Agustina de la Peña y oficiales, a las que se abonaron 172 rs. por aderezar la capa y casulla, lienzo para sobrepelliz y seda y bocací y demás recados y todas las hechuras. Y en Alconaba, en 1641, se pagaron 8 rs. a Ana Ibáñez, vecina de Soria, por el aderezo de unas albas.

Con el fin de la buena conservación de los ornamentos culturales también ordenaron los preladados, a veces, la hechura de cajones para conservarlos. Tal sucedió en la parroquia de Soto de San Esteban con Juan de Zabalo, entallador y escultor, que, tenía licencia del obispo fray Pedro de Rojas (1595-1602) para que pueda hacer unos cajones para ornamentos⁽⁷³⁾. Las cuentas de 1590, de Morcuera, consignan 8 rs. pagados a Luis de Arriba de la caja de la manga de la Cruz. También las de Valdanzuelo, de 1598, señalan la hechura de una manga de terciopelo carmesí bordada que de terciopelo y oro y hechura con el arca de madera para cuyo pago se dan 677 rs. Las de la parroquia de Zayas

de Torres, en 1608, asientan el pago de 10 rs. de una caja para la manga. El año siguiente, el 17 de mayo de 1609, se hace el contrato de unos cajones para la iglesia de la Cuenca que hace Juan de Camalloa para que tenga sus ornamentos y plata los cuales han de ser de madera de pino (74). Las de la parroquia de Licerias, de 1619, 122 rs. pagados por el cajón que se hizo para la plata y ornamentos. Las de Caltojar, de 1637, contabilizan 356 mrs. dados a un cedacero vecino de Sigüenza para hacer una caja para la manga de la Cruz. En la parroquia de Fuentecambrón, en 1648, se abonaron, 15 rs. de una caja para la manga.



Retrato del retablo de Pedro de Montoya. En Nicolás Rabal, 1889, p. 353.

(71) La comunidad de concepcionista de Berlanga trabaja para la catedral en 1974 cuando, tras la venta de restos de altares que se hallaban en la capilla del Santo Cristo de la Agonía, decide el Cabildo invertir el dinero conseguido en arreglar las capas del pontifical blanco de tisú de plata de Guisasaola y arreglar las dos casullas blancas que se usaban antes en la misa de la consagración de óleos. Al año siguiente proceden a la reparación y colocación del forro al Velo de Pasión, con el que se cubre el Retablo Mayor en el Triduo Pascual. También a la confección de tres juegos de casullas góticas: uno de color verde, de tisú; otro de terciopelo rojo, utilizando para ello las cortinas colocadas hasta 1970 en el presbiterio de la catedral, y otro de casullas blancas.

(72) FRÍAS BALSALSA, José Vicente de: "Nuevos datos sobre el escultor Juan Picardo, autor de la Magdalena del trascoro de la catedral de Osma (Soria)", en *Celtiberia*, 98 (2004) pp. 268-284.

(73) AMBO, Protocolos notariales de Bartolomé de Espinosa, antiguo legajo 152; actual 59, ff. 177r-278v. Sobre Zabalo ver ARRANZ ARRANZ, José: *La escultura Romanista en la Diócesis de Osma-Soria*, Burlada-Navarra, 1986, pp. 114-119.

(74) AHPISO, *Protocolos notariales*, 2942, 5057, ff. 195r-196v. ARRANZ ARRANZ, *La escultura Romanista...*, pp. 142-143.

